Patrisse Khan-Cullors & asha bandele

CUANDO TE LLAMAN TERRORISTA

Una memoria del **BLACK LIVES MATTER**

Prólogo de Angela Davis

CUANDO TE LLAMAN TERRORISTA

Una memoria del Black Lives Matter

Patrisse Khan-Cullors
& asha bandele

Prólogo de
Angela Davis

Traducción de
Clara Ministral

Capitán Swing

A mis ancestros y a mi madre,
Cherice Simpson; a mis padres, Gabriel Brignac
y Alton Cullors; a todos mis hermanos,
y a mi nueva familia, Janaya Khan y
Shine Khan-Cullors:
este libro es vuestro y para vosotros.
Gracias por sostenerme y por recordarme
qué es lo que me hace curarme.

PATRISSE

A Nisa y a Aundre y a todos nuestros hijos,
los que sobreviven y los que no.
Y a Victoria, que se merece el sol, la luna,
las estrellas y Coney Island.
A Victoria, que fue la primera en creer,
que siempre ha creído.

ASHA

Y al movimiento que nos da esperanza
y a las familias por las que trabajamos;
no dejaremos de luchar por un mundo en el
que podamos criar a todos nuestros hijos
en paz y con dignidad.

PRÓLOGO

Angela Davis

Cuando conocí a Patrisse Khan-Cullors, no podría haberme imaginado que poco después se convertiría, junto con Alicia Garza y Opal Tometi, en el rostro de un movimiento que, con la denominación «Black Lives Matter», enseguida tendría repercusión en todo el mundo. Pero sí pude ver claramente que Patrisse y sus compañeras estaban llevando los movimientos negro y de izquierdas, incluidos los de corte feminista y *queer*, en una dirección nueva y más emocionante, batallando seriamente contra las contradicciones que habían aquejado a esos movimientos durante muchas generaciones.

En estas memorias, Patrisse nos hace partícipes con gran generosidad de detalles íntimos de su vida y sus relaciones y de su dedicación implacable a la causa de la libertad. Las historias que, junto a asha bandele, cuenta en este libro nos ayudan a entender por qué su forma de enfocar el activismo y el desarrollo de movimientos sociales ha despertado el interés de tanta gente. Su trayectoria pone de relieve lo fructífera que resulta la combinación de las experiencias personales con la resistencia política. La historia central de los repetidos encuentros de su hermano con agentes de policía con tendencias violentas, por ejemplo, nos permite entender mejor cómo la violencia de Estado se crece ante la concurrencia de la raza y la discapacidad. Que la respuesta rutinaria de la policía a un episodio maniaco de Monte, el hermano de Patrisse, consista en dispararle con balas de goma e imputarle un cargo de terrorismo pone de manifiesto la facilidad con que las instituciones supremacistas blancas hacen uso de esa acusación. Aprendemos no solamente sobre la naturaleza cotidiana de la violencia de Estado, sino también sobre cómo el arte y el activismo pueden convertir esos trágicos enfrentamientos en catalizadores para desarrollar una mayor conciencia colectiva y una resistencia más eficaz.

Así, *Cuando te llaman terrorista* arroja luz sobre una vida profundamente marcada por la raza, la clase social, el género, la

sexualidad, la discapacidad y la religión, al tiempo que pone de relieve el arte y la poesía, y desde luego las dificultades, a los que puede dar origen esa clase de vida. Pero no es solo al hermano de Patrisse a quien llaman terrorista, claro. Son los esfuerzos y los logros de la propia Patrisse y de sus colegas y camaradas —incluidas Alicia, Opal y el resto de los activistas asociados a la red y al movimiento Black Lives Matter— los que se difaman con el calificativo de *terroristas*. Que yo sepa, ningún supremacista blanco que haya ejercido violencia ha sido calificado de terrorista por el Estado. Ni los asesinos de Emmett Till ni los miembros del Ku Klux Klan cuya bomba acabó con las vidas de Carole Robertson, Cynthia Wesley, Denise McNair y Addie Mae Collins antes de que pudieran llegar al final de la niñez fueron imputados jamás por terrorismo ni calificados oficialmente de terroristas. En los años setenta, en cambio, el presidente Richard Nixon se refirió a mí impulsivamente con ese calificativo, y en 2013 Assata Shakur fue incluida en la lista del FBI de los diez terroristas más peligrosos del mundo.

De las memorias de Patrisse pueden extraerse muchas lecciones, especialmente acerca de todo lo que tiene que ver con la retórica política. El propio título, *Cuando te llaman terrorista*, pide al lector que examine con espíritu crítico la retórica del terrorismo: no solo, por ejemplo, cómo ha provocado y justificado un incremento de la islamofobia en todo el mundo y ha dificultado una reflexión seria sobre la ocupación ininterrumpida de Palestina, sino también cómo con esa retórica se intentan desacreditar los movimientos antirracistas en Estados Unidos. Mientras esto ocurre, los brotes de violencia racista, misógina y tránsfoba continúan normalizándose. Una frase aparentemente simple, «Las vidas de las personas negras importan», ha trastocado ideas que no se cuestionaban sobre la lógica de la igualdad, la justicia y la libertad humana en Estados Unidos y en todo el mundo. Nos ha animado a poner en tela de juicio la capacidad de la lógica —la lógica occidental— para reparar la historia, sobre todo la historia del colonialismo y la esclavitud. Esta lógica se manifiesta a través de nuestros presupuestos ideológicos y certezas filosóficas y de nuestro sistema jurídico, que permite, por ejemplo, que se encarcele a un número desproporcionado de personas negras, inmigrantes del sur global e individuos con ascendencia inmigrante reciente y que justifica

el racismo estructural de este tipo de prácticas refiriéndose al respeto a las garantías procesales debidas y otras supuestas garantías jurídicas de igualdad.

Patrisse Khan-Cullors y sus camaradas del Movimiento por las Vidas de las Personas Negras, que acoge a muchas más organizaciones (incluidos el Black Youth Project 100 y los Dream Defenders de Florida), están contribuyendo a desarrollar enfoques de los movimientos progresistas que representan las opciones más prometedoras para el futuro de nuestro planeta. Abogan por una inclusión que no sacrifica la especificidad. Entienden que la libertad universal es un ideal que encarnan mejor no quienes ya se encuentran en lo más alto de las jerarquías raciales, de género y de clase, sino aquellos cuyas vidas están más definidas por las condiciones de falta de libertad y por las continuas dificultades para librarse de tales condiciones. Esta observación y el inmenso poder del amor se encuentran en el núcleo de las impactantes memorias de Patrisse.

CUANDO TE LLAMAN TERRORISTA

Una memoria del
Black Lives Matter

«Es nuestro deber luchar por
nuestra libertad.
Es nuestro deber ganar.
Debemos amarnos y apoyarnos
los unos a los otros.
No tenemos nada que perder
salvo nuestras cadenas».

ASSATA SHAKUR

PARTE I

TODOS LOS HUESOS QUE ENCONTRAMOS

Introducción

Polvo de estrellas

«Escribo para mantenerme en contacto con nuestros ancestros y para difundir la verdad».

Sonia Sanchez

Unos días después de las elecciones de 2016, asha me mandó un enlace a una charla del astrofísico Neil deGrasse Tyson. Tenemos que mantener la esperanza, me dice, unas palabras que recorren los cinco mil kilómetros que nos separan, de Brooklyn a Los Ángeles. Las dos oímos al doctor DeGrasse Tyson explicar que los átomos y las moléculas de nuestro cuerpo tienen su origen en los crisoles del centro de las estrellas que en su día explotaron y dieron lugar a nubes de gas. Esas nubes de gas formaron otras estrellas, y esas estrellas poseían la combinación perfecta de propiedades necesarias para crear no solamente planetas, incluido el nuestro, sino también personas, incluidas nosotras dos. El astrofísico explica que no solo nosotros estamos en el universo, sino que el universo está en nosotros. Dice que los seres humanos estamos hechos literalmente de polvo de estrellas.

Y al oír contar esto al doctor DeGrasse Tyson sé que está diciendo la verdad, porque lo llevo viendo desde pequeña —esa magia, ese polvo de estrellas que somos— en las vidas de aquellos de quienes provengo.

Lo presencié en los esfuerzos de mi madre, testigo de Jehová y

una mujer que tenía dos y a veces tres trabajos a la vez: niñera de los hijos de otros, recepcionista en gimnasios, teleoperadora y todo tipo de cosas en las que estuvo trabajando dieciséis horas al día durante toda mi infancia en el barrio latino de Van Nuys en el que vivíamos. Mi madre, con su tersa piel de color cacao, repudiada por su familia por haber sido madre soltera muy joven. Mi madre, que jamás se rindió aunque nunca ganara un salario digno.

Lo vi en la delgada cara marrón de mi padre, un muchacho procedente del territorio cajún, un sanador herido cuyas adicciones eran producto de un mundo que no le quería y que se lo demostró no una, sino infinidad de veces. Mi padre, que siempre regresó, que nunca dejó de intentar ser una clase de hombre para la que no había espejos en los que mirarse.

Y lo sé porque pertenezco a la decimotercera generación de descendientes de un pueblo que sobrevivió a los barcos de esclavos, que sobrevivió a las cadenas, a los látigos, a los meses de vivir sobre sus propios excrementos y orines. De seres humanos que las leyes decretaron que no eran seres humanos, que vieron cómo sus nombres, sus lenguas, sus diosas y dioses, las formas de sus danzas y los ritmos de sus canciones, la nobleza de sus sueños y hasta sus propias familias les eran arrebatados y robados, eran desmantelados y desechados y, pese a ello, construyeron un lenguaje y honraron a Dios y generaron movimiento y defendieron el amor. ¿Qué podrían ser sino polvo de estrellas esas personas que se negaron a morir, que se negaron a aceptar la idea de que sus vidas no importaban, de que las vidas de sus hijos no importaban?

Nuestros antepasados se imaginaron a nuestras familias a base de pura invención. Se imaginaron a cada uno de nosotros individualmente. Me imaginaron a mí. Tuvieron que hacerlo. Solo así es posible que yo esté hoy aquí, que sea madre y esposa, activista, *queer*, artista y una soñadora que está aprendiendo a hallar esperanza en medio de la adversidad sabiendo que las cosas podrían haber sido diferentes.

Que yo sobreviviera no era algo que se esperara ni que se alentara. Que sobrevivieran mis hermanos, mi hermana pequeña, mi familia (la que me vio nacer y la que he formado yo) no era algo que se esperara. Llevábamos una vida precaria en la cuerda floja de la

pobreza, cuyos extremos terminaban en la política de la responsabilidad individual que predicaron primero los pastores negros y más tarde el primer presidente negro. Predicaron más eso que un compromiso con la responsabilidad colectiva.

Predicaban más sobre eso que sobre lo que suponía ser la nación más rica del mundo y, al mismo tiempo, un país con unas tasas de desempleo extraordinarias, una carencia de salarios dignos extraordinaria y una falta de acceso a oportunidades básicas extraordinaria.

Y predicaban más sobre eso que sobre el hecho de que Estados Unidos tiene el 5 por ciento de la población mundial, pero el 25 por ciento de la población reclusa, una población de la que durante mucho tiempo formaron parte mi hermano discapacitado y mi bondadoso padre, que jamás le pusieron la mano encima a otro ser humano. Y una población reclusa de la que, con extraordinaria premeditación, a día de hoy no forma parte el hombre que mató de un disparo a un chaval de diecisiete años que las únicas armas que llevaba encima eran unos caramelos y un té frío.

Se redactó y difundió una petición que llegó hasta la Casa Blanca. Decía que éramos terroristas. Los que en respuesta al asesinato de ese niño dijimos que las vidas de las personas negras importan. El texto fue ganando fuerza durante la primera semana de julio de 2016, tras una semana de protestas por los asesinatos muy seguidos de Alton Sterling en Baton Rouge (Luisiana) y de Philando Castile en Mineápolis (Minesota), ambos a manos de la policía. A finales de esa semana, el 7 de julio, un francotirador abrió fuego durante una manifestación de Black Lives Matter en Dallas (Texas) llena de madres y padres que se habían llevado a sus hijos a la protesta para proclamar un mensaje: «Tenemos derecho a vivir».

El francotirador, al que se identificó como Micah Johnson, de veinticinco años, un reservista del Ejército que había estado destinado en Afganistán, se escondió en un edificio del campus de El Centro College tras matar a cinco agentes de la policía y herir a otras once personas (entre ellas dos manifestantes) y, en la madrugada del 8 de julio de 2016, se convirtió en la primera persona en morir a manos de la policía local en una explosión provocada. Se sirvieron de una bomba de uso militar y programaron un robot para que la llevara

hasta él. Sin jurado, sin juicio. Sin la paciencia con la que se trató a los asesinos que mataron a tiros a nueve feligreses en Charleston (Carolina del Sur) o a los espectadores de un cine en Aurora (Colorado).

Por supuesto, nunca sabremos cuáles fueron sus verdaderos motivos y nunca sabremos si padecía algún trastorno mental. Lo único que sabremos con seguridad es que la única organización a la que perteneció en su vida fue el Ejército de Estados Unidos. Y recordaremos que a los hombres blancos que habían cometido matanzas en Aurora y en Charleston los detuvieron con vida y que a uno de ellos pararon a comprarle algo de comer de camino al calabozo. Recordaremos que la mayoría de los policías asesinados en este país son asesinados por hombres blancos a los que se detiene con vida.

Y sufriremos las múltiples formas en que el fantasma de Micah Johnson se utilizará como arma para atacar a Black Lives Matter, para atacarme a mí, una táctica muy antigua que se ha empleado continuamente contra aquellos que se oponen a la supremacía blanca. Recordaremos que Nelson Mandela siguió apareciendo en la lista de terroristas del FBI hasta 2008.

Aun así, que te acusen de ser terrorista es un golpe tremendo, y me permito llorar en silencio en la cama un domingo por la mañana al escuchar a un histérico Rudolph Giuliani soltar mentiras sobre nosotros con la cara enrojecida tres días después de los acontecimientos de Dallas.

Como la de muchas de las personas que encarnan nuestro movimiento, mi vida ha transcurrido entre dos miedos que siempre van unidos, la pobreza y la policía. Nuestro paso a la vida adulta tuvo lugar con el trasfondo de la guerra contra las drogas, intensificada primero por Ronald Reagan y más tarde por Bill Clinton, de modo que el barrio en el que viví y amé y los barrios en los que han vivido y amado muchos de los miembros de Black Lives Matter fueron declarados zonas de combate en las que el enemigo éramos nosotros.

Que siempre haya habido más blancos que personas negras o de otras razas que consumen y venden drogas y que, sin embargo, cuando cerramos los ojos y nos imaginamos a un traficante o un consumidor la mayoría no veamos una cara blanca es lo que necesitas saber si te

cuesta imaginar cómo es posible que alguien pueda no estar haciendo nada y, aun así, ser hostigado por la policía. Respirar si eras negro, tal cual, se convirtió en motivo de detención… o de algo peor.

Llevo el recuerdo de vivir con ese profundo miedo —el de saber que a mí o a cualquier persona de mi familia nos podían matar con impunidad— en la sangre, en los huesos, en cada paso que doy.

Y, aun así, fue a mí a quien llamaron terrorista.

A los miembros de nuestro movimiento los llaman terroristas.

A nosotras (a mí, a Alicia Garza y a Opal Tometi), las tres mujeres que fundamos Black Lives Matter, nos llaman terroristas.

A nosotros, el pueblo.

Nosotros no somos terroristas.

Yo no soy terrorista.

Soy Patrisse Marie Khan-Cullors Brignac.

Soy una superviviente.

Soy polvo de estrellas.

01

Comunidad interrumpida

«Sabíamos que no podíamos ilegalizar el ser […] negro, pero haciendo que la ciudadanía asociara a […] los negros con la heroína […] y luego criminalizándoles […] profundamente, podíamos trastocar [sus] comunidades […]. ¿Que si sabíamos que estábamos mintiendo? Claro que lo sabíamos».

John Ehrlichman, director de política interior
de Richard M. Nixon, sobre la postura de su Gobierno
con respecto a la población negra

Mi madre, Cherice, nos cría —a mis dos hermanos mayores, Paul y Monte, a mi hermana pequeña, Jasmine, y a mí— en la calle principal del barrio mayoritariamente mexicano en el que vivimos, Van Nuys, en California. Vivimos de alquiler en uno de los diez pisos de protección oficial de un edificio de dos plantas de color habano con la pintura descascarillada, una puerta que no cierra bien y un telefonillo que nunca funciona.

Mi madre y yo somos bajitas en comparación con el resto de la familia. Ella mide 1,62 y yo nunca pasaré de 1,57. Pero Jasmine, Paul y Monte son altos. Cuando acabe de crecer, mi hermana pequeña medirá algo más de 1,80. Mis hermanos también se estirarán hasta superar con creces esa estatura. En eso han salido a nuestro padre, Alton Cullors, un mecánico con unas enormes manos de color marrón

oscuro con las que trabaja en la cadena de montaje de la fábrica de General Motors de Van Nuys, unas manos que me sostienen, me abrazan y me transmiten seguridad. Huele a gasolina y a coche, olores que, casi treinta años después, todavía asocio con el cariño, los mimos y la protección. Alton está presente o no en nuestra casa, presente o no en nuestra vida cotidiana, en función de cómo estén las cosas entre mamá y él. Cuando yo tenga seis años, se irá y ya nunca volverá a vivir con nosotros. Pero no desaparecerá por completo de nuestras vidas, y su cariño no desaparecerá en absoluto. Ese cariño de Alton Cullors permanece dentro de mí, a mi lado, hasta hoy mismo.

Vivimos en un barrio multirracial, aunque la gran mayoría de la gente es mexicana. Pero también hay coreanos y negros como nosotros, y hasta una mujer blanca que tiene obesidad mórbida y no cabe en la bañera que tienen estos pisos. La observo bajar disimuladamente a la piscina ruinosa que hay junto a nuestro edificio, la misma en la que yo aprenderé a nadar. Todas las noches, cuando cree que no la ve nadie, se baña en la piscina, con jabón, manopla, champú y todo. Ella no sabe que yo la veo y yo no digo nada. No solo porque es un adulto y yo soy una niña, sino porque es parte de lo que define este nosotros que somos.

Es pobre y está criando a su hija ella sola. Tiene una lengua afilada que me recuerda a la de las mujeres negras de mi propia familia. Lleva vestidos hawaianos. Echo de menos su presencia cuando se muda, como acaba haciendo, igual que la mayoría de nuestros vecinos. Nuestro barrio está pensado para ser un lugar de paso, no un sitio en el que echar raíces, en el que esas raíces se conviertan en árboles que vivan allí por los siglos de los siglos. En mi barrio el único sitio donde se puede hacer la compra es un 7-Eleven. De no ser por esa tienda, la licorería George's, los sitios de comida rápida china y mexicana y el Taco Bell, en todo el barrio no tendríamos donde comprar algo de comer o de beber.

Pero a menos de dos kilómetros se encuentra Sherman Oaks, un barrio blanco y rico de casas grandes y antiguas con garajes de dos plazas, jardines de diseño y piscinas que no se parecen en nada a la piscinita diminuta y descuidada de detrás de nuestro bloque de pisos. En Sherman Oaks no hay nada que no tenga buen aspecto y que no esté bien cuidado. Ni siquiera hay bloques de pisos.

Solo hay chalés enormes con coches buenos aparcados delante y padres que todas las mañanas salen de casa y llevan a sus hijos al colegio, un fenómeno que me llama la atención la primera vez que lo veo. En mi barrio los niños cogemos el autobús o vamos andando desde el primer año de colegio. Nuestros padres se han ido a trabajar mucho antes de que nosotros salgamos de casa, como las ranitas multicolores que aparecen con la llegada de la primavera, con unas caritas lozanas de piel oscura que intentan entender un mundo que no hicimos nosotros y que no sabíamos que teníamos el poder de deshacer.

Mi propia madre trabajaba dieciséis horas diarias, en dos o a veces incluso tres sitios diferentes. Nunca tuvo una carrera profesional, simplemente trabajaba sin parar para ganar lo suficiente para llegar a fin de mes. Teleoperadora, recepcionista, empleada doméstica, limpiadora en oficinas: esa era la clase de trabajos que hacía y todos eran importantísimos para nosotros, sobre todo después de que desapareciera la fábrica de General Motors de Van Nuys y, con ella, la estabilidad de nuestra familia.

Alton pasó por una serie de trabajos mal pagados y sin seguro médico que no le daban ninguna estabilidad laboral y no le permitían cuidar de nosotros, de su familia, que es por lo que ahora pienso que se fue, y aunque venía de visita y siempre estuvo presente en nuestras vidas, las cosas ya nunca volvieron a ser iguales. En los años ochenta, cuando estaba ocurriendo todo esto, en muchas zonas de Estados Unidos (incluida la región en la que vivía yo) la tasa de desempleo entre la población negra, casi tres veces más alta que la de la población blanca, era peor que durante la gran crisis económica de 2008-2009.

A veces, cuando pasábamos hambre, cuando no quedaba otra cosa en casa que Cheerios con sabor a miel y almendras en los que teníamos que echar agua porque no había leche y cuando estuvimos viviendo sin una nevera que funcionara durante un año, mi madre se encerraba en el baño y le ponía de vuelta y media: Joder, Alton, ayúdame a dar de comer a nuestros hijos. A. Nuestros. Hijos. ¿Qué puta mierda de hombre eres?

Se suponía que yo no debía oír esas conversaciones, pero me sentaba en el suelo delante del baño y escuchaba los gritos, los

problemas, el ruido que hacían mis tripas vacías de niña de seis años. Pasar hambre es durísimo, y todavía hoy en mis oraciones doy gracias a los Panteras Negras por haber convertido el programa de desayunos gratuitos para niños en un servicio que debían ofrecer los colegios. Nosotros teníamos derecho a desayuno y almuerzo gratuitos y estoy casi segura de que sin eso no habríamos sobrevivido a nuestra infancia, pese a todos los esfuerzos de mis padres.

Mis hermanos, mi hermana y yo nos queremos con locura y desde el primer día nos educan para que nos cuidemos los unos a los otros. Jasmine es la chiquitina, nuestra chiquitina, así que la adoramos, mientras que Paul es el mayor, de modo que es quien toma las riendas cuando se va Alton. Es su voz la que me despierta todas las mañanas cuando es hora de ir al colegio y mi madre ya se ha ido a alguno de sus trabajos. Es Paul quien nos ayuda a prepararnos para ir al colegio, quien nos manda lavarnos los dientes y quien dice: Venga, vámonos. Es Paul quien, cuando tenemos los ingredientes, nos hace sándwiches tostados de queso para cenar, justo como le enseñó mamá. Es Paul quien dice: Venga, a la cama, cuando mamá aún no ha vuelto de su otro trabajo, el que sea.

Pero Monte es quien juega conmigo, quien me consiente. Monte es quien tiene un corazón gigantesco. Es incapaz de no dar comida a los perros y gatos callejeros que hay por nuestro barrio incluso cuando apenas tenemos nada que comer nosotros. Monte es quien recoge las crías de pájaro que se caen de los nidos y las devuelve a su sitio. Si ahora mismo cierro los ojos, estoy allí con él, viéndole coger con toda delicadeza un pajarito diminuto —no recuerdo de qué especie eran los que había en el barrio— y volver a meterlo en el nido, que a veces también se había caído al suelo.

Pero Monte, que es el segundo, también se mantiene ajeno a las responsabilidades, a diferencia de Paul. Por las noches nos quedamos viendo la tele acurrucados juntos cuando yo ya debería estar en la cama. Nuestra serie favorita es *Sensación de vivir*, un mundo de adolescentes blancos ricos y los problemas que tienen, un mundo en el que nosotros y nuestros problemas no existimos. En *Sensación de vivir* no hay coches de policía dando vueltas alrededor de los edificios o de la gente, como hacen en Van Nuys todos los días y a todas horas,

como hienas hambrientas merodeando por las llanuras. Durante mucho tiempo los veo, a los policías en sus coches, pero no los entiendo, no sé cuál es su función en el barrio. No nos hablan ni nos ayudan a cruzar la calle. Nunca se muestran amigables. Está claro que no solo no son nuestros amigos, sino que no nos tienen mucho aprecio. Yo intento evitarlos, pero es imposible, por supuesto. Son omnipresentes. Y entonces, un día, paran al lado de nuestro edificio y bloquean el callejón que hay en el lateral.

El callejón es donde mis hermanos se juntan con sus amigos y pasan el rato hablando, probablemente sobre chicas y sobre todas las cosas que seguro que nunca han hecho con ellas. Monte y Paul tienen once y trece años respectivamente y en el barrio no hay zonas verdes, centros cívicos donde jugar al baloncesto, pistas de frontón, parques donde los niños puedan hacer castillos, así que el callejón se convierte en su escondite secreto y van ahí a hablar de cosas que a mí no me cuentan. Yo soy la niña. Tengo nueve años y soy la hermana pequeña a la que no dejan pasar de la puerta negra de hierro rota que intenta, en vano, protegernos del mundo exterior.

Es desde detrás de esa puerta desde donde veo a la policía abordar a mis hermanos y sus amigos, ninguno de los cuales tiene más de catorce años ni está haciendo absolutamente nada más que hablar. Los empujan contra la pared. Les hacen levantarse las camisetas. Les hacen vaciarse los bolsillos. Tocan a mis hermanos con brusquedad, incluso en sus partes íntimas, mientras yo observo desde detrás de la puerta, paralizada. No puedo llorar ni gritar. No puedo respirar y no oigo nada. Ni la sirena que debió de acompañar a las luces rojas giratorias, ni los fuertes gritos dirigidos a los chavales: ¡Contra la puta pared! Más tarde me enfadaré conmigo misma: ¿por qué no los ayudé?

Y más tarde ni Paul ni Monte dirán una palabra sobre lo que les ha ocurrido. No se pondrán a llorar ni a despotricar. No proferirán amenazas estruendosas pero vanas. No hablarán de ello conmigo, que fui testigo de lo ocurrido, ni con mi madre, que no lo fue. No expresarán indignación. No dirán que no se merecen ese trato. Porque una vez que llegan a la pubertad, mis hermanos tampoco esperan que las cosas puedan ser de otra manera.

Guardarán un silencio como el que muchas veces oímos que guardan las víctimas de violaciones. Quizá tienen miedo de que nadie

les crea. De que no se pueda hacer nada para arreglar las cosas, para mejorarlas. Sea lo que sea lo que les pasa por la cabeza después de que les dejen medio desnudos en público, con su infancia tirada al suelo y machacada contra el asfalto, nunca hablaremos de ese incidente ni de los que vendrán después, cuando Van Nuys se convierta en el epicentro de la guerra contra las drogas y la guerra contra las bandas, denominaciones que confieren todavía más libertad a una policía que ya tiene poder para hacer lo que quiera con nosotros. Ahora hay todavía más formas de convertirnos en el enemigo, todavía más formas de hacernos desaparecer.

Y yo no pensaré en ese incidente en concreto hasta muchos años después, cuando empiecen a llegar noticias sobre Mike Brown desde Ferguson (Misuri) y la policía y la prensa conviertan a un chico de dieciocho años muy querido, un chico que estaba a punto de empezar la universidad, un chico que no iba armado, en una especie de King Kong, un ser exagerado, monstruoso, al que solo se podía matar disparándole a la cabeza. Porque eso fue lo que le hizo aquel policía: le disparó a la parte superior de la cabeza mientras el chico se arrodillaba en el suelo con las manos en alto.

Volveré a pensar en ello cuando vea cómo agarran a Freddie Gray, de solo veinticinco años, cuando va montando en bicicleta y lo lanzan a la parte trasera de un furgón policial como si estuvieran tirando una bolsa de basura. Freddie Gray, al que llevaron a dar uno de esos «paseos del *cowboy*» de Baltimore tan brutal que los policías del caso fueron acusados de haber cometido un homicidio con una indiferencia depravada por la vida humana. Con esas palabras. Policías que, como la mayoría de los miembros de los cuerpos y fuerzas de seguridad acusados de disparar a personas negras, fueron absueltos. Incluso habiendo vídeos.

Poco después del día en que mis hermanos son agredidos por la policía en el callejón, da comienzo un nuevo ciclo: empiezan a detenerlos con regularidad y es tal la frecuencia con la que ocurre que al final mi madre se ve obligada a que nos mudemos a otra zona de Van Nuys. Pero no hay ningún sitio en el que puedan estar ni sentirse a salvo. Ningún sitio en el que haya trabajo. Ninguna ciudad, ninguna calle en las que tengan la certeza, la única certeza, de que sus vidas importan, de que se les ama. Intentamos construir ese mundo y

decirles que son importantes y decirnos a nosotras mismas que también lo somos. Pero la vida real puede ser un intruso insistente y despiadado.

Más adelante, cuando me manden a estudiar fuera de mi barrio, en un instituto blanco llamado Millikan y situado en el precioso y acomodado barrio de Sherman Oaks, me haré amiga de una chica blanca que resulta ser hermana del camello de la zona. Tiene bolsas de basura enteras llenas de hachís. Bolsas enteras.

Pero eso no me sorprende tanto como el hecho no ya de que nunca le hayan detenido, sino de que ni siquiera haya tenido nunca miedo de que le detengan. Cuando me lo dice, intento asimilar lo que está describiendo: vivir sin tener miedo a la policía. Pero nunca llego a asimilarlo.

02

Doce

«Una de las peores cosas del racismo son los efectos que tiene en los jóvenes».

Alvin Ailey

La primera vez que me detienen tengo doce años.

Basta esa simple frase para transportarme a ese momento; todo ese miedo y esa humillación infantiles se me han quedado metidos para siempre en el cuerpo, a un nivel muy profundo.

Es el verano de después de mi primer año de instituto y por primera vez tengo que asistir a clases durante las vacaciones por las notas que he sacado en Matemáticas y Ciencias, así que estoy cabreada. No hay ningún otro alumno de Millikan que vaya a clases de refuerzo en este instituto de Van Nuys, solo yo. Este centro es para los chavales de mi barrio. No tiene todo un terreno con instalaciones, pero sí detectores de metales y agentes de policía. En Millikan no hay policía ni detectores de metales.

Por algún motivo, mi cabeza no hace el ajuste necesario. Me sigo considerando alumna de Millikan, cosa que soy salvo durante estos meses de verano, y un día hago lo que he aprendido de mis compañeros de allí que hace uno para sobrellevar las situaciones adversas: fumar hachís. En Millikan es muy normal que haya chavales que aparecen en clase fumados, que se encienden porros en el baño,

que fuman en el césped del instituto. Nadie se busca problemas por eso. No hay policía en ningún sitio. Millikan es el centro para los alumnos con altas capacidades.

Pero en el instituto de mi barrio las cosas son completamente diferentes y alguien ha debido de decir algo de mí y de lo del hachís —entraron dos chicas en el baño mientras yo estaba allí—, ya que a los dos días se presenta un agente de policía en mi clase. Recuerdo que el estómago me dio un vuelco, como en una de esas montañas rusas gigantescas del parque de atracciones Six Flags. Intuyo que viene por mí y, efectivamente, así es. Me dice que me acerque a la pizarra, me esposa delante de todo el mundo y me lleva a dirección, donde me registran la mochila y la ropa, me hacen vaciar los bolsillos, me miran dentro de los zapatos, justo igual que a mis hermanos en el callejón cuando tenía nueve años. No llevo hachís encima, pero me obligan a llamar a mi madre al trabajo y contarle lo ocurrido, cosa que hago entre lágrimas. Yo no he sido, mamá, miento mientras lloro de miedo, un miedo que sí que es genuino. Mi madre me cree. Soy la niña buenecita y se pone de mi lado.

Más tarde, cuando estemos las dos en casa, no me preguntará cómo estoy ni se enfadará por la injusticia cometida. No me acariciará las muñecas, en las que he tenido las esposas apretándome, no me abrazará ni me dirá que me quiere. No lo digo como crítica. Mi madre es alguien que se centra en gestionar las situaciones y encontrar la manera de que ella y sus cuatro hijos lleguemos vivos al final de cada día. Para mi madre, que haya pasado esto pero que todos estemos en casa y relativamente a salvo es un triunfo. Es suficiente. Y así son las cosas durante toda mi infancia.

Más allá de las diferencias raciales y de clase, lo que hizo que el instituto supusiera un choque tan fuerte fue que en el colegio se me consideraba una niña inteligente, brillante incluso, una alumna de diez a la que la profesora de cuarto curso, la señorita Goldberg, dio el gusto de decir que sí cuando le pregunté si podía hacer una presentación sobre el movimiento por los derechos civiles delante del resto de la case. Una semana antes me había dado un libro, *The Gold Cadillac*, de Mildred Taylor, que narra el terrorífico viaje en coche que hacen una niña y su padre por el Sur de la época de la segregación

racial para ir de Ohio a Misisipi, donde viven sus parientes.

Sentía claramente el pavor que recorría las páginas del libro, la sensación cada vez más intensa de que les podían matar. Antes de que cumpliera nueve años, la policía ya había hecho una redada en nuestra casa para buscar a uno de mis tíos favoritos, el hermano de Alton. Mi tío, que consumía y vendía drogas, que se reía con fuertes carcajadas y que siempre me abrazaba y me decía que era listísima, pero que no vivía con nosotros y cuyo paradero desconocíamos el día que la policía irrumpió en nuestro piso cubierta de pies a cabeza con su equipo antidisturbios.

Hasta a la enana de Jasmine, que debía de tener cinco años, le gritaron y le mandaron quedarse sentada en el sofá conmigo mientras la policía arrasaba nuestra casa de una forma que más adelante jamás vería en *Ley y orden: Unidad de Víctimas Especiales*, donde Olivia Benson siempre trata a los niños con delicadeza. En la vida real, cuando yo era pequeña, cuando mis hermanas y hermanos negros eran pequeños, nos trataban como a sospechosos. Jasmine y yo tuvimos que buscar esa delicadeza la una en la otra, abrazándonos, igual de paralizadas que como me quedé yo el día del callejón, esta vez mientras los bruscos policías registraban nuestros dormitorios en lugar de a mis hermanos.

Registraron hasta nuestros cajones. ¿Se pensaban que mi tío estaba escondido en la cómoda?

Pero igual que con el incidente de mis hermanos, una vez que acabó no hablamos de ello.

En cualquier caso, estoy segura de que aquel incidente fue al menos parte del motivo por el que *The Gold Cadillac*, aunque de otra época y otro lugar, fue una historia con la que conecté tanto, el motivo por el que aún la sigo recordando décadas después. Aunque los detalles de la trama eran diferentes, el miedo que recorre sus páginas es el mismo, es el mío. Cuando terminé el libro, quería más. Quería que me confirmaran que eso de lo que no hablábamos era real. Esa fue la razón de que preguntara: Por favor, señorita Goldberg, ¿podría darme más libros para leer?

Claro que sí, dijo, y me dio historias que devoré, pedacitos a la medida de una niña sobre la lucha por la libertad y la justicia.

Por favor, pregunté después a la profesora, ¿puedo hacer

presentaciones sobre los libros para toda la clase?

Sí, contestó, ¿por qué no? Y es que así era la señorita Goldberg, con su pelo castaño a capas de estilo ochentero y el conjunto deportivo a lo *Flashdance* con el que iba a clase todos los días.

Daba un premio (caramelos) a los compañeros que contestaban a las preguntas que les formulaba en las presentaciones de quince minutos que me dejaba hacer la profesora sobre los libros que iba leyendo. Quería que supieran cuál había sido nuestra historia en este país, de dónde venimos. Quería que tomaran conciencia, como la había tomado yo, de ese miedo intenso que nosotros conocíamos. De algún modo tenía que ver con un miedo que sentía yo —que sentíamos todos— en nuestros propios barrios, en nuestras propias vidas, pero que no sabíamos bien cómo nombrar.

Pero gracias a la señorita Goldberg y, más tarde, a la señorita Bilal (que impartía actividades extraescolares y que fue la única profesora negra de piel oscura que tuve en los primeros años de mi educación, que nos habló de la Kwanzaa y del afrocentrismo), afronté el instituto con optimismo, aunque estuviera en una comunidad que no conocía, una comunidad sin mi comunidad. Pensaba que, aun así, allí también me querrían y me estimularían. La madre de Lisa, mi mejor amiga, fue quien oyó hablar de Millikan. Se consideraba un buen instituto en general, pero lo que lo hacía especial era que tenía un programa para alumnos con altas capacidades centrado en las enseñanzas artísticas. Echó la solicitud para su hija y a continuación, hablando una tarde con mi madre y conmigo, dijo: Oye, ¿y por qué no apunto también a Patrisse, si me dejáis? Estaría fenomenal que las niñas pudieran seguir juntas, recuerdo que dijo.

Al cabo de unos meses, a mí me aceptaron en el programa para alumnos con altas capacidades y a Lisa no. Aun así, su madre consiguió amañar su dirección para que Lisa pudiera ir a Millikan y cursar el programa normal, así que al final las dos acabamos estudiando allí. Pero no seguimos siendo amigas, no como antes.

Millikan queda lo suficientemente lejos de mi casa para que tengan que llevarme en coche si quiero llegar puntual a clase por las mañanas. Antes podía coger el autobús urbano con todos los demás niños del barrio, pero llegar a Sherman Oaks es más complicado. El

problema es que nosotros no tenemos coche, que es por lo que nuestra vecina Cynthia se ofrece a ayudar: le presta su coche a mi madre para que yo pueda llegar al instituto sin problemas. Esto no es tan sencillo como puede parecer.

Cynthia, una joven madre de apenas diecinueve años que ha estado saliendo intermitentemente con mi hermano Monte y que acabará teniendo un hijo con él, mi sobrino Chase, había recibido un disparo desde un vehículo en marcha un año antes, estando en una fiesta. Quedó paralizada de cintura para abajo. Pero tiene un coche que le deja prestado a mi madre, una ranchera destartalada de color champán. Las ventanillas traseras no tienen cristales, sino unos plásticos, y el coche entero huele a pis porque, como Cynthia no tiene movilidad en gran parte del cuerpo, a veces pierde el control de la vejiga.

Mi madre me lleva a Millikan en ese coche, cosa que al principio sobrellevo por la emoción de ir en coche. El primer día, sin embargo, enseguida me doy cuenta de que tengo que cambiar de plan. El segundo día, digo: Déjame aquí, mamá, y con eso quiero decir a varias manzanas del instituto. El coche en el que vamos no es como ninguno de los otros que paran delante de Millikan, todos nuevecitos y resplandecientes a la luz del sol matutino. Los chavales se bajan de esos coches, de sus Mercedes y sus Lexus, y salen corriendo hacia el verdísimo césped del instituto mientras sus padres les dicen adiós con la mano, y de pronto tomo contacto con un sentimiento nuevo y repentino que va arraigando en mi interior: una vergüenza que penetra hasta muy adentro, que me envuelve y me define. Me doy cuenta de que somos pobres.

Más adelante, ya de adulta, una amiga me dirá: Pues claro que te sentiste así. La opresión provoca vergüenza, añadirá en voz baja. Pero en el instituto, dada la segregación entre chavales blancos y negros, chavales ricos y pobres, no sé muy bien cómo manejar esa sensación ni la terrible pregunta que acorrala a mi alma de doce años: ¿se supone que tengo que avergonzarme de la gente que me ha criado, que me ha traído al mundo y me lo ha dado todo?

No encajo entre los chavales blancos que fuman porros en los baños o en el césped entre clase y clase. No encajo en el pequeño grupo de chicas negras que de mayores quieren ser Janet Jackson o

Whitney Houston. Llevo pantalones harén al estilo MC Hammer, de entrepierna baja. Mi forma de vestir es una versión propia del estilo negro, influida por el de los mexicanos del barrio en el que me he criado. La gente dice que soy rara, pero yo no me siento rara. Yo simplemente me siento como lo que soy: una chica de Van Nuys a la que le encanta la poesía, leer y, por encima de todo, bailar. Estoy en el Departamento de Danza y mis bailes son una mezcla de danzas africanas, hiphop y mariachi a partes iguales, que es lo mismo que decir que son raros.

Sí que hago un amigo, Mikie, un chico blanco a quien no le molestan mis supuestas rarezas, mis pantalones harén. No dejo de dar la lata a mi madre para que me deje traerle a casa. Me encanta mi habitación y quiero que vea el sitio en el que me convertí en la persona que soy. Yo aún no soy consciente de la vergüenza de mi propia madre, de lo humilde que es nuestra casa. Mi madre era de una familia de clase media muy religiosa que la repudió cuando apareció embarazada de mi hermano Paul a los quince años, casi dos décadas antes.

Y es que, pese a la vergüenza que siento cuando estoy en Millikan, cuando no estoy allí desaparece en gran medida. Este barrio, este mundo, es lo único que he conocido, es lo que he amado a pesar de las penurias, que en realidad para mí no son penurias porque es como vive todo el mundo. Todo el mundo pasa hambre de vez en cuando. Todo el mundo vive en pisos pequeños alquilados. La mayoría de nuestras familias no tienen coche, posesiones de sobra ni cosas relucientes.

Sea como sea, mi madre termina cediendo, seguramente por puro agotamiento, y Mikie, que acabará siendo mi primer novio unos años antes de que él se declare gay y yo *queer*, viene a casa y se baja del coche de sus padres delante de mi edificio.

Cuando bajo a abrirle, se oye el estrépito de una ambulancia en nuestra manzana, cosa que al principio no noto porque en nuestra manzana siempre se oye el estrépito de alguna ambulancia. Pero Mikie no está acostumbrado, así que, entre eso y el aspecto de nuestro edificio, con su pintura descascarillada, mi amigo dice con toda naturalidad y sin ánimo de ofender: No pensaba que vivieras así. Yo no contesto. Nos vamos a mi habitación e intentamos actuar como si

todo siguiera igual.

En el instituto es la primera vez en mi vida que tengo inseguridades. Ya nadie me considera una alumna brillante. Salvo en las clases de baile, nadie me da alas ni parece tener paciencia conmigo. Es en el instituto donde mis notas empeoran por primera vez y acabo creyendo que, de alguna manera, quizá todo ese cariño que recibí en el colegio se ha agotado, que la parte que me correspondía se ha terminado. Con doce años estoy sola, el lugar que me corresponde en el mundo ya no es el de una niña, el de un pequeño ser humano inocente que necesita apoyo. Lo había visto con mis hermanos y ahora me estaba ocurriendo a mí, la llegada de ese momento en que nos convertimos en eso que ya no es adorable ni apreciado. El año en que nos convertimos en algo de lo que deshacerse.

Para mis hermanos, sobre todo para Monte, aprender que ellos no importaban, que eran prescindibles, fue algo que comenzó en la calle, algo que comenzó cuando andaban pasando el rato con sus amigos, algo que comenzó cuando lo que estaban haciendo era ser negros, sin más. La extraordinaria presencia policial en nuestras comunidades, resultado de una guerra contra las drogas en la que nosotros éramos el objetivo pese a que nunca consumimos ni vendimos más droga que los chavales blancos a los que la policía no vigilaba, garantizaba que todos fuéramos conscientes de ello. Para nosotros lo que hacía la policía no tenía nada que ver con proteger y servir, como decía su lema, sino con controlar y limitar los movimientos de niños a los que se había etiquetado de superdepredadores simplemente por su origen familiar y por el lugar donde habían nacido, no porque estuvieran haciendo nada propio de depredadores.

Yo aprendí que yo no importaba precisamente en el lugar que me había dado alas, el lugar donde había encontrado mi norte y mi voz: en las aulas. Y ya no será hasta que sea adulta y tome la determinación de licenciarme en Estudios Religiosos, parte de un largo y exigente proceso que emprendí para recibir mi ordenación sacerdotal, cuando vuelva a disfrutar estudiando.

Unos años después de terminar mi licenciatura, la doctora Monique W. Morris publicó su innovador libro *Pushout: The Criminalization of Black Girls in Schools*, en el que demostró cómo en los centros educativos se convierte a las chicas negras en personas

desechables, no deseadas, no queridas. El 12 por ciento de nosotras recibimos al menos una expulsión durante nuestro paso por el sistema educativo, mientras que la tasa de expulsión entre las chicas blancas es del 2 por ciento. En Wisconsin, de hecho, la cifra es del 21 por ciento entre las alumnas negras y del 2 por ciento entre las blancas.

Habiendo estudiado en centros con alumnas blancas y negras, una cosa que aprendí enseguida es que, aunque nuestro comportamiento puede ser igual o muy parecido, los castigos que recibimos casi nunca lo son. De hecho, en los centros blancos presencié unos niveles de consumo de drogas extraordinarios en comparación con lo que vivieron mis amigas en los institutos de mi barrio. Y, sin embargo, era a mis amigas a quienes vigilaba la policía. Mis amigas del barrio iban a institutos donde no se producían matanzas a tiros, ni siquiera incidentes en los que muriera una sola persona de un disparo, pero en los que había policías con chalecos antibalas patrullando los pasillos, a menudo con perros adiestrados para oler drogas, iguales que los que usaron para atacar a los niños que exigieron el fin de la segregación racial en el Sur.

Para cuando nace Black Lives Matter, sabemos que nos han convertido en personas desechables no solo porque hayamos vivido esas experiencias (a las que casi nadie hacía caso), sino también por lo que dicen los datos y, finalmente, por las terribles imágenes virales en las que unas personas llamadas agentes de seguridad escolar tiran brutalmente de sus sillas a chicas negras cuyo delito ha sido sacar el móvil en clase. Gracias al estudio de Monique Morris, conoceremos el caso de la niña de doce años de Detroit a la que amenazan tanto con la expulsión como con presentar cargos contra ella por escribir la palabra «Hola» en la puerta de su taquilla y el de la chica de Orlando a la que también amenazan con expulsar de su colegio privado si no deja de llevar el pelo al natural.

Doce años.

Para mí aquello también empezó el año en que cumplí doce años. Ese fue el año en el que aprendí que el hecho de ser negra y pobre me definía más que mi inteligencia, mi optimismo o mi entusiasmo. Había tenido muchísimo entusiasmo por aprender. Muchísimas ganas.

Doce años: el momento en que nuestras notas y nuestra motivación parecen importar menos que encontrar la manera de

demostrar que somos delincuentes, personas a las que hay que detener.

Doce años y se nos acabó la infancia.

Doce años y ser quienes somos nos puede costar la vida.

A Tamir Rice le costó la vida.

Era un niño de doce años. Y el policía que le disparó tardó menos de dos segundos, literalmente, en decidir que Tamir debía morir.

Tamir Rice. Doce años.

Doce años y se ha acabado el tiempo.

03

Lazos de sangre

«No les decía que se purificaran ni que dejaran de pecar. No les decía que eran los bienaventurados de esta tierra, su mansedumbre ni su gloria.

Les decía que la única gracia con que contaban era aquella que fueran capaces de imaginar».

Toni Morrison

Por muchos retos que me presente mi primer año de instituto, por muy impactante que sea el cambio de ambiente y por mucho que me cuesten las Matemáticas y las Ciencias, hay un acontecimiento que define ese periodo más que ningún otro y tiene todo que ver con la policía y nada que ver con la policía, todo que ver con la pobreza y nada que ver con la pobreza. Tiene todo que ver con mi raza y nada que ver con ella.

Justo antes de terminar el colegio, justo antes de ir a Millikan y a Sherman Oaks, cuando soy una alumna muy segura de sí misma que ha terminado la primaria y está a punto de lanzarse de cabeza al siguiente capítulo de su vida, un día mi madre y yo estamos fuera de casa, haciendo la compra. En algún momento después de meter los Cheerios en el carro y antes de coger la leche, se vuelve hacia mí y me dice: Cuando lleguemos a casa tengo que hablar contigo. Vale, contesto, aunque me pregunto por qué no hablamos ahora.

Ya en casa, una vez que hemos guardado la compra, me lleva a su

habitación, a su cama, y da unas palmaditas en el colchón para que me siente a su lado. Hago caso. Respira hondo. Se nota que no es una conversación que le apetezca tener. Entonces lo suelta de golpe, sin más. Alton no es tu padre, dice. Es el padre de Paul, de Monte y de Jasmine, pero entre Monte y Jasmine rompimos y yo me enamoré de Gabriel y naciste tú.

¿Gabriel?, pregunto. ¿El hombre que ha estado llamando a casa estos últimos meses?

Sí, contesta, Gabriel es tu padre. Es una frase que para mí no tiene ningún sentido.

¿Quieres conocerle?, me pregunta.

Sus palabras me dejan desconcertada. No sé qué decir ni qué pensar. Me gustaría que todo esto no estuviera ocurriendo. Mi madre está diciendo no sé qué de que se encontró con Gabriel y se dieron los teléfonos, de que le ha hablado de mí. Pero yo apenas oigo esos detalles. Yo estoy rezando: ¿Puede seguir siendo todo igual? Por favor, Dios, por favor.

Miro a mi madre, pero no consigo decir nada de todo eso. Intento hablar, pero no puedo. Tiro con todas mis fuerzas de algo que tengo dentro y que no sé identificar y, rápidamente y con firmeza, digo: Sí, de acuerdo. Quiero conocer a mi padre.

Desde el momento en que mi madre me cuenta lo de Gabriel hasta que le conozco un mes después, en casa no hablamos de él ni una sola vez. No hay detalles de la historia. Nada de así fue como nos conocimos, así fue como nos enamoramos, este es tu verdadero origen. En mi familia se nos da bien sobrevivir y actuar, pero no hablar. En mi familia no somos de analizar las cosas, de desmenuzarlo todo. Gabriel no es un tema del que se hable; es casi como un amigo imaginario o, si acaso, como alguien borroso a quien veo en sueños y a quien no acabo de reconocer, pero que está ahí.

Pero sí que hay un momento, una conversación. Es con Alton, el único padre que he tenido en mi vida. Lleva seis años sin vivir con nosotros. Seis años viniendo solo de visita, sin que sepamos nunca cuándo va a aparecer. A mis doce años, no asociaré el que saliera de nuestras vidas con algún cambio más amplio de tipo social o estructural, sino solo con la idea de que algo tuvimos que hacer sus

hijos para que ese hombre grandullón y cariñoso se fuera. No seré consciente de que le hicieron salir de su propia vida, de la única vida que había conocido: veinte años en la fábrica de General Motors de Van Nuys y, a continuación, nada. Alton encontrará trabajo en talleres mecánicos, en puestos para los que está sobrecualificado, pero nunca recuperará la estabilidad ni volverá a ganar un sueldo digno. Y lo único que sabré yo en ese momento es que le quiero y le echo de menos. Alton, con su fuerte risa y su gran sensibilidad. Por eso, cuando ese día aparece en casa sin avisar, todo escandaloso, y me dice: Venga, vámonos a comer algo, me siento agradecida y salgo dando brincos detrás de él. Papá sombra seguido de minisombra.

Echamos a andar por la calle de la mano. Pasamos por delante del 7-Eleven donde hacemos la compra. De la licorería George's, donde un día compraré tabaco. Llegamos al antro que hay más abajo, el mexicano que nadie se acuerda nunca de cómo se llama. Pedimos unos tacos, pero antes de poder empezar a comer miro a Alton, cuya cara marrón resplandece sudorosa bajo el sol de Van Nuys, y las veo: unas lágrimas que le caen profusamente, unas lágrimas que no concuerdan con un hombre de su aspecto, puro músculo de la cabeza a los pies, un hombre que empezó a hacer pesas a los catorce años y que ya nunca paró.

Alton y sus rizos Jheri, sus Levi's 501 con la raya bien marcada, sus zapatos Stacy Adams. Alton y sus abdominales como tres tabletas de chocolate, que le asoman bajo la camisa de seda casi desabrochada que lleva siempre que no está trabajando. Alton y su masculinidad estereotípica. Llorando a lágrima viva.

¿Sigo siendo tu padre?, pregunta.

Claro, digo.

Nos quedamos callados.

Y a continuación, refiriéndose a mi madre: Yo no quería que te lo contara, dice. No quería que sintieras que eras la hijastra o la hermanastra, la medio tal o medio cual. Que no eras hija mía. Siempre has sido hija mía. No quería que te sintieras diferente.

No sé cómo responder. Nadie me ha preparado para todo esto. Solo sé que no quiero traicionarle, traicionar a mi Alton, a mi padre. Quiero que sienta lo que mi corazón de doce años, mi cerebro de doce años no son capaces de expresar. En ese momento me gustaría que

simplemente nos dijéramos «Te quiero» un millón de veces, pero no lo hacemos. No es como nos relacionamos en mi familia. No decimos nada, solo comemos en silencio. Pero las lágrimas son una señal. Todo está cambiando y me siento culpable. Tengo la sensación de que todo es culpa mía.

Pero tengo que conocer a Gabriel.

Un mes después de la conversación con mi madre en su habitación y tres semanas después de los tacos y las lágrimas con Alton, conozco a Gabriel. Hemos quedado en vernos y me quedo mirando por la ventana hasta que le veo acercarse a nuestra puerta de hierro rota. Llama al timbre y le abro yo. Al verle, se me corta la respiración: somos exactamente iguales.

No nos quedamos mucho rato en casa. Mi madre y él no se dan un abrazo —ella no es muy de abrazar—, pero el trato es cordial. A los cinco minutos nos vamos. Cogemos el autobús y vamos al cine, aunque en mi memoria no ha quedado ni rastro de qué película vimos.

Por entonces, Gabriel aún no tiene coche. Coge el autobús para venir a verme y cogemos el autobús para llegar al cine. Yo todo el rato estoy incómoda con él, sin saber muy bien qué decir, cómo comportarme. A él le es indiferente. Él me da besos y abrazos varias veces a lo largo del día, como se haría quizá con un recién nacido, que en cierto modo es lo que soy para él. Yo acepto sus demostraciones de afecto, pero no las correspondo. Aún no estoy cómoda con la llegada de este nuevo padre a mi vida.

Gabriel me cuenta que vive en un piso de reinserción para gente con drogodependencia. Me dice directamente que está en proceso de recuperación de su adicción al *crack*. Estoy al tanto de lo que es el *crack*. Lo consume todo el mundo, según parece. Al menos en mi barrio, donde no hay columpios, parques, actividades extraescolares, lugares de reunión, cines, empleo, centros de desintoxicación ni asistencia sanitaria para la gente con problemas de salud mental, como mi hermano Monte, que ha empezado a fumar *crack* y a vender cosas de mi madre y que ya está mostrando síntomas de lo que mucho después acabaremos conociendo como un trastorno esquizoafectivo.

Pero sin acceso a más asistencia médica que la del hospital del Condado de Los Ángeles y la Universidad del Sur de California, no

podemos saber lo de mi hermano. Solo sabemos que el *crack* llenaba el vacío en el que habían quedado sumidas las vidas de muchas personas. Somos la generación de después de Reagan, de después de la red de protección social. La generación de la reforma del sistema de asistencia social. La del sálvese quien coño pueda. Y a diferencia de la gente de nuestra misma generación que está en Wall Street, donde se vende y se consume más *crack*, nosotros no tenemos programas de ayuda psicológica para empleados.

Más tarde, cuando vuelva a casa, ninguno de mis hermanos me preguntará qué tal ha ido. ¿Me ha caído bien? ¿Qué hemos hecho? Lo he compartido todo con estas tres personas, Monte, Paul y Jasmine. Secretos, miedos, habitaciones, triunfos, decepciones. Al final siempre acabamos soltándolo todo. Esto no. Esta historia está guardada dentro de un mundo que solamente habito yo.

Y entonces, después de conocer a Gabriel, un día mi madre y yo tenemos una pelea enorme. No recuerdo qué digo o hago, solamente que estoy enfadada con todo y con todos, que respondo mal y ella me da una bofetada. Mi hermano Paul interviene enseguida. Me abraza y me sujeta contra su pecho. Tengo la sensación de que nos pasamos horas así. Me abraza y me mece, mi hermano de un metro noventa y ochenta kilos de músculo.

Siempre vas a ser mi hermana, me susurra Paul.

Siempre vas a ser una de nosotros, dice.

Una semana después de ir al cine hay una ceremonia para celebrar el fin del periodo de rehabilitación de Gabriel. De mi padre. Ha estado en un programa para el tratamiento del alcoholismo y la drogadicción del Ejército de Salvación. Me lleva mi madre. Por el camino no hablamos, pero se ha asegurado de que me he lavado la cara y llevo la ropa en condiciones. De que su hija vaya presentable. Llegamos a la sede del Ejército de Salvación, que es una iglesia y también la vivienda de reinserción donde reside mi padre. Mi madre y yo asistimos a la ceremonia. Veo a mi padre por segunda vez. Es uno de los casi veinte hombres a los que se va a homenajear.

Ha venido su familia (ahora también la mía), que es enorme, casi inabarcable, y en cuanto él se acerca corriendo a saludarme, a coger en brazos a su incómoda hija, los demás hacen lo mismo. Me inundan

de besos y abrazos. Hay tíos, ese día dos, y también tres tías. Mi padre tiene nueve hermanos. Esta es tu abuela, me dice Gabriel. Es una mujer menuda, de baja estatura como yo (menos de un metro sesenta), y su nombre se escribe Vina pero se pronuncia «Vaini», no sé por qué.

Pero la abuela Vina nació en Eunice, en Luisiana, de padre blanco y madre criolla. Mi nueva abuela tiene una larga melena cana que le llega hasta más abajo de la cintura, pero la lleva recogida en un moño, y va vestida con pantalones de chándal, zapatillas deportivas y una camiseta. Me enteraré de que es escorpio y de que para ella la familia es lo más importante del mundo, su prueba de vida, de sentido. Me enteraré de que dice muchas palabrotas, de que dejó el colegio a los diez años y de que mi padre fue su primer hijo varón y el primer hijo que tuvo por decisión propia. Antes de él tuvo dos niñas, pero no se criaron con ella. Me enteraré de que mis tías Lisa y Barbara nacieron a raíz de que mi abuela fuera violada.

La forzó un blanco, me dice mi padre un día cuando le pregunto por qué a la tía Lisa y la tía Barbara siempre se las ve tan enfadadas.

Un hombre blanco forzó a la abuela Vina cuando era muy joven, dice. Ella no pudo criar a las niñas. No sé nada más, dice, y nunca volvemos a mencionarlo. Nadie lo menciona.

Retazos de la historia familiar y heridas que nunca se curan, que se transmiten de generación en generación.

Pero yo adoro a mi nueva abuela inmediatamente, en cuanto me dirige una sonrisa inmensa como el mar y me dice: Bueno, bueno, así que aquí tenemos a la señorita Brignac, después de darme el abrazo más fuerte del mundo y justo antes de que se nos una Darius, el único hijo que tiene mi padre aparte de mí. Tiene veinte años y se acaba de encontrar con una hermana desaparecida. Nos miramos. Nos quedamos callados un momento. Nos abrazamos.

La familia de mi padre no tiene dinero, no es como la de mi madre. La familia de mi madre es de clase media. La única razón por la que somos pobres es que mi madre se quedó embarazada de joven, lo cual contravenía las normas de los testigos de Jehová, lo del sexo fuera del matrimonio y todo eso. La expulsan y ella se pasa años esforzándose para que vuelvan a aceptarla en el Salón del Reino, en el amor. Al final más o menos lo acaba consiguiendo, al cabo de años,

pero no a tiempo para poder volver a la comodidad de la clase media.

Pero la familia de mi madre, el mundo de mi madre, no está presente en esta sede del Ejército de Salvación, en esta iglesia, en las filas y filas y filas de bancos. No hay nada más que este nuevo mundo y yo me siento como una astrónoma que acaba de descubrir un nuevo planeta de repente. Pero es un planeta sin Paul, sin Monte, sin Jasmine, sin mi madre, sin Alton. Un planeta sin el yo que soy junto a las personas con las que vivo, con las que lucho y con las que amo.

No sé cómo manejar estos sentimientos, así que, como no tengo otra alternativa, los aparto. No tardan mucho en dejar de aparecer cuando estoy con la abuela Vina, mi padre, mis tíos y Darius. Ahora soy oficialmente dos Patrisses. La hija de mi madre y la hija de mi padre, que juntas no acaban de sumar una niña entera.

Pero hoy no me dedico a pensar en esas cosas. Por el contrario, estoy concentrada en escuchar a mi padre, que está pronunciando un discurso sobre volver a tener a su familia a su lado. Habla de la curación y habla del derecho que tenemos a curarnos. Con el tiempo acabaré cuestionando los programas de rehabilitación de doce pasos y viendo sus fallos, cómo en muchos sentidos no reducen los efectos negativos de las adicciones porque atribuyen toda la responsabilidad exclusivamente al individuo. No tienen en cuenta todos los factores externos que agravan el consumo descontrolado de drogas, que convierten la vida de la gente en un infierno. La persona que no tiene a su disposición otra cosa que alcohol o *crack* casi nunca obtiene unos resultados tan positivos como la que tiene esas cosas pero también otros apoyos de distinto tipo, incluida la sensación general de que su vida importa.

Pero lo que sí descubro en este momento, así como en todos los que pasaré en otras reuniones del programa de doce pasos en el futuro, es que hay algo rompedor, hermoso y profundamente transformador en presenciar cómo alguien asume la responsabilidad de sus propios actos en público, ante una comunidad congregada con motivo de la curación.

Y en este día, en este momento, mi padre se muestra humilde.

Mi padre pide perdón.

¿Había oído alguna vez a un adulto pedir perdón?

¿Pidió perdón Alton alguna vez por abandonarnos, por que

pasáramos hambre? ¿Pidió perdón General Motors alguna vez por dejar su vida y la de cientos de trabajadores más completamente trastocada por el cierre de la fábrica, sin un plan para poder seguir manteniendo a sus familias y a sí mismos, sin un plan para seguir viviendo con dignidad? Pero ahí está Gabriel, pidiendo perdón y abriéndose ante los demás, lo cual se sale de mis esquemas. Mi madre es una persona reservada. En nuestra casa las cosas de los adultos son cosas de adultos. Gabriel es una persona abierta. Incluso en los momentos abochornantes. Siempre vuelve a la verdad y a la sinceridad. Se dirige a todo el público, pero sé que en realidad se está dirigiendo a mí, a su familia. Nos alaba. Nos da las gracias por no haberle abandonado, por seguir a su lado cuando estuvo en la cárcel, que es con lo que nuestra sociedad respondió a su consumo de drogas.

Más tarde, cuando vuelvo a casa, nadie me pregunta: ¿Qué tal ha ido? ¿Cómo ha sido? ¿Quién más estaba? No recuerdo ni una sola conversación, como si al otro lado de la puerta de casa no estuviera surgiendo todo ese universo. Recuerdo que me fui a mi habitación, me dormí, me levanté al día siguiente y me fui a clase. Qué remedio.

A partir de entonces, inmediatamente Gabriel está presente en mi vida de forma constante. Después de la ceremonia del Ejército de Salvación, todos los viernes viene a buscarme sin falta y vamos a casa de la abuela Vina, donde siempre hay montones de parientes. La familia de mi padre es muy aficionada al deporte y los partidos de fútbol americano, tanto los universitarios como los profesionales, se consideran sagrados. Pero en realidad no importa mucho qué deporte sea: fútbol americano, béisbol, baloncesto, golf (¡golf!), tenis, *hockey*. Fuera el que fuera, mis tíos se sabían todas las estadísticas. Pero no había nada como los fines de semana de fútbol americano y *gumbo* de mi abuela (*gumbo* de pobre: sin marisco, solo con pollo).

Hay veces en esos días que pienso en Paul, Monte y Jasmine, y también en Alton (cuya presencia es mucho más impredecible). Aunque solo durante unos instantes, me pregunto cómo se sentirán ellos al verme desaparecer todos los fines de semana con mi nuevo padre. Pero como no tengo respuestas ni nadie que me guíe, por lo general me limito a sumergirme en la compañía de estos sureños escandalosos que se parecen a mí y que bailan como yo, y poco a

poco, muy poco a poco, empiezo a sentir que soy una de ellos, que soy una Brignac.

Aprendo a ilusionarme con cosas en las que nunca me había parado a pensar, como la Navidad, el Día de Acción de Gracias y los cumpleaños. Como nos criamos como testigos de Jehová, nunca celebrábamos esas cosas; no aparecen en la Biblia y nosotros nos tomábamos la Biblia de una forma increíblemente literal. A los nueve años iba al colegio con mi Biblia y mi ejemplar de *La Atalaya*. Se los leía a mis compañeros y jamás me pareció que me estuviera perdiendo nada por no celebrar la Navidad, ya que formar parte del Salón del Reino me hacía sentirme especial, elegida. Pero ahora estoy con otro grupo, con católicos, y aman a Dios y tienen sus celebraciones y comen y ríen y dicen palabrotas, aunque no se hacen regalos porque a ver quién tiene dinero para regalos. Pero tenemos amor para dar y tomar.

Al final Gabriel, que pasara lo que pasara siempre conseguía encontrar algún trabajo de poca monta, se compra un coche (un Lincoln Town Car de color dorado) y entonces sí que no paramos. Gabriel hace cosas que nunca ha podido hacer mi madre, con sus trabajos y más trabajos, con sus turnos y más turnos. Pero Gabriel no solo tiene el tiempo, sino también las ganas de dedicárnoslo a mí y a mis amigas, ahora en plena adolescencia. Le llenamos el coche de gente y de historias y nos lleva al cine, a comer *pizza* y allá donde deseen ir nuestros corazones de trece años. Nunca nos dice que somos unas escandalosas, aunque está claro que lo somos.

Pero no todo son películas, amigas, familia y partidos de fútbol. Gabriel está muy centrado en su recuperación y un día me dice: Ven, vamos, nos subimos al coche y vamos a uno de los barrios más deprimidos del valle de San Fernando, Pacoima, paramos delante de una iglesia y nos bajamos. Vamos, me dice mi padre, y le sigo hasta una sala en la que se está congregando un grupo de hombres.

No recuerdo ninguna etapa en toda mi infancia en que la gente no me considerara muy madura para mi edad, y quizá por eso mi padre ha pensado que podía traerme a su reunión del programa de doce pasos. O quizá fuera porque, igual que a mí, siempre le gustaba tener a un compañero de aventuras a su lado. Pero, aunque recuerdo lo mucho que me angustió oír a aquellos hombres describir cosas que

habían hecho mientras combatían sus adicciones que habían hecho daño a sus familias —sus ausencias de la vida familiar eran un tema recurrente— y recuerdo oír a mi padre hablar de cómo se escondía, de que nunca quiso que su familia le viera bajo los efectos de las drogas, lo que más recuerdo haber pensado fue en lo estimulante que era la sinceridad. A medida que fui asistiendo a más reuniones a lo largo de los años y tras trabajar yo misma en ellas como terapeuta, me preguntaba: ¿por qué se responsabiliza únicamente a los individuos? ¿Dónde estaba la ayuda que necesitaban esos hombres? Hombres que hablaban de sueños rotos, de desempleo, de la sensación de que el mundo les odiaba y de las agresiones de la policía.

En esos primeros años, sin embargo, las reuniones sirven sobre todo para estrechar lazos con Gabriel, para estrechar lazos con mi padre. Pasamos allí una hora, oigo a los hombres contar sus historias y llorar y les veo apoyarse y ayudarse unos a otros, y después mi padre busca algún sitio para comer —había un filipino que era su favorito— y analizamos su vida, nuestra vida, lo que supone construir esta relación y mantenerla.

Yo no estoy aquí para apartarte de nadie, me dice más de una vez. Estoy aquí solamente para aportar algo a tu vida, algo que te sea positivo y útil. Le creo. Hay algo que me atrae hacia él, que atrae a mi espíritu. Los niños rara vez ven a los adultos ser así de sinceros, abiertos y responsables de manera natural, no como reacción a algo. Entonces no era capaz de verbalizar el efecto que tenían en mí aquellas conversaciones, pero empiezan a cambiarme, empiezan a hacer que yo también me proponga ser así.

De todas formas, no todo son reuniones y conversaciones intensas sobre los fracasos y la abstinencia. También hay muchos fines de semana de barbacoas en el parque, donde mi padre y sus hermanos juegan partidos de béisbol. Tienen montada una liga de adultos, con uniformes y todo, y mientras dura la temporada, vamos todos a animarles y a comer allí. Esos son mis ratos preferidos, los ratos en que la enemistad entre los hermanos desaparece temporalmente, y solo ocurren cuando está mi padre y si él está bien, según me cuentan. Si él no está, se acaban los partidos.

Pero cuando él sí está, reservamos tiempo para ir al parque y los hermanos (no todos del mismo padre) se juntan. Vienen hasta las dos

mayores, las que no se criaron con la abuela Vina, las que nacieron a raíz de que fuera violada. Mi padre es el tercero y el primero que tuvo porque quiso. Mi abuela era la amante de un hombre y Gabriel fue el único hijo nacido de esa relación. Los siguientes nacieron después de que se casara con un hombre del que nadie habla ya, un hombre que los maltrataba, física y emocionalmente. Mi abuela mima a esos hijos, incluso ahora, quizá para intentar aliviar las heridas que les causó su padre, mientras Barbara y Lisa, las del padre blanco, las del padre violador, hierven de indignación en un segundo plano.

Cuando la cosa explota, como sucede a menudo, es a Gabriel a quien acude todo el mundo. Gabriel es como Suiza, o quizá como la idea original de las Naciones Unidas. Él lo analiza todo con ellos, les anima a perdonar, a hacer que prevalezca el amor. Utiliza su delgado cuerpo de piel marrón y su hermoso y gran corazón como un bálsamo, como una medicina. Gabriel consigue que todos se muestren, nos mostremos, como somos, sin máscaras y sin miedos, y nos une. Nos dice que nos aprecia. Nos hace sentir que las cosas se van a calmar y que todo va a ir bien. Mírame a mí, dice. Nos recuerda que el amor siempre vence. Y yo, una niña de una familia poco dada a expresar las cosas verbalmente y menos aún físicamente, empiezo a conocer una libertad que no me había dado cuenta de que necesitaba. Empiezo a experimentar algo parecido a un hogar en mi propia piel y en mis propios músculos, en los huesos, en las venas. No quiero que esto se acabe nunca. Quiero que dure para siempre. Que esto sea lo normal durante el resto de mi vida. Pero nada dura eternamente.

Igual que tres años antes, es mi madre quien me da la noticia. Llevo una semana, puede que más, sin conseguir hablar con mi padre, y ese hombre que ha estado llamándome todos los días, el hombre que no se ha perdido ni un solo fin de semana conmigo, de repente se ha desvanecido. Sigo llamándole y mi madre también lo intenta, hasta que una noche me sienta en su cama.

Es tu padre, dice. Va a volver a entrar en la cárcel.

Y en la habitación donde un día mi madre me dijo que tenía un nuevo padre, la habitación en la que ahora me ha dicho que he perdido a mi nuevo padre, me derrumbo. Sé que la cárcel había formado parte de la vida de Gabriel, pero no había formado parte de nuestra vida en común. Nuestra vida en común giraba en torno a la

curación. No consigo concebir a mi padre así, apresado, encadenado.

Mi padre se ha ido, pero sigue estando presente, en forma de hueco en mi corazón. No lo entiendo, le digo a mi madre, llorando. Me dice que es verdad. Me dice que se lo ha confirmado mi abuela Vina.

Mi madre había estado llamándole una y otra vez, en aquellos tiempos anteriores a la ubicuidad de los teléfonos móviles. Al cabo de tres semanas, puede que cuatro, consiguió hablar con la abuela Vina. Y en esos tiempos, mucho antes de que los que mandan decidieran que nuestro sistema de justicia penal necesitaba una reforma, nosotros, los familiares, no tenemos otra cosa que nuestra vergüenza. No hay grupos de apoyo ni sitios a los que poder ir a hablar de lo que está pasando. Ni siquiera me dicen (aunque me lo imagino) que el motivo por el que ha vuelto a la cárcel sea un delito relacionado con las drogas. Pero yo no pregunto. No sé que tengo que preguntarlo.

Pasará más de una década antes de que conozca a la activista y experta en derecho Deborah Small, que dirá que la adicción fue la base sobre la que se construyó este país —la producción de ron y otras bebidas alcohólicas, tabaco, azúcar— y que ahora es motivo de encarcelamiento. La cárcel no siempre ha sido la respuesta al consumo de drogas, le dirá a un yo adulto y capaz de analizar lo que le ocurrió a un hombre al que quería.

Pero cuando soy una niña, una adolescente de dieciséis años llorando en la habitación de mi madre, solo sé una cosa. Si se supone que las cárceles sirven para que la sociedad sea más segura, ¿por qué siento tanto miedo y dolor?

En 1986, cuando tengo tres años, Ronald Reagan reimpulsa la guerra contra las drogas iniciada en 1971 por Richard Nixon militarizando aún más a la policía de nuestras comunidades, lo que lleva a un aumento del número de hombres negros y latinos a los que se encarcela. Entre 1982 y 2000, el número de presos en las cárceles del estado de California aumenta un 500 por ciento. Tendrá que pasar casi un cuarto de siglo para que una sentencia acordada obligue a mi estado a reducir su población reclusa, lo que esperamos que marque el final de lo que se acabará llamando la crisis de los derechos civiles de nuestros días. Una generación de seres humanos, de mujeres negras, de niñas y niños negros, de hombres negros —entre ellos, mi padre y,

con el tiempo, mi hermano— que se considera que no tienen ninguna función importante en nuestro país excepto la de ser presos.

Los presos son valiosos. No solo trabajan por una miseria para las marcas que tanto le gustan a la gente de nuestro país, sino que generan empleo para personas mayoritariamente blancas y pobres, puestos de trabajo que reemplazan a los que han desaparecido en las comunidades rurales. Personas blancas y pobres seleccionadas para ser vigilantes en los centros penitenciarios, que trabajan en los moteles de las poblaciones donde hay cárceles, en los que tienen que alojarse las familias que hacen viajes de once horas en coche para llegar a las zonas rurales más remotas del estado, que reparten la comida de microondas que tenemos que comprar en las máquinas expendedoras de la cárcel.

Las empresas pagan y a cambio pueden obligar a los presos, que legalmente son considerados esclavos por la Constitución, a hacer lo que se les antoje. No hace falta contratar trabajadores en las fábricas estadounidenses. Utilizar a los reclusos es incluso más barato que llevarse esos trabajos a países remotos para que los hagan niños de ocho años. Las matrículas de los coches se fabrican en las cárceles, así como la mitad de todas las banderas de Estados Unidos, pero los que ganan dinero de verdad en este periodo de expansión de las cárceles, entre los años ochenta y principios de este siglo, son Victoria's Secret, Whole Foods, AT&T y Starbucks. Y esas son solo unas pocas. Las acciones de cárceles privadas y de empresas afiliadas a las cárceles representan la mayor industria en expansión del mercado estadounidense en los años en que el milenio se aproxima a su fin entre alambradas de púas.

No hay manuales que te orienten cuando pierdes a un padre por un ingreso en prisión, a pesar de que el año en que mi padre vuelve a la cárcel hay diez millones de niños en Estados Unidos que experimentan esa pérdida.

Pero no hay libros de autoayuda que consultar ni oraciones que rezar.

Michelle Alexander aún no ha escrito El color de la justicia.

Barack Obama aún no ha sido elegido y no ha terminado su mandato con la mayor reducción de la historia del número de presos en las cárceles federales.

Aún no se ha abordado la disparidad entre las penas por posesión de

crack *y de cocaína en polvo y la discriminación racial que supone.*

Todavía no se han destinado cientos de millones de dólares a organizaciones sin ánimo de lucro dedicadas a la lucha contra el encarcelamiento masivo.

Bill Keller aún no ha dejado su elevado puesto en The New York Times *para asumir la dirección del Marshall Project, y Justice Strategies aún no ha creado su blog para hijos de presos.*

Angela Davis todavía no nos ha preguntado «¿Están obsoletas las prisiones?» y Ruthie Gilmore aún no ha llevado a cabo sus impresionantes investigaciones sobre las cárceles de California y otros lugares.

Pero en el pequeño mundo que habitas en el barrio latino de Van Nuys, no sabes que hay millones de niños y adolescentes que están sintiendo lo mismo que tú, que están pasando por lo mismo que tú, la desorientación, la pérdida de estabilidad y de seguridad, el convencimiento de que un día puedes despertarte y encontrarte con que cualquiera, quizá todo el mundo, ha desaparecido.

Tú solo sabes aquello que puedes calcular:

Se va a perder tus actuaciones en el instituto.

Se va a perder tu graduación.

Se va a perder las celebraciones de cuatro cumpleaños (¡la de tus dieciocho!).

Se acabaron los Días de Acción de Gracias en casa de la abuela, se acabaron las Navidades.

Los besos y abrazos que al principio te avergonzaban y después te sostenían también se van a terminar.

No tienes palabras para explicar todo esto, la magnitud de la pérdida. ¿Existen palabras siquiera para describir ciertos tipos de desolación? ¿Existen imágenes en el mundo real que se acerquen al aspecto del corazón hecho pedazos de una chica negra?

Por eso lo ocultas en escondites secretos y no dices nada.

Pero eso te comportas como si estuvieras bien.

Por eso vas a clase y haces como si las ecuaciones cuyo resultado nunca es que tu padre vuelva a casa tuvieran algún sentido.

Por eso a veces piensas: No puedo respirar.

No puedo respirar.

No puedo respirar.

04

La magnitud y el vínculo

«Somos la cosecha del otro;
somos asunto del otro;
somos la magnitud y el vínculo del otro».

Gwendolyn Brooks

Justo cuando estoy empezando a acostumbrarme a todos los cambios que ha supuesto convertirme en una Brignac, tengo que acostumbrarme a lo que significa dejarlos a un lado. La familia de mi padre me quiere, pero tras solo cuatro años con ellos aún no estoy completamente integrada en su vida cotidiana. Eso quiere decir que, una vez que dejan de ver a mi padre, también dejan de verme a mí, una situación que se mantendrá durante todos los años en que él no esté.

No los veo.

No hablo con ellos por teléfono.

Nuestra relación es algo que pertenece al pasado, y cuando llevo la mirada hacia un futuro incognoscible, empiezo a entender por completo el papel de mi padre en su familia, el de un auténtico imán.

Gabriel nos atraía. Él era lo que hacía que toda la familia se juntara a resguardo del mundo exterior. Todos juntos. Una vez que él no está, mis tíos dejan de quedar todos los fines de semana para jugar al béisbol, según me cuenta mi prima Naomi. Durante un tiempo

vamos al mismo instituto y ella es quien me mantiene al tanto.

Se acabó el juntarse los sábados a ver los partidos de fútbol americano.

Se acabó el juntarse a comer *gumbo* de pobre entre risas y conversaciones a gritos.

Sigue habiendo reuniones familiares en los días festivos, pero sin el espíritu sanador de Gabriel para calmar los ánimos no puedo ni imaginarme cómo serán. Y, en cualquier caso, yo no estoy invitada.

Pese a todo, yo ahora quiero a Gabriel y él me quiere a mí, así que intentamos seguir en contacto.

No puedo ir a ver a mi padre si no me lleva un adulto, aunque si pudiera tampoco querría ir sola. Gabriel y yo mantenemos el contacto por carta. Nuestras cartas son cortas. Mi padre siempre escribe exactamente lo mismo al principio de las suyas:

> *Mi querida Patrisse:*
> *Espero que te encuentres bien…*

En todas sus cartas me pide perdón. Me dice que me echa de menos. En todas sus cartas me promete que vendrán tiempos mejores, más felices.

Yo le contesto que también le echo de menos. Le digo que tengo muchísimas ganas de volver a verle. Pero en las cartas no hablamos de la cárcel en sí, de cómo es estar allí, lejos y encerrado. No hablamos de por qué le han condenado, aunque supongo que tiene que ver con las drogas, pues sé que es por eso por lo que parece que meten en la cárcel a la mayoría de la gente. Pero esas cartas, esas notas que me envía todas las semanas, casi podrían ser de alguien que me escribiera desde otro colegio o desde algún país lejano. Por eso yo tampoco le cuento nada de mi vida, de lo que pasa dentro de ella, y concretamente de Monte, a quien, justo después que a mi padre, también meten en la cárcel.

Un día estoy en clase de baile y Monte es quien tiene que venir a buscarme. No aparece, pero no me asusto. Para entonces ha empezado a mostrar comportamientos extraños. Como el día que entró de repente en mi habitación todo emocionado y cariñoso. Esto es para ti, Trisse, me dijo mientras me daba un billete de diez dólares nuevecito. Ni siquiera había acabado el día cuando volvió con un gesto de súplica

y desesperación en la mirada. Trisse, ¿podrías devolverme los diez dólares?, preguntó, con delicadeza pero con insistencia. Se los devolví, claro, junto con un pedazo de mi alma.

Pero mi madre, a quien llamo el día que Monte no viene a buscarme, me dice que coja el autobús y yo obedezco, así que tengo tiempo para pensar en mi hermano. Supuse que estaría tomando drogas, la causa de sus brutales cambios de humor, de que a veces se pasara horas encerrado en el baño y le oyera llorar.

Monte, le decía yo desde fuera. ¡Monte, déjame entrar! ¡Te quiero!

Déjame, Trisse, decía entre sollozos, y se negaba a seguir hablando.

Salvo cuando sí que seguía hablando. Y es que esa era su otra cara. Había días y noches en que mi hermano no dormía, en que no paraba de parlotear, en que estaba más seguro de lo que jamás ha estado nadie de nada de que podía coger esto, esta vida, por los cuernos y echar a correr. Ni yo ni los demás sabemos cuál de estos Montes nos va a recibir cada buena mañana, cada larga noche. Y en muchos sentidos lo aceptamos con naturalidad, lo acepto con naturalidad. No sabemos qué otra cosa hacer y, además, ¿no tiene derecho Monte a su propia inconstancia? Al fin y al cabo, tampoco él sabe nunca cómo le va a recibir el mundo.

Me pasé la infancia viendo cómo detenían a mi hermano. Una vez, cuando yo tenía doce años, un día iba andando por la calle con él y se nos acercó un policía al que veíamos a menudo.

¿Eres Monte Cullors?, le espetó.

Sí, contestó mi hermano.

Y eso fue todo. Esposó a Monte delante de mí y se lo llevó. Yo no tenía ni idea de por qué. Aún hoy sigo sin tener ni idea de por qué. Lo único que sé es que ocurría a menudo, y no solo con Monte. Me cuesta pensar en algún chico de mi barrio que no pasara nunca por un centro de detención de menores o al que no arrestaran al menos una vez.

Ahora me resulta interesante que en la época en que estaba sucediendo eso, una época en la que mi madre tenía varios trabajos y aun así sus ingresos apenas nos daban para vivir, una época en la que Alton había sido expulsado de la industria a la que había dado su vida y esta no le había diseñado ni ofrecido ninguna alternativa y una época en la que Gabriel recibió una pena de prisión en lugar de un

tratamiento, los estadounidenses, blancos y negros, estuvieran implicadísimos en el empujón final para poner fin al *apartheid* en Sudáfrica. En el proceso de Rivonia, en su famoso discurso «Estoy dispuesto a morir», Nelson Mandela dijo lo siguiente:

> Nuestra lucha es contra dificultades reales, no imaginarias, […] la pobreza y la falta de dignidad humana […]. La falta de dignidad humana que sufren los africanos es el resultado directo de la política de la supremacía blanca. La supremacía de los blancos supone la inferioridad de los negros. Tener una legislación que está diseñada para preservar la supremacía blanca afianza esta noción.[…] No los ven como a personas que tienen sus propias familias; no se dan cuenta de que tienen sentimientos, de que se enamoran igual que los blancos; de que quieren estar con sus esposas e hijos igual que los blancos quieren estar con los suyos; de que quieren ganar dinero suficiente para mantener a sus familias como es debido, para darles de comer, vestirlos y mandarlos a la escuela.

El discurso continuaba así:

> La pobreza y la desintegración de la vida familiar tienen efectos secundarios. Los niños vagan por las calles de los guetos porque no tienen escuelas a las que acudir o dinero para poder ir al colegio, o porque no tienen unos padres en casa que se encarguen de que vayan al colegio, ya que ambos progenitores (si es que hay dos) tienen que trabajar para mantener a flote a la familia. Esto tiene como resultado […] un aumento de la violencia, que estalla no solamente en el ámbito político, sino en todas partes. La vida en los guetos es peligrosa.
>
> […] Los africanos quieren cobrar un salario digno. Los africanos quieren hacer trabajos que son capaces de hacer […]. Los africanos quieren que se les permita tener tierras en propiedad en los lugares donde trabajan y no estar obligados a vivir en casas alquiladas que nunca pueden considerar suyas. Los africanos quieren formar parte de la población y no tener que vivir recluidos en sus propios guetos. Los africanos quieren la parte que les corresponde del conjunto de Sudáfrica; quieren tener seguridad y poder participar en la sociedad.
>
> […] Por encima de todo, queremos los mismos derechos políticos, ya que sin ellos nuestras desventajas serán perennes.

Prácticamente en todos los sentidos, las palabras que pronunció Mandela en el juicio de Rivonia en 1964 las podría haber pronunciado alguno de nuestros líderes refiriéndose a Los Ángeles en 1992, el año del levantamiento. Los fondos para la educación no se distribuían de forma equitativa. Nuestros programas sufrían recortes. Nuestros padres tenían trabajos absolutamente precarios. Nuestras familias estaban hechas pedazos. Empiezo a ser consciente de esto cuando tengo algo con lo que compararlo. Como sucede en una ocasión cuando aún estoy en Millikan.

Me he hecho muy amiga de Tiffany, una chica blanca que también estudia allí. Vive en Sherman Oaks, igual que el resto de los alumnos, y un día me invita a cenar a su casa. Cuando está empezando a anochecer, nos juntamos todos, yo con toda su familia, en una sala que sirve exclusivamente de comedor y su padre, un hombre amable y rollizo, nos pregunta qué tal nos ha ido el día, qué hemos aprendido, qué cosas nos interesan y qué sueños tenemos para el futuro. ¿Has pensado qué quieres hacer cuando seas mayor, Patrisse?

Es increíble. ¿Quién pregunta esas cosas a los niños, y además delante de una mesa bien puesta donde está reunida toda la familia para cenar y conversar? Yo eso solo lo he visto en las películas, en las series de televisión que tanto me gustan, en *Sensación de vivir*. Pero esto es el mundo real y ahora estoy dentro de él.

¿Alguna vez he vivido un momento así en mi propia casa? Mi madre se va a trabajar todos los días antes de las seis de la mañana y vuelve pasadas las diez de la noche. Esa es nuestra vida. Esa ha sido siempre nuestra vida. Y aunque vivimos y amamos y reímos, también hay un dolor absoluto e implacable que está ahí, que siempre ha estado ahí, justo debajo de la superficie. Sospechamos que las cosas no deberían ser de esta forma, pero no tenemos claro cuál es la otra forma.

La cosa es que estoy cenando en casa de mi amiga, en su mesa con sus padres, con ese hombre amable y rollizo, ese padre que preguntaba a su hija (¡y me preguntaba a mí!) por nuestro día y nuestros sueños, y tras unas cuantas visitas y conversaciones sobre la vida y sobre el sitio en el que vivo yo, resulta que acabamos cayendo, él y yo, en que nos conocemos; el padre y yo nos conocemos. O al menos él conoce a mi madre.

Este padre, este hombre que me interroga con amabilidad sobre mis días y mis sueños, es, por decirlo claramente, el casero explotador que le alquila a mi familia el cuchitril en el que vivimos. Es el propietario de muchos de los edificios de nuestro barrio de Van Nuys, de nuestro barrio pobre. De nuestro barrio sin blancos. Nuestro edificio es uno de los suyos. Es justamente la persona que permitió que mi familia estuviera cerca de un año viviendo sin una nevera que funcionara. Me quedo impresionada ante la casualidad. No sé qué decir, así que no digo nada. Me parece que, si digo algo, alguien pensará que me lo estoy inventando, esto de estar disfrutando de una comilona con una amiga a cuyo amable padre le da igual que mi familia no pueda hacer lo mismo. Podía entender que alguien pensara que estaba mintiendo o, como poco, adornando la historia, para añadir más dramatismo.

Pero no habría estado mintiendo. Como tampoco estoy mintiendo ahora.

Es tan cierto como el hecho de que nuestro barrio, Van Nuys, que limitaba con el barrio blanco y rico de Sherman Oaks, era el epicentro de la guerra contra las drogas y la guerra contra las bandas. No podía permitirse que nosotros, los otros, los de piel oscura, nos saliéramos de nuestras fronteras. No podía permitirse que nosotros, nuestra pobreza y nuestra música y nuestra comida diferente y nuestros recordatorios de que ellos, los residentes del precioso barrio de al lado, tenían dinero solamente a nuestra costa, penetráramos en el mundo blanco y pulcro de Sherman Oaks. Por supuesto, no era eso lo que decían, que no querían que nada les recordase a costa de qué podían ellos seguir siendo ricos.

Eran los años noventa y lo que se decía más que nada —con palabras cuidadosamente escogidas— era que haber nacido negro o mexicano era suficiente para ser calificado de miembro de alguna banda, de delincuente peligroso metido en asuntos de drogas. Y, quitando quizá a Maxine Waters, había pocos dirigentes que dijeran que todo eso era un disparate. Un grupo de chavales que estuvieran en la calle —puesto que no había parques ni zonas de recreo, programas de actividades ni ningún sitio donde pasar el rato que no fueran las aceras y los callejones— se convertía en una banda. Y era sobre todo a niños a quienes se detenía en aquellos años. Niños que fueron la

primera oleada de daños colaterales de la guerra contra las bandas, la guerra contra las drogas, dos expresiones en clave que querían decir «pillar a todos los putos negros que podamos».

No existía un plan educativo para nosotros; los presupuestos de educación habían sido objeto de profundos recortes y una década antes Reagan había declarado que el kétchup era una verdura, así que eso era lo que nos daban de comer a quienes dependíamos de los desayunos y los almuerzos del colegio para llegar con vida al final del día. Sin un plan educativo y sin ninguna opción de convertirnos en dueños de nuestro propio destino o en personas con poder de decisión que contribuyeran a una economía diseñada para recompensar solo a unos pocos, lo único que nos quedaba era la cárcel o la muerte.

Si no nos moríamos, podíamos ir a la cárcel, donde podríamos trabajar para el estado de California y para empresas cuyos productos no podíamos permitirnos. Y el periodo de aprendizaje para ese tipo de trabajo, el que se hace en las cárceles, empezaba muy pronto. Empezó cuando Monte y sus amigos eran unos críos. Los niños entraban en un ciclo de ingresos y salidas de los centros de detención, donde se les entrenaba y se les fichaba, se les preparaba para pasar periodos más largos en cárceles situadas en lugares remotos. A menudo les daban palizas y los maltrataban, con frecuencia los humillaban obligándoles a desnudarse, orinar y defecar en público, les hacían descubrir su sexualidad delante de gente que los odiaba, y después los soltaban para que le contaran a la gente que eran chavales duros y fuertes y una prueba viviente para otros críos: Este es tu futuro. Prepárate. Sé un puto hombre.

Aunque no comparto esa forma de entender la seguridad pública, supongo que hay argumentos convincentes para defender que sacando a una persona conflictiva de un lugar, quizá el cabecilla o el abusón del barrio, se consigue que una comunidad se vuelva más segura.

Pero para nosotros, para la población negra, el encarcelamiento masivo primero de nuestros padres y más tarde de nuestras madres hizo que nuestra vida fuera de todo menos segura. Casi no había adultos presentes en nuestras vidas para amarnos, criarnos, defendernos, protegernos. Casi no había nadie que nos dijera que nuestros sueños, nuestras vidas y nuestras esperanzas importaban. Así que lo hicimos nosotros mismos, como mejor supimos.

Eso, más que ninguna otra cosa, fue lo que marcó la evolución de las bandas en Van Nuys. Los grupos de chavales a los que primero calificaron de bandas eran chicos muy jóvenes en pandillas de amigos, de mis amigos, y adoptaron una actitud defensiva ante lo que veían y sentían como un verdadero ejército que avanzaba hacia ellos, a pie y en coches patrulla a los que las autoridades del condado habían ido destinando cada vez más dinero para vigilarnos. Peores aún que los coches de policía, y lo que más miedo daba de todo, eran los helicópteros. Los teníamos encima a todas horas del día y de la noche, con sus reflectores dirigidos a la oscuridad, dando vueltas y vigilando, como buitres en busca de la mejor presa sobre la que lanzarse a continuación.

Y ahí estaba Monte. Mi Monte. Mi hermano.

Él y sus amigos —todos nosotros, en realidad— estaban allí intentando mantenerse a salvo del ataque de unos adultos que, como en Vietnam, consideraban que el enemigo era cualquier persona de piel oscura que se moviera. Él y sus amigos acababan detenidos e incluso internados por:

1. Hacer grafitis.
2. Consumir alcohol siendo menores de edad.
3. Llevar encima navajas de cinco centímetros.
4. Saltarse las clases.
5. Hacer cosas de críos.
6. Decir tonterías.
7. Contestar.
8. Ir vestidos con las mismas camisetas. Tal cual.

La legislación en materia de bandas estaba redactada de una forma tan genérica que, según su propia definición, se podría haber detenido incluso a los miembros del Congreso. La Unión Estadounidense por las Libertades Civiles documentó que «las órdenes judiciales dictadas contra las bandas hacen que actividades cotidianas que en otras circunstancias son legales (como coger el autobús con un amigo o ir a recoger a un cónyuge al trabajo a altas horas de la noche) se vuelvan ilegales cuando las hacen aquellos a quienes se persigue con estas medidas». También argumentaron, con razón, que:

> Uno de los aspectos más problemáticos es que muchas de estas

> órdenes confieren a la policía demasiado poder discrecional para determinar que una persona pertenece a una banda sin tener que presentar ninguna prueba ni imputarle siquiera un delito. La policía tiene que basarse en cosas como la apariencia de la persona, dónde vive y a quién conoce. En consecuencia, hay un enorme potencial para que las actuaciones policiales se basen en criterios raciales, lo que tiene un especial impacto en los jóvenes racializados. Pese a la existencia documentada de bandas blancas, en California no se ha dictado ni una sola orden judicial contra una de ellas.

Se encarcelaba a chavales por el mero hecho de estar vivos en un lugar en el que se nos había declarado la guerra. Y la propaganda, la racionalización de lo necesario que era acabar con nosotros, con una generación a quienes se nos llamó superdepredadores, era promovida tanto por republicanos como por demócratas y, con algunas excepciones, tanto por negros como por blancos. Era un razonamiento muy conveniente: cargar la responsabilidad sobre los estrechos hombros de personas que no votaban (y que, tras demasiadas detenciones, nunca votarían), de niños de trece años, chavales de catorce, quince y dieciséis años, y eximir así de toda responsabilidad a los propios adultos. Bastaba con mencionar las drogas, con mencionar las bandas, para no tener que hablar de lo que suponía meter a un montón de adolescentes juntos en una comunidad sin recursos, sin actividades, sin enseñanzas artísticas, sin orientación, sin más amor que el de sus familias, a su vez dañadas y melladas a diario.

Tampoco importaba lo mal pensada y aplicada que estaba la legislación en materia de bandas, con la asignación de millones y millones y millones de dólares a la policía y no a todo aquello que, como sabe cualquier padre o adulto en su sano juicio, necesitan los jóvenes para salir adelante con éxito: buenos colegios, actividades que desarrollen la creatividad, programas culturales y deportivos y espacio en el que simplemente puedan estar tranquilos. Fue tal la ineficacia de esa legislación que en mi ciudad, Los Ángeles, el sitio de todo el estado con el mayor número de órdenes judiciales diseñadas, según dijeron, para acabar con las actividades de las bandas, entre 1990 y 2010 murieron diez mil jóvenes. Fue por eso por lo que, al no tener a nadie que tomara partido por nosotros, tomamos partido por nosotros mismos. Y que pasara lo que narices tuviera que pasar.

Alguien cercano me preguntó una vez: ¿Cómo explicas entonces lo de Paul? ¿Cómo es que a él no le cogieron ni le metieron preso? Mi hermano Paul, explico, nunca fue niño. Una vez que se fue Alton, Paul era quien nos hacía el desayuno y la cena y nos acostaba. Paul era el hombre de la casa cuando aún no era ni el adolescente de la casa. Paul nunca fue niño, nunca hizo las cosas que hacen los niños: andar por ahí con los amigos, armar escándalo en la calle, adoptar los comportamientos estúpidos y peligrosos que caracterizan el paso a la vida adulta. Paul tenía cuarenta años antes de cumplir los catorce. Así es como explico lo de Paul, digo.

Pese a todo, cuando detienen a Monte y se enfrenta a una imputación por tentativa de robo, lo que significa una pena de cárcel de verdad, nos invade un terror desconocido. Sabemos cómo funciona el sistema de centros de internamiento de menores, cómo movernos por él, pero esto es totalmente distinto. Con solo diecinueve años, Monte pasa dos largos meses en la cárcel antes de que consigamos averiguar siquiera dónde está. Mi madre llama una y otra vez y lo intenta una y otra vez, pero los barrotes de fuera son tan gruesos y tan reales como los de dentro. Al final se produce un avance: después de muchas visitas, alguien permite que mi madre vea a mi hermano. A saber por qué ese día la dejan. Las normas de los calabozos y las cárceles son caprichosas, diga lo que diga la teoría. De modo que mi madre, sola, va a ver a su hijo a Twin Towers, una de las muchas cárceles que integran el sistema penitenciario del condado de Los Ángeles.

No será hasta años más tarde, siendo yo ya adulta, cuando me cuente lo que vio: al hijo al que trajo al mundo, el que adoraba los animales y en tiempos se partía de risa con nada, su hijo grandullón de metro noventa, ahora consumido, con veinte kilos menos en un cuerpo que de pronto se había vuelto frágil. Le han pegado y magullado. ¿Quién ha sido? Mi madre le pide que se lo diga, pero Monte se niega. Tiene demasiado miedo. Pasarán años antes de que me entere de que Monte estaba en pleno episodio psicótico cuando se lo llevaron al calabozo. Estaba oyendo voces. Estaba completamente trastornado y muy alterado. La psiquiatra de la cárcel es la primera en dar un diagnóstico que explica por qué Monte tiene esos cambios de humor, ese comportamiento imprevisible: sufre un trastorno

esquizoafectivo. Pero a nosotros nadie nos informa de eso.

Nos enteramos más adelante, mucho más adelante. Después de que ingrese en prisión. Mucho después. Igual que será más adelante cuando nos enteremos de que fueron los agentes de la cárcel del condado de Los Ángeles quienes le pegaron a causa de su enfermedad. Le agredieron, le tuvieron sin agua, le ataron —inmovilizándole las cuatro extremidades— y le medicaron casi hasta dejarle sin vida. Existen medicamentos para cuando se está teniendo un brote psicótico que pueden hacer que la persona vuelva completamente o en gran medida a su ser. Eso no fue lo que le hicieron a mi hermano. A Monte le medicaron para incapacitarle, para anular su humanidad. Para hacerle perder la dignidad.

El día que mi madre averigua dónde está Monte y le visita en la cárcel del condado a través del cristal que separa a madre e hijo, él apenas es capaz de mantenerse en pie.

Está babeando.

Es incapaz de pronunciar una frase entera con sentido.

Pero es capaz de levantar una mano y ponerla contra el cristal, mientras mi madre, temblorosa, acerca la suya desde el otro lado.

Te quiero, hijo mío, mi niño, mi pequeño. Te quiero muchísimo.

Monte es imputado por tentativa de robo con allanamiento de morada después de que le pillen intentando colarse en una casa por una ventana. Podrían caerle seis años de prisión. En una de sus conversaciones por teléfono, le explica a mi madre que lo que pasó fue algo ajeno a su voluntad.

Ellos me dijeron que lo hiciera, le confiesa. Ellos me obligaron, susurra al otro lado de la línea telefónica. «Ellos» es una entidad que no ve ni oye nadie más que él.

En la cárcel a la que le mandan, Monte cumple su condena en la unidad de salud mental. Casi nada más llegar, recibe una puñalada de un miembro de una banda mexicana. Mi hermano negro, que se crio rodeado de mexicanos y que ha intentado asociarse con ellos en la cárcel, descubre que allí las fronteras son distintas. Los negros solo pueden juntarse con los negros. Los mexicanos, con los mexicanos. Los blancos, con los blancos. Hasta a los chavales blancos que van a la cárcel los obligan a entrar en bandas arias independientemente de

cuáles sean sus verdaderas creencias. Es lo que hay que hacer para seguir con vida.

Eso o ir a la unidad de salud mental, que es lo que hace Monte. Aquí estoy a salvo, le dice a mi madre, que a su vez me lo cuenta a mí. Aunque la unidad de salud mental de una cárcel no es precisamente lo que se me ocurre a mí cuando pienso en tener a alguien a salvo, seguramente Monte tenga razón y, además, es verdad que ya no vuelven a apuñalarle.

Hay más gente con trastornos mentales en las cárceles de Estados Unidos que en todos los hospitales psiquiátricos del país juntos. En 2015, según *The Washington Post* se calculaba que «en los centros penitenciarios de Estados Unidos había 356.268 [personas] con enfermedades mentales graves […]. [Una] cifra […] diez veces superior a la de pacientes con trastornos mentales en los hospitales psiquiátricos públicos [en 2012, el último año sobre el que hay datos fiables], unas 35.000 personas».

Monte me escribe casi todas las semanas; ninguna de sus cartas es coherente y todas son sombrías. Habla mucho sobre llorar y, de forma totalmente espontánea y desatada, a menudo escribe «JEHOVÁ», todo con mayúsculas. Y a veces, solo a veces, escribe «¡SEREMOS LIBRES!».

Tengo dieciséis años. Mi hermano está en la cárcel. Mi nuevo padre está en la cárcel. No hay servicios de apoyo para adolescentes con familiares en la cárcel. En el instituto no hay psicólogos con los que hablar que puedan ayudarme a entender todo lo que siento. Pero hay amigas en las que refugiarme y con las que hago piña.

Está Rosa, que es la primera persona de la que me hago amiga cuando, a los catorce años, empiezo el segundo ciclo de secundaria en el Instituto Cleveland, adonde no va ninguno de mis amigos de Millikan ni del barrio. Cleveland es un centro concertado con un programa especializado en la justicia social y las humanidades, pero, aun así, estoy nerviosa por no conocer a nadie. Rosa pone remedio a eso. Tiene la piel oscura, es mexicana y me trata con dulzura cuando más lo necesito. Se presenta inmediatamente y me dice: ¡Me encanta tu camiseta de Bob Marley! Con eso queda sellado nuestro vínculo. Por las mañanas compartimos el desayuno que trae de casa.

Por las tardes y por las noches escribimos un diario de mejores amigas que nos vamos pasando la una a la otra. Así pasamos los dos

primeros cursos, y al tercero ampliamos el círculo e incluimos a Carla, a quien conozco a través de otra chica con la que he hecho amistad, Cheyenne. Cheyenne y yo acabaremos teniendo la relación más estrecha que pueden llegar a tener dos personas, pero yo sigo teniendo debilidad por Carla, que arma bulla en los pasillos, es descarada de una forma que resulta excitante y es *queer*. Es muy valiente por mostrarse tal como es y por eso se convierte en mi ídola, cosa que sigue siendo todavía hoy.

Es a estas compañeras a las que recurro, al principio a través de nuestro diario de mejores amigas, cuando ya no soy capaz de seguir guardándome lo que está pasando con mi hermano. Y un día les pregunto, a Rosa y a Carla, si podrían escribirle ellas también. Me dicen que sí. En cierto modo, Monte también se convierte en su hermano.

Cuando Monte contesta a Rosa y a Carla, escribe cosas coherentes, no como en las cartas que me ha escrito a mí. En ese momento no lo entiendo, ya que aún no sé lo de su diagnóstico ni sé identificar cuándo está tomando la medicación adecuada y cuándo no. Simplemente doy gracias por tener a estas chicas a mi lado. Por tener esta familia que estamos formando.

En 2003, dos años después de que acabemos el instituto, Monte sale de la cárcel. Carla es quien tiene coche y quien me lleva a buscarle a la estación de autobuses. Los de la cárcel le han metido en un autocar en un lado del estado y ahora por fin está aquí, bajándose en este otro lado. Yo estoy como loca de emoción y entonces veo a mi hermano, por primera vez desde que se lo llevaron en 1999. Pero al verle se me corta la respiración.

Mi hermano está encorvado. Está hinchado, por toda la medicación. Baja del autocar con la ropa que le han dado en la cárcel para que vuelva con nosotros: una camiseta fina sin mangas y unos calzoncillos. Le han dado ropa interior, pero no unos pantalones, un último «que te jodan, no eres un ser humano» a un hombre al que he querido durante toda mi vida. Si no hubiéramos estado allí para recogerle inmediatamente, estoy segura de que le habrían cogido y le habrían vuelto a meter en algún calabozo.

Monte, con unas chanclas y unas gafas de sol de la marca Locs, como un pandillero de película. No lleva encima nada más que un

sobre marrón con los papeles de su puesta en libertad y la medicación con la que le han mandado a casa. Ha machacado todas las pastillas. Está claro que los «médicos» de la cárcel decidieron no estabilizar a Monte antes de subirle al autocar. De hecho, mi hermano está en pleno episodio.

Aunque tampoco es que en ese momento yo sea plenamente consciente de eso.

Yo solo sé que está aquí, que está conmigo, que está en libertad. Me preparo mentalmente y grito: ¡Monte! Intento abrazarle, pero él se sube al asiento del copiloto del coche de Carla y no dice nada.

¿Cómo estás?, insisto.

Bien, contesta con tono cortante.

Te he echado muchísimo de menos, digo.

Bien, dice.

Llegamos a casa, donde está esperando la familia y la fiesta de bienvenida que hemos organizado está a punto de empezar a animarse. Paul tiene una videocámara y mi sobrino, Chase, el hijo que tuvo Monte antes de ir a la cárcel, está intentando subirse encima de un padre al que nunca ha tenido la oportunidad de conocer. Monte se dirige a la mesa y se queda allí sentado como un zombi, y en ese momento lo veo por el rabillo del ojo: el dolor en la cara de mi madre, mi fortísima madre. Da la impresión de estar a punto de derrumbarse, pero no se derrumba.

Ya está aquí, mamá. No pasa nada. Ya está aquí, digo.

Y nos aferramos a eso, a esa pequeña dádiva, cuando en los días siguientes Monte no come ni duerme, sino que se dedica a embadurnar las paredes de pasta de dientes, a echar trozos de clínex en las bebidas o a salir corriendo a la calle y gritar: ¡Me estoy comportando! ¡Me estoy comportando! Coge la costumbre de ponerse dos pares de zapatos, uno encima del otro.

Al cuarto día, Monte aparece en la sala de estar con un carro de supermercado lleno de quién sabe qué y por algún motivo ese es el detonante, lo que hace derrumbarse a mi madre. Le brotan las lágrimas con fuerza, como tras la ruptura de los diques del lago Pontchartrain. Estamos metidas en el dormitorio, encerradas. Estamos desconcertadas, tenemos miedo y mi madre está llorando. Nunca la había visto llorar.

El comportamiento de Monte es cada vez más excéntrico. Habla con balbuceos y no conseguimos que entienda nada de lo que le decimos. Cada vez está más desbocado y no tenemos ni idea de qué hacer. Jasmine se ha ido, está en casa de una amiga. Es la pequeña y la situación la tiene completamente sobrepasada.

Llamo a un amigo, Vitaly, un antiguo profesor mío que es psicoterapeuta, y le describo lo que está pasando. Me dice que esto es lo que ocurre durante un episodio. Intento convencer a Monte de que hable conmigo y no hay manera, ¡pero entonces lo conseguimos! Acaba hablando con Bernard, el hombre del que se enamorará mi madre después de Alton y con el que se casará. Estamos —bueno, Bernard está— intentando convencer a Monte de que es hora de ir al hospital. Parece que Monte está escuchando a este hombre al que no conoce de nada y suponemos que es porque se ha acostumbrado a hablar exclusivamente con hombres. Llamo a una ambulancia y proporciono los pocos datos que me piden, pero cuando oyen su historia se niegan a venir a ayudarnos.

Es un exconvicto, me dicen, tiene usted que llamar a la policía.

Les suplico. Por favor, ayúdennos. Esto no es una cuestión penal.

Se niegan. Me cuelgan. Mi madre y yo le damos muchas vueltas y decidimos que no nos queda otra. Llamo a la policía y se lo explico todo. Les suplico que sean cuidadosos. Les hablo de la historia previa de Monte con la policía, pues para entonces ya sé que sufrió agresiones y torturas a manos de agentes de la policía del condado de Los Ángeles.

Llegan dos agentes muy novatos, jóvenes de narices. Los recibo abajo. Les pregunto: ¿Qué van a hacer si mi hermano se pone agresivo?

Monte nunca ha sido agresivo, pero estoy intentando estar preparada para cualquier cosa. Estoy —estamos— en un territorio en el que nunca habíamos estado.

Inmovilizarle con una descarga eléctrica, responde uno de ellos.

¡No! ¡Dios mío! ¡Ni hablar!

Me niego a dejarles pasar hasta que me prometan que no van a hacerle daño. Cuando por fin lo hacen, les conduzco al interior y, mientras entro por la puerta, le explico a Monte: No pasa nada. No pasa nada. Han venido a ayudarte.

Entonces mi hermano, mi grandullón, cariñoso, enfermo y bondadoso hermano, mi hermano el que rescataba animalitos y mi hermano el que jamás en su vida ha hecho daño a otro ser humano, se arrodilla en el suelo y empieza a llorar. Tiene las manos en alto. Está llorando a lágrima viva.

Por favor, no vuelvan a llevarme allí. Por favor, no vuelvan a llevarme allí.

Me paro en seco. Les digo a los policías que tienen que irse. Ellos se marchan y yo me agacho y me acurruco junto a Monte. Le abrazo en la medida en que me lo permite.

Lo siento mucho, Monte, le digo con la voz entrecortada, con la cara empapada de lágrimas. Lo siento muchísimo.

Al final, Bernard le insiste con delicadeza y consigue que acceda a salir a dar un paseo. Van al supermercado, donde por lo visto Monte lo tira todo al suelo. Van al cine y Monte intenta destrozar las butacas. Y finalmente, por fin, Bernard logra que Monte acceda a ir con él al hospital, que es donde se queda casi tres semanas. Tardan dos semanas solamente en estabilizarle con la medicación adecuada y solo entonces dejan que le visitemos, que su familia vaya a verle.

Cuando la gente me pregunta cómo superamos aquel momento, aquella época, cómo pudimos con todo, les hablo de mi madre, Cherice. Les hablo de una mujer que trabajaba desde antes de que pusieran las calles hasta después de que las quitaran. Les hablo de una mujer cuya propia familia renegó de ella, pero que no quiso ser una persona que renegara de nadie. Mi madre tejió una elaborada colcha en la que los hilos éramos mis hermanos, mi hermana y yo, bien prieta y resistente, y a esa colcha la llamó nosotros. Eso es lo que éramos (y seguimos siendo) nosotros.

La magnitud y el vínculo.

05

Testigo

«La paradoja de la educación es precisamente esa: que a medida que uno empieza a tomar conciencia, empieza a analizar la sociedad en la que se le está educando».

James A. Baldwin

Zora Neale Hurston escribió en una ocasión que en la vida hay años que formulan preguntas y años que las contestan. En mi caso, los cuatro últimos años de instituto hicieron ambas cosas, a la vez y sin parar. Mi nuevo instituto, Cleveland, es un centro especializado situado en Reseda, otro barrio del valle de San Fernando no muy distinto del mío, Van Nuys, aunque ligeramente más desarrollado. Reseda está lleno de centros comerciales y sitios de comida rápida y es mayoritariamente latino y de clase obrera. Ninguno de mis amigos de Millikan viene a estudiar aquí, así que para mí tiene tanto de final como de comienzo.

El programa de humanidades de Cleveland tiene en su base la justicia social y estudiamos el *apartheid* y el comunismo en China. Estudiamos a Emma Goldman y leemos a bell hooks y a Audre Lorde. Analizamos las tres religiones principales del mundo y nos dejan que profundicemos en religiones menos conocidas y practicadas si es a donde nos conducen nuestras preguntas. Nos animan a cuestionar el racismo, el sexismo, el clasismo y la heteronormatividad. Nos animan a preguntar: ¿cómo sabes aquello que crees saber?

Resulta inevitable, por lo tanto, que empiece a cuestionar el mundo de los testigos de Jehová en el que me he criado. Todo empieza con pequeñas preguntas dirigidas a los ancianos de la congregación, el grupo integrado exclusivamente por hombres que controla el Salón del Reino, nuestra forma de entender la Biblia, nuestra manera de practicar la religión.

Hay cosas que necesito saber, así que empiezo a hacer preguntas:

¿Cómo podemos defender que la Tierra solo tiene dos mil años de antigüedad?

¿Cómo es que solo 144.000 personas van a ser las escogidas para ir al Cielo? ¿Qué pasa con el resto y cómo se hace la selección? ¿No estará el Cielo muy vacío con solo 144.000 personas?

¿Por qué en la Biblia no se menciona a los dinosaurios? (En esa época estoy obsesionada con los dinosaurios). ¿Creen los testigos de Jehová en los dinosaurios? (La contestación —sí— es una de las pocas respuestas claras que recibo).

Después mis preguntas van más allá:

¿Por qué en nuestra religión todos los ancianos de las congregaciones son hombres?

¿Qué pasa con las mujeres?

¿Y por qué una religión iba a animar a los miembros de una familia a dejar de hablarse?

Entonces es cuando empiezo a oír que he caído en manos de Satán, pero esas palabras, esas amonestaciones, no cambian la realidad que he conocido durante toda mi vida, la vida de una familia exiliada, una familia desterrada de la preciada isla que es el Salón del Reino.

Cuando mi madre se quedó embarazada siendo adolescente, inmediatamente quedó desasociada de la religión… y de su familia. La religión prevaleció sobre el cariño y el apoyo que seguro que necesitaba que le dieran su madre y su padre. La echaron de casa y hasta le prohibieron hablar con sus padres y hermanos. La religión era más importante que una chica de dieciséis años asustada o que nosotros, sus hijos, que a menudo pasábamos hambre y sufríamos privaciones, pero que no teníamos permitido pedir ayuda a nuestra propia familia. La familia de mi madre no era rica, pero tampoco les faltaba de nada. Se nos concedía el privilegio de poder asistir al Salón

del Reino a rezar, pero, con la excepción de los ancianos, no teníamos permitido confraternizar con los demás miembros de la congregación ni saludarlos siquiera, independientemente de nuestro parentesco con ellos.

Y durante años, a lo largo de toda mi infancia y hasta el principio de la adolescencia, mi madre no dejó de acudir al Salón del Reino ni de hacer todo lo que pudo y más para demostrar a los ancianos que se había reformado, que era una mujer buena y piadosa. Cuando tengo catorce años, les escribe una carta para pedir que la readmitan, en la que explica por qué es digna de ello. Y tras un proceso de deliberación por parte de los hombres, y después de dos décadas desasociada, le comunican a mi madre que sus argumentos son meritorios, lo que quiere decir que va a ser readmitida. Se anunciará públicamente.

Supongo que debería alegrarme. Pero ahora, después de todos estos años siendo una testigo desasociada, teniendo permiso para ir al Salón del Reino pero no para hablar con nadie, incluida la familia de mi madre («Puedes venir a rezar, pero eres demasiado indecente —y, por extensión, tus hijos son demasiado indecentes— para dirigirte la palabra, aunque tengamos la misma sangre»), ahora, después de todos estos años, siento cierta repugnancia o, desde luego, cierta indignación.

Durante cuatro años he estado viendo a mi padre tomar parte en procesos de carácter religioso en los que podía asumir la responsabilidad por sus propias decisiones y, aun así, recibir aceptación, recibir cariño. Y esa práctica, esa unión con el prójimo, ese acto de contar la verdad sobre tu vida sin sentir vergüenza y que otros la escuchen sin juzgarte, no solamente cambió a mi padre. Nos cambió a quienes fuimos testigos. Me cambió a mí, que fui testigo.

Y hay una cosa que empiezo a pensar cuando readmiten a mi madre. ¿Cuándo recibió ella esa compasión? ¿La recibió alguna vez en su vida? ¿Alguna vez había vivido y sido libre en algún lugar, aunque fuera en una parcela diminuta del mundo, en el que no la juzgaran y la hicieran sentirse deshonrosa? ¿De verdad era este el lugar que podía ofrecerle —ofrecernos— eso?

Solo tengo catorce años, y aunque hay muchas cosas que sé que no sé, también hay algunas que sí sé.

Quiero un lugar de culto en el que haya honestidad. El Salón del

Reino, con sus hombres por encima de todo el mundo y su interpretación literal de la Biblia, no me parece un lugar honesto. Soy incapaz de mirar a esos hombres reprobadores y creerme que verdaderamente son los que pueden pedirle cuentas a mi madre. No me creo que en toda la historia solo vaya a haber 144.000 personas que se salven y no sean arrojadas a un lago de fuego.

Yo quiero consejo y orientación, no estos juicios y castigos que llevo viendo toda mi vida. Da la sensación de que se dirigen especialmente a las mujeres y a nuestros cuerpos, a nuestra sexualidad. Mi madre fue condenada al exilio espiritual por haber escogido amar a alguien siendo adolescente y, como prueba de ese amor, haber dado a luz a unos hermosos hijos (y además con un hombre, Alton, que también me escogería a mí). Se pasó veinte años pagando con creces por ese amor. ¡Veinte años!

Sé que se supone que me encuentro en un camino espiritual, pero no tengo la impresión de que el camino por el que me llevan los testigos de Jehová sea liberador ni tenga un objetivo más allá de hacernos sentir miedo y vergüenza. No me proporciona el aliento y la conexión que siento al leer a Audre Lorde, cuyos libros llevo a todas partes. En la Biblia, con su narración misógina sobre los orígenes, no encuentro un sostén como el que sí encuentro al leer los ensayos de *La hermana, la extranjera*, de Audre. Estoy cambiando, toda mi vida está cambiando, y por mucho que algunos aspectos de ella sean duros y aterradores, hay otros, muchos, que me resultan increíblemente emocionantes y rebosantes de posibilidades. Posibilidades de convertirme en mi yo más auténtico.

El día de la readmisión, mi madre no deja ver ninguna emoción. Nos estamos preparando para ir al Salón del Reino igual que lo hacemos siempre. Tomamos un desayuno ligero. Hablamos poco. Nos vestimos recatadamente. Esa mañana, de hecho, nosotros ni siquiera sabemos lo que va a ocurrir. Ahora me doy cuenta de que la forma que tiene mi madre de sobrellevar las cosas es quitándoles importancia, tanto a las buenas como a las malas, pero sobre todo a las malas. Es como sobrelleva el trauma. Pero ese día entramos en el Salón del Reino en silencio, como siempre, porque en este sitio no se habla, ni siquiera en susurros.

Mi madre saca un papel y un bolígrafo, escribe una nota y nos la

pasa a sus hijos. Hoy me van a readmitir, pone. Y cuando comienza la parte pública del servicio religioso, yo empiezo a ponerme enferma. No física, sino emocionalmente. ¡Es indignante! ¿Cómo se atreven? Después de todo lo que hemos pasado, después de los años de hambre, incertidumbre y falta de ayuda por su parte, después de todo lo que ha hecho mi madre para sacarnos adelante, ¿quién demonios son ellos para juzgar a esta mujer, a mi madre?

Me levanto y me paso la ceremonia metida en el baño. No pienso ser testigo de esta obscena hipocresía. De cómo ese grupo de hombres juzga el cuerpo y la mismísima alma de mi trabajadora y explotada madre. En ese momento y ese lugar, ser testigo de Jehová se convierte en algo que pertenece a mi pasado. Y al otro lado de las puertas del Salón del Reino me propongo encontrar a Dios, encontrar mi espíritu, encontrarme a mí misma.

06

Un nuevo ambiente

«Recuerdo lo que se sentía al ser una mujer joven, negra, lesbiana y sola. En muchos sentidos estaba bien, me parecía que tenía la verdad, la luz y la clave, pero en muchos otros sentidos fue un auténtico infierno».

Audre Lorde

Siempre supe que no era heterosexual. Lo cual no quiere decir que fuera un asunto que tuviera muy presente de pequeña. Por aquel entonces no le daba mayor importancia y, como el resto de mis amigas, me comportaba como si me volvieran loca los chicos. Pero nunca lo sentí de verdad. El único novio que tuve en el instituto luego resultó ser gay.

Yo era una chica que había entrado en la adolescencia en un ambiente de represión sexual. En el Salón del Reino se pasaban horas y horas instruyéndonos sobre el comportamiento sexual pecaminoso, lo que incluía darnos charlas sobre la masturbación. No masturbarse se consideraba la postura moral, lo que quiere decir que la expresión sana y normal de la sexualidad se consideraba inmoral. En muchos sentidos fue mi segundo instituto, Cleveland, lo que me salvó la vida.

Aunque Cleveland no era perfecto en absoluto, a aquellos cuya sexualidad no se ajustaba a la norma nos abrió una posibilidad de expresar quiénes éramos. Aun así, aunque Ellen DeGeneres había salido del armario en televisión, en nuestro entorno no había grupos

LGTBQ, asociaciones para alumnos LGTBQ y aliados heterosexuales ni orientadores con formación para ayudarnos a sortear las dificultades específicas de nuestra situación, entre las que a menudo se incluía la de que nuestras familias nos echaran de casa.

Había un grupo llamado Impact que en realidad estaba pensado para los alumnos con depresión, pero muchos estudiantes LGTBQ acabaron en él porque la depresión es uno de los efectos esperables entre quienes se ven forzados a negar su humanidad. A lo largo de mi propio camino, yo conté con una magnífica guía, una estrella polar. Se llamaba Naomi. Era mi prima y mi referente.

Naomi fue la razón por la que, aunque en algunos sentidos al llegar a Cleveland estuviera sola, sin mis amigos del otro instituto, en otros fue como volver a casa. Era un centro público al que asistían alumnos de toda la ciudad por su programa de formación especializada en humanidades y también el que más cerca de casa les quedaba a muchos de mis primos por parte de padre. La mayoría eran chicos y deportistas, y no tenía mucho contacto con ellos. Pero Naomi era hija de James, un primo de mi padre que, al igual que Gabriel, había llegado a Los Ángeles con nueve años procedente de Eunice (Luisiana). De pequeños eran muy amigos, como dos ratoncitos de campo intentando desenvolverse entre los grandes ratones de la ciudad, y Naomi y yo llevábamos camino de acabar queriéndonos tanto como nuestros padres. Naomi me acogió con mucho cariño, incluso cuando estaba pasando por una de las épocas más duras de su propia vida.

Naomi y yo estábamos en el mismo curso. Daba la impresión de que todo el mundo la conocía y la adoraba. Todos llevaban ya dos años estudiando juntos, pero no era solo por eso. Naomi era —y sigue siendo— guapa y simpática. Era la estrella del equipo de atletismo y se llevaba bien con todo el mundo, desde los malotes aspirantes a pandilleros hasta las chicas blancas emo. Y las chicas negras la adorábamos, claro, aunque ninguna más que yo. Por si eso fuera poco, Naomi hizo una cosa que a varios nos habría gustado tener el valor de hacer: salió del armario con total naturalidad, sin medias tintas, y tenía una novia guapísima que encima era mayor.

Y aunque en nuestra familia —mi familia paterna, claro— no ser heterosexual estaba bastante aceptado (teníamos tías que se

declaraban abiertamente lesbianas), Naomi, que era tirando a masculina, lo que entonces llamábamos una *stud*, no tenía una madre así. El primo James se había casado con una mujer profundamente homófoba y la revelación de Naomi la desquició de tal manera que empezó a ejercer auténtico maltrato contra ella.

Cuando se entera de que su hija ha salido del armario, Marsha, la madre de Naomi, estalla. Y un día de primavera de ese primer año, por la mañana temprano, Naomi está en un entrenamiento de atletismo, con su entrenadora y el resto del equipo, cuando Marsha se presenta allí de sopetón. Yo no estoy delante, pero enseguida me entero, pues la noticia se propaga por el resto del instituto como un incendio por los bosques de California. Marsha agarra a su hija en la misma pista de atletismo y empieza a pegarle patadas y puñetazos, a darle una paliza delante de su entrenadora y de todos sus amigos hasta que logran apartarla. Después se pone a dar gritos a la entrenadora y a decirle que todo es culpa suya, que ella ha tenido que abusar de su hija. También lanza una amenaza: va a sacar a Naomi de Cleveland. Al diablo con sus amigos, con su comunidad y con todo.

Cuando mis amigos vienen a contármelo, me cruzo corriendo el instituto para ir a buscar a mi prima, que está llorando en unas escaleras. Está llorando porque eso es lo que hace Naomi cuando está enfadada. Dice que la gente de Cleveland es su familia, su tribu. No puede vivir sin nosotros, dice.

Le digo que no vamos a soltarla.

Le digo que ella es el alma de Cleveland.

Entre lágrimas, juramos mantenernos unidas.

Y eso hacemos, hasta el final del semestre y durante las clases de verano. Cuando llega el otoño, sin embargo, la madre de Naomi cumple su palabra y la matricula en otro instituto, en otra localidad. La separan de sus amigos, se queda sin entrenadora y la apartan de la comunidad de la que lleva recibiendo cariño y apoyo desde que tenía diez años. Y quienes queremos a Naomi, quienes la queremos y no somos heterosexuales, hayamos salido o no del armario, aprenderemos de la forma más cruda posible que eso es lo que pasa cuando eres joven y *queer*: puede que no hayas hecho absolutamente nada malo, puede que lo único que hayas hecho sea estar viva y ser tú misma, y eso basta para que tu vida entera quede destrozada. Sin que puedas

hacer nada para impedirlo.

Durante mis años en Cleveland salen del armario veinte chicas racializadas. Una de ellas soy yo. Supongo que, en cierto modo, a muchas nos atrae Cleveland porque es un centro especializado en la justicia social. Tiene un aire bohemio. Como además aún no ha ocurrido lo de Columbine, todavía no tenemos barrotes ni detectores de metales. Y es que eso fue lo que pasó después de que tuviera lugar esa horrible matanza en una ciudad mayoritariamente blanca y en un instituto mayoritariamente blanco. Los chavales negros y racializados de todo el país vieron aparecer policía en sus centros, acompañada de perros adiestrados para oler drogas, barrotes en las ventanas y detectores de metales. Años más tarde, cuando forme parte de una organización de Los Ángeles llamada Strategy Center, trabajaré en una campaña que busca acabar con lo que se conoce como el trasvase directo del instituto a la cárcel. La horrible experiencia que viven los jóvenes negros y racializados queda resumida en un texto de la organización States of Incarceration (Estados de Encarcelamiento):

> En pos de la creación de «centros seguros», se ha desmoralizado y criminalizado a los alumnos. Los detectores de metales, las cámaras de vigilancia, los perros adiestrados para oler drogas, las duras políticas de expedición de multas y citaciones y la arquitectura de inspiración carcelaria han creado una generación de alumnos, generalmente de bajos recursos y pertenecientes a minorías raciales, que están constantemente bajo vigilancia y constantemente bajo sospecha. Estas formas de controlar ciertos lugares y a los jóvenes que los ocupan normalizan las expectativas de que cometan actos delictivos, expectativas que a menudo se hacen realidad cuando las infracciones cotidianas de las normas del instituto conducen a citaciones, multas, expulsiones o cosas peores, como comparecencias en los juzgados o, a la larga, el encarcelamiento: un camino que conduce directamente al sistema de justicia penal. [Efectivamente] algunos de los edificios de los institutos acaban siendo imposibles de distinguir de los centros penitenciarios, la presencia policial en ellos ha seguido aumentando, con un impacto desproporcionado en los centros con un alumnado de bajos recursos y predominantemente negro y latino. El distrito escolar unificado de Los Ángeles es uno de los distritos escolares del país que cuentan con su propio cuerpo de policía, con un presupuesto anual de más de 52 millones de

dólares destinado específicamente a los centros educativos.

Los centros con mayoría blanca siguen siendo lugares abiertos y verdes. Aun así, Cleveland también es bastante abierto y, para cuando acabo el instituto, se ha creado una asociación de alumnos LGTBQ y aliados heterosexuales.

Durante mi segundo año en Cleveland, un día estoy pasando la tarde con Naomi en su casa cuando miro a mi prima a la cara y le digo: ¿Sabes qué, Naomi? Soy bi. Ese era el término que usábamos entonces.

Pone cara de asombro y después de miedo. ¿Fue esa la cara que puso la mañana en que su madre se abalanzó sobre ella fuera de sí y ciega de odio?

A continuación, me pide que se lo repita: ¿Qué? ¿Qué dices?

Y después de una pausa: No puede ser que lo seamos las dos, afirma, casi gritando. Pero así es. Entonces lo veo en su mirada: el miedo que siente una persona por alguien a quien quiere. La policía nos odia, en los institutos les importamos una puta mierda y encima te vas a meter en una vida por la que hasta tu propia familia te puede dar la patada.

Pasa un rato. El ambiente es incómodo. No tengo ni idea de qué decir, así que vuelvo a aquello que conozco: el amor.

Le hablo de la chica guapísima de un metro setenta y cinco que vive en la zona del parque Le Merk y se llama Cheyenne. Juega al baloncesto y siempre lleva un balón, digo. Hablamos de cristales y de espiritualidad y vamos a la librería Barnes and Noble, digo. Le cuento que estamos leyendo libros sobre temas raciales, de género y de clase. Le cuento que intercambiamos poemas y que Cheyenne escribe muy bien. Le describo los dos moños afro que lleva Cheyenne en el pelo. Le cuento que adoro a Cheyenne, que soy lo más importante del mundo para ella y ella es lo más importante del mundo para mí.

Hablamos largo y tendido, no recuerdo todo lo que decimos. Lo que sí recuerdo es que, cuando me voy, Naomi me entiende. Recuerdo que lo único que ella quiere es mi felicidad (y mi seguridad) y, en un mundo lleno de odio, en parte esa seguridad se consigue creando estos refugios llenos de cariño. Me siento poderosa. Me siento fuerte.

Sin dudarlo, empiezo a llevarme a Cheyenne a casa y hacemos

como si no percibiéramos la sensación incómoda que se respira en el pequeño espacio en el que vivimos ahora. Ya no tengo un cuarto para mí sola porque ya no tenemos un piso para mi familia sola. Unos meses antes nos habían obligado a marcharnos del piso que había alquilado mi madre. Nos habíamos mudado a otro barrio porque quería darnos una vida mejor, pero de un día para otro los propietarios dijeron que querían recuperar el piso para venderlo, lo que quería decir que teníamos que largarnos. Nos dieron treinta días para mudarnos. Una madre y tres hijos a los que dejaron en la puñetera calle, como el que deja la basura. No éramos basura. Éramos seres humanos.

Bernard, el futuro marido de mi madre, es quien acude en nuestro auxilio. Dice: No te preocupes, Cherice, tú y tus hijos podéis contar conmigo. Nos mete a vivir en casa de su madre, que es un piso de un dormitorio. La madre, una señora mayor diabética que va en silla de ruedas, duerme en el dormitorio.

Los demás nos instalamos en la sala de estar. Estamos mi madre, Bernard, Jasmine y yo. Paul se ha independizado y Monte está en la cárcel. Dormimos en el suelo, con sacos de dormir. No son las circunstancias ideales para criar a unas adolescentes, una de las cuales es *queer* y tiene a su padre en la cárcel, pero es lo que hay. Y yo traigo a Cheyenne siempre que puedo. Quiero cierta normalidad. ¿No es eso lo que se supone que hacen los adolescentes? ¿Pasar el rato en sus casas con sus novias?

A Cheyenne y a mí nos da igual el resto del mundo. Tenemos nuestro amor.

Pero no es fácil. Fuera de los pocos lugares protegidos de los que disponemos —en Cleveland los no heteros nos hemos instalado en un aula, la E-10, que hemos convertido en nuestro refugio—, las calles rezuman agresividad. Pese a todo el odio que sigue habiendo hoy en día, es impresionante lo que se ha avanzado en los últimos quince años.

Pero a finales de los años noventa todo son gritos de «¡Puto marica de mierda!» y miradas llenas de asco y violencia que nos siguen, que nos apuntan. Pero nosotras seguimos juntas, incluso cuando Cheyenne deja el instituto, como termina haciendo. Vive lejos de Cleveland y apenas tiene apoyo de su familia para poder acabarlo.

No tiene a nadie que la ayude, que se asegure de que hace todas sus comidas —y mucho menos sus deberes— o que se encargue de manejar ciertas situaciones con los profesores. Y nuestros centros no están diseñados para suplir las carencias de los niños absolutamente necesitados. O sea, de Cheyenne; o sea, de la mayoría de nosotros.

Todos necesitamos más de lo que recibimos y de aquello a lo que tenemos acceso. Qué narices, nuestros padres necesitan más de lo que reciben y de aquello a lo que tienen acceso. Al final Naomi se va a vivir con su padre, lo que pone fin a gran parte del maltrato que estaba sufriendo. El primo James es una persona amable y tolerante, y su cariño contribuye a disipar la profunda depresión en la que se había sumido Naomi. Los índices de depresión son muy elevados entre quienes salimos del armario y, según indican las estadísticas, los intentos de suicidio a nivel nacional son 8,4 veces más probables entre quienes sufren el rechazo de sus familias. No es una época en la que Love is Love is Love is Love sea un movimiento que venga a socorrernos.

Por este motivo, y de forma muy similar a la de los chavales de mi barrio convertidos en el blanco de la violencia y el odio de la policía, intentamos crear nuestros propios planes de rescate, una medida que adquiere especial importancia cuando, en nuestro penúltimo año de instituto, echan a Carla de casa.

Para entonces, aunque yo sigo saliendo con Cheyenne y Carla sigue siendo su amiga de siempre, Carla y yo también hemos forjado una amistad muy profunda. Somos uña y carne, amigas del alma, como seguimos siéndolo hoy. Decidimos que lo único que podemos hacer es pasar el trago juntas. Yo no quiero seguir viviendo con cinco personas en el cuarto de estar de una señora a la que apenas conozco, con la reprobación y el silencio con los que se vive cuando se es *queer* en una familia de testigos de Jehová donde hasta la masturbación se considera una perversión y donde no hay donde meterse. Echo mucho de menos a mi padre y a mi hermano.

Carla y yo empezamos a dormir en casas de amigos siempre que podemos y cogemos la costumbre de dormir en su coche cuando no. Para cuando llegamos al último año de instituto, estamos completamente solas, durmiendo en sofás de gente, yendo de casa de amigo en casa de amigo y de las casas al coche. Voy a todas partes con

una bolsa de deportes con ropa y productos de aseo. Pero al acabar el instituto se nos presenta una tregua gracias a nuestra profesora de Historia del Arte, Donna Hill, con quien las dos tenemos muy buena relación.

Nos dice que podemos irnos a vivir con ella hasta que nuestra situación se estabilice. Estoy segura de que pensó que sería cosa de unos meses, pero yo me quedo cerca de dos años y Carla, casi tres. Las dos trabajamos —yo, de dependienta en una tienda de la cadena Rite Aid y más tarde de profesora de baile—, pero Donna no nos cobra alquiler ni nos pide que le demos dinero por comernos la comida que compra ella. Tenemos muy poca consideración y hacemos fiestecillas en casa con amigos. Somos unas crías y nos comportamos como tales. Donna nunca nos regaña, pero nos escribe unas cartas larguísimas en las que explica qué faltas hemos cometido, qué significa vivir en comunidad y tener consideración por los demás.

Nos enseña meditación trascendental, así como una paciencia infinita con la gente joven que aún está en proceso de cambio. Donna Hill, una mujer negra sencilla, soltera, con un corazón que no le cabía en el pecho, se convierte en mi primera guía espiritual, el primer y más claro ejemplo que tengo en mi juventud de lo que es recibir un regalo que solo puedes agradecer de verdad compartiéndolo con otros.

Es el primer adulto que no piensa que nuestra forma de ser, de vivir y de amar necesite otra cosa que apoyo y cierta estructura. Ella entiende la idea que estamos empezando a desarrollar Carla y yo de crear una familia escogida, un concepto que supongo que más adelante acabará siendo la base de nuestra teoría del cambio.

Para quienes las veían desde fuera —que en muchos casos eran nuestras propias familias—, nuestras relaciones podían parecer complejas, extrañas y hasta arriesgadas. Pero para nosotras tenían sentido. Para nosotras eran un balón de oxígeno y lo siguen siendo. Y aunque Cheyenne y yo acabamos dejándolo y teniendo que romper el contacto, el resto seguimos siendo una piña hasta hoy, a la que con los años se van sumando más gente y más amor. Un elemento que resultó clave en ese proceso, y que trastocó lo que creía saber sobre las relaciones y el amor, fue un hombre llamado Mark Anthony, un joven negro que acabaría siendo mi primer marido.

Yo tampoco lo entendí al principio.

Jamás me había sentido atraída por un hombre cisgénero y heterosexual. Estuvo Mikie al principio del instituto, claro, que en realidad era gay, pero ahora ahí estaba, casi adulta y con un hombre que no era ni gay ni trans ni *queer*. O sea, ¿qué demonios?

Mark Anthony es un año menor que yo, que toda mi pandilla, y le conozco cuando estoy en mi último año en Cleveland. Estoy haciendo créditos de ayuda a la docencia con los de su curso y cuando entro en el aula no puedo evitar fijarme en él. Es guapísimo: alto, de piel clara y con los ojos más verdes que he visto en mi vida.

Sea lo que sea lo que ocurre inmediatamente dentro de mí, me deja confundidísima. Intento sacármelo de la cabeza, pero, después de ese primer día, una tarde Mark Anthony coge el mismo autobús que yo y nos ponemos a hablar de poesía, literatura y música; es hijo de uno de los miembros originales del grupo Earth, Wind & Fire. Ese día, en el autobús, me ve escribir en mi diario y me cuenta que él también escribe uno, así que ahora empiezo a estar interesada de verdad, pero también confundida de verdad.

¿De verdad estoy aquí pillándome por un tío hetero?

Pero la energía que hay entre nosotros es palpable. Se puede tocar con las manos, no solo nosotros, sino cualquiera que esté presente. Aun así, durante los años siguientes canalizaremos esa energía hacia una amistad sumamente profunda. Pero sabemos que llegará a ser algo más. Me pide ayuda con un proyecto de fotografía que está haciendo con Donna sobre su trayectoria, su evolución y su masculinidad. Saco un montón de fotos de él solo, pero la última la hace Carla y salimos los dos. Aparecemos con los puños en alto y cogidos de la mano ante una puerta abierta, mirando hacia el exterior, hacia un destino que no se alcanza a ver del todo.

07

Todos los huesos que encontramos

«Juntamos todos los huesos que encontramos y ayer Natividad los envolvió con un chal que tejió hace años. Era la cosa más hermosa que poseía.

—Un objeto como este debería ser para los vivos —dijo Bankole cuando se lo entregó.

—Tú estás vivo —dijo Natividad».

Octavia Butler, *La parábola del sembrador*

Gabriel vuelve a casa.

Tengo veinte años y hace cuatro que soy activista. Mis primeros escarceos con el activismo social empezaron estando en el instituto, pero cuando acabo los estudios me meto de lleno.

Después del instituto, Donna Hill no solo me da un hogar, sino también una forma de dar salida a todo lo que he aprendido en Cleveland. Me habla de la colonia Brotherhood Sisterhood sobre justicia social y voy a pasar una semana al campamento de Pine Ridge. A través de actividades y dinámicas prácticas con las que conocernos e interactuar, no solo aprendemos acerca de los sistemas de opresión, sino también a mantener relaciones valientes y empáticas con los demás. Con todos los demás. La gente del campamento es como yo: pobre, *queer* y negra.

Pero también son heterosexuales. También de clase trabajadora y

de clase media, algunos con mucho dinero. Latinos. Blancos. El objetivo es formar a una generación cuyos miembros practiquen el diálogo y examinamos todo tipo de diferencias y toda clase de formas de discriminación. Hablamos de las familias en las que hemos nacido y las familias que hemos creado. Hablamos del racismo, el clasismo, el sexismo y el heterosexismo. Participamos en debates muy dirigidos con personas de otras razas en los que podemos hablar con total sinceridad de los estereotipos que tenemos los unos sobre los otros.

Una tarde oigo intervenir a un chico delante del grupo de treinta jóvenes que no nos identificamos como heterosexuales. Estamos hablando de la homofobia y de la clase de dolor que causa, de la profunda depresión que ha ocasionado a muchos. Hablamos de lo que ha supuesto para muchos de nosotros que nuestros padres nos hayan obligado a irnos de casa. Hablamos de la gran cantidad de gente como nosotros que acaba en la calle, del hambre, del aislamiento. Y entonces ese joven negro dice que no cree que le quede mucho tiempo de vida. Nos cuenta que tiene dieciocho años y que le han diagnosticado el VIH, lo que llena la sala de un dolor incontenible. Sentimos dolor por él y sentimos dolor porque, si acaso no éramos conscientes ya, ahora sí que no podemos cerrar los ojos al hecho de que vivimos en un mundo donde el odio está tan arraigado que los adultos no tienen inconveniente en condenar a muerte a jóvenes que lo único que hemos hecho es ser quienes nacimos para ser.

Tomamos la determinación de luchar contra eso.

Una de las organizaciones que vienen a hacer una presentación al campamento se llama Strategy Center. Inmediatamente me siento atraída por lo que hacen y en especial por su principal activista, Kikanza Ramsey, a quien veo en un vídeo. Es una compañera negra con el pelo al natural que habla el español con la misma fluidez que el inglés y pienso: Yo quiero ser como ella. Quiero luchar contra las injusticias estructurales. Quiero empoderar a la gente. Este espacio nos permite crecer. Yo crezco. Me transformo. Cuando termina el campamento, entro en el Strategy Center, donde durante un año me forman para ser activista.

Leo, estudio, sumo a Mao, a Marx y a Lenin a mis conocimientos sobre hooks, Lorde y Walker. Me centro en el trabajo con los jóvenes y organizo recitales de poesía performativa y *spoken word*. Trabajo en la

campaña Bus Riders' Union, el Sindicato de Pasajeros, que no solo lucha contra el cambio climático poniendo de relieve la necesidad de reducir nuestra dependencia de los coches, sino que proporciona un sistema de transporte público justo y viable a gente que, como mi madre, depende de los autobuses para ir a trabajar.

Conozco a Eric Mann, el fundador del Strategy Center, que me toma bajo su tutela y con quien empiezo a construir. Eric es mayor, blanco y firmemente antirracista. También fue empleado de la fábrica de General Motors, como Alton. En el Strategy Center encuentro un hogar y será un lugar que me hará crecer y me sostendrá durante más de una década. No solo me traigo a mis amigos, sino también a mi padre, que empieza a asistir a reuniones conmigo ahora que ha salido de la cárcel.

Pero Gabriel no es el único que acaba participando en las actividades del Strategy Center conmigo. Poco a poco, que él esté metido hace que también se anime mi madre. Mi madre, que nunca tuvo el lujo de disponer de tiempo para asistir a reuniones o participar en actividades que podrían haber hecho su vida mejor. El Strategy Center me proporcionará un lugar en el que, por primera vez en mi vida, estaré en un sitio público con mi padre y mi madre juntos, igual que he visto siempre a los padres de mis amigos blancos.

En la gala anual del Strategy Center, bautizada como The Political Party, después de los vídeos y los discursos —incluido el mío— y de la percusión y los cantos, convertimos la ceremonia en una gran fiesta. Y mientras mi padre y yo nos pasamos la noche bailando, mi madre se queda sentada en nuestra mesa, en un sitio privilegiado cerca del escenario. Nos observa sonriendo. Mi madre es muy de sonreír, pero no es nada de bailar, nunca lo ha sido. Más tarde me dirá: Esta noche me ha recordado a cuando tu padre y yo éramos jóvenes e iba a la discoteca con él. Yo entonces tampoco bailaba, siempre era él quien lo hacía. Pero yo siempre disfrutaba muchísimo viéndole bailar. Esta noche ha sido igual.

Después de las dificultades que atravesamos mi madre y yo durante la época del instituto, cuando Monte vuelve a casa me voy a vivir otra vez con ella para ayudarla a cuidar a mi hermano. Ha encontrado una casa nueva en el barrio de Canoga Park, en el valle de San Fernando, un piso de tres dormitorios en el que vivimos ella,

Bernard, Jasmine, yo y el hijo de Monte, Chase. Pero cuidar a Monte supone un esfuerzo sobrehumano. Odia tomar la medicación y hace todo lo posible por evitarlo. En realidad, le están dando demasiada, pero en esa época ninguno sabemos que debemos cuestionar esas cosas; ninguno las entendemos, ni siquiera Monte. Solo al cabo de años y de múltiples visitas al hospital me contará que la medicación le roba su personalidad. Lo único que hace es dormirle y dejarle embotado. Cuando está medicado, es incapaz de pensar, de crear o de estar verdaderamente presente.

Pero esa es la Patrisse que recibe a mi padre cuando sale en libertad después de su larga estancia en la cárcel. Sigo siendo joven, pero ahora soy una mujer con un análisis de las cosas y con responsabilidades reales y muy serias. Estoy decidida a recuperar todo el tiempo que hemos perdido, como si realmente eso fuera posible. Otra vez empezamos a vernos todos los fines de semana, a veces más. Nuestra relación es más estrecha que nunca, y no solo porque Gabriel venga a las actividades, reuniones y exposiciones.

También es porque volvemos a ver a la familia, a mis tíos y primos y a la abuela Vina. Me veo profundamente reflejada en esta rama de mi familia. Ya no es solo el parecido físico, sino esa forma que tenemos de reírnos a carcajadas. De bailar. Estoy contentísima de haber vuelto a su seno. También me llevo a mis amigos: a Mark Anthony, a Carla y a muchos otros, todos allí con mi familia en el parque, viendo los partidos de béisbol, haciendo barbacoas, armando escándalo y demostrando con orgullo lo que significan de verdad el amor y la comunidad.

Las conversaciones con mi padre también se vuelven más profundas. Aunque había ido con él a reuniones del programa de rehabilitación, ahora que es más mayor me cuenta cómo era vivir aquella vida. Dice que su verdadera adicción es a la energía y a la acción que lleva asociado todo aquello. ¿Cómo, si no, iba a poder un hombre como él tener dinero en el bolsillo, llevar ropa buena, ser considerado alguien que importaba? Antes de meterse en esa vida era invisible, decía. Pero no eran solamente las drogas las que le hacían sentirse visible e importante; era también el propio estilo de vida. Mi padre, un muchacho sureño y pobre, se pasó la vida soportando burlas de los demás hasta que tuvo dinero en el bolsillo y un producto que la

gente quería.

En realidad, eso es lo que está intentando superar con el programa de doce pasos, me dice una tarde. La adicción a un tipo de vida. Una vez más, está haciendo grandes esfuerzos para asumir su propia responsabilidad, lo que me lleva a preguntarme: ¿quién ha asumido alguna responsabilidad ante la comunidad negra o ante mi padre, un hombre a quien el mundo ha ofrecido siempre muy pocas opciones? Mi padre estudió en colegios donde hicieron poco más que educarle para ponerse al servicio de los sueños de otros, para garantizar la riqueza de otros, para cumplir las aspiraciones de otros. La educación a la que tuvo acceso la generación de mis padres no los animó a desarrollar la creatividad, a soñar, a regar las semillas de la esperanza. Solo a servir.

En el caso de mi padre, su forma de servir fue alistarse en el Ejército, al que dedicaría parte de su juventud. Me cuenta que durante una época soñó con ir a la universidad, pero que con el tiempo aquello dejó de ser una opción real. El Ejército era una opción segura, me dice, y le permitiría ganar dinero para su familia. Quería liberar a la abuela Vina de su carga, me dice una tarde mientras nos comemos el almuerzo que nos hemos traído de casa. Con tantos hijos era duro, dice. Pero también fue duro dejar a sus hermanos, confiesa.

Para mí los que nacieron después que yo eran como mis hijos. El Ejército me pareció la mejor opción, así que me fui, dice mi padre, y creo que oigo quebrársele la voz. Hace un gesto de profunda resignación. ¿Qué alternativa tenía?

Lo que Gabriel no dice, pero yo sé muy bien, es que, cuando volvió de prestar servicio en Panamá y en Corea, regresó a una ciudad asediada, económicamente y en otros sentidos. Es sabido lo inútiles que eran para los negros los programas de asistencia para exmilitares, ya que la ley que los regulaba se diseñó de tal forma que confirmara la legislación segregacionista. Y, si bien en la sociedad posterior a la segregación legal se habían conseguido algunos avances, esos programas nunca fueron una herramienta útil que pudieran aprovechar los hombres como mi padre. En cualquier caso, la posibilidad de estudiar, que es lo que le habrían permitido, no era algo que estuviera en su campo de visión. Como muchos otros, simplemente se puso a buscar trabajo.

Pero, claro, en 1984, el año en que deja el Ejército, las tasas de desempleo entre la población negra de Los Ángeles son comparables a las de la Sudáfrica del *apartheid*. Cuando la economía empieza a recuperarse, los afroamericanos son un material ajeno del que se prescinde y al que no se tiene en cuenta en la revolución tecnológica que está comenzando. Cuando nace Silicon Valley, su homogeneidad es tal que es casi como si estuviera en un país nórdico. Incluso hoy en día, su diversidad aún no ha conseguido incluir a las comunidades de aquellos a quienes se excluyó, intencionadamente y mediante mecanismos legales, del mercado de trabajo remunerado.

Pero lo que sí tenemos a nuestra disposición, en todas las esquinas, es el acceso al mercado clandestino de la droga y toda la violencia que tiene lugar cuando nuestros hermanos en las calles, o los presidentes de los Gobiernos, defienden su territorio. Mi padre, Gabriel Brignac, no tenía ningún territorio que defender, solamente traumas y depresiones con los que lidiar, así como una adicción que hasta el día en que me muera seguiré pensando que adquirió en el Ejército. Las preferencias de los estadounidenses por determinadas drogas siempre parecen coincidir con lo que haya disponible en la región que esté invadiendo nuestro país en cada momento.

Pero mi padre, que no tiene quien le defienda ni cuenta con las herramientas para analizar en profundidad el daño que ha sufrido, se encuentra en esa jungla, traficando como modo de subsistencia y consumiendo drogas habitualmente. Le toca arreglárselas solo. Yo no dejo de decirle que las políticas, las decisiones y las realidades estructurales han sido incluso más determinantes para su vida que cualquier decisión personal que tomara él. Le hablo de la política de la responsabilidad individual y de que mayormente es una mentira con la que se pretende que no cuestionemos las decisiones legislativas reales que determinan el camino de las personas, que destrozan la vida de las personas.

Eso era fácil de entender cuando la raza era un factor evidente, me dice una amiga una tarde, debatiendo sobre política. Las leyes segregacionistas no dejaban lugar a dudas ni a confusión. Pero ahora que la raza no aparece recogida en la legislación, dice, hay que buscar el lenguaje en clave. Tienes que buscar el lenguaje cifrado por todas partes, dice. Reescribieron las leyes, pero no la supremacía blanca. Esa

mierda la dejaron intacta, dice.

No sé si llego a convencer a mi padre de esta forma de pensar. Una década en el programa de doce pasos ha garantizado que lo único que sabe hacer realmente es asumir su propia responsabilidad. Incluso después de todos mis discursos y de estar en el Strategy Center conmigo, cuando hablo con él tengo la sensación de que, de alguna manera, todo y todos los demás se van de rositas.

Por ese motivo, la mayoría del tiempo nos centramos en el aquí y el ahora. Mi padre quiere volver a encontrar su lugar en nuestra relación, en su vida, en el mundo en general. Se busca un trabajo de conductor de un camión hormigonera y todos los días viene a verme y nos comemos juntos el almuerzo que nos traemos de casa. Volvemos a pasar juntos todos los fines de semana, muchas veces también con mis amigos. Sí, es por las barbacoas y por el béisbol, pero también por la abuela y el *gumbo*, el fútbol americano y la familia.

Volvemos a estar todos juntos, el clan Brignac y compañía, una comunidad variopinta y rebosante de posibilidades en un pisito de Los Ángeles bajo el mando de una mujer criolla diminuta que dejó el colegio a los diez años y que sobrevivió al odio del segregacionismo, a atroces violaciones, a la pobreza extrema y a una violencia doméstica brutal para poder estar hoy aquí con todo eso a sus espaldas y saber, mejor que la mayoría de quienes han tenido mucho más que ella, que al final es del amor de donde procedemos. Y que al amor debemos regresar.

De vez en cuando, sigo yendo a reuniones del programa de doce pasos con Gabriel. Ahora que soy más mayor, no solo sé que estoy empezando a entender la complejidad de los seres humanos y de la sociedad, sino que estoy segura de que la dicotomía según la cual las personas son buenas o malas es peligrosamente falsa en el caso de la inmensa mayoría de la gente. Estoy empezando a ver cómo en una misma persona pueden convivir varias verdades a la vez. Puedo entender que mi padre quisiera a mi madre, pero que también sintiera tanto dolor, tantas inseguridades, que no se presentara aquel día en que ella quería contarle que estaba embarazada de mí. Hablamos de la compasión, del perdón, del deseo de curarse.

Y hablamos de mí, de mi vida entera, de aquello con lo que sueño

y que me importa: construir un mundo nuevo. Hablo de la evolución de mi espiritualidad, de mi camino para comprender a Dios. Nunca llego a decirle que soy *queer*, pero tampoco siento que tenga que ocultarlo ni que esconderme. Simplemente, no hablamos mucho de relaciones porque, bueno, es raro. No deja de ser mi padre. Pero resulta bastante obvio por mis amigos y mi estilo de vida y a él le da exactamente igual. Él solo quiere pasar tiempo conmigo. Y me doy cuenta de que eso es lo que valora de él su familia. Que es alguien que jamás juzga a los demás. Es increíblemente tolerante, el paradigma de la persona que vive y deja vivir. Su calidez te acaricia el cuerpo como las aguas termales del centro de California, envolvente, limpia, algo de lo que siempre quieres más y más y más. En un mundo que ha invisibilizado la humanidad de las personas negras a propósito, me siento expuesta de una forma que casi me resulta perturbadora. ¿Es seguro mostrarme tan abiertamente? Y antes de que esa idea pueda instalarse dentro de mí, me doy cuenta de que lo que me da mi padre, esa visibilidad, me resulta tan necesaria como el aire que respiro.

Durante tres años esto es lo que somos. Esta es nuestra vida.

Y entonces Gabriel desaparece. Otra vez.

Deja de cogerme el teléfono y no me llama.

Pero esta vez no soy una niña. Esta vez soy adulta. Soy activista. He sobrevivido a su encarcelamiento y al de Monte. He sobrevivido a no tener casa y he sobrevivido a la homofobia. He escogido la dignidad y el poder. He escogido no sucumbir. Voy en busca de mi padre.

Empiezo a rondar la pensión en la que vive. Le llamo una y otra vez. Llamo a sus amigos. Le llamo quince veces, veinte, treinta, treinta y cinco veces, hasta que finalmente acaba contestando por fin. Tiene la voz rara, pero no desisto: Papá, ¿dónde estás? He empezado a llamarle papá.

Mi padre hace una pausa, respira hondo y me dice que está en el hotel ruinoso de al lado de la pensión en la que vive. Voy para allá corriendo, enfadada por no haber pensado antes en ese sitio.

¿Qué coño pasa, papá?, pregunto cuando me abre la puerta de su habitación.

Pero casi no puede ni contestar. Está que se cae. Su cuerpo entero es pura flacidez, desde los huesos hasta la piel. No sé si sentir enfado o

desolación.

Lo siento, dice mi padre muy bajito, con un hilito de voz a punto de quebrarse, mientras a mí empiezan a caerme las lágrimas por las mejillas.

Quiero muchísimo a este hombre. No quiero perderle. Es lo único que me viene a la cabeza. Quédate conmigo, papá. No te vayas. Por favor, no te vayas.

Se comporta con ternura, como siempre. Pero también deja ver una calma que me sorprende. No quiero llamarlo paz, no es paz, pero sí calma, y también una profunda tristeza. En esa habitación, mi padre, al igual que yo, empieza a llorar.

Me dice que está avergonzado, abochornado.

Me dice que volvieron a detenerle y que está a la espera de juicio. Por eso no había podido localizarle. Estaba en la cárcel y por ahora está en libertad bajo fianza.

Quieren condenarme a siete años, dice muy despacio. Las palabras quedan allí suspendidas, como la hoja de una guillotina lista para partirnos en dos.

No hay nada sobre ti que no esté dispuesta a saber, le digo a mi padre. Mi padre, que me enseñó a vivir sin juzgar.

Me cuenta lo mucho que odiaba conducir la maldita hormigonera.

Me cuenta lo mucho que se odia a sí mismo.

Me cuenta lo que fue llegar a Los Ángeles desde Luisiana siendo un niño de nueve años con el territorio cajún muy presente en su acento y sus ademanes, lo que le marcaba como «el otro» entre los niños en busca de una tribu a la que pertenecer. Me cuenta que se metían con él, que durante toda su vida se sintió feo. Me cuenta que no recuerda haber estado nunca a gusto consigo mismo. Dice que jamás encontró la forma de aprender a quererse a sí mismo.

Nos paramos a pensar en esto durante un rato. Lo que supone no tener la capacidad de amarse a uno mismo. ¿Cómo puedes respetar algo que no amas?

Esa noche hablamos de las cárceles y de la guerra contra las drogas y de lo que se siente cuando parece que en el mundo no importas como persona. Mi padre nunca ha sido digno de ser rescatado, digno de recibir tratamiento.

La cárcel fue la única medida disponible para este hombre negro

de Luisiana.

Hablamos de que con demasiada frecuencia las relaciones de las personas negras están definidas por el daño. Nos preguntamos qué supone que la ausencia haya tenido tanto peso en nuestras propias relaciones. Aunque tratamos de ser completamente sinceros el uno con el otro, ¿qué cosas no llegamos a decir, qué cosas no llegamos a saber? Mencionamos que ha pasado más tiempo entre rejas y separado de mí que el que hemos pasado juntos.

En este cuartito cochambroso, mi querido padre va hasta el culo de drogas y alcohol.

Nunca le había visto bajo los efectos de las drogas, pero me niego a darle la espalda. Si mi padre me importa, tiene que importarme en todo momento. Tiene que importarme en este momento. Al verle así, siento como si me estuvieran arrastrando el alma por encima de un montón de cristales rotos, pero no le doy la espalda. Su vida no es prescindible. Nuestro amor no es desechable. No voy a tratarle como le ha tratado el mundo. No voy a darle la patada. No voy a decirle que no tiene nada que aportar.

Le digo que las recaídas son parte de la recuperación.

Le pregunto: ¿Y si condenáramos a toda la gente que en algún momento se ha saltado una dieta? Nos reímos, pero solo un momento.

La adicción y el estigma asociado a ella han dejado a mi padre profundamente solo, le han obligado a habitar en un mundo que no puede compartir plenamente con ninguna de las personas que le quieren. Yo le quiero. Le digo que quiero que lo comparta absolutamente todo conmigo. Él exhala un suspiro. Se desinfla. Me acerco a él y no me lo impide. Le digo que no voy a dejarle y no lo hago. Durante el resto de la noche, a ratos hablamos y a ratos nos quedamos callados. A ratos nos abrazamos. Lloramos.

Dos meses más tarde, condenan a mi padre a tres años de cárcel. Consigue librarse de los siete años que pedían porque se presenta voluntario para ser uno de los reclusos que participan en labores de extinción de incendios, un programa en el que se utiliza a los presos para formar parte de la primera línea de respuesta cuando se desatan los incendios forestales en California. Son los que se meten en los incendios antes que los bomberos cualificados.

Mi padre pone en riesgo su vida a cambio de poder recuperar

antes la libertad.

Corre el año 2009 y tengo veintiséis años cuando Gabriel sale de la cárcel.

Ya nunca más volverá a entrar.

Mark Anthony, Carla y yo juntamos el poco dinero que tenemos para comprarle un billete de avión con el que volver a casa desde el norte de California, donde ha estado preso en uno de los centros penitenciarios dedicados a la extinción de incendios. Ahora Mark Anthony y yo somos pareja y Carla sigue siendo mi mejor amiga. Vamos a buscarle al aeropuerto. Es la primera vez que veo a mi padre desde que se lo llevaron y en este tiempo he creado esta pequeña familia en torno a mí, en torno a nosotros.

Igual que hicieron con Monte casi una década antes y durante todos los años transcurridos desde que mi hermano volvió a casa, mis amigos se han involucrado en la vida de mi padre y en la mía y su cariño ha ayudado a detener la hemorragia cuando los ánimos se nos quedaban enganchados en todas esas concertinas, a calmar las heridas que atravesaban la carne y los huesos y llegaban hasta la médula. Mi comunidad de amigos, esta familia que he escogido, ama de un modo que es un ejemplo de cómo amar. Su amor es como una victoria, un testimonio vivo de lo que queremos decir cuando decimos que otro mundo es posible.

En el aeropuerto, cuando veo salir a mi padre pego un chillido como el de una niña de cinco años y voy corriendo a su encuentro. Una alegría intensa y palpitante me recorre el cuerpo, juraría que cualquiera que me mire puede percibirla. Nos abrazamos y no podemos soltarnos, ni yo a él ni él a mí, y así nos quedamos y así seguimos en medio del aeropuerto de Los Ángeles hasta que, al final, mi padre dice en voz baja: ¿Alguien quiere comer algo? Me muero de hambre. Así que todos nos metemos en el coche de Carla.

Mi padre se queda una semana en mi casa, durmiendo en el sofá, pero él quiere su autonomía, no quiere ser una carga. Se va a vivir a un albergue, lo que le permite sentirse un poco más independiente. Retoma el programa de doce pasos y solicita una ayuda al alquiler para poder tener un sitio fijo y estable donde vivir. Años después de habérselo sugerido por primera vez, por fin se propone sacarse el

título de terapeuta especializado en alcoholismo y drogodependencia. Quiere pasar el resto de su vida ayudando a otras personas a curarse.

Se apunta al curso del Pierce College de Los Ángeles a la vez que yo me matriculo en la Universidad de California. Soy la primera persona de mi familia materna en ir a la universidad. Somos un padre y una hija resueltos a escribir nuestra propia historia, corre el mes de marzo y lo único que vemos es el sol que se eleva, cada vez más alto y resplandeciente. Nos sentimos agradecidos y esperanzados, y entonces llega el mes de junio y nos enteramos de que su padre ha muerto.

Mi padre obtiene permiso del juzgado de vigilancia penitenciaria para desplazarse y hacemos un viaje a la tierra de nuestros ancestros, Eunice, una ciudad de Luisiana de menos de once mil habitantes famosa por la música cajún. La última vez que yo había estado allí, la única vez, había sido cuatro años antes, después del Katrina. Después de repartir alimentos y otras provisiones en la costa arrasada del golfo de México, fui a conocer a mi abuelo, que me abrió las puertas de su casa, me dio de comer, me dijo que me parezco a los Brignac, que se remontan generaciones. Esa boca ancha y esa frente grande. Tienen un origen. Yo tengo un origen.

A pesar del motivo, el viaje a Eunice con mi padre resulta más terapéutico que triste. Por primera vez en mi vida veo a mi padre totalmente relajado. Nunca había visto esa faceta suya. Hay algo distinto en su forma de andar, en su sonrisa. No hay pesadez alguna. No hay nada forzado. Nos pateamos la ciudad en la que vivió hasta los nueve años. Veo sitios en los que jugaba de niño. Nos sentamos en los porches con la familia. Vemos puestas de sol. Decimos tonterías, jugamos a las docenas.[1] Comemos sin parar. Contamos anécdotas familiares, poniéndonos de pie para hacerlo. Aplaudimos. Armamos escándalo. Nos queremos sincera e intensamente.

El funeral de mi abuelo se celebra en la única iglesia del vecindario, de confesión baptista, y en ese templo lloramos su pérdida, pero sabemos que sobreviviremos porque Eunice nos enseña eso, que todos nuestros huesos importan, que de alguna forma todos nuestros pedazos forman un todo.

Yo creo que deberías venirte a vivir aquí, papá, le digo. Se te ve muy feliz, muy relajado.

Demasiada tranquilidad para mí, argumenta antes de ponerse a

ensalzar las virtudes de Los Ángeles, la ciudad donde la libertad se le volvió un objetivo huidizo.

Después de una semana allí, nos despedimos de Eunice, de mi abuelo Carl, de los porches, de los paseos relajados y de la sucesión de lugares llenos de personas negras que te aman sin más, que te aman abiertamente. Volvemos juntos a Los Ángeles y me paso gran parte del verano viendo a mi padre jugar al béisbol con sus hermanos, practicar el deporte que adora rodeado de la gente a la que adora.

Para entonces estoy completamente enamorada de Mark Anthony, que es una persona paciente, generosa y con la que se puede contar. No tiene inseguridades por mis relaciones anteriores, en concreto por las que he tenido con mujeres. No juzga mi sexualidad. Me quiere tal como soy, lo cual es un regalo que ojalá pudiera recibir todo el mundo, el regalo de que te amen simplemente por ser quien eres, no a pesar de quien eres, no con condiciones, no parcialmente.

Mark Anthony es un hombre que ha consagrado su vida a curar a los demás en el sentido literal de la expresión: mientras yo estoy estudiando Religión en la Universidad de California, él está haciendo un máster en Medicina China. La madre de alguien con quien tenemos amistad tiene una casita rodeada de árboles en el cañón de Topanga y decidimos irnos a vivir juntos. Es una zona de una belleza impresionante, el sitio más bonito en el que he vivido hasta entonces, y finalmente acepto que esta es mi vida, mi afortunada vida. Se acerca el invierno y le digo a mi padre que este año sí que vamos a celebrar bien las fiestas. Vamos a compensar todos los momentos juntos que nos hemos perdido. El Día de Acción de Gracias, mi abuela Vina prepara *gumbo* con tanto cariño que me lleno hasta Navidad.

El 25 de diciembre de 2009, la casa de mi abuela está animadísima. Es la primera vez en media década que mi padre pasa la Navidad en casa. Viene toda la familia y, entre todos los presentes, estoy segura de que antes de que acabe la velada nos hemos dicho que nos queremos mil veces. Nos damos besos hasta que nos entra la risa floja y nos reímos hasta que nos duele la barriga. Salimos de casa de mi abuela arropados por el calor de nuestros propios cuerpos. Damos gracias al universo entero por la gracia concedida a nuestra familia. Nos despedimos dándonos las buenas noches muy deliberadamente, pues en ese día de Navidad de 2009 queremos que esas palabras

transmitan todo el sentido que encierran.

El 26 de diciembre no hablo con mi padre, así que el 27 le llamo temprano. No contesta, así que le dejo un mensaje y me llama más tarde, pero yo no atiendo la llamada. Me deja un mensaje en el buzón de voz en el que dice que no se encuentra bien, pero no lo oigo inmediatamente. Estoy en casa de mi madre, de visita. Ha discutido con mi hermana Jasmine, y Mark Anthony y yo hemos ido a ayudarles a hacer las paces.

Hablamos, ayudamos a sosegar las cosas y, no mucho más tarde, nos volvemos para casa, por ese largo tramo de la carretera del cañón en el que no hay cobertura. Cuando paramos delante de nuestra casita, oigo sonar el fijo y, al mismo tiempo, empiezo a recibir avisos del buzón de voz en el móvil.

Contesto el fijo.

¿Estás sentada? Es mi madre y tiene voz de pánico.

Le digo que no y le pregunto qué pasa, pero no puede parar de preguntarme si estoy sentada. Me lo pregunta cuatro o cinco veces y entonces a mí también me entra el pánico. No sé por qué, pero inmediatamente pienso en mi sobrino Chase, el hijo de Monte, ahora casi adolescente.

¿Dónde está Chase? ¿Qué ha pasado? ¿Qué pasa?, grito. ¡Mamá! ¡Dime qué es lo que pasa!

Entonces me lo dice.

Creen que tu padre ha muerto, dice. Es lo que están diciendo.

Cuando te dicen que tu padre está muerto, no puedes creerte que sea verdad, aceptarlo sin más, y yo no lo hice. ¿Qué pruebas había? Mi madre se ha enterado a través de alguien de la familia, que se ha enterado a través de otro hombre que vivía en el mismo albergue que mi padre. Pero el propio albergue no se ha puesto en contacto con nadie de mi familia, cosa que interpreto como una señal esperanzadora. Mientras interrogo a mi madre, agarro a Mark Anthony para volver a bajar de la montaña, para salir a buscar a mi padre. Siempre he sido capaz de encontrar a mi padre. Nos metemos en el coche y más tarde Mark Anthony me contará que entro en *shock*. Me quedo sin habla.

Más tarde me contará que tuvo que llevarme hasta el coche y

sentarme en el asiento del copiloto para poder volver a hacer el trayecto de media hora por el cañón. Recuerdo que llevaba el móvil agarrado con fuerza, no recuerdo por qué. No hay cobertura en todo el trayecto. Cuando por fin vuelve a haberla, llamo al móvil de mi padre. Llamo una y otra vez, deseando con todas mis fuerzas que lo coja. Más tarde Mark Anthony me cuenta que aún seguía llamando cuando paramos delante del albergue, a pesar de que en la calle había un montón de coches de policía y una furgoneta de los servicios forenses.

Me bajo del coche y me acerco al primer agente de policía que veo. Soy la hija de Gabriel Brignac. Lo digo con toda naturalidad y, con la misma naturalidad, el agente me contesta: Su padre ha muerto. Lo siento.

Me dice que no puedo subir a ver el cuerpo de mi padre hasta que el forense haya establecido si la muerte ha sido el resultado de un acto delictivo.

Me quedo sentada fuera del albergue sin poder moverme y a continuación, uno a uno, empiezan a llegar mis amigos, a los que ha llamado Mark Anthony, y me van rodeando. El forense sale y declara que no hay signos de violencia. Me dejan subir y me permiten pasar un último momento con el hombre que ayudó a darme la vida.

Mi padre está en una camilla delante de la habitación que compartía con otros tres hombres.

Lleva unos calzoncillos blancos y una camiseta blanca.

Aún lleva puestos el reloj y las gafas.

Se los quito. Me los guardo.

Entro en su cuarto y recorro con la mirada este diminuto espacio que fue suyo y ha dejado de serlo, este lugar en el que estaba reinventándose. Empiezo a recoger los pocos objetos materiales que demuestran que estuvo aquí. Mi padre estuvo aquí. Existió. Gabriel Brignac. Esta caja fuerte con papeles importantes. Estos pocos pares de zapatos y prendas de ropa. No son todo lo que fue, pero son parte de él. Los guardo.

En esto consiste la muerte.

Me inclino sobre el cuerpo de mi padre.

Le beso una última vez.

Le digo que le quiero.

Aquí no puedo hacer nada más. Me doy la vuelta lentamente y,

con la misma lentitud, me voy.

Quiero que mi padre tenga después de muerto la dignidad que nunca le permitieron tener en vida.

Busco una funeraria y una floristería. Llamo a todos los contactos de su agenda y les digo que estamos organizando el funeral. Estas tareas ayudan a mitigar el dolor durante un tiempo. Escojo un ataúd porque es azul celeste y a mi padre le encantaba el azul. Mi abuela escoge un traje que va a llevar estando muerto y que es mejor que cualquier prenda de ropa que tuviera cuando estaba vivo.

A comienzos de un nuevo año, el 3 de enero de 2010, trescientas personas nos congregamos para rendir homenaje a Gabriel Brignac. Una de mis amistades canta *Amazing Grace*.

> Fue la gracia la que enseñó a mi corazón a temer
> y la gracia la que alivió mis temores.
> Cuán preciosa se manifestó esa gracia
> en el momento en que creí por primera vez.

Yo creí en mi padre.

Yo creí en Gabriel Brignac.

Yo creí en nosotros.

Aún sigo creyendo en nosotros.

El hombre que ha sido el padrino de mi padre en el programa de doce pasos se levanta, se pone delante del micrófono y empieza a hablar. Nos habla de un hombre que tenía una necesidad imperiosa de intentar ser mejor persona. Nos habla de un hombre bondadoso. Nos habla de un hombre que se esforzaba como nunca había visto esforzarse a nadie más. Nos dice que mi padre estaba llegando a los pasos 8 y 9 del programa: estaba haciendo una lista de las personas a las que había hecho daño y buscando formas de reparar el daño causado a cada una de ellas.

En esa sala, ese día, le concedemos a mi padre los pasos 8 y 9.

Escogemos el perdón y el amor como acto colectivo.

Cuando me llega el turno de ponerme de pie ante este grupo de gente al que he reunido, la primera vez que he congregado a la comunidad para rendir homenaje a la vida de una persona, me siento abrumada ante la responsabilidad de pronunciar un panegírico que

sea tan auténtico como lo era Gabriel Brignac. Me levanto y hablo de un hombre que era más brillante de lo que él se pensaba o de lo que otros le reconocieron jamás. Les hablo de un hombre que irradiaba amor por los cuatro costados. Hablo de un hombre perfecto que estaba lleno de imperfecciones, igual que todos nosotros. Hablo de un hombre al que me enorgullezco de poder llamar mi padre.

Una semana después del funeral vamos al cementerio de Riverside, en California. Vamos a enterrar a mi padre con todos los honores militares. En este lugar de reposo eterno nos hemos reunido seis personas, entre ellas mi abuela y mi tía Jackie, que trabaja en el Departamento de Defensa. Va vestida de uniforme y representa orgullosísima a su hermano. Su hermano, un exsoldado olvidado, un veterano de guerras que no supo que le habían declarado a su delgado cuerpo de piel marrón, que al final sucumbiría a un corazón roto. Mi padre, a sus cincuenta años, oficialmente murió de un ataque al corazón.

Permanecemos sentados delante del ataúd mientras empieza a sonar el toque de silencio y un soldado me hace entrega de la bandera de Estados Unidos que cubría el féretro, ahora doblada. La cojo y la sostengo en las manos, esta bandera de un país en el que mi padre, mi padre negro, mi bondadoso, imperfecto y cariñoso padre negro, no tenía cabida.

Mi padre, que encontró rejas en lugar de compasión.

Mi padre, cuya historia completa ninguno llegaremos a saber nunca.

Qué efecto tuvieron todos esos años que pasó encarcelado, todo ese tiempo encadenado, todos esos días y días sin que nadie le tocara más que para hacerle daño. *Las manos en la espalda, negro de mierda. ¡Contra la puta pared, negro de mierda! Levántate los huevos, negro de mierda. No me mires así o te reviento esa puta cabeza de negro.*

Sería fácil hacer conjeturas sobre los efectos que tuvieron los años de consumo de cocaína en el corazón de mi padre, pero sospecho que obtendríamos más información si pudiéramos medir los efectos acumulados del odio, el racismo y la humillación. ¿Qué efecto tienen todos esos años de cachearte sin ropa, de hacerte poner el culo, todos esos años antes de eso, cuando eras un niño y sabías que nadie se

tomaba en serio tus sueños, que no eras una persona en la que fuera a invertir de verdad un país que te trataba como si fueras prescindible?

¿Qué efecto tiene el que no te valoren?

¿Cómo se mide la pérdida de aquello que un ser humano no recibe?

Mi padre pertenecía a una generación de hombres negros que se pasaron la vida viendo cómo les ponían la esperanza y los sueños fuera de su alcance hasta que les pareció que era lo normal, que las cosas eran así y punto. Perdí a mi padre en una época en la que 2,2 millones de personas habían desaparecido ante nuestros propios ojos, sepultadas en cárceles sepultadas en pequeñas ciudades. Pero por algún motivo y de una forma increíble, aquel hombre regresó. Una y otra vez.

Y otra más.

Y otra más.

Él siguió haciendo un esfuerzo, un esfuerzo de narices. Ese hombre. Mi padre, Gabriel Brignac, que me quiso profundamente y con fervor. Que se pasó cada momento que compartió conmigo diciéndome que mi vida importaba, que la vida de esta chica negra importaba. Ese fue mi padre, sus huesos, su sangre y su alma. Ese fue Gabriel Brignac, y sujeto esta bandera que cubrió su féretro, el de un hombre que murió con el corazón roto en este país de promesas rotas, y pienso que si mi padre no tenía cabida en este Estados Unidos, entonces, ¿cómo puede tener cabida algo como Estados Unidos?

---

[1] Juego popular en la comunidad negra de Estados Unidos en el que, por turnos, dos personas se van lanzando insultos improvisados, en ocasiones rimados, hasta que a una de las dos no se le ocurre ninguno más. *(Todas las notas de esta edición son de la traductora).*

PARTE II

BLACK LIVES MATTER

08

La noche más oscura

Repetición

«Ven a celebrar conmigo que todos los días ha habido algo que ha intentado matarme y no lo ha conseguido».

Lucille Clifton

Estoy sumida en un necesitadísimo sueño cuando me despierta el teléfono poco después de las doce de la noche. La voz que oigo es la de mi madre: Trisse, es tu hermano, dice. Monte. Le han detenido.

Me incorporo inmediatamente e intento que mi cuerpo y mi cerebro se espabilen. Siento un cansancio profundo y penetrante. Es el año 2006 y estoy estudiando a tiempo completo —una licenciatura en Filosofía con especialización en las tradiciones abrahámicas—, pero también trabajando a tiempo completo con Mark Anthony y con nuestro amigo Jason, impartiendo un programa especial sobre trauma y resiliencia en mi antiguo instituto, Cleveland. Tardo un minuto en despertarme del todo. Hace solo un mes que mi padre, Gabriel, ha ingresado en prisión, en uno de los centros dedicados a la extinción de incendios. ¿Cómo voy a encontrar alguna lógica en lo que me está diciendo mi madre? ¿Cómo voy a encontrar alguna lógica en un mundo que parece totalmente empeñado en desafiarla?

Monte había vuelto a casa en 2003 tras su primera condena y, como descubrimos enseguida con espanto, no existía infraestructura

alguna para ayudar a garantizar su reinserción ni su salud mental. Lo que ocurriera sería el resultado de lo que hiciéramos nosotros, la familia, y de nuestra capacidad para gestionar una grave enfermedad mental. Enseguida aprendimos que cualquier medida que se tomara iba a venir, o bien de nosotros —solos, sin ayuda de los profesionales médicos—, o bien de la policía. El horrible recuerdo de la primera crisis de Monte, durante la cual aprendimos que no había servicios sociales ni sistemas de protección para mi hermano, pendía sobre todos nosotros como una espada. Convivíamos con el runrún constante de la ansiedad. Para gestionar mis emociones, me fui volviendo cada vez más hacia el mundo espiritual, hacia aquello que no podía ver pero sí sentir en todo momento, lo que quiere decir que rezaba a menudo y me fui rodeando cada vez más estrechamente de la familia que había formado. Mark Anthony y Tanya, una buena amiga del instituto. Jason, del trabajo. Mis nuevos amigos del Strategy Center. Ellos fueron mi sostén.

Cuando Monte volvió a casa, una vez que conseguimos que se estabilizara después de semanas en el hospital, lo que más deseaba era ser autosuficiente. Pero a causa de sus constantes entradas y salidas de los centros de internamiento de menores cuando era pequeño —por beber, por hacer grafitis o simplemente por estar en la calle con sus amigos— y de su posterior estancia en la cárcel, claro, jamás había trabajado, con la excepción de los trabajos forzados que hiciera cuando estaba en prisión.

Le ayudamos a conseguir un trabajo mal pagado y de baja categoría en el Rite Aid del barrio —tanto a Carla como a mí nos había tocado trabajar en tiendas de la misma cadena en Los Ángeles— y todavía recuerdo lo emocionado que estaba al final de su primer día: Trisse, ¡lo tengo dominado! Se sentía orgullosísimo. Pero al cabo de una semana en su primer trabajo remunerado, rápidamente le despidieron. Había llegado su certificado de antecedentes penales: No queremos exconvictos, tío, largo de aquí.

Intentamos arroparle y mi madre le suplicó que se fuera a vivir con ella, arriesgándose a perder la ayuda al alquiler que recibía. Si eres beneficiario de una de esas ayudas públicas, no puedes meter a vivir en tu casa a una persona que haya sido condenada por un delito. Ni siquiera si es menor de edad. Ni siquiera si tiene una enfermedad

que le impide cuidar de sí misma. Ni siquiera si no puede encontrar trabajo porque nadie contrata a una persona con una condena previa, ni siquiera para los puestos más bajos. En California existen más de 4.800 disposiciones que ponen obstáculos a la reinserción de los presos, desde las que prohíben el acceso a empleo, vivienda y alimentación hasta las que les impiden recibir becas de estudios, entre muchas otras. Puede que tu condena sea de dos años, pero eso no significa que no vayas a cumplir cadena perpetua.

En cualquier caso, Monte no quería poner en riesgo a mi madre y, en contra de nuestra voluntad, decidió volverse a vivir con Cynthia, la madre de su hijo Chase. Pero Cynthia tenía sus propias dificultades en la vida desde que, años atrás, había recibido un disparo que le había provocado una parálisis. Algunas eran físicas, otras eran emocionales y todas estaban muy presentes. De hecho, mi madre intervino y obtuvo la guarda de Chase debido a la agobiante situación de su madre y a los problemas de mi hermano. Pero Cynthia, una mujer pobre con una discapacidad y con un trastorno por estrés postraumático por haber estado a punto de morir con solo dieciocho años para el que nunca había recibido tratamiento, no estaba en condiciones de ocuparse de que Monte se tomara la medicación o de llevarle al hospital del Condado de Los Ángeles y la Universidad del Sur de California para que los médicos le controlaran la dosis.

Y al igual que mucha gente que padece un trastorno esquizoafectivo (un diagnóstico que comprende el trastorno bipolar), con el tiempo Monte empezó a sentir que se encontraba bien —mejor, de hecho— sin la medicación. Nosotros al principio no supimos esto, pero cuando empezamos a verle adoptar comportamientos extraños —tenía el ánimo exacerbado, estaba sobreexcitado, hablaba demasiado rápido—, mi madre, Paul y yo insistimos en que nos dejara llevarle al médico.

Monte, necesitas ayuda médica, intenté convencer a mi hermano. La necesitamos todos. Pero la relación de mi hermano con los médicos había tenido lugar principalmente en la cárcel, cosa que para él sin duda había hecho tambalearse, por no decir que había destruido por completo, la asociación entre medicina y curación. Incluso después de la cárcel, cuando ya estaba en casa y le ingresamos en el hospital del Condado de Los Ángeles y la Universidad del Sur de California, los

médicos no trataron a mi hermano, un hombre negro y pobre de una familia negra y pobre, un exconvicto, como a una persona cuyo grave estado le diera ninguna prioridad. Actuaban de forma mecánica, estoy segura de que en parte porque ellos mismos estaban desbordados. No recordaban su nombre ni los nuestros. No había tiempo para palabras amables o tranquilizadoras junto a la cama del paciente. Ingresar, estabilizar y a la puta calle. Hay que dejar libre la cama para otro. Para mi hermano, hablar de hospitales era hablar de daño, por no decir de auténtico odio: Monte sabía que no le tenían ningún aprecio y que ni siquiera tenían mayor interés en que estuviera bien, sino simplemente contenido, controlado.

Pero en esa madrugada de la primavera de 2006, mi madre me dice que no sabe los detalles, que ha recibido una llamada de Monte, pero que estaba alterado y no se le entendía bien. No podemos hacer nada para ayudarle hasta la mañana siguiente. Le digo a mi madre que a primera hora iremos a Twin Towers, la cárcel del condado de Los Ángeles donde doy por supuesto que tienen detenido a mi hermano.

Monte no está en Twin Towers, me informa mi madre. No sé qué ha pasado, pero está en el hospital, me dice. Tenemos que ir a verle allí.

Hay un miedo que te agarra y te aprieta con fuerza, como un tornillo de banco, como un garrote vil, cuando entras en un territorio que no conoces ni puedes conocer. Es cierto que en esos momentos puedes experimentar instantes fugaces de alivio: quizá el desenlace no sea como esos finales espantosos que no puedes evitar imaginarte. Pero no consigo sentirlos ahora, en nuestra noche más oscura, en este peligroso campo de batalla que atraviesa mi familia, en una guerra que en este momento se está librando contra mi hermano, un hombre que está intentando vivir en un mundo que se niega a tener una relación con él que no se base en el dolor.

Cuando Paul, mi madre y yo vamos al hospital, mi hermana Jasmine no viene con nosotros. Ver a Monte en el estado en el que nos tememos que va a estar es demasiado para ella. Me acerco al hospital rezando todo lo que sé, dirigiendo una plegaria a todos los dioses y diosas que he conocido u oído nombrar en mi vida.

Ogún oko dara obaniché aguanile ichegún iré.
(Guerrero que luchas por la justicia, protege a mi hermano).

En su habitación del hospital del Condado de Los Ángeles y la Universidad del Sur de California, en el ala reservada a los reclusos, Monte está custodiado por dos agentes de la Policía de Los Ángeles. Antes de entrar en la habitación, me cuentan algunos detalles de lo ocurrido con total indiferencia:

Pensábamos que había consumido polvo de ángel o algo así, dice uno.

Tiene un trastorno mental, contesto, y me pregunto por qué parece que la policía nunca piensa que las personas negras pueden padecer enfermedades mentales.

¡El tío es enorme!, exclama uno. ¡Menuda mole! Tuvieron que dispararle balas de goma, dice tan tranquilo, como si no estuviera hablando de mi familia, de un hombre con los mismos genes que yo. Como si para ellos todo esto fuera un puñetero videojuego.

También tuvimos que inmovilizarlo con descargas eléctricas, añade el otro policía, como si esas descargas no mataran a gente, como si no pudieran haber matado a mi hermano.

Más tarde me enteraré de que Monte iba conduciendo y tuvo un pequeño choque con otra conductora, una mujer blanca que inmediatamente llamó a la policía. Mi hermano estaba teniendo un episodio maniaco y, pese a que en ningún momento le puso la mano encima a la mujer ni hizo nada más que gritar, pese a que su enfermedad mental era tan evidente como el color negro de su piel, le dispararon balas de goma y le dieron descargas eléctricas.

Y después le acusaron de terrorismo.

Tal cual.

Si una persona alega que le has dicho algo amenazante que la ha llevado a temer por su vida, se te puede acusar —como acusaron a mi hermano, que estaba en pleno episodio maniaco— de terrorismo.

Cuando por fin hablamos con Monte, habla arrastrando las palabras y no se le entiende bien. No logramos entenderle y al final se pone a llorar descontroladamente. Esto es lo que sucede después de un episodio maniaco, este brutal descenso a la oscuridad más absoluta, un abismo más profundo que la tristeza, un dolor y una desesperación que se instalan en las propias células del cuerpo. No entendemos casi nada de lo que dice, salvo una simple súplica: ¿Pueden darme mi medicación? Por favor, no me encuentro bien.

Lo horrible de esta enfermedad es que hay una fase en la que el cerebro te engaña y te hace creer que estás bien, mejor que bien. Mejor de lo que jamás ha estado nadie. En esa fase crees que no te hace falta la medicación. Y entonces, sin previo aviso y muchas veces sin que haya ningún detonante apreciable, estás metido en un auténtico infierno del que nadie puede sacarte.

Dos días más tarde trasladan a Monte a Twin Towers como preso de alta peligrosidad, lo que quiere decir que se le considera una amenaza para los agentes de la cárcel. Para mí esto ya es el puto colmo de las disonancias cognitivas: mi hermano nunca ha hecho daño a otro ser vivo, y mucho menos a un agente de policía. A él, en cambio, la policía le ha desnudado, golpeado y privado de alimento, le ha pateado y humillado. Y ahora ellos pueden decir que él es la amenaza. Ellos pueden decir que él es el que causa daños. Ellos pueden acusarle de terrorismo.

Como preso de alta peligrosidad, Monte pasa veintitrés horas al día incomunicado en una celda de aislamiento, un régimen que hace mucho que se sabe que provoca trastornos mentales a individuos sin problemas previos de salud mental. En el caso de mi hermano, como era de esperar, su estado empeora rápida y terriblemente sin que un solo miembro del personal médico cumpla el juramento hipocrático: lo primero es no hacer daño. La primera vez que voy a Twin Towers a visitarle, vuelve a hacerme la misma súplica: No me encuentro bien, Trisse. ¿Me pueden dar mi medicación? Me están dando ibuprofeno, pero necesito mi medicación. Por favor, Trisse, por favor.

Su voz y su mirada me parten el corazón. ¿Les niegan a otros su medicación para el corazón, su tratamiento para el cáncer, sus inhaladores para el asma? Sabemos que lo hacen con los tratamientos para la hepatitis C y que se ha hecho con la naloxona, con la que es posible contrarrestar los efectos de una sobredosis. Sabemos con certeza que a determinados grupos se les ha impedido acceder a los medicamentos que retrasarían la aparición del sida. ¿Qué clase de sociedad utiliza la medicina como arma, negándosela a personas que necesitan curarse mientras continúa desarrollando fármacos con los que ejecutar a gente en las cárceles estadounidenses?

Aun así, no consigo entender qué ganan los de la cárcel no dándole su tratamiento a mi hermano. ¡Fueron ellos los que le

hicieron el diagnóstico! ¡Tienen todo su historial! Le digo que voy a conseguirle lo que necesite y hablo con el guardia, que por un momento doy por supuesto que será razonable. O sea, ¿no es mejor para todo el mundo que Monte esté debidamente medicado? El agente desoye todos mis argumentos. No puede autorizar nada sin el médico y este no ha dado la orden, repite. Entonces lo entiendo. Una alternativa más barata que dar tratamiento a Monte es tenerlo en una habitación solo y atado, con las cuatro extremidades y el tórax inmovilizados. Se reducen los costes no solo de la propia medicación, sino de vigilantes y seguramente de alimentos.

La segunda vez que voy a ver a Monte no me dejan pasar. No está en condiciones de recibir visitas, me dice un agente. Vuelvo una y otra vez, todos los días que lo permite el régimen de visitas, y todas las veces me mandan a casa, lo mismo que a mi madre. No tendremos oportunidad de volver a ver a Monte hasta la fecha de su comparecencia en el juzgado, nada menos que veintiún días después de su detención. Nos presentamos en masa: no solo mi madre, la familia y yo, sino también Mark Anthony, Jason (mi compañero de trabajo de Cleveland) y otros amigos que vienen a apoyarnos.

En el juzgado, me acerco a la auxiliar de justicia para asegurarme de que Monte está en la lista de señalamientos del día.

¿Monte Cullors?, pregunta.

Sí, contesto.

Revisa unos documentos y sale. Al rato vuelve y me mira a la cara.

Quiero advertirle que su hermano se encuentra en muy mal estado. Es muy alarmante.

Lo dice con total inexpresividad. No sé qué pensar.

¿Qué quiere decir?, pregunto.

Está en una camilla, dice. Hace una pausa.

Está atado, continúa. Inmovilizado, dice.

También lleva una máscara, añade con el mismo tono inexpresivo, para que no escupa, concluye.

Esta mujer, que quizá tenga un hermano o quizá tenga un hijo o quizá haya querido al hermano o al hijo de alguien, demuestra casi la misma indiferencia que el agente de policía que me dijo que a mi hermano le habían disparado balas de goma y le habían dado

descargas eléctricas.

Tengo la boca abierta. Estoy en estado de *shock*. Estoy intentando asimilar algo que no consigo imaginarme. ¿Van a tener a mi hermano con la cara tapada como si fuera el puto Hannibal Lecter? ¿Cómo es posible que nuestra única respuesta para la gente pobre con problemas de salud mental sea la criminalización? ¿Cómo se conjuga eso con la idea de una sociedad libre o democrática, el no cuidar a los más desfavorecidos? ¡¿Que haya más personas con trastornos mentales en las cárceles de nuestro país que en todos los hospitales psiquiátricos juntos?! Que se acuse a seres humanos de toda clase de delitos con nombres espantosos (¡terrorismo!), como ha ocurrido con mi hermano. ¿En qué clase de sociedad vivimos?

Al igual que mi hermano, muchos de ellos jamás han hecho daño a otro ser vivo.

E incluso aquellos que sí han hecho daño a otros, ¿qué habría pasado si se hubiera intervenido a tiempo con medidas adecuadas, medidas sanitarias, medidas compasivas? ¿Y si todos tuviéramos acceso a una sanidad centrada en el paciente y no en el dinero? Ese tipo de sistemas existen en el mundo en este momento. ¿Por qué este país está tan atado a castigar y juzgar, a que unas vidas importen y otras no? Estoy pensando en toda la gente —gente como mi hermano y como mi padre— que ha sido el blanco de los daños, no el origen. Y, sin embargo, es a ellos a quienes la sociedad considera prescindibles. Nuestro país es como una versión gigante y terrorífica de uno de esos *realities* sobre supervivencia. Me invade una sensación de furia y un impulso de actuar cuando pienso que mi hermano, mi Monte, es una persona prescindible a ojos de esta gente. Pero para mí y para mi madre, para mis hermanos, para Chase y para Cynthia, Monte nunca ha sido prescindible. Ni él ni su enorme corazón ni su precioso cerebro averiado, que quizá pelea con tanto empeño porque, madre de mi vida, ¿cómo coño le va a encontrar algún sentido a todo esto?

¿Por qué le han traído?, pregunto. ¿Por qué no está en tratamiento? Por el amor de Dios, ¿se puede saber qué problema tenéis?

La auxiliar no me responde y vuelvo a mi asiento de este juzgado en el que no se puede hablar, usar el móvil ni hacer otra cosa que rezar sin parar.

Obatalá obá layé ela iwo alara, Ache.

De pronto hay un alboroto y levantamos la mirada, yo y todo el mundo, y es en ese momento cuando vemos lo que le han hecho a mi hermano. Monte está en pleno brote psicótico. Está dando gritos y hablando solo. Traer a Monte a esta sala viene a ser el equivalente de llevar ante un juez a una persona que acaba de recibir un disparo en la cara y esperar que de alguna forma sea capaz de participar en la vista. Es una traición escandalosa a la dignidad humana, a las palabras «y justicia para todos».[2]

Otra más.

Ya deberíamos estar acostumbrados, yo debería estarlo. Pero no consigo acostumbrarme a esto. Me niego a acostumbrarme.

Mi madre empieza a llorar y Jason la abraza mientras Mark Anthony me coge la mano y me la aprieta. Enfrente de mí, hacia un lado, tres hombres blancos que también han acudido al juzgado, supongo que por algún familiar o amigo, se echan a reír. Nadie les llama la atención. Miran a mi hermano como si él fuera el espectáculo de feria. Le miran como si no fuera un ser humano.

Me invade una profunda sensación de vergüenza y humillación. No quiero sentirme así, pero el dolor de mi familia se encuentra expuesto en toda su magnitud ante gente que nos odia. Intento no perder la calma y, mirando fijamente a Monte, decir con los ojos lo que el juzgado no me deja decir con la boca. Te quiero, Monte. Te voy a ayudar. No voy a dejar que te lleven, cariño. No me dejes, Monte. No me dejes.

Tengo que resistir el impulso de salir corriendo hacia mi hermano. Denota un tipo especial de crueldad, una clase particular de sadismo, que te obliguen a quedarte quieta y callada mientras alguien a quien quieres está sufriendo en un sitio al que no puedes llegar y de formas que resultan inconmensurables. Me muero por acercarme a él, por abrazar a mi hermano, este hermano que me abrazaba a mí de pequeña, este hermano que rescataba animalitos y les daba de comer, este hermano al que adoro.

Entonces entra la jueza. Evalúa la situación: un hombre con una máscara y con las cuatro extremidades y el torso atados a una camilla, gritando cosas incoherentes e intentando soltarse. Con un gesto de perplejidad, habla con la auxiliar de justicia, que se comporta como si

la situación fuera medianamente normal, medianamente aceptable.

Después la jueza se dirige a los demás y pregunta en voz alta: ¿Qué hace este hombre en la sala? Nadie tiene respuesta. Ni la auxiliar de justicia ni el fiscal ni el abogado de oficio de Monte, que aún no ha dicho ni una palabra en defensa de mi hermano. Se le ve casi distraído, todo el rato mirando el reloj y los papeles que tiene delante.

Con un tono de voz que se puede oír desde toda la sala, la jueza reprende a los policías que han traído a Monte, al fiscal y al abogado, y a continuación pospone la vista. Los policías prácticamente se encogen de hombros y se disponen a volver a sacar a mi hermano de la sala empujando la camilla. En ese momento, Monte da un último grito, una sola palabra que parece oírse durante un minuto entero, que parece una última plegaria desesperada:

¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡MAMÁ!!!!!!!!!!!!!!!!!!

Salimos de la sala en fila y sin decir nada. Estamos en estado de *shock*. Somos como extraterrestres caminando por un planeta extraño y hostil, como supervivientes de un accidente saliendo a rastras de los restos del siniestro, con el cuerpo lleno de magulladuras, de fracturas, de sangre. Pero aún respiramos. Yo aún respiro y, al poco rato, la sensación de aturdimiento que se había apoderado de mi cuerpo, de mi alma, empieza a disiparse, a transformarse. Ahora estoy enfadada, furiosa, y noto que tengo que hacer un gran esfuerzo para intentar no estallar. Me vuelvo hacia el incompetente abogado de Monte.

¿Cómo se atreve a permitir esto? ¿Cómo es posible que ni siquiera haya intentado evitar que nos hicieran pasar por esto a Monte y a mi familia?

Se encoge de hombros. Si dijo algo, no recuerdo qué fue. ¿Quién es este tío y por qué se presenta como si estuviera del lado de Monte? No tiene nada que aportar en este momento, ni una palabra, y no digamos un plan. En otras circunstancias quizá le compadecería; está sobrepasado y es evidente que se encuentra en una situación en la que no se había visto nunca. Pero nosotros también. Le dejo y me vuelvo hacia mi madre, una mujer que se ha pasado la vida afilando su circunspección para emplearla como un arma con la que defenderse de los ataques del mundo. Ahora esa arma ha quedado hecha pedazos en este juzgado y mi madre está llorando descontroladamente. A

lágrima viva. Entre sollozos, pronuncia con dificultad estas palabras: Me siento muy culpable.

No entiendo nada. ¿Por qué iba a sentirse culpable mi madre, nuestra madre? ¿Qué ha hecho ella aparte de querernos, de trabajar para sacarnos adelante, en dos y a veces tres sitios a la vez, de practicar su religión y cumplir normas mientras su propia familia le daba la espalda? Entonces, poco a poco, empiezo a pensar: ¿es eso lo que pasa cuando eres una madre que tiene que cargar con el peso de tener que proteger a sus hijos en un mundo que está intentando matarlos? ¿Te obligan a vivir dentro de una horrible tríada de sentimientos: rabia, dolor o culpa? ¿Qué hay de toda la alegría y la paz de querer a un hijo? ¿Qué hay del orgullo y de la esperanza? ¿De verdad es posible que a mi madre no se le haya ofrecido una cuarta posibilidad, una quinta, sexta o incluso séptima, de conocer la maternidad en toda su plenitud? ¿Es una más en una larga serie de madres negras cuyas únicas opciones son vivir sufriendo o en modo supervivencia?

¿Ha podido ella alguna vez olvidarse del resto del mundo y limitarse a disfrutar de la risa de sus hijos, de jugar a tonterías con los bebés, de lidiar con los problemas simples de la adolescencia (haz los deberes, ayuda en casa)? Yo no recuerdo haber ido nunca con mi madre al cine o a mirar escaparates. No nos recuerdo pasando tiempo juntas relajadas, como seres humanos dedicados únicamente a existir. Siempre hemos tenido que ser seres humanos dedicados a actuar.

¿Es esta madre quien ahora se ve invadida por una culpa injustificada? ¿Se está preguntando qué hizo o dejó de hacer ella para que su pequeño, su Monte, no acabara sumido en la pesadilla en la que le han metido? ¿Es mi madre el efecto secundario, el daño colateral, del empeño en poner la responsabilidad individual por encima de todo, por encima de todas esas otras decisiones sobre las prioridades presupuestarias, sobre los salarios, sobre la presencia policial e incluso sobre las malditas tiendas de comida y el acceso a una buena alimentación?

En este momento y este lugar, en este sistema jurídico supuestamente acusatorio pero en el que todos van contra su hijo, mi madre siente lo único que le han permitido sentir libremente en su vida. Culpa.

Culpa por haber sido madre muy joven.

Culpa por no cumplir ciegamente los preceptos religiosos patriarcales.

Culpa por ser pobre.

Culpa por no haber evitado que una enfermedad mental se instalara en el cerebro de su hijo.

Culpa por no haber podido impedir que un grupo de personas se apartara de una definición provechosa de lo que es un ser humano.

Culpa por no haber podido evitar que esos monstruos morales hicieran daño a su pequeño.

Rodeo a mi querida madre con los brazos.

Mamá, no es culpa tuya, le digo. Nada de esto es culpa tuya. Ni su enfermedad ni lo que pasa cuando no recibe tratamiento. No es culpa tuya, no es culpa tuya, repito una y otra vez, afirmo con ella una y otra vez. Pero no sé si realmente me cree. No lo supe entonces y sigo sin saberlo ahora.

Se establece otra fecha para la vista y previamente, en el juzgado, mi madre y yo nos reunimos con el abogado de oficio que defiende a Monte. Nunca llegamos a verle en un despacho, en un sitio donde podamos pensar y planear una estrategia juntos. Nos conceden unos minutos en un banco de un pasillo.

El abogado nos dice directamente que, como mi hermano ya acumula dos condenas anteriores, le van a sentenciar a cadena perpetua. Fin de la conversación.

La primera detención de Monte, por tentativa de allanamiento de morada estando en pleno episodio de su enfermedad, fue la primera infracción. Cuando estaba preso, los guardias afirmaron que habían encontrado un arma en su celda. Monte negó que fuera suya y nosotros nunca supimos nada de aquello, pero aun así le condenaron, así que ya iban dos infracciones. Este tercer incidente, por el que se le imputa un cargo de terrorismo y que también se produjo cuando estaba teniendo un episodio durante el cual gritó y armó alboroto, pero no amenazó ni hizo daño a nadie, supone la tercera infracción, así que ya está: con eso se le puede condenar a muerte en vida y a tomar por culo, no hay nada más que hablar. El abogado se muestra impertérrito al decirnos esto y no se avergüenza por no tener un plan

para defenderle. Dice que esto es lo que quiere Monte. Así, tal cual.

Vaya a decirle a mi hermano que vamos a contratar a un abogado, le ordeno. Él sale por una puerta, supongo que hacia donde están las celdas donde tienen a los detenidos, donde tienen a Monte, y vuelve enseguida. Dice su hermano que no hace falta.

Esta vez le pego un bufido: Vaya. A decirle. A mi hermano. Que VAMOS A CONTRATAR. A un abogado.

Y punto.

Esta vez, después de volver a salir y regresar, se muestra conforme. Me pregunto si eso que veo en su rostro es humildad.

Su hermano dice que de acuerdo, nos informa. Dice que le parece bien que busquen un abogado y que es posible que él sepa de alguien, masculla.

Ya no tenemos nada más que hacer aquí, le digo a mi madre. Gracias al activismo, a mi trabajo de voluntaria en el Strategy Center, me he vuelto más atrevida. Vamos a pasar de este gilipollas. Hay otra vía. Ahora solo tenemos que encontrar el dinero, lo cual es una montaña que se alza ante mí y cuya cima no alcanzo a ver si miro solamente con estos dos ojos humanos. Este momento requiere una vista que provenga de la fe, de una fe al nivel de caminar sobre las aguas.

Fue la fe lo que nos llevó a echar a correr sin mapas ni brújulas, sin dinero ni amigos, perseguidos por perros adiestrados por demonios. Fue la fe lo que el 1 de febrero de 1960 llevó a cuatro estudiantes negros —Joseph McNeil, Franklin McCain, David Richmond y Ezell Blair— a sentarse en una barra «solo para blancos» en la cafetería de Woolworth's en Greensboro (Carolina del Norte) y negarse a moverse, arriesgándose a que los agredieran e incluso los mataran. Fue la fe lo que permitió a Robert Parris Moses seguir luchando por el derecho al voto en el Sur en 1965 pese a que aquel primer verano en el condado de Amite, en Misisipi, solo pudo inscribir a un hombre negro en el censo electoral.

Las historias que había aprendido de pequeña leyendo libros sobre los derechos civiles, el empoderamiento de los negros y la cultura negra se habían instalado dentro de mí. Las lecciones que había aprendido en el Strategy Center sobre cómo organizarnos a pesar de los implacables obstáculos habían calado.

La vista en el juzgado es un mero trámite; se fija una nueva fecha. Tenemos dos semanas para contratar y costearnos un abogado privado. En ese momento Facebook solamente existe en Harvard. Tenemos MySpace, pero no plataformas para organizar campañas de microfinanciación por internet. No existe Twitter. Voy a visitar a Monte, que me dice que otro preso le ha recomendado a un abogado muy bueno llamado Peter Corn. Aun así, Monte tiene pocas esperanzas.

Trisse, dice, voy a estar aquí hasta el fin de los días.

Le digo que no. Le digo que lo vamos a solucionar. Y a continuación voy a ver al tal Peter Corn, que inmediatamente me hace sentir incómoda. Pero no tenemos muchas opciones. Necesitamos diez mil dólares. Yo en mi cuenta debo de tener unos ciento cincuenta. Mi madre sigue ganando un sueldo miserable. Y todo esto va a depender de nosotras. Con Alton no podemos contar; tiene dinero, pero no lo comparte. Paul y Jasmine están sobrepasados por la enfermedad de Monte y por los ataques del juzgado, cosa comprensible. ¿Qué apoyos existen, qué terapias, qué orientación te ofrecen cuando están linchando a uno de los tuyos delante de ti y no tienes un ejército con el que defenderte, un arma, un Ferrocarril Subterráneo?[3] Así es como está montado: se intimida a las familias, se las calla y se las aleja de las personas a las que más quieren cuando más apoyo necesitan esas personas.

Pero yo me niego a dejarme intimidar.

Llevo siendo activista desde los dieciséis años.

De mis profesores y amigos de Cleveland aprendí que ser joven no quería decir que no pudiera ejercer liderazgo. En Cleveland nos enseñaron, me enseñaron, que convertirnos en líderes era nuestra responsabilidad.

En el Strategy Center aprendí a organizar una campaña con jóvenes negros y racializados y comprobé que, de hecho, podíamos conseguir nuestros objetivos. La detención de Monte se produjo el mismo año en que ganamos una disputa contra las autoridades educativas por poner multas de doscientos cincuenta dólares a los padres cada vez que sus hijos llegaban tarde a clase, aunque el motivo de que llegaran tarde fueran las interminables colas que tenían que hacer para pasar por los detectores de metales.

Donna me enseñó a conocer la fe, a entender el espíritu como una acción.

Y de mi familia escogida —Mark Anthony y Carla, Naomi y Tanya y Jason y Sarah y Katidia y Vitaly y más gente de la que puedo mencionar aquí— aprendí que no había nada capaz de destruir a una comunidad unida, a una comunidad guiada por el amor. De ellos aprendí a imaginarme otro mundo. Un mundo en el que mi propia familia pueda estar a salvo. Un mundo en el que Monte pueda estar a salvo. Aprendí que no estoy sola, por muy sola que me hubiera sentido a veces.

No hay problema, le digo a Peter Corn, tendremos el anticipo de sus honorarios dentro de dos semanas. Y a continuación me pongo a trabajar. Nos ponemos a trabajar.

Mis amigos, mi gente, mi tribu, se ponen a hacer llamadas y a escribir cartas, que enviamos por correo electrónico y por correo normal. Después rezamos. Después esperamos. Pero no tenemos que esperar mucho: al cabo de menos de diez días empiezan a llegar cheques de todo el país y, cuando aún faltan días para la fecha en la que tengo que pagar a Peter Corn, tenemos recaudados seis mil dólares.

Le pido a mi madre que acuda a su padre, a su acomodada familia. Pídeles lo que nos falta, mamá.

Van a decir que no, está convencida.

Aun así, tú inténtalo, insisto. Mi madre se lo pide y, tras mucho titubeo y un silencio de dos días que se nos hacen interminables, mis abuelos nos envían los últimos cuatro mil dólares. Voy a ver a Peter Corn.

Ese día su socio está en el despacho y escucha nuestra conversación. Cuando oye el nombre de mi hermano, me pregunta si somos parientes de un hombre llamado Rodney Cullors.

Sí, contesto. Es nuestro tío, digo.

Qué pequeño es el mundo, dice. Una vez fui el abogado de la acusación en un juicio contra él.

Hay un silencio incómodo. Intento no alterarme por el hecho de que para esta gente todo esto es una partida de ajedrez. Lo mismo juegan con unas piezas que con las otras. Trato de consolarme pensando que al menos sabrán por dónde atacar a la acusación, y así

es. Peter dice inmediatamente: Tenemos que conseguir que no tengan en cuenta una de las condenas anteriores. Seguramente no evitemos del todo una pena de prisión (estoy que echo humo), pero sí la cadena perpetua. Todo este proceso me pone de los nervios. ¿Alguna vez se intenta realmente defender a la persona o siempre se trata únicamente de conseguir un acuerdo mejor? Esta es la situación en la que nos ponen.

Peter Corn mantiene su palabra, en ese momento y a lo largo de los años en que seguiremos tratando con él. Consigue que no tengan en cuenta la segunda condena de mi hermano, la que recibió cuando estaba en la cárcel, pero Monte tiene que declararse culpable para que le impongan una condena menor y acceder a cumplir el 85 por ciento de una pena de ocho años. Nadie dice nada sobre darle tratamiento médico o sobre qué medidas serían apropiadas para una persona enferma. Sentimos algo así como gratitud. No verdadera gratitud, pero algo parecido. Empiezo a ir a visitar a mi hermano todos los meses, cosa que sigo haciendo durante los seis años que acaba pasando en la cárcel de Corcoran, donde consiguen darle la combinación adecuada de medicamentos para mantenerle más o menos estable.

Seis meses antes de que Monte vuelva a casa, le digo a Mark Anthony, con quien he estado años medio saliendo pero con quien ahora sí voy completamente en serio, que no podemos permitir que pase lo mismo que la otra vez. Monte necesita un equipo de reinserción, susurro una noche, envuelta en los cariñosos brazos de Mark Anthony. Al día siguiente hacemos un llamamiento a gente del Strategy Center, a mis amigos Tanya, Jason y Carla. Contacto con personas que puedan hacer de mentores. Intento convencer a mi madre de que me deje buscarle un sitio donde vivir en el que le ayuden con la transición, pero ella se niega.

Mi hijo vivirá conmigo, dice, y no hay más que hablar.

En octubre de 2011, Alton, Paul y yo nos levantamos a las cuatro de la mañana y nos montamos en la enorme camioneta de mi padre, una Ford F-350, para emprender el trayecto de tres horas por la autopista 99 en dirección norte. No vamos a dejar que vuelvan a mandar a Monte a casa solo en autocar, en ropa interior. Cuando llegamos a la cárcel al amanecer, veo a unos trabajadores y los observo con una mirada nueva. Están trabajando en el jardín,

cortando el césped, haciendo tareas de todo tipo. Y todos van vestidos con monos de presidiario. Los reclusos son trabajadores esclavizados en el sentido literal de la expresión, no solo para empresas externas como Starbucks y Whole Foods, sino para el propio estado de California. La cárcel da trabajo a gente de la localidad —guardias, enfermeros, un par de psicólogos—, pero no contrata a conserjes, a cocineros, a gente que fabrique el mobiliario. Todos esos son componentes del sistema de mano de obra esclava que está en expansión en Estados Unidos. Justo en ese momento aparece una furgoneta blanca y se baja un grupo de hombres. Uno de ellos es Monte.

Lleva los vaqueros Levi's 501 que le enviamos, unos zapatos negros Stacy Adams y una de sus habituales camisetas negras de Ese. Alton se pone a llorar y Monte le dice riéndose: Sonríe, viejo, ya habrá tiempo de llorar. Se abrazan.

Monte se vuelve hacia mí y exclama: ¡¿Qué pasa, Trisse?! Nos da sendos abrazos a mí y a Paul. Cerca de él hay un señor mayor; no hay nadie esperándole y no tiene adonde ir. Monte mira a Alton: ¿Podemos llevarle? Es una exigencia formulada con delicadeza, en forma de pregunta. A Alton no le hace mucha gracia, pero es Monte. Nos subimos todos a la camioneta y los dos se ponen a mirar por la ventanilla. Cuánto hacía que no veía este paisaje, dice Monte. Estos colores, añade. El otro no dice ni una palabra, pero tampoco deja de mirar. Monte cambia de postura y se pone a jugar con el móvil que le hemos comprado. El mundo ha dado muchas vueltas desde 2006.

Por el camino paramos a comer algo y disfrutamos muchísimo viéndole engullir trozos de pollo y ternera, judías pintas y arroz. Cuando entramos en Los Ángeles, Alton le pregunta al señor: ¿Dónde quiere que le deje? Pero está claro que el hombre no tiene ningún plan. Es como muchísimos presos que salen de la cárcel tras una larga condena. Vuelven a un mundo que no conocen, con unas personas que no les conocen a ellos.

Voy a tirar para Hollywood, dice. Le llevamos allí y le doy algo del poco dinero que tengo antes de volver a subirme a la camioneta para dirigirnos a la casa nueva de mi madre, un piso de protección oficial con una pequeña terraza en la que hacemos una barbacoa. El reencuentro entre Chase y Monte es incómodo; Chase no quiere darle

un abrazo a su padre. Está en plena adolescencia, lo que quizá lo explique en parte, pero es sobre todo porque el tiempo perdido no se puede recuperar.

No se alegra de verme, me susurra Monte con tristeza.

Sí que se alegra, contesto. Solamente necesita acostumbrarse.

Esa noche salimos a dar un paseo por nuestro antiguo barrio. Vamos hablando o callados, riendo, sin llorar, disfrutando la sensación de relativa calma. Al final de la noche me despido de mi madre y mi hermano con un beso.

Llámame mañana por la mañana, le digo a mi madre, que me promete que lo hará. Monte me acompaña a la puerta. Trisse, ¿me puedes ayudar a encontrar trabajo? Necesito trabajar, dice.

Aún no sabe que mi equipo y yo ya lo hemos estado planeando. Hay una pequeña organización dedicada a temas de justicia social con la que he estado trabajando y van a contratar a Monte como conserje. Es parte del plan de reinserción: conseguirle ese trabajo y asegurarnos, entre mi tribu y yo, de que todos los días llegue a su hora. Cada día nos encargamos uno. Durante unas semanas todo va bien… hasta que deja de ir bien.

Monte me llama y me dice: Trisse, me van a despedir.

¿Cómo? No me lo puedo creer. Son amigos míos. A mí no me han dicho nada. Llamo a la directora, que me dice que Monte no sirve para ese trabajo. Le explico que seguramente haya que ajustarle la medicación, que trabajar con gente con trastornos mentales es así. Mis palabras no la conmueven y, efectivamente, le despide. Monte se queda destrozado. Se pasa meses tirado en el sofá de mi madre y se encierra en sí mismo mientras ella las pasa moradas para mantenerles a él y a Chase, y en gran medida también a Bernard, cuyo trabajo es intermitente.

Son Jasmine y Alton, que se han ido a vivir a Las Vegas, quienes la convencen de que se mude. Después de toda una vida en el sur de California, mi devota madre hace las maletas y se traslada a la ciudad del pecado.

Nos echan de California, Cherice, dice Alton. Vente a Las Vegas. Aquí se puede vivir, dice. Alton ha abierto un pequeño taller mecánico, Seven Palms Automotive, y Jasmine le dice a mi madre que allí hay trabajo y que uno se puede alquilar una casa entera por menos

de lo que cuesta alquilar un piso en Los Ángeles. Acepto que mi madre se va a ir, pero no puedo evitar pensar que en realidad la guerra contra las drogas, la guerra contra las bandas, no ha sido otra cosa que un proyecto de migración forzada. En mi barrio de Los Ángeles, en la bahía de San Francisco, en Brooklyn, se ha expulsado a la población racializada mientras los jóvenes blancos se construyen una emocionante nueva vida sobre los restos de la nuestra. La guerra contra las drogas como limpieza étnica.

Monte y Chase se van con mi madre, pero no por mucho tiempo. Una noche, por teléfono, Monte me cuenta lo mucho que odia Las Vegas, que allí nada le resulta conocido. Dice que quiere volver a casa.

No lo hagas, Monte, le digo. Tu casa está donde esté mamá.

Aquí no tengo amigos, Trisse.

En Van Nuys no queda nadie, contesto. Están todos en la cárcel, le digo. O muertos.

Monte se queda callado.

Está Cynthia, responde.

Así que volvemos a la casilla de salida. Ahora estamos en 2012, Monte lleva menos de un año fuera de la cárcel y ya va por su tercera casa. Como era de esperar, sale fatal. Y como también era de esperar, supongo, una vez más es mi madre quien tiene que darme la dura noticia.

Monte ha dejado la medicación, me dice. Ahora mismo le está destrozando toda la casa a Cynthia, dice. Por favor, Trisse, avisa a Paul e id para allá.

Mark Anthony y yo estamos viviendo a unos tres cuartos de hora de Van Nuys, en una colonia de artistas en el centro de Los Ángeles llamada St. Elmo. Salimos pitando hacia casa de Cynthia y por el camino llamamos a Paul: ¿Puedes ir enseguida? Paul puede estar allí antes que nosotros. Va a ser la primera vez que vea a su hermano pequeño así. Le llamo para decirle que estamos cerca y Paul intenta contestarme, pero lo único que se oye es todo el ruido de fondo.

Hermano, hermano, mírame, está gritando Paul.

Monte también está gritando, pero no consigo entender lo que dice. Pero entonces oigo que empieza a llorar, lo que quizá sea buena señal. Es posible que llorando se agote y pare.

Al llegar nos encontramos la casa destrozada. Hay muebles tirados

por el suelo, algunos rotos. Platos hechos añicos. En medio de todo esto, mi hermano Paul tiene a Monte abrazado, como nos abrazaba a todos cuando éramos pequeños. Le está secando el sudor de la frente y de la cabeza rapada.

Monte se ha tranquilizado, pero Cynthia no, lo cual es comprensible. No puede quedarse aquí, dice desesperada.

Ya, contesto.

Se me ha ido la pinza, ¿eh, Trisse?, me dice Monte desde los brazos de su hermano. En ese momento parece un niño.

Sacudo la cabeza. Sí, contesto, sin juzgarle y sin enfadarme. Miro a mi hermano a los ojos. Es evidente que no ha dormido, así que conseguir que descanse es absolutamente prioritario, pero antes tenemos que sacarle de allí. Le digo a Paul que Mark Anthony y yo nos lo llevaremos a nuestra casa y nos vamos para allá. Y cuando conseguimos que al menos se acueste, convocamos a todo el equipo. Jason, Tanya, mi amigo Damon. Mi madre vuelve corriendo a Los Ángeles.

Aunque sin éxito, todos intentamos convencer a Monte de que tiene que volver al hospital. Lo estoy contando en unas pocas frases, pero todo esto se prolonga durante varios días. Varios días durísimos. Mi equipo, mi comunidad, mi tribu, se mantiene a nuestro lado.

Hay una tarde en la que mi madre le insiste todo lo posible. Por favor, cariño, tienes que volver al hospital, le suplica. Pero Monte asocia los médicos y los hospitales con la cárcel y con estar atado con cuatro o cinco correas. Se niega.

No pienso volver allí, dice con determinación.

Seguimos insistiendo, pero no acepta ninguna de nuestras súplicas, sobre todo si las hacemos mi madre y yo. Es como si con nosotras se sintiera avergonzado. Creo que piensa que debería ser él quien nos protegiera a nosotras y no al contrario. Pero en todos sus episodios ha estado rodeado principalmente de hombres. Aunque sean agentes de la policía que le odian, está acostumbrado a la energía masculina. Monte está cada vez más trastornado. Está aterrorizado.

Alguien, no recuerdo quién, consigue convencerle de que se tome el lorazepam para la ansiedad, pero no le hace nada. Seguramente, a estas alturas ya es demasiado tarde para el lorazepam. En lugar de tranquilizarse, Monte está reviviendo en su cabeza la primera vez que

estuvo en la cárcel del condado, donde le pegaron y le tuvieron sin comer, y antes de que podamos impedírselo se ha ido al baño y ha empezado a beberse el agua del váter. El agua del inodoro fue lo único que pudo beber durante parte del tiempo que pasó allí. Monte está teniendo un *flashback* en toda regla, provocado por el trastorno por estrés postraumático. Y quizá porque es una cosa tan espantosa, quizá porque en ese momento todos estamos metidos con Monte en una celda en la cárcel, eso es lo que nos convence, lo que nos reafirma en nuestra decisión: vamos a llevarle al hospital sí o sí y a conseguirle la ayuda que necesita. Las negociaciones tienen que pasar al siguiente nivel. Mi madre, Paul, Mark Anthony y yo reunimos a las tropas al completo: nuestro medio hermano Tremaine (de otra relación que tuvo Alton), Jason y Damon. Mark Anthony, con su formación como terapeuta y acupuntor, adopta el papel de negociador.

Monte, empieza diciendo, tenemos que llevarte al hospital.

No, contesta él.

Monte, ¿me dejas explicarte por qué?

Sí.

Porque tienes estrés postraumático, hermano. No podemos dejarte beber agua del váter. Es malo y no te mereces eso. Mark Anthony habla despacio, con una voz delicada como el abrazo de una madre a su recién nacido.

Monte no contesta.

Aquí no podemos ayudarte como nos gustaría. Te queremos. Queremos que estés bien.

Monte está pensando.

Entonces le plantea un reto: Iré al hospital si haces diez dominadas seguidas. Sin parar.

Mark Anthony es alto, pero es un tirillas. Le va a costar un huevo. Pero respira hondo y dice: De acuerdo, Monte. Se dirigen a la barra que tenemos fuera. Todos salimos detrás de ellos y vemos cómo Mark Anthony las pasa canutas para hacer una dominada, dos, tres, cuatro, así hasta que, sin parar, ¡consigue llegar a diez! Cae al suelo jadeando. Monte no va a faltar a su palabra. Un trato es un trato.

Y entonces todos los hombres negros que se han juntado allí rodean a mi hermano con delicadeza, formando un círculo terapéutico en torno a él, y le llevan con cuidado al coche de Tremaine.

Mi madre y yo vamos en otro coche detrás y, por el camino, llamo a una enfermera a la que conozco que trabaja en el hospital del Condado de Los Ángeles y la Universidad del Sur de California y le digo que vamos para allá. No trabaja en ingresos de psiquiatría, pero cuando llega nuestra pequeña caravana de coches, está allí esperando para darnos indicaciones.

Monte tarda media hora o más en salir del coche. Esperamos hasta que, poco a poco, muy poco a poco, le veo bajarse. Va andando con cuidado, con Paul a un lado y Tremaine al otro. Lleva la cabeza tapada con una toalla. No dejan que se tropiece, no dejan que se caiga. Esa es la imagen que pervive en mi cabeza de lo que son los hombres negros. Esa atención constructiva. Ese cariño sólido.

Mark Anthony se adelanta para hablar con los de seguridad. Se las arregla no sé cómo para que le dejen pasar al fondo, ayuda a Monte durante el ingreso y le acompaña a su habitación, donde consigue que el médico ponga una inyección a mi hermano para que pueda dormir de verdad por primera vez en tres o cuatro días.

Mark Anthony, Tremaine y Paul vuelven al coche y regresan a nuestra casa. Mi madre y yo nos subimos a mi coche y empezamos a hablar de cómo ayudar a Cynthia a volver a poner su casa en orden. Hemos manejado la situación sin la intervención de la policía. Y esa noche, en la cama, antes de quedarme dormida junto a Mark Anthony, pienso: Así son las cosas cuando la comunidad toma el control.

Así es el cariño de los hombres negros.

Así fue nuestro pasado negro.

Y pienso: Si queremos sobrevivir, así tiene que ser nuestro futuro.

---

[2] Última frase del juramento a la bandera de Estados Unidos que suele recitarse en actos públicos, así como en las aulas de muchos colegios al comienzo de la jornada lectiva.

[3] Red clandestina de simpatizantes de la causa abolicionista que en el siglo XIX ayudaba a los esclavos fugitivos a llegar a los estados libres o a Canadá.

09

Un amor fuera de lo común

«El amor nos quita las máscaras sin las cuales tememos no poder vivir y con las cuales sabemos que no podemos vivir».

James A. Baldwin

Es gracias a Spike Lee por lo que Mark Anthony y yo acabamos juntos.

Estoy un curso por encima de él, es mi último año de instituto y estoy obsesionada con la película de Spike Lee *Bamboozled*, una aguda sátira que cuenta la historia de un hombre negro, Pierre Delacroix (cuyo verdadero nombre es Peerless Dothan), un licenciado en Harvard que constantemente sufre humillaciones y abusos por parte de su jefe blanco en la cadena de televisión en la que trabaja. El jefe blanco, que está casado con una mujer negra, afirma que él es más negro que Delacroix y constantemente le llama *nigga*.[4]

El jefe blanco nunca permite que salgan adelante las propuestas de historias positivas sobre personas negras que presenta Delacroix y solo selecciona series en las que se nos muestra como zafias caricaturas. Delacroix no ve la hora de dejar de trabajar allí, así que, con la intención de que le despidan, crea un repugnante espectáculo *minstrel*[5] racista (con caras pintadas de negro y todo), pero le sale el tiro por la culata. A la cadena y al jefe les encanta la idea y el

programa se vuelve un éxito. Delacroix acaba aceptando el éxito del programa, lo presenta como si fuera pura sátira y lo apoya, pero al final, como resultado del inmenso dolor que causa ese horror racista, muchos de los personajes acaban muertos y la película contiene un potente mensaje sobre cómo los medios de comunicación nos han enseñado a odiarnos a nosotros mismos y cómo ese odio acaba matándonos.

Quienes vemos *Bamboozled* una y otra vez (los de mi clase del último curso de instituto) nos quedamos muy impactados con la película y con los mensajes que contiene. Tenemos un montón de debates sobre la forma en que el racismo nos lleva a odiarnos a nosotros mismos y nos hace enfadarnos con quien no debemos, a enfrentarnos entre nosotros en lugar de focalizar nuestra indignación en el origen del problema. Hablamos del peligro que tienen los medios de comunicación y la cultura popular, de su papel de cómplices a la hora de moldear nuestro comportamiento.

Quiero que más gente aparte de mis compañeros de clase participe en el debate, y como en Cleveland los alumnos de penúltimo curso estudian las formas de discriminación e intolerancia (racismo, machismo, homofobia y clasismo), creo que la película es el material perfecto para ellos. Los profesores ponen a mi disposición un aula y el equipo para proyectar la película, preparo unos folletos para anunciarlo y se corre la voz. El aula se llena. De los aproximadamente doscientos alumnos del programa de artes y humanidades de Cleveland en el que estoy yo, en torno al 10 por ciento son negros. Además de un par de estudiantes latinos, uno de ellos de raza blanca, creo que asisten todos. Entre ellos está Mark Anthony.

Después de la película hay un debate, pero casi todo el mundo está callado. Somos demasiado jóvenes y nos lo tomamos todo demasiado en serio para apreciar el contenido satírico. Lo único que podemos hacer es absorber el dolor. La mayoría de la gente va saliendo del aula poco a poco, pero Mark Anthony no se mueve de donde está, sentado en un rincón. Apenas hemos hablado antes de ese día. Pero tiene la cabeza apoyada en los brazos. No se encuentra bien. Me acerco, me siento encima del pupitre de su lado y me dirijo a él con delicadeza.

Mark Anthony, empiezo, poniéndole la mano en la espalda. ¿Estás

bien? ¿Quieres hablar?

Está llorando y me inclino hacia él. Rodeo con el brazo a este hermoso joven larguirucho de cabello rebelde y brillantes ojos verdes. Poco a poco, todo el mundo sale del aula para dejarnos solos. Me acerco un poco más y le abrazo. No quiere hablar, así que no hablamos. Me quedo con él, abrazándole, dándole espacio para todo lo que siente pero no es capaz de expresar. Nos quedamos sentados así, en lo que en realidad es nuestro primer momento juntos, un momento de total y absoluta intimidad. Me resulta completamente natural, pero también soy vagamente consciente de que dentro de mí está ocurriendo algo extraño. Siento… ¿atracción por él?

No lo entiendo. Nunca me he sentido atraída por un hombre cisgénero (alguien cuya identidad de género coincide con el sexo que le asignaron al nacer) y heterosexual. Jamás. Llevo dos años fuera del armario y ahora, con dieciocho años, joven y ardiente, soy una purista. Me atraen y siempre me han atraído clara y específicamente las mujeres a las que entonces se llamaba *studs*, a quienes más adelante se acabará describiendo como personas que no se ajustan a los estereotipos de género. Las personas que me atraen son más masculinas que femeninas, desde luego, pero no han nacido con un cuerpo masculino ni con una mente y un alma masculinas. No tengo ni idea de cómo reaccionar a lo que siento por Mark Anthony. Sí sé que en el fondo de mi corazón, ese corazón entregado a la liberación negra, amo a las personas. Sin más. Amo a las personas complicadas, imperfectas, hermosas. Personas como yo, supongo.

Pero tampoco tengo que lidiar de forma inmediata con esos extraños sentimientos que se han impuesto en mi corazón y mi cuerpo de forma inesperada. Tras ese día, Mark Anthony y yo desarrollamos una relación de amistad que no se basa en el sexo. Una cosa que ayuda es que yo aún estoy saliendo con Cheyenne, aunque hemos empezado a distanciarnos ahora que somos más mayores y que ella ya no estudia en Cleveland, principalmente porque vive lejos y no tiene el apoyo necesario para venir todos los días al instituto desde su barrio. Pero lo que también ayuda es que, en el plano sexual, Mark Anthony es muy reservado y en este momento de su vida aún no ha besado nunca a una chica. La química entre nosotros es innegable, pero optamos por no traducirla en una relación sexual. Simplemente,

estamos resueltos a querernos, a compartir el profundo e inextinguible amor que nos tenemos. Sin sexo. Empezamos a vernos todos los días.

Igual que con mis otras amistades, enseguida empezamos a leer libros juntos. bell hooks sigue siendo mi guía, pero la obra de Cornel West también ocupa un lugar central. E igual que en otras relaciones íntimas que he tenido, tanto amorosas como de amistad, empezamos a compartir un diario, un lugar sereno y privado en el que podemos decirnos con textos y poemas lo que a menudo no podemos decir en persona. En ese diario, Mark Anthony me cuenta que, con la excepción de aquel día en el instituto, después de ver *Bamboozled*, nunca ha llorado en público, al menos no desde que era muy pequeño. Y tampoco tiene ningún recuerdo específico de haberlo hecho entonces.

Al acabar el instituto, cuando Carla y yo nos vamos a vivir con Donna, en esas primeras excitantes semanas de verano estrecho mi relación con Mark Anthony, con quien hablo a diario y quedo a menudo. Tenemos la sensación innata de que podemos cambiar el mundo, de que todo aquello que es duro y cruel no tiene por qué seguir siéndolo. Cleveland nos ha proporcionado herramientas y, cuando empiezo a colaborar con el Strategy Center, mi concepción de lo que es posible crece exponencialmente. Con Mark Anthony estoy hallando formas de reparar mis relaciones con los hombres negros, quienes para mí, por mucho que los ame, son personas que desaparecen, personas inconstantes. Y es que, por mucho que ahora comprenda mejor el tema de las cárceles y la cuestión racial, sigo siendo tan solo una chica que ha visto desaparecer a sus dos padres. Y a su hermano.

En ese momento, de hecho, no tengo elaborado un análisis de las circunstancias en las que Alton se fue de casa, del efecto que le causó haber perdido su medio de vida y su capacidad de mantener a su familia, y ni siquiera tengo hecho un análisis exhaustivo sobre Gabriel. En ese momento lo que siento claramente, aunque no lo exprese a menudo, es que entre las drogas y yo escogió las drogas. La guerra contra las drogas ha hecho una labor increíble demonizando a aquellos a quienes más necesitamos y amamos, reduciendo el consumo de drogas a una cuestión de debilidad personal y responsabilidad individual.

Se habla muy poco sobre los traumas que a menudo conducen al

consumo descontrolado de drogas y a la adicción. Y no se habla nada de que el 75 por ciento de la gente que consume drogas nunca llega a desarrollar una adicción (en el caso de algunas drogas, como la marihuana, el 90 por ciento de los consumidores nunca se vuelven adictos). Se levantan, van al trabajo o a clase, pagan sus impuestos, crían a sus hijos, se acuestan con sus parejas. Viven. Llevan vidas normales y corrientes, aburridas. Pero en el caso de mi padre, de mi hermano, de otras personas a las que conozco, el descontrol ya era un factor antes de que las drogas formaran parte de su vida. ¿Por qué nadie habla nunca de eso?

Mientras sí veíamos que otras leyes tenían fundamentos raciales y pretendían trastocar la vida de la población negra, nos costaba —nos sigue costando— aceptar que las políticas sobre drogas eran políticas raciales y que la guerra contra las drogas era la respuesta jurídica a los logros alcanzados por el movimiento por los derechos civiles y el Black Power. En la época en que se emprendió la guerra contra las drogas, las personas negras, en todo el mundo, ocupaban una posición muy elevada desde el punto de vista moral. Estados Unidos (y el mundo) sabía que estaba en deuda con nosotros por los siglos de esclavitud y segregación racial. Y en vez de redoblar los esfuerzos para reparar el daño, nos convirtió a nosotros en el daño. Después de destruir un número notable de empleos y de suprimir la financiación necesaria para garantizar una educación de calidad, después de instaurar leyes que dificultaban que las familias pudieran prosperar (de acuerdo con la legislación en materia de asistencia social introducida en los años setenta, a menudo las mujeres dejaban de recibir las prestaciones que necesitaban para dar de comer a sus hijos si convivían con un hombre, aunque entre los dos subsistieran con sueldos miserables), se criminalizó a nuestros padres, madres, hijos e hijas por decisiones que muchas veces eran el resultado de la absoluta desesperación y de la inexistencia de cualquier otra opción real.

Planteémonos lo siguiente: tras el Katrina, dos días después de que el huracán tocara tierra, Yahoo News publicó dos fotografías de la agencia Getty. En la primera aparecían dos personas blancas de la zona avanzando por el agua cargadas con comida. En el pie de foto se leía: «Dos vecinos de Nueva Orleans (Luisiana) caminan con el agua hasta el pecho tras encontrar pan y refrescos en una tienda cercana

tras el paso del huracán Katrina por la zona». Justo después, publicaron una imagen de un niño negro que también iba avanzando por el agua cargado con comida. El pie de foto decía: «Un joven camina con el agua de las inundaciones hasta el pecho tras saquear una tienda de Nueva Orleans el martes 30 de agosto de 2005».

Así es todos los días. Los males que sufren los blancos, sobre todo los blancos con recursos, y los comportamientos que adoptan en consecuencia se describen con comprensión. Los males que sufrimos nosotros, más generalizados, más arraigados, más permanentes, se describen como el resultado de nuestras propias acciones.

Con todo esto quiero decir que durante mucho tiempo, y pese a todos los análisis estructurales que estaba adquiriendo sobre el mundo y las cuestiones raciales, en el fondo seguía siendo tan solo una adolescente a quien habían roto el corazón.

Pero entonces, ese verano, un día Mark Anthony no da señales de vida. Teníamos la costumbre de hablar a diario, no una, sino varias veces al día. Le llamo una y otra vez, pero no contesta. Esto es antes de la época de los mensajes de texto y muchos no tenemos móvil, así que llamo a un fijo que suena y suena sin que nadie conteste. Mark Anthony se ha desvanecido. Calculo que esta situación, este doloroso silencio, dura unas dos semanas. A mí se me hace más largo.

Al final le escribo una larga carta, una carta que más adelante él llamará mi carta de odio. La escribo con bolígrafo rojo. Se la doy a John Ralph, el hermano de Mark Anthony, que también es amigo mío y a quien sigo viendo cuando todos nos juntamos en casa de nuestra amiga Tanya… sin Mark Anthony.

Dos días más tarde suena el teléfono de casa de Donna. Al principio no reconozco la voz, pero de pronto caigo: ¡Mark Anthony! Estoy contenta y furiosa al mismo tiempo. Pero en nuestra pequeña tribu tenemos ciertos protocolos. Estamos comprometidos a hablar de las cosas con valentía. En nuestro instituto nos han enseñado formas de gestionar los conflictos con las que no se suele equipar a los jóvenes y en nuestro grupo las utilizamos siempre que podemos. Eso es lo que quiero que hagamos ahora. Cheyenne y yo habíamos tenido una ruptura muy dolorosa no hacía mucho (me había dejado por alguien de mi propio círculo de amigos) y no quiero volver a acabar nada de una forma tan desagradable. Quedamos en vernos en casa de

Tanya. Es un territorio más que neutral. Es un poco como nuestro refugio, con su madre liberal y su familia bohemia.

Cuando llego, mi aspecto es distinto del que tenía la última vez que nos vimos. Me he rapado la cabeza y me he hecho un *piercing* debajo del labio inferior. Me he hecho un tatuaje en la parte inferior de la espalda, de una mujer sacando bíceps, inspirada en Rosie la Remachadora. Estoy dando rienda suelta a mi feminismo y expresándolo a través del físico de todas las formas posibles, y para mí los tatuajes y los *piercings* representan un compromiso público.

Mark Anthony está tan guapo como siempre. Se ha puesto el pelo en un enorme afro, con lo que parece aún más alto que su metro ochenta. Al verme me mira con aprobación y enseguida estamos de broma, riéndonos sin motivo, tocándonos con gestos que nos sirven a la vez para hacer el tonto y para demostrarnos afecto. Y cuando estamos en plena tontería, hablando sin hablar de nada, de risas, de pronto Mark Anthony se pone serio.

Lo siento, dice, nunca más voy a volver a hacer eso.

Sus palabras abren las compuertas de los sentimientos que llevamos dos semanas guardándonos.

Hablo de mis miedos, basados en experiencias reales, con respecto a los hombres cisgénero.

No os entregáis emocionalmente, acuso.

Nuestra relación se estaba volviendo muy íntima, confiesa. Me sentía demasiado vulnerable, continúa. Tenía la sensación de que estabas viendo aspectos de mí que no eran visibles para nadie más. Cosas que no estaba listo para mostrar al mundo. Sentía que no tenía el control, dice. No quiero que la gente sepa cómo me hacen daño las cosas, dónde me hacen daño, explica.

Hablamos de los hombres negros y su papel de personas que nunca pierden la calma, que se espera que acepten lo que les echen sin inmutarse. Sin alterarse y sin sentir miedo. Yo exigía sinceridad, nuestra relación exigía sinceridad, y eso quería decir vulnerabilidad. Antes de conocerme a mí, Mark Anthony nunca había llorado delante de otra persona. Puede que de niño, con su familia, pero no así, totalmente expuesto ante el mundo.

Me pide perdón otra vez. Me dice que jamás volverá a desaparecer así, me lo promete. Después de eso empezamos a salir, aunque nuestra

relación sigue sin ser sexual y, francamente, tampoco es monógama. Lo que tenemos es un vínculo inalterable que nos une entre nosotros y a un amor y una relación que comprendemos y que para nosotros tiene todo el sentido del mundo, aunque es cierto que genera incomodidad a las otras personas con las que salimos. Pero nuestra postura ante esas personas es muy sencilla: estamos conectados. Con un lazo irrompible.

La gente con la que salimos tiene que aceptar lo que significamos el uno para el otro. Una de las autoras que estudiamos juntos y que nos encantaba era la anarquista feminista Emma Goldman. Proclamó estas palabras en 1897, poco antes de la llegada de un nuevo siglo: «Exijo la independencia de la mujer, su derecho a mantenerse a sí misma; a vivir para sí misma; a amar a quien le plazca o a tantas personas como le plazca. Exijo libertad para ambos sexos, libertad de acción, libertad en el amor y libertad en la maternidad».

Goldman, que nació en Rusia y emigró a Estados Unidos, sería identificada por el sexólogo alemán Magnus Hirschfeld como «la primera y la única mujer —la primera y la única estadounidense, de hecho— en defender públicamente el amor homosexual». Efectivamente, en una carta a Hirschfeld, Goldman le escribió no solo sobre la homosexualidad, sino también sobre la idea de que la identidad de género se sitúa dentro de un espectro.

Es de Goldman de quien tomamos la idea de que las relaciones no están por encima de la liberación de la comunidad, de que la actitud posesiva y los celos pueden destruir a cualquiera. Intentamos a toda costa ser diferentes, amar y respetar al nosotros individual a la vez que al nosotros colectivo. Queremos construir un mundo en el que los instintos emocionales burdos y primarios, tales como la actitud posesiva y los celos, queden minimizados tanto como sea humanamente posible para que todos los ojos, corazones y espíritus se mantengan concentrados en el objetivo. Y el objetivo es la libertad. El objetivo es vivir sin miedo. El objetivo es acabar con la ocupación de nuestros cuerpos y almas por parte de agentes de una cultura americana mayor que nos demuestran a diario que no importamos.

Nos lo demuestran en los colegios en los que estudia la mayoría de la población negra, donde a veces se usan libros de historia (¡de historia!) de hace más de una generación.

Nos lo demuestran cada vez que pasamos por uno de nuestros barrios, donde no hay sitios seguros para los niños ni tiendas en las que comprar comida.

Nos lo demuestran cuando encuentran dinero para otra guerra, pero no para un hospital decente al que podamos acudir.

Nos lo demuestran en la televisión y en el cine.

Nos lo demuestran cuando nos detienen por estar en la calle en grupo.

Nos lo demuestran sin descanso.

Por eso estamos decididos a demostrarnos otra cosa a nosotros mismos. Estamos decididos a querernos a nosotros mismos como mejor sabemos y de la forma más sana que conocemos. En mi caso y el de Mark Anthony, eso significa mayormente tener una relación platónica, significa ser radicalmente sinceros sobre lo que sentimos, incluso cuando lo que sentimos nos da miedo o nos resulta incómodo aunque también totalmente natural. Otra forma de decir esto mismo es que en 2003, a los cuatro años de conocernos, Mark Anthony y yo nos besamos por primera vez.

Habíamos estado en un concierto de Talib Kweli:

We work 'til we break our back and you hear the crack of the bone
To get by, just to get by
We commute to computers
Spirits stay mute while you eagles spread rumors
We survivalists, turned to consumers
To get by, just to get by.[6]

Pasamos una velada mágica y al día siguiente no podemos dejar de pensar el uno en el otro, y esa noche estamos hablando por teléfono hasta que al final Mark Anthony dice: Voy para tu casa a buscarte. Y viene. Vamos a su piso, donde escuchamos la banda sonora de la película *Amandla*. Nos imaginamos la libertad. La libertad de nuestra comunidad. Nuestra propia libertad individual.

No hacemos el amor, pero somos el amor. Nos pasamos toda la noche besándonos. Otro hombre quizá habría intentado ir más allá, pero Mark Anthony solamente se deja llevar por mí y yo me dejo llevar por él. Es perfecto, como un sueño. Y ya no podemos negarlo: estamos enamorados. Durante seis meses seguimos dejándonos llevar

así, conectados, dos personas individuales pero también una sola. Y entonces, un día, él se desconecta. Está ausente. Está distante. Yo le presiono, le pregunto qué ocurre. Él solo niega con la cabeza. Se ha ido. Me vienen a la cabeza las imágenes del verano de después de acabar el instituto y siento un desgarro en el corazón. Esta vez no pregunto por qué, qué ha ocurrido. Lo acepto sin más. Ha roto su promesa y eso rompe nuestra relación. Mantenemos el contacto, pero como pareja hemos terminado.

Y la verdad es que, aunque es doloroso, no es tan duro como la primera vez. Esta vez tengo más seguridad en mí misma y no tardo mucho en meterme de cabeza en otra relación, con le cantante y rapere Starr. Starr es *stud* y tengo la sensación de haber regresado a terreno conocido. Durante cinco años me sumerjo de lleno en elle, en su arte, en nuestra pasión. Pero son unos años tan marcados por los momentos de intensa sensualidad como por los de furia. Es la primera y la única relación que he tenido en la que pasamos más tiempo gritándonos que riéndonos. Aun así, lo intentamos, perseveramos, queremos que funcione. Nos planteamos casarnos. Pero esa inestabilidad no nos viene bien, ni a mí ni a elle. Todas mis habilidades para abordar la confrontación con valentía son inútiles. Estoy triste y alterada. Echo de menos la luz sanadora que envolvía mi relación con Mark Anthony. Mark Anthony, con quien jamás me peleaba.

Mark Anthony y yo empezamos a vernos más. Otra vez. Estando separados, también hemos ido uniéndonos cada vez más. Los dos somos seguidores de la tradición de Ifá, la práctica espiritual africana que nació con el pueblo yoruba de Nigeria hace al menos ocho mil años. Es una tradición que pone en el centro la tierra y en la que el equilibrio viene dado por tres elementos: Olodumare, los Orishas y los Ancestros. Nuestro Ser Supremo se conoce como Olodumare y no es ni masculino ni femenino. Olodumare es benevolente, no como el dios enojado y vengativo de mi infancia. Olodumare no se entromete en los asuntos de los seres humanos. Por el contrario, Olodumare nos ha dado un Universo, con todo lo necesario para crear paz y alegría… si nosotros escogemos ese camino.

En Ifá creemos que todos los seres vivos, todos los elementos de la Naturaleza, son interdependientes y tienen alma. Las Piedras. Las

Flores. Los Ríos. Las Nubes. Los Truenos. El Viento. Estas energías se llaman Orishas y es con ellas con las que estamos en contacto directo, tanto si somos conscientes de ello como si no.

En Ifá también percibimos y creemos que nuestros Ancestros siempre están con nosotros, y que deben ser honrados y reconocidos. Son parte de aquello que nos centra y nos guía, y para comprenderlos llevamos a cabo un proceso de adivinación, que nos ayuda a entender que nuestra meta y nuestro destino proceden de la sabiduría de los Orishas y los Ancestros.

Las adivinaciones nos dicen lo mismo a Mark Anthony y a mí por separado: estamos destinados a estar juntos. La mía lo dice categóricamente: Mark Anthony está destinado a ser tu marido.

Al principio hago caso omiso de la adivinación. Me siento una impostora y así se lo transmito a Mark Anthony. ¿Cómo es posible que yo, una mujer *queer*, esté destinada a estar con él? No tiene ningún sentido. Además, es difícil no fijarse o no pensar en el carácter heteronormativo y patriarcal de Ifá, gentileza de algunos de sus sacerdotes. Pero una y otra vez nos dicen que somos almas gemelas.

Viene a casa y lo hablamos.

Los últimos ocho años, dice. Siempre hemos sabido que acabaríamos en este punto.

Tiene razón.

Le digo a Starr que nuestra relación no nos está dando lo que nos merecemos, ni a mí ni a elle, que ya no puedo seguir aquí.

Voy a cambiar, dice Starr. Te lo prometo, dice.

Si fuera así ya habría ocurrido, digo.

Joder, ¿cómo te atreves a dejarme por un tío?, dice.

No te estoy dejando por un tío, contesto. Te estoy dejando porque nuestra relación no es sana, digo. Y Mark Anthony no es cualquier tío. Esto último no lo digo. Además, bastantes conflictos internos tengo yo ya. Jamás pensé, jamás podría haberme imaginado, que querría casarme con un hombre cis. Pero entre lo que piensas y lo que sientes puede haber un abismo. Y yo siento a Mark Anthony, lo siento en lo más profundo de mi ser, en el centro mismo de mi corazón.

La ruptura con Starr es especialmente desagradable, con meses de cabreo expresado a través de mensajes de texto y de notas que me encuentro en el coche. Y como nuestro entorno es principalmente

queer, disponemos de pocos recursos para manejar lo que realmente acaba siendo una situación de maltrato. Existen medidas a nivel comunitario, sin la implicación de la policía, a las que se puede recurrir en casos de maltrato en la pareja en contextos heteronormativos y blancos, pero no en el nuestro. Pienso en la cantidad de mujeres negras que sufren maltrato a manos de sus maridos y parejas porque la opción de llamar a la policía es peor que la de llevarse una paliza. En la comunidad *queer* y negra/racializada es todavía peor.

Solo después de meses de maltrato soy capaz de sacar a Starr por completo de mi vida, lo cual también me enseña lo mucho que puedo llegar a aguantar a cambio de lograr una transformación. Es un precio injusto. Quiero tener paz, vivir en paz. Mark Anthony y yo nos acercamos. Él acepta crecer conmigo, ser vulnerable y entregarse emocionalmente. Se viene a vivir conmigo casi de inmediato y entonces nos ofrecen la cabaña del cañón de Topanga y nos mudamos allí, a nuestra primera casa en común. La casa donde me dan la noticia de la muerte de mi padre.

Mark Anthony es quien me ayuda a superar su pérdida. Es quien pone en marcha un proceso de sanación con un grupo de amigos, con los que nos reunimos durante todo un año para llevar a cabo proyectos artísticos y hacer *collages*, mosaicos y cuadros para rendir homenaje a Gabriel. Vienen por mí, pero también por Gabriel y para realizar su propio proceso de duelo. Cuando estaba con nosotros, cuando estaba vivo, Gabriel era un padre para toda la comunidad y mis amigos venían a las barbacoas familiares de los Brignac, a los partidos de béisbol familiares de los Brignac. A veces nos juntamos dos personas, otras diez. A veces nos reunimos en nuestra casa y otras vamos a la costa. Pero durante todo un año son mi sostén, semana tras semana. Todo organizado por Mark Anthony. El hombre que Ifá me dijo que estaba destinado a ser mi marido.

Un día de sol radiante, el 11 de septiembre de 2010, en una casa que hemos alquilado cerca del puerto de San Pedro (construida al estilo de las casas tradicionales de Luisiana, lo que hace que mi padre también esté presente) y delante de más de doscientas personas —Cullors y Brignac, la familia de Mark Anthony al completo, toda la familia que

hemos construido juntos—, nos entregamos el uno al otro y nos entregamos a nuestra comunidad. No contraemos matrimonio ante la ley porque entonces la ley no permitía casarse a todo el mundo, pero nuestro compromiso es igual de profundo.

Yo hago mi entrada en la ceremonia del brazo de Alton y del hermano pequeño de mi padre, Ellis, y Mark Anthony la hace acompañado de su madre. Él va elegantísimo con un *zoot suit*[7] blanco que le han arreglado (es una boda estilo años cuarenta) y yo en mi vida me he sentido más guapa, con el vestido blanco ajustado que me ha hecho mi tía, de dos piezas y con la cintura al aire, y con las perlas que me ha prestado mi abuela. Una amiga mía interpreta la canción *No Ordinary Love* (Un amor fuera de lo común), de Sade, y Mark Anthony y yo intercambiamos unos anillos de madera. Cuando hacemos el tradicional salto de la escoba, también la saltan quince amigos que se levantan con nosotros. Después bailamos hasta no poder más.

El tío Ellis me coge del brazo y me dice: No sé qué es lo que acabo de presenciar y nunca he estado en nada parecido, ¡pero es la cosa más cojonuda en la que he participado en mi vida!

Y mi madre solamente me dice que está orgullosa. Que está feliz.

Mark Anthony y yo vamos con nuestros amigos a nuestro restaurante favorito (Swingers, en Santa Mónica) y seguimos riéndonos y seguimos enamorándonos, y a continuación los dos nos vamos al hotel W, en Westwood, donde hemos reservado una *suite* para esa noche, y allí nos abrazamos y quedamos envueltos el uno en el otro. Tenemos veinticuatro horas antes de tener que irnos, yo a la facultad y Mark Anthony a sus estudios de medicina china. Y nos susurramos cuánto nos queremos, nos decimos «te quiero» mil veces. Y decimos que tenemos esperanza y decimos que tenemos fe. Y después nos rendimos lentamente al espléndido amor que nos tenemos y que nos hemos ganado de una forma tan hermosa, formado por dos almas que están exhaustas, pero también satisfechas y convencidas de que sí, hay muchas cosas horribles en este mundo, muchísimas, pero también hay esto. Un amor que no podíamos haber presagiado, pero que siempre nos imaginamos. Un amor que nos acuna y un amor que nos sostiene. Un amor fuera de lo común.

---

[4] Variante ortográfica de *nigger*, término despectivo para referirse a una persona de raza negra. Aunque el término ha experimentado un proceso de reapropiación y los miembros de la comunidad negra lo emplean entre sí como apelativo sin connotaciones negativas (con un significado parecido al de «colega» o «tío»), el uso del término por parte de una persona blanca se considera extremadamente racista e inapropiado.

[5] Género teatral estadounidense surgido en el siglo XIX en el que actores blancos con las caras pintadas de negro representaban canciones, bailes y números cómicos en los que imitaban a los negros recurriendo a estereotipos raciales.

[6] «Trabajamos hasta partirnos la espalda y oír el chasquido del hueso / para ir tirando, solamente para ir tirando. / Nos desplazamos para trabajar delante de ordenadores. / Los espíritus guardan silencio mientras las águilas propagáis rumores. /

/ Somos supervivencialistas convertidos en consumidores / para ir tirando, solo para ir tirando».

[7] Traje de pantalón holgado y chaqueta larga de solapa ancha que tuvo su origen en la comunidad afroamericana en la década de 1930, particularmente entre los músicos de *jazz*, y que adquirió gran popularidad en la época entre las minorías raciales, especialmente los jóvenes latinos.

10

Dignidad y poder. Ya.

«Toda derrota, todo desengaño, toda pérdida contiene una simiente, una lección que nos enseña a mejorar».

Malcolm X

Monte siempre ha sido el hermano con el que he tenido la relación más estrecha. Con el que más juego, con el que más bromeo. Nuestra relación casi tiene un lenguaje propio. No como lo que nos imaginamos cuando pensamos en los mellizos, pero Monte y yo nunca tenemos que construir frases completas o expresar del todo lo que estamos pensando para comunicarnos plenamente. En todos los sentidos, es mi primer mejor amigo. Quedarme sin él a una edad tan temprana es una herida de la infancia que tardaré más de una década en analizar realmente, en comprender y en empezar a intentar curar. Yo tengo once años cuando la policía empieza a detener a Monte, que entonces tiene catorce, y a llevarle a los centros de internamiento de menores, por estar en la calle, por consumir alcohol, por pintar grafitis, lo que hace que su nombre acabe en la base de datos nacional de integrantes de bandas. Y aún soy adolescente cuando es torturado por la Policía del Condado de Los Ángeles.

El maltrato y la tortura son dos cosas distintas. Las dos son espantosas, muchas veces insoportables, y ambas dejan una marca en

quienes las sufren. No hay que restar importancia a ninguna de las dos. Pero hago esta distinción para explicar que, mientras que el maltrato puede ser o no intencionado, y a menudo es espontáneo, la tortura siempre es intencionada. Siempre es premeditada. Es algo que se planea y con lo que se pretende anular la identidad y la humanidad de una persona de forma deliberada y sistemática. Busca destruir la sensación de pertenencia a una comunidad, eliminar a líderes y crear un ambiente de miedo. Esa es la definición que utiliza el Centro de Víctimas de la Tortura.

En pocas palabras, la tortura es terrorismo.

Y eso es lo que tiene que soportar mi hermano.

Y no solo él.

Aunque tengo cierta idea de lo que vivió la primera vez que pasó por el sistema penitenciario de Los Ángeles en 1999, administrado por la Policía del Condado, no será hasta 2011 cuando lea un informe de la delegación del Sur de California de la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles (ACLU) y comprenda del todo lo que le hicieron a mi hermano allí. Dicho de otra forma, lo que se hizo en Abu Ghraib se ensayó primero en este país, en suelo estadounidense. Y antes de los atentados del World Trade Center y el Pentágono. Antes de la segunda guerra del Golfo. Las técnicas de tortura se perfeccionaron en este país, con personas que no eran terroristas. Eran víctimas del terrorismo.

En el otoño de 2011, unas semanas después de que Monte salga de la cárcel de Corcoran, unos días después de que vuelva a casa de mi madre tras su estancia en el hospital, un día estoy en nuestra casa de St. Elmo con Mark Anthony y Ray. Esa noche estoy mirando el correo y veo un *e-mail* de la delegación del Sur de California de la ACLU. Han presentado una denuncia de ochenta y seis páginas contra la Policía del Condado de Los Ángeles por torturas. Setenta de las ochenta y seis páginas contienen testimonios de supervivientes y de personas que fueron testigos de torturas. El informe, que incluye testimonios de presos y de capellanes de las cárceles que no podían quedarse callados, revela que, durante al menos dos décadas y bajo la supervisión del jefe de policía Lee Baca, la tortura en el sistema penitenciario del condado de Los Ángeles fue generalizada, truculenta, sistémica y habitual.

La magnitud de los hechos recogidos en el informe es impresionante.

Solamente la cantidad de personas que recibieron patadas en los testículos, agresiones y palizas de varios policías a la vez, de individuos a los que dieron descargas eléctricas sin otra motivación aparente que la diversión de los agentes, que sufrieron fracturas de huesos provocadas por guardias que blandían linternas y otros objetos cotidianos convertidos en instrumentos con los que ejercer una violencia extrema, todo esto en la mayor institución penitenciaria del país, es suficiente para dejarme impactada. Pero hay otros aspectos de las torturas que casi no puedo soportar, como al leer las palabras de un civil que testificó sobre un preso en silla de ruedas al que los agentes levantaron de la cama y pegaron patadas y rodillazos en las costillas, la espalda y el cuello antes de rociarle la cara con gas pimienta. Empiezo a hiperventilar y recuerdo a mi hermano arrodillado y bebiendo agua del váter. Dios santo.

No puedo respirar.

No podemos respirar.

«G. G. G.» testifica sobre el agente que registró a un preso entre las nalgas con una linterna y se la introdujo en el recto hasta una profundidad de más de un centímetro, lo que le causó una lesión lo bastante grave para hacerle sangrar con profusión. Pero el preso no se quejó, ya que al último que había protestado se lo habían llevado y le habían agredido entre varios guardias. El recuerdo de los gritos te persigue y no hay forma de acallarlo o apartarlo. Regresa una y otra vez.

¡¡¡¡¡¡¡Aaaaaaaaahhhhhhh!!!!!!!!

¡¡¡¡¡¡Noooooooooooooo!!!!!!!

¡¡¡¡POOOOR FAVOOOOOOOORRRRR!!!!

Hubo fracturas de dedos, manos, clavículas, mandíbulas y costillas.

Ojos sacados de las cuencas.

Brazos y hombros dislocados constantemente.

Hubo presos a los que se siguió agrediendo cuando ya estaban inconscientes. En casi todos los casos, los testigos independientes declararon que el preso no había opuesto resistencia. Muchos se encontraban esposados desde el momento en que comenzaba la

agresión.

A un hombre lo desnudaron y lo encerraron en una celda con otros presos a los que animaron a violarlo, cosa que hicieron.

En las torturas participaron hombres. En las torturas participaron mujeres. Todo el mundo sabía lo que estaba pasando. El personal médico sabía lo que estaba pasando. El jefe de policía sabía lo que estaba pasando.

Y es al leer esto cuando por fin entiendo, de una forma en que no lo había entendido hasta ahora, lo que le hicieron a mi hermano. A mi Monte. A mi mejor amigo. Desnudo. Golpeado. Sin comida. Forzado a beberse el agua del váter. Quién sabe qué otras cosas. ¿Quién cojones sabe qué otras cosas?

El testimonio de Monte no está en esas páginas, entre esas historias de supervivientes. Pero mi hermano es un superviviente. Toda mi familia lo somos. Me empiezan a venir a la cabeza imágenes de 1999; veo a mi madre intentando desesperadamente encontrar a mi hermano. A mi madre llamando una y otra vez. Nadie la ayuda. Yo soy una niña. Quiero que alguien ayude a mi madre. Quiero que alguien ayude a mi hermano. Quiero que alguien me ayude a mí. Pero nadie nos ayuda. Nadie.

Por favor, oigo decir a mi madre como si estuviera ocurriendo otra vez. Por favor, estoy buscando a mi hijo. Se llama Monte Cullors, le dice a todo el que la escuche, pero nadie la escucha.

En mi casa de St. Elmo, en 2011, me pongo a llorar. Mark Anthony y Ray me rodean para consolarme. Me preguntan qué pasa.

Abrumada, niego con la cabeza y señalo la pantalla, y a continuación cojo el teléfono y llamo a mi madre.

¿Mamá? ¿Mamá? ¿Estás con Monte?, pregunto.

Sí, dice.

¿Me está oyendo él también? Mi madre ha debido de hacerle un gesto para que coja el teléfono en otro terminal.

Van a demandar al sistema penitenciario del condado, digo. Por torturar a presos, digo.

Mi madre y Monte se quedan callados.

Al cabo de unos segundos, puede que hasta medio minuto, mi madre dice: Gracias a Dios.

Y a continuación, tras una pausa aún mayor, Monte dice, despacio

y en voz muy baja, pero con enorme firmeza: Por fin.

Sé de inmediato que quiero contarle al mundo lo que ha pasado y les digo a Mark Anthony y a Ray que tengo que hacer una obra artística sobre esto. Casi inmediatamente también, me pongo a trabajar.

Reúno a cuatro amigos, cuatro excelentes actores, y hago copias ampliadas de algunas hojas de la denuncia, de unos 2,5 × 3,5 metros. Llamo a mi madre y le pregunto si tiene documentadas las llamadas que hizo a la cárcel del condado.

Sí, claro, dice. Lo guardé todo.

Me hago con la documentación, me grabo leyendo todas las notas que tomó mi madre sobre lo sucedido y consigo la grabación del jefe y el subjefe de policía contestando a las preguntas de la comisión creada tras la publicación del informe. Compro cinta con la palabra «Precaución» y hablo con una sala de exposiciones de la ciudad donde muchas veces nos han dejado hacer *performances* de contenido político. Titulo la obra *Stained* (Manchados) y, cuando la gente entra, se encuentra con estos testimonios en las paredes:

1. Unos agentes pegaron a K. K. con tanta violencia que sufrió una fractura de mandíbula y necesitó cirugía ocular y puntos de sutura en la oreja. El incidente comenzó después de que los agentes registraran todas las celdas del módulo de K. K. y este advirtiera que le faltaban algunas de sus pertenencias, incluidos artículos que acababa de adquirir en el economato. K. K. afirmó que, después de pedir hablar con un oficial sobre las pertenencias que le habían desaparecido, un agente le empujó con fuerza contra una pared, le dio una bofetada en la oreja, le propinó varios puñetazos en la cara y le tiró al suelo. Cuando K. K. estaba en el suelo, el agente le asestó unas diez patadas en la cara, la mandíbula y la nuca, lo que hizo que se formara un gran charco de sangre en el suelo. A continuación, el agente le pegó tres patadas en la oreja; K. K. afirmó que sintió más dolor que cuando le atropelló un coche.
2. Un agente de la Cárcel Central agredió al preso J. J. después de que este dijera que el agente «llevaba sin tener una cita desde el instituto». Este tiró a J. J. al suelo bruscamente y, junto a otro agente, registró las pertenencias de J. J. y echó sus objetos

personales al inodoro. El agente le pisó la mano a J. J. con la bota y le destrozó el nudillo, y los agentes le propinaron patadas. Dieron descargas eléctricas a J. J., que padece epilepsia, y le rociaron la cara con gas pimienta. J. J. sufrió hematomas en todo el cuerpo y hubo que someterle a una operación para repararle el nudillo roto de la mano.

3. Unos agentes asestaron múltiples puñetazos al preso Juan Pablo Reyes en las costillas, la espalda, la boca y los ojos, provocándole una fractura orbitaria y dejándole el cuerpo lleno de magulladuras. Cuando Reyes cayó al suelo, los agentes le pegaron patadas con sus botas de punta de acero, haciendo caso omiso de sus gritos. La agresión no terminó ahí. Los agentes le hicieron quitarse la ropa y a continuación le obligaron a ir andando desnudo de un lado a otro de un pasillo de un módulo, a la vista de otros presos. Un agente gritó: «¡Cuidado todo el mundo con el jabón!». Reyes iba llorando mientras andaba. Los agentes se rieron. Después le metieron en una celda con presos que le golpearon y le agredieron sexualmente. Los agentes hicieron caso omiso de las repetidas súplicas del señor Reyes de que le sacaran de la celda.

La cinta de «Precaución» separa al público de los cuatro actores. Cada uno está solo y separado de los demás, como si estuvieran en celdas de aislamiento. Visten camisetas blancas, pantalones de chándal grises y zapatillas Converse negras, y cada uno utiliza su cuerpo de una forma diferente para mostrar los efectos de estar encarcelado.

Un chico negro hace *burpees* hasta caer desplomado.

Una mujer ríe hasta que se echa a llorar, después empieza a reírse otra vez y así sucesivamente durante toda la *performance*.

Una persona camina en círculos y se niega a parar.

La última salta una y otra vez, intentando a toda costa llegar a tocar un cielo que no alcanza a ver.

El público oye las grabaciones que he hecho para la *performance*. Oyen las fechas y las notas que tomó mi madre de las decenas de llamadas que hizo para intentar encontrar a su hijo. Oyen las fechas y las notas sobre las decenas de veces que no le hicieron caso. Oyen la vez que por fin consigue hablar con la psiquiatra de la cárcel a la que

le ha remitido la policía. La psiquiatra atiende la llamada, pero no le dice nada sobre Monte, a quien nosotros en ese momento no sabemos que le ha sido diagnosticado un trastorno esquizoafectivo. En lugar de contarle eso, la psiquiatra se dedica a reprender a mi madre: ¡Es una desfachatez que no deje usted de llamar!, dice. ¿Se puede saber qué problema tiene?

El público oye el interrogatorio de la comisión al jefe y al subjefe de policía: Señor Baca, ¿qué clase de sistema penitenciario dirigía usted que permitía que los agentes se sintieran tan legitimados en su comportamiento que a menudo agredían a los presos delante de civiles, incluidos los representantes y abogados de la ACLU y los capellanes de las cárceles?

La obra se seguirá mostrando en distintos espacios durante dos años, pero antes de la segunda representación una amiga del Strategy Center, Francisca, me dirá: Tienes que hacer más que esto. Puedes hacer más. Me anima y alienta mi desarrollo y mis ideas con el cariño y el apoyo de una comadrona. No quiero que haya ni una sola persona más que pase por lo mismo que pasaron Monte o cualquiera de los presos de ese informe. No quiero que haya ni una sola familia que sienta lo que hemos sentido nosotros. Mientras se sigue exhibiendo la obra, empezamos a concebir y a crear la infraestructura de una campaña: la Coalición para Acabar con la Violencia de la Policía del Condado de Los Ángeles. La lanzamos en septiembre de 2012 y nuestro objetivo inicial es establecer y garantizar un mecanismo de supervisión ciudadana de la Policía del Condado.

A medida que la campaña va creciendo, sin embargo, Mark Anthony y yo somos conscientes de que necesitamos crear una organización aparte para dar soporte a ese trabajo. Me da miedo hacerlo, claro. Pero también sé que ya no soy la Patrisse de diecisiete años recién llegada al Strategy Center, la única organización a la que he pertenecido todos estos años, la organización en la que, en este punto, llevo siendo voluntaria toda mi vida adulta. Y aunque estoy comprometida a seguir siendo parte del Strategy Center toda mi vida, sé que ha llegado la hora de abandonar el nido, como suele decirse, y llevar al mundo todas las lecciones que he aprendido allí, incluida la de cómo lanzar, ejecutar y ganar campañas a base de empoderar a aquellos a quienes el mundo considera desprovistos de poder.

Habíamos acabado con las multas por absentismo escolar en Los Ángeles pese a que tuvimos que trabajar con padres, madres y alumnado que, además de ser pobres y estar criminalizados, sufrían el descrédito de la opinión pública. Si habíamos sido capaces de hacer eso, entonces también éramos capaces de parar los pies a la Policía del Condado trabajando con madres y padres, hermanos, primos y amigos a cuyos seres queridos habían hecho desaparecer. A cuyos seres queridos habían agredido. A cuyos seres queridos habían torturado.

Llamamos a nuestra organización Dignity and Power Now (Dignidad y Poder Ya).

Y en 2016 creamos el primer consejo de supervisión ciudadana de la Policía del Condado de Los Ángeles.

11

Black Lives Matter

«Era un adolescente que solo estaba intentando llegar a su casa».

Sybrina Fulton, MADRE DE TRAYVON MARTIN

Es 13 de julio de 2013 y he parado un rato de seguir las noticias sobre el juicio del hombre que hace un año y medio mató a Trayvon Martin, de diecisiete años.

Me enteré de lo de Trayvon un día de 2012 estando en el Strategy Center, mirando Facebook. Me encontré con un breve artículo de un periódico local (¿de Sanford?) y leí que un hombre blanco —así fue como describieron al asesino y como se identificaba él mismo hasta que nosotros planteamos la cuestión racial— había matado a un chaval negro y que no se iban a presentar cargos contra él.

Empiezo a soltar exabruptos. Estoy indignada. ¿En qué puto mundo tiene sentido esto? Lanzo un mensaje: ¿se ha enterado la gente de lo de ese chico de diecisiete años, Trayvon Martin? He querido a un montón de jóvenes parecidísimos a ese chico. Inmediatamente me invade la pena, y cuando mis amigos empiezan a contestar, veo que también están desolados. Nos reunimos en mi casa. Hacemos un corro. Un grupo multirracial de unas quince personas entregadas a poner fin a la supremacía blanca y a construir un mundo en el que todos nuestros hijos puedan salir adelante. Analizamos la situación. Hablamos de lo que hemos visto y vivido a lo largo de nuestras vidas.

Lloramos.

En algún momento lo de Trayvon llega a oídos de Al Sharpton y tiene lugar una enorme manifestación en Nueva York. La gente exige la detención del asesino. Al principio parece que estas peticiones son desoídas, pero entonces un grupo muy valiente de brillantes jóvenes activistas, los Dream Defenders (Defensores del Sueño), liderados por Umi Agnew, llevan las protestas un paso más allá en Florida. Ocupan la sede del Gobierno del estado, lo que vuelve a poner en primer plano la acción directa entre la gente de nuestra generación. Utilizan las redes sociales para amplificar sus voces e inspiran a todo un país de activistas, incluida yo, que estoy trabajando para poner en pie Dignity and Power Now en Los Ángeles. Tras semanas de protestas, el asesino es detenido y el mundo empieza a tener conocimiento de hasta qué punto es un hombre enfermo y perturbado, un hombre que se sabía que era violento, un hombre por cuyas acciones había habido llamadas a la policía. Un hombre al que no llamaron terrorista y cuyo nombre no se incluyó en ninguna base de datos nacional a pesar de que, antes de matar a Trayvon, había cometido actos violentos.

Antes de que empiece el juicio del asesino, hay varias cosas que sabemos.

En julio de 2005, fue detenido por «resistencia violenta a un agente de la autoridad». Según un artículo de Jonathan Capehart publicado en *The Washington Post*, el hombre al que se permitió llevar un arma y hacerse voluntario en una patrulla de vigilancia vecinal «se metió en una refriega con unos policías que estaban interrogando a un amigo suyo por presunto consumo de alcohol siendo menor de edad». El artículo del *Post* continuaba: «Los cargos fueron rebajados, y posteriormente retirados, después de que participara en un programa formativo sobre el consumo de alcohol».

En agosto de 2005, la novia del asesino solicitó y consiguió una orden de alejamiento por presuntos malos tratos.

A lo largo de un periodo de ocho años, el asesino realizó más de cuarenta y cinco llamadas sin fundamento a la Policía de Sanford (Florida) para informar sobre individuos a los que calificó de «hombres negros sospechosos».

La prima del asesino le había acusado de abusar de ella antes de que el asesinato fuera noticia a nivel nacional (es decir, antes de que

pudiera estar buscando protagonismo) y le dijo a la policía: «Conozco a George y sé que no le gustan los negros». Pidió que no se revelara su identidad y continuó: «Es la clase de persona que iniciaría una confrontación, es un hombre muy provocador. Lo lleva en la sangre, digámoslo así. No quiero que se ignore a ese pobre chico y a su familia». Rogó a la policía que preguntaran a más gente, que hicieran indagaciones sobre la clase de hombre que era.

Todo esto se sabía antes de la manifestación del pastor Sharpton.

Antes de que se pidiera la detención. Antes de que los Dream Defenders ocuparan la sede del Gobierno de Florida.

Antes de Black Lives Matter.

Pero el 13 de julio de 2013 yo voy de camino a Susanville (California), a visitar a un chico de dieciocho años llamado Richie al que conozco y tengo mucho aprecio desde que tenía catorce. Richie ha sido condenado a diez años de cárcel por un robo en el que nadie sufrió ningún daño físico. ¿Cuántos años le van a caer al asesino de Trayvon?

Hemos hecho un viaje de doce horas en coche para estar aquí, para estar con Richie, al que conocí cuando Mark Anthony, Jason y yo estuvimos trabajando de orientadores juveniles en Cleveland y pusimos en marcha un programa de justicia reparadora. Richie destacaba entre sus compañeros, incluso en un grupo en el que todos eran jóvenes sobresalientes. Formaba parte de una pandilla de chavales negros del instituto que, según nos dijeron, siempre se estaban metiendo en líos. Pero nosotros creíamos que el castigo no era la forma de parar esa situación.

Las expulsiones temporales, por ejemplo, rara vez llevaban a los jóvenes al desarrollo personal o a una mejora de sus resultados y, sin embargo, se utilizaban hasta para las infracciones más insignificantes: un motivo habitual era la «falta de respeto». Los alumnos negros tenían muchas más probabilidades de recibir ese castigo: se los expulsaba casi cuatro veces más que a los blancos pese a mostrar pautas de comportamiento parecidas. Los alumnos negros con profesores blancos corrían un especial riesgo de recibir una expulsión, según demostraban los datos constantemente. (Lo contrario, en cambio, no se cumplía: los profesores negros no expulsaban más a los niños blancos).

En 2011 y 2012, cuando trabajábamos en Cleveland, en Estados Unidos recibieron expulsiones cerca de siete millones de niños, algunos de no más de cuatro años. Por extendido que estuviera su uso, sin embargo, las expulsiones eran un fracaso. Según indicaban los datos, lo único que conseguían era que los jóvenes se distanciaran del colegio, de sus profesores y muchas veces de sus compañeros. Y, al igual que pasaba con otras medidas punitivas, no abordaban los factores personales y sociales externos que afectaban a los niños, tales como la falta de una vivienda o una alimentación adecuadas, el acoso de la policía o haberse quedado sin un padre o un familiar cercano a causa del encarcelamiento masivo.

Nuestro trabajo, en cualquier caso, era poner fin a la situación con aquellos chicos, y estábamos decididos a hacerlo de una forma que reforzara la humanidad de los alumnos. Nuestro pequeño equipo estuvo reuniéndose con ellos durante un año. Sentados en corro, hablábamos del racismo y la homofobia. Del clasismo y el machismo. Analizábamos minuciosamente conceptos relacionados con la adicción, y no tanto en el sentido de las drogas, sino en el de todas las conductas que pueden obligar a una persona a adoptar comportamientos que son perjudiciales. Nuestro objetivo era interrumpir el proceso que había llevado a esos chicos a verse excluidos de sus propios sueños.

Richie era el intelectual y el artista de la pandilla. Fue el primero en declararse feminista públicamente, en decir que él quería ser un hombre negro diferente de su padre, cuya definición de la masculinidad estaba dictada por una mentalidad judeocristiana limitada: ganar dinero, casarte, tener un hijo, mandar en tu casa, morirte. Richie acabó siendo el director del periódico del instituto y un año, en la edición de San Valentín, apoyó a una joven escritora que, como muchas otras alumnas, había estado leyendo a Eve Ensler y quería que el V-Day, el día de San Valentín, se declarara un día para celebrar y rendir homenaje a las vaginas.

Escribió que las vaginas eran sagradas y que tenían que dejar de ser objeto de agresiones por parte de los hombres. Richie encargó una ilustración para acompañar el texto y, cuando salió el periódico, llevaba el artículo en portada, junto con una imagen enorme de una vulva. La dirección del centro puso el grito en el cielo, confiscó todas

las copias y amenazó a Richie con la expulsión. Él se mantuvo firme. Dijo que la dirección tenía la responsabilidad de hablar de la violencia sexual, que tenía el deber de obligar a la gente a ver los órganos sexuales femeninos desde otro prisma. Dijo que había que aplaudir a las mujeres por su gran fortaleza.

Su postura despertó interés en todo el mundo. Le llamaron para hacer entrevistas hasta de la India. Al final el instituto reculó y puso fin a la censura y a las amenazas contra Richie. Aquella experiencia le cambió y con dieciocho años ya se había ido de casa, movido por el deseo acuciante de alejarse del silencio de su madre y de los estrictos límites de su padre. Tras vivir una temporada con Mark Anthony y conmigo y después con otros amigos, encontró un pequeño piso en Reseda, cerca de Cleveland, y consiguió un empleo en el distrito escolar unificado de Los Ángeles, trabajando con estudiantes no muy distintos del alumno que había sido él. Las cosas iban bien.

Hasta que un día dejaron de ir bien.

Sin previo aviso, las autoridades educativas le redujeron la jornada de trabajo. Sin más. No le despidieron, pero no le dieron un horario estable ni trabajo suficiente para ganar un sueldo con el que vivir. Y como sus horarios eran irregulares, le era difícil encontrar otra cosa. Richie, un joven negro de casi dos metros de estatura que vivía solo y tenía tatuajes y que trabajaba lo suficientemente bien para contratarle, pero no para integrarle del todo ni ofrecerle una verdadera trayectoria profesional —y tampoco lo suficientemente mal para despedirle—, se quedó sumido en la incertidumbre y desesperado. Y tenía que pagar el alquiler.

Más tarde, después de su detención, me dijo que, cuando se vio desesperado, cuando no tenía el dinero para el alquiler, la voz que oyó en su cabeza era la voz con la que se crio: Los hombres no piden ayuda. Los hombres se las arreglan.

Tú ya habías hecho muchísimo por mí, me dijo en la sala de visita de la cárcel del condado. No quería parecer débil, dijo. Sé que es una estupidez, dijo, pero es como me sentía.

Le dije que a mí siempre podía pedirme ayuda. Dijo: No sé en qué estaba pensando. Supongo que pensé que si no hacía daño a nadie, si solamente cogía el dinero, con eso podría salir adelante y nadie tendría por qué enterarse, explicó. Sé que dicho así parece una locura.

Yo no quería hacer daño a nadie. Solamente tenía que pagar el alquiler.

Y es verdad que nadie sufrió ningún daño físico, aunque estoy segura de que los afectados pasaron muchísimo miedo. Pero, aun así, condenaron a Richie a diez años. Igual que a Monte, que tampoco hizo nunca daño a nadie y recibió una pena de ocho años. Cuando pienso en ellos al escribir estas palabras, no solo pienso en todos los policías que han matado a gente, en los policías que han mentido, en los policías que nunca fueron imputados o que, si lo fueron, quedaron absueltos. Pienso también en hombres como Brock Turner, el nadador estrella de la Universidad de Stanford, que violó a una mujer y fue condenado a seis meses. Seis meses porque el juez dijo que a Turner no le iba a ir bien en la cárcel, que la cárcel no estaba hecha para él.

¿Pero sí estaba hecha para Richie? ¿Para Monte? ¿Para mi padre? Por Dios, ¿no es eso razón suficiente para cerrarlas?

Pero en este caluroso día de julio de 2013, Richie está en pleno primer año de esa condena y su mujer, Taina, su mejor amiga, Haewon, y yo estamos en la cárcel de Susanville, sentadas en una sala de visita que es como casi todas las salas de visita de las cárceles de California, aséptica, sin ventanas y con unas mesas que tienen los tableros a diez centímetros del suelo, así que nada de hacer piececitos por debajo. En una pared están las máquinas expendedoras de rigor, en las que podemos comprar comida carísima que garantiza contratos muy lucrativos a empresas con propietarios blancos y alimentos procesados llenos de sal y azúcar que son como bombas de relojería para quienes no tenemos otra opción que comer eso.

Y hoy, en Susanville, estamos hablando de mil cosas, aunque al final la conversación vuelve todo el rato a lo que está pasando en la región central de Florida y al asesino de Trayvon Martin: ¿saldrá absuelto?

Y es que por mucho que estemos en California con y por Richie, unidos, dándonos cariño y riéndonos todo lo que podemos, también estamos en Florida, llevamos a las familias Fulton y Martin en el corazón y tenemos miedo. No hablamos del miedo que tenemos a la inminente decisión, sabiendo que nuestros jóvenes rara vez reciben justicia en este país. Hablamos de la esperanza porque, al fin y al cabo, ¿qué otra cosa nos queda? Recuerdo que en algún momento

pensé: Madre mía, el mundo entero sabe que, en contra de las órdenes que recibió por teléfono de la policía, ese hombre persiguió y mató a Trayvon Martin, de diecisiete años.

Trayvon Martin, un chico negro que simplemente iba andando hacia su casa. Andando con una lata de té frío Arizona y una bolsa de caramelos Skittles que le había comprado a su hermano pequeño. Andando y hablando por el móvil con su amiga Rachel, una chica que sufría acoso escolar y a la que él defendía. Andando con una sudadera con capucha, como las que llevan los adolescentes en todas partes. Andando cuando, de repente, fue asaltado por un hombre corpulento con aspecto de blanco[8] que decidió que, como el chico era negro y como llevaba una sudadera con capucha como casi todos los adolescentes, era una amenaza.

Nos enteramos de que el hombre recibió la orden de detenerse del operador de emergencias de la policía con el que habló por teléfono.

Nos enteramos de que el hombre persiguió al chico, que había salido a hacer unos recados para su hermano pequeño, que estaba hablando con una amiga, una amiga que sufría acoso.

Nos enteramos de que el hombre apretó el gatillo y disparó a un chico que iba desarmado y que debía de pesar veinte o treinta kilos menos que el hombre de la pistola.

Nos enteramos de que el hombre creía que tenía derecho a hacer lo que hizo. Derecho a la autodefensa ante una amenaza que no era tal, la de un chico que llevaba un té frío y unos caramelos. Creía que esos derechos arrogados prevalecían sobre el derecho de ese niño a volver andando a su propia casa para llevarle unas chucherías a su hermano pequeño.

Y tenemos miedo de que un jurado formado por gente como ese hombre vaya a estar de acuerdo.

Tenemos miedo por todo el esfuerzo y el tiempo que hicieron falta ya solo para que le detuvieran.

Tenemos miedo porque la hermosa vida y la terrible muerte de Trayvon están destinadas a borrarse. La noticia no fue portada de los periódicos, no apareció en *Dateline*, no salió en el programa de Anderson Cooper. El texto que vi en Facebook era una entrada diminuta de un blog, sin ninguna relación con los medios de comunicación mayoritarios. Un hombre blanco es puesto en libertad

tras ser interrogado después de matar de un disparo a un niño negro desarmado que iba andando hacia su casa. En ese momento me invadieron la rabia y la confusión. ¿Estábamos en 2012 o en 1955?

Podríamos estar hablando de Emmett Till. Es en él en quien pienso durante el juicio y en las semanas y meses previos. Pienso en Emmett Till y en su familia y pienso también en mi sobrino, Chase, el hijo de Monte, que el año en que matan a Trayvon tiene catorce años. ¿Le matarán a tiros por ir andando por la calle y ser negro, e importará tan poco su asesinato que ni siquiera saldrá en las noticias y nadie tendrá que asumir responsabilidades?

Me crie en un barrio empobrecido y afligido que sufría todas las consecuencias que tiene en el mundo moderno dejar a las comunidades sin recursos, pero proporcionarles instrumentos con los que ejercer violencia. Pero cuando alguien de mi barrio cometía un delito (y no digamos si se trataba de un asesinato), todos teníamos que asumir responsabilidades, desde luego. Detectores de metales, reflectores y una presencia policial constante, redadas de envergadura contra chavales que simplemente iban andando a casa a la salida del colegio, todo ello justificado por políticos y otras personas que afirmaban representar nuestras necesidades. ¿Dónde estaban esos representantes cuando éramos tiroteados por hombres blancos?

Si no hubiera sido porque los jóvenes valientes y decididos que formaron los Dream Defenders sumaron fuerzas con los valientes y desolados padres de Trayvon, Sybrina Fulton y Tracy Martin, de no haber sido por las sentadas, las protestas, los encierros y por Al Sharpton, nadie pronunciaría el nombre de ese chico aparte de su familia y de los amigos que le querían.

Por todos estos motivos, sabemos cómo son las cosas y tenemos miedo y, sin embargo, ese día, el 13 de julio de 2013, en esa cárcel de Susanville, en el estado que impuso una pena de diez años a un chico negro desesperado que no causó ningún daño físico a nadie, pero una de seis meses a un violador, mantenemos la esperanza.

¿Qué otra cosa nos queda?

Siete horas después de que empezara, la visita a Richie llega a su fin y volvemos al motel de la misma localidad en el que nos vamos a quedar a dormir. De la población de poco menos de veinte mil habitantes de Susanville, casi la mitad, el 46 por ciento, vive en una

de las dos cárceles que hay en la ciudad.

Susanville, constituida como municipio en 1860, lleva el nombre de la hija del hombre que se atribuyó la fundación de la ciudad en una época en la que fundar algo era una forma eufemística de referirse a la colonización y al destino manifiesto y a toda la sangre y la muerte que causaron esas dos cosas. «Fundación», un término como «daños colaterales», cuyo uso se incrementó en los años noventa para no tener que decir «niños iraquíes muertos».

La cosa es que estamos a once horas de coche de Los Ángeles, ya que Susanville está en el extremo norte de California, pasado San Francisco y en la frontera con Nevada, cerca de Reno. Y no tiene absolutamente nada que ver con la vitalidad y la riqueza que normalmente se asocian con nuestro estado y con las vistosas imágenes del resplandeciente Beverly Hills y el deslumbrante Silicon Valley. Si vieras una foto de la ciudad, seguramente pensarías antes en Virginia Occidental que en California.

Pero en realidad Susanville refleja mejor lo que es una ciudad californiana normal que cualquier cosa que se les venda a los turistas y es parecida a las ciudades estadounidenses de todo el resto del país, pequeña y de clase trabajadora, aunque en este caso los datos del censo dan cuenta de una extraordinaria diversidad étnica (si la diversidad se distorsiona, claro, como en un espejo de la casa de los horrores o un episodio de *La dimensión desconocida*). En Susanville no hay prácticamente ninguna persona de raza negra que no esté presa, aunque leyendo por encima los informes del censo se podría pensar que se trata de un lugar donde los distintos grupos raciales conviven en amor y compañía.

Aunque en tiempos fue un lugar donde la gente trabajaba en la minería y la industria maderera, hoy en día la única industria en expansión de Susanville son las cárceles; en torno a la mitad de la población adulta de la ciudad trabaja en uno de los dos centros penitenciarios. Por supuesto, estas cifras aumentan desorbitadamente si se cuenta el trabajo de los presos, la mano de obra que se obtiene de los reclusos a los que envían allí sobre todo desde el condado de Los Ángeles y la zona de la bahía de San Francisco.

Estando aquí y mirando a las tiendas y a la gente, tienes la sensación de estar en una fotografía en blanco y negro del Sur de los

años cincuenta y te vienen a la cabeza las imágenes de la dura vida rural, como diciéndote burlonamente que la libertad no se ha alcanzado y nunca se alcanzará. Solo sientes los muros y los barrotes, las torres de vigilancia y las alambradas de púas, cuyo único contrapunto es todo el despliegue de elementos militares. La aparición arbitraria de soldados destinados cerca de Susanville. La sensación de que en cualquier momento va a estallar una guerra. Las banderas de Estados Unidos de todos los tamaños imaginables. ¿Cómo tiene que ser para los habitantes de Susanville vivir con la esperanza y el interés en que haya guerras y delincuencia porque deben de pensar que sin ellas el mundo se desmoronaría?

De camino al motel paramos en una tienda a comprar comida precocinada para microondas. No hay ningún restaurante en el que queramos entrar, y además esto es más barato. Compramos bocadillos de pollo o algo así, para intentar comer sano. En el motel hay un microondas. Mientras cenamos, encendemos mi portátil. Mientras cenamos, esperamos a que anuncien el veredicto. Me meto en Facebook porque es donde todo el mundo está poniendo información de lo que va pasando. Estoy nerviosa, pero me siento acompañada a través de Facebook.

Y entonces ocurre.

Empiezo a ver aparecer publicaciones en los muros de la gente. El asesino es absuelto del primer cargo. A continuación, es absuelto de todos los demás. De todos. Y cada uno. De los cargos. Me quedo en estado de *shock*. Se me corta la respiración. Se me encoge el alma. Estoy estupefacta y durante unos instantes no me puedo mover. Cuando empiezo a moverme, entro en fase de negación.

¡No! Es imposible. Un momento, vamos a ver. Esto no tiene sentido.

Pero, al tiempo que lo niego, sé que es cierto y una sensación de vergüenza y remordimiento se apodera de mí. ¿Cómo ha podido ocurrir esto? ¿Por qué no hemos podido impedir que ocurriera? En ese momento me pongo a llorar, pero me siento mal por llorar. El llanto hace que quiera esconderme. Siento que tengo que demostrar esa clase particular de fortaleza que siempre se nos exige a las personas negras. Esa fortaleza imposible. Esa fortaleza en la que no cabe tu propia vulnerabilidad. En la que no caben las lágrimas.

Llevo la mirada a la habitación, a esta pequeña habitación de motel, y a las dos mujeres con las que he venido. Como orientadora en Cleveland, desempeñé un papel muy específico en sus vidas. Haewon, que estaba dos cursos por encima de Richie cuando él empezó el instituto, le acogió como a un hermano pequeño. Yo les arropé a los dos, fui su mentora, les formé para que fueran activistas que defendieran la justicia en nuestras comunidades, activistas contra el complejo industrial penitenciario, activistas por los derechos humanos.

Y Taina. Taina, que se enamoró de Richie unos meses antes de que le detuvieran y que se mantuvo leal a él, lo que inspiró mi lealtad hacia ella. Cuando decidieron contraer matrimonio una vez que conocieron la sentencia de Richie, yo fui quien les casó. Había recibido la ordenación en 2004, principalmente porque tenía el firme propósito de casar a personas *queer* pese a que entonces no existía el matrimonio igualitario en California ni en el resto del país. Con el tiempo, cuando se fue extendiendo el matrimonio igualitario, mi deseo de utilizar mi ordenación para casar a la gente se amplió a todos aquellos a los que la ley no permitía ser una familia por diversos motivos. Incluidos los presos y sus mujeres. Oficié la boda de Taina y Richie, que intercambiaron sus votos matrimoniales en la cárcel, y no ha habido un solo fin de semana en todos los años que llevan juntos en que ella no haya ido a visitarle.

De modo que, aunque no soy mucho mayor que ellos, que Richie, Taina, Haewon o incluso Trayvon, les saco la edad suficiente para sentirme responsable. Me he convertido en mi hermano Paul. Siento sobre mis hombros el peso de estar con dos mujeres negras más jóvenes que yo en esta ciudad carcelaria y me pregunto: llegado el caso, ¿podría protegerlas, podría protegernos a todos? ¿Tengo algún poder para garantizar que vivan muchos años, que lleven vidas sanas y plenas siendo negras?

No puedo evitar ponerme a llorar, por mucho que no quiera. Lloro a lágrima viva. Todas lloramos. Y a continuación me enfurezco. Una vez más, mi mundo está definido por la disonancia cognitiva: estar en esta ciudad donde un niño, un auténtico niño de dieciocho años que no hizo daño a nadie, iba a pasarse diez años entre rejas y ese hombre con aspecto de blanco podía matarnos y quedar en libertad.

Y entonces mi amiga Alicia escribe una publicación en Facebook. Alicia, a quien en ese momento hace siete años que conozco, desde que coincidimos en un encuentro político en Rhode Island donde nuestro verdadero objetivo era bailar hasta no poder más. Estuvimos bailando juntas toda la noche e iniciamos una amistad que nos ha mantenido unidas hasta hoy. Tras la absolución, Alicia escribe estas palabras:

> por cierto, dejad de decir que no es ninguna sorpresa. eso en sí mismo ya es toda una desgracia. Yo sigo sorprendiéndome de lo poco que importan las vidas de las personas negras y no voy a dejar de sorprenderme. dejad de ver las vidas de las personas negras como una causa perdida. Yo JAMÁS nos voy a considerar una causa perdida. JAMÁS.

Y entonces respondo. Contesto con un *hashtag*:

> #BlackLivesMatter

Durante los días siguientes, Alicia y yo empezamos a lanzarnos ideas la una a la otra. Sabemos que queremos poner algo en marcha. Sabemos que queremos que lo que construyamos, sea lo que sea, se extienda por todo el mundo. Alicia contacta con su amiga Opal Tometi, una activista muy comprometida que dirige la Black Alliance for Just Immigration (Alianza Negra por una Inmigración Justa) desde Brooklyn (Nueva York). Opal es experta en comunicación y desarrolla todos los componentes digitales iniciales que necesitamos ya solo para conseguir que la gente se sienta cómoda pronunciando las palabras «Las vidas de las personas negras importan», ya que incluso en nuestro entorno más cercano hay mucha gente que piensa que la frase se va a considerar segregadora, que nos va a aislar. Opal diseña la arquitectura de nuestra primera página web y crea nuestras cuentas de Twitter, Facebook y Tumblr. Estamos resueltas a difundir este concepto tan básico: que nuestras vidas tienen valor. Que las vidas de las personas negras importan.

Al cabo de unos días vuelvo a meterme en Facebook y empiezo a publicar.

Escribo que vamos a empezar a organizarnos.

Escribo: «Espero que tenga un impacto mayor del que podemos imaginarnos siquiera».

---

[8] La raza del acusado, de padre blanco y madre latina, fue objeto de debate en Estados Unidos tras la muerte de Trayvon Martin. La lectura de lo sucedido que hacen unos y otros varía considerablemente en función de que se considere que el autor de los hechos es un hombre blanco o que se trata de un hispano.

12

Redada

«La mayoría de los blancos de clase media no tienen ni idea de lo que es estar sometido a una policía cuya actitud habitual es desconfiada, grosera, agresiva y cruel».

Dr. Benjamin Spock

Vivíamos en un diminuto oasis aislado del resto del mundo en pleno centro de la ciudad llamado St. Elmo, una imagen de amor a todo color que soñaron e hicieron realidad las negras y delicadas manos de un artista llamado Rozzell y de su sobrino Roderick. En 1969 vieron una calle abandonada con el pavimento agrietado y convencieron al concejal de la zona, un hombre negro llamado Tom Bradley que más adelante llegaría a ser alcalde de la ciudad, de que se imaginara un mundo con ellos, de que creyera que podía existir un lugar en el que fuera posible vivir en paz y con valentía, abrazando por completo la luz y el potencial humano, un mundo en el que unas imponentes secuoyas pudieran ocupar el lugar de las malas hierbas, donde pudieran plantarse jardines, jardines que se acabaron plantando y que todavía hoy sobreviven, al igual que la secuoya que señala dónde empieza la colonia, un testimonio de que, pese a las guerras y los conflictos y pese al odio y la desesperanza, podía existir otro camino, podía existir otra forma de soñar, otra forma de convivir, y si queríamos caminar sobre un arcoíris, solo teníamos que pintarlo en el suelo y dejarnos llevar por nuestra imaginación, y así fue, así caminamos sobre ellos, sobre los arcoíris, y contamos nuestra propia historia con murales que le decían a

todo el que pasara por delante que estábamos aquí y aquí íbamos a seguir, soñando y ayudando y creyendo, y verdaderamente todo lo hermoso era posible porque nosotros éramos posibles y éramos un refugio, y diciendo esto ahora, escribiendo todo esto, no se puede explicar ni de lejos lo que me arrebataron cuando, a causa de las redadas, se nos hizo —se me hizo— imposible vivir en el único lugar donde había descubierto que podía vivir, vivir de verdad, simplemente porque creímos, porque creí, y porque pedimos a la policía que dejara de matarnos.

El ruido de los helicópteros de la policía se oye más cerca de lo habitual y me figuro que en esta tarde de verano de 2013 van a venir a nuestra colonia, St. Elmo, un grupo de bungalós en el centro de Los Ángeles donde un colectivo de artistas y activistas negros llevan viviendo y enseñando expresión artística a la comunidad desde los años sesenta.

Le cuento a JT, un amigo artista que está en casa de visita con su hija de seis años, que, además del trabajo de Black Lives Matter, Dignity and Power Now ha estado presionando y exigiendo que la Policía del Condado tenga que rendir cuentas ante la ciudadanía, lo que nos ha granjeado la antipatía de los cuerpos de seguridad. Ahora Dignity and Power Now está integrada en la red más amplia de Black Lives Matter.

Vinieron a hacer una redada hace unos meses, le digo a JT. Fue la primera vez que la policía había entrado en nuestra colonia.

Nuestra colonia, donde tenemos nuestro propio sistema ecológico, con crasas, cactus y un cinamomo que se alza imponente en el centro. Este es mi hogar, el primer sitio en el que me he sentido completamente a salvo, el lugar donde me he sentido plena. Mark Anthony y yo nos mudamos aquí después de vivir en el cañón de Topanga.

Tenemos alquilados dos bungalós en la colonia. Dos casitas que hemos usado para curar a Monte. Donde hemos trabajado en proyectos de activismo. Donde hemos llorado a nuestros muertos. Donde hemos hecho el amor y hemos sido el amor. Pero la colonia en conjunto ha sido un punto de encuentro en el que cultivar la esperanza, y ahora los helicópteros que llevamos oyendo desde hace rato están encima de nosotros.

En junio de 2013, el asesino de Trayvon Martin aún no ha quedado absuelto y Alicia, Opal y yo aún no nos hemos unido para fundar Black Lives Matter ni convertirlo en una red nacional y, más tarde, internacional.

Aún no existe nada que se llame exactamente Black Lives Matter, pero ha habido protestas en todo el país. Ha habido sentadas. Ha habido gente peleando simplemente para conseguir que se detuviera al asesino. No ha habido silencio. Ni en Florida ni en Oakland. Ni en Chicago ni en Nueva York ni tampoco en Los Ángeles, donde vivo y donde llevo luchando por el derecho a vivir, simplemente a vivir, desde que tenía dieciséis años.

JT, su hija Nia Imani y yo nos sentimos como pequeñas presas acechadas por un halcón. Nos quedamos quietos en un rincón de la casa. Nos parece que jamás hemos oído un ruido tan fuerte como el de los helicópteros. Hacemos conjeturas sobre lo que está pasando: ¿estarán vigilando a alguien siquiera o solo es una forma de recordarnos que somos un pueblo asediado? Otra historia que no se menciona cuando se cuenta la historia de California es la de la ocupación, qué supone para muchísimas personas negras y latinas vivir sin poder escapar de la vigilancia constante de la policía, la idea de que tu mera existencia, el color marrón de tu piel, es suficiente para que te lleven, suficiente para que te maten.

Es algo que nosotros sabemos desde siempre, pero en 2012 y 2013 pudimos utilizar las redes sociales para generar un debate a nivel nacional. Eso sí, que nadie se confunda.

Lo sabíamos cuando mataron a Oscar Grant en Oakland (California), cuando estaba sentado en el suelo de la estación de Fruitvale, inmóvil y en actitud cooperadora.

Lo sabíamos cuando mataron a Amadou Diallo. Cuarenta y una balas. Algunas le entraron por las plantas de los pies.

Lo sabíamos cuando mataron a tiros a Sean Bell mientras se subía a un coche tras su propia despedida de soltero en Nueva York.

Lo sabíamos al leer lo que le pasó en abril de 1973 a Clifford Glover, un niño de diez años que vivía en Queens (Nueva York). El pequeño Clifford iba andando con su padrastro por su barrio, South Jamaica, cuando la policía le disparó. El agente que le mató, Thomas Shea, que quedó absuelto, dijo por toda defensa que no vio nada más

que el color del niño.

Ida B. Wells lo sabía cuando arriesgó su vida para denunciar a las bandas de asesinos blancos que linchaban a hombres, mujeres y niños negros en el Sur, y que estaban integradas, y a menudo lideradas y protegidas, por miembros de la policía.

Los Diáconos por la Defensa lo sabían cuando en 1964, en Jonesboro (Luisiana), se organizaron para proteger a la gente de la tiranía de la policía y de los blancos que se tomaban la justicia por su mano y cuando fundaron su primera célula en Bogalusa (Luisiana) el 21 de febrero de 1965, el día del asesinato de Malcolm X.

Y los Panteras Negras lo sabían cuando Huey Newton y Bobby Seale, con sendas escopetas colgadas del brazo, crearon su organización en octubre de 1966 con el objetivo de defenderse de la Policía de Oakland.

Éramos y somos sus descendientes, llamados a recoger un testigo que ninguna generación quiere ni puede ignorar.

La policía, descendiente literal de los cazadores de esclavos, era una fuente de daños para nuestra comunidad, cosa que no podían cambiar la raza o la clase de sus miembros ni la bondad de ningún agente. Ningún acto aislado de decencia podía cambiar por completo una organización que se convirtió en una institución y que se creó no para protegernos, sino para apresarnos, controlarnos y matarnos.

Los datos lo dejaban claro.

En la ciudad de Los Ángeles, casi el 50 por ciento del total de homicidios quedan sin resolver y las órdenes judiciales contra las bandas no impidieron en absoluto la violencia en las calles. El objetivo no era proteger a la ciudadanía, dijera lo que dijese quien fuera.

En el estado de California, aproximadamente cada setenta y dos horas muere un ser humano a manos de un agente de policía.

El 63 por ciento de las personas a las que mata la policía son negras o latinas.

La policía dispara y mata a los negros, el 6 por ciento de la población de California, en una proporción cinco veces mayor que la de los blancos y tres veces mayor que la de los latinos, que registran la mayor cifra de muertos a manos de la policía en términos absolutos.

¿A quién protegen? ¿A quién sirven?

Cuando me invitan a dar charlas en las universidades, en las

comunidades, presento estas estadísticas. Digo que, aunque nos tachan de delincuentes, en realidad somos víctimas de delincuencia. Y también digo que no hay estadísticas que cuenten las muertes colaterales, las que suceden durante los meses y años que pasamos sufriendo y llorando a nuestros muertos: la depresión que desemboca en alcoholismo que desemboca en cirrosis o la adicción a la comida que desemboca en diabetes que desemboca en un ictus. Muertes lentas. Muertes que no quedan registradas. Muertes con una causa común: el odio que le dice a diario a una persona que su vida y la de sus seres queridos no valen una mierda, una verdad que se vuelve todavía más evidente cuando a aquellos que te hacen daño nunca se les exigen responsabilidades.

A diferencia de lo que ocurre si la persona que comete un homicidio no es policía, cuando el autor o autora es agente de policía se da por supuesto que ha obrado correctamente, que su decisión ha sido razonada y necesaria y que ha actuado en aras de la seguridad pública y el bien común, no como resultado de haber recibido una formación deficiente y, desde luego, no como parte de la larga historia de violencia policial racista, a pesar de que la policía de este país fue creada con el objetivo único y específico de atrapar a las personas negras que buscaban la libertad.

Todo esto salpica de un modo u otro la conversación que mantenemos JT y yo en voz baja en el rincón de casa con los helicópteros encima y con una niña de seis años muerta de miedo a la que no podemos explicar lo que está pasando, pero a la que tampoco podemos no decir nada. Al final le digo: Ahora toca quedarnos quietos, y JT, intentando reconfortarme, me susurra al oído: A lo mejor esta vez no vienen a por ti. Nos quedamos callados y después dice lo que ambos sabemos: eso significaría, por supuesto, que están a punto de hacer una redada en algún otro rincón negro o latino de la ciudad, en alguna de las muchas zonas consideradas una jungla urbana, un lugar situado en territorio enemigo y un objetivo en la guerra contra las drogas. En nuestros barrios los niños y niñas son tildados de superdepredadores hasta por políticos liberales, ninguno de los cuales se inmuta cuando la respuesta a esa descripción es permitir que la policía local adopte respuestas y tácticas militares con madres y padres, hijas e hijos.

Dos años más tarde, no nos asombrará que utilicen gas lacrimógeno, armas de asalto y tanques cuando protestemos por la muerte de Michael Brown, que iba desarmado cuando fue asesinado en las calles de Ferguson (Misuri) a tiros, algunos dirigidos a la parte superior de la cabeza. El Gobierno federal lleva décadas suministrando todo esto a las policías locales, al menos desde la declaración de la actual guerra contra las drogas, y Los Ángeles, mi ciudad, fue el escenario de la primera redada de la historia llevada a cabo por un equipo de la unidad de élite de la policía. En la generación anterior fue otro grupo de jóvenes activistas negros que se habían unido para combatir la violencia policial, los Panteras Negras, quienes estuvieron en el punto de mira de los cuerpos y fuerzas de seguridad.

Pero el día de los helicópteros yo estoy concentrada en dos cosas muy inmediatas: seguir vivos y tener la templanza suficiente para empezar el terrible y familiar proceso de mentalizarme para tener que reaccionar a la noticia de que el asesinato de otro niño desarmado ha quedado impune.

O, si les detienen con vida, ¿les tratarán igual que a Monte, agrediéndoles y dejándoles sin comer, encerrados en celdas de aislamiento? ¿Les tendrán en paradero desconocido como a Monte, sin reaparecer hasta meses después, quizá hasta con los cargos retirados, pero con el trauma intacto? Me pregunto si a alguno de nuestros chavales le dan alguna vez el típico tirón de orejas indulgente. Si le dicen eso de «venga, hijo, tú sabes hacerlo mejor». Eso de «vamos a hablar con sus padres, igual necesita hacer terapia». ¿Alguna vez se ha oído que el sistema judicial diga sobre uno de nuestros jóvenes: «La cárcel le destrozaría, vamos a buscar otra forma de ayudarle»? ¿Alguna vez nos han dado una oportunidad, no digamos ya una segunda oportunidad? ¿Qué le dieron a Trayvon Martin? ¿Y a Clifford Glover? ¿A Rekia Boyd, que en 2012 estaba sentada en un parque de Chicago con sus amigos, charlando y de risas, cuando les abordó un policía vestido de civil y se llevó por delante de un disparo sus veintidós años de vida y de potencial?

Estoy pensando en todo eso y, sobre todo, estoy pensando en Monte y en lo que agradezco que ese día no esté en casa con nosotros cuando empiezan a aporrear la puerta.

Quédate aquí, le digo a JT. No puedo dejar que abra él. Él quiere

protegerme a mí (JT acabará siendo uno de los primeros integrantes de Black Lives Matter), pero sé que ese cuerpo de piel negra de un metro noventa de estatura y más de noventa kilos de peso va a ser visto como una oportunidad, una excusa para ejercer violencia.

Si a Trayvon Martin, desarmado, con diecisiete años, delgaducho y con un té frío y unos caramelos en la mano, pudieron dispararle a sangre fría cuando iba andando hacia su casa y ayudando por teléfono a una chica que había sufrido acoso escolar…

Si a Oscar Grant, desarmado, pudieron matarle de un disparo estando sentado en el suelo de una estación de tren con las manos en la cabeza y en actitud cooperadora…

Si a Ramarley Graham, desarmado, pudieron dispararle en el baño de su propia casa, delante de su abuela y de su hermano pequeño, porque la policía dijo que llevaba marihuana encima…

Si todo eso es cierto, sé que JT no tiene nada que hacer. Sé que si abre él, puede que sea lo último que haga.

Mientras siguen los golpes en la puerta, abrazo el cuerpecito color chocolate negro de la hija de JT, una artista en ciernes que adora pintar. Nia Imani y yo hemos forjado una conexión muy especial. Le digo que todo va a ir bien. Abro la puerta de casa lo justo para poder salir. Gracias a los talleres «Conoce tus derechos», hace tiempo que tengo bien interiorizado que no hay que dejar entrar a la policía si no tiene una orden judicial, que creo que no tiene. No hemos hecho nada malo. No es que eso sea impedimento para la brutalidad policial, pero, aun así, me aferro a ello y repaso mentalmente lo que hemos hecho:

Nos hemos unido a las protestas del resto del país para que imputaran al asesino de Trayvon Martin.

Hemos asistido a reuniones y mantenido conversaciones individuales con miembros de la comunidad.

Hemos pintado murales.

Hemos llorado.

Hemos dicho públicamente que somos un pueblo de luto.

Hemos pedido que dejen de matarnos.

Pero no hemos hecho daño a absolutamente nadie ni hemos incitado a otros a hacerlo. ¡No tienen ningún derecho a estar aquí!

Aun así, estoy temblando. Estoy muerta de miedo. Delante de mi casa hay al menos una docena de policías equipados con material

antidisturbios. Soy una mujer sola y desarmada de poco más de un metro y medio de estatura. Todos y cada uno de los agentes que tengo delante, con las caras ocultas tras sus cascos y los cuerpos protegidos con chalecos antibalas, están apuntando hacia mí o hacia mi casa con sus armas.

Un agente latino es quien se dirige a mí.

Alguien ha intentado tirotear la comisaría, dice. Creemos que la persona puede estar escondida en una de las casas de esta colonia.

Aquí no hay nadie, contesto.

Entonces, ¿por qué estás temblando?, me presiona, agresivo, pero no desagradable.

Porque me estáis apuntando con vuestras escopetas. Porque todas esas armas están apuntando a mi casa, digo señalando con los ojos, no con los brazos, otra lección que he aprendido en los talleres.

Aquí no hay ninguna persona a la que estéis buscando, reitero.

Abro la puerta y vuelvo a meterme en casa, donde JT me coge y me abraza y los dos intentamos respirar.

Pasan unos minutos, no sé cuántos, pero volvemos a oír a la policía. Están hablando justo delante de nuestra ventana, parece que gritando todo lo que pueden. Reconozco la voz del agente latino de antes.

Creo que tiene miedo porque hay alguien dentro de la casa, dice. Es como que la está influyendo. Respiro hondo.

Se están inventando una razón para entrar sin una orden judicial, le digo a JT, que está de acuerdo.

Empiezan a aporrear la puerta de nuevo y esta vez nos dicen que tenemos que salir. Nos dicen que no tenemos elección.

JT y yo nos miramos y miramos a su niñita de seis años. Me pregunto si así es como va a acabar su vida, nuestra vida. Esto no lo digo en voz alta, claro. Lo que sí nos decimos es que tenemos que salir vivos de esta. Decimos que ha habido situaciones mucho menos tensas que esta que han acabado con una muerte, una muerte innecesaria.

Decidimos que la forma más segura de salir es que JT y Nia Imani vayan delante y yo detrás. Rezamos para que no hagan daño a un padre y una hija, pero sabemos que si en algún momento JT se queda solo, le van a matar.

Me dirijo al exterior y grito: Está aquí un amigo mío con su hija

de seis años. Van a salir ellos primero.

Salen. Yo voy detrás.

La policía nos rodea de inmediato a los tres, que vamos desarmados y vestidos como tres personas que estuvieran en su casa planeando cómo van a pasar el día, que es lo que estábamos haciendo cuando empezamos a oír los helicópteros.

Diez o doce policías nos hacen dirigirnos al patio de delante de nuestro bungaló a punta de pistola —y cuando digo «nos», me refiero también a la niña de seis años— mientras el resto pasan por delante de nosotros y entran en la casa como un enjambre de avispas o una plaga repentina de insectos. Se pasan horas dentro de mi casa.

En algún momento llegan también varios agentes de la policía judicial y empiezan a sacar fotos de todo el exterior y, por lo que alcanzamos a ver, del interior de mi casa. No nos han dado una orden de registro domiciliario y no podemos protestar. Nos están apuntando con sus armas todo el tiempo y casi no podemos ver lo que hacen dentro de mi casa, qué se llevan y qué no. Tratan mi casa como tratan las celdas en las que estuvo preso mi hermano, un lugar del que la policía (los guardias) puede sacarte con cualquier justificación o sin justificación alguna, a cualquier hora, y destrozarte tus pertenencias, con motivo o sin él, llevándose tus cosas o no. Y tú tienes que quedarte callada mientras ves los pedazos de tu vida desparramados o arrasados por algo que solo puedes experimentar como un violento tornado humano.

Al cabo de tres o cuatro horas, sin decirnos una palabra más, por fin se marchan.

Después de eso, me mudo.

La primera vez que la policía entró en St. Elmo fue en febrero de 2013. Nos estábamos preparando para el juicio del asesino de Trayvon Martin, para el que aún faltaban meses, y esa fría noche en Los Ángeles yo había salido a relajarme con unos amigos, cosa rara, y había ido a ver un espectáculo cómico. Ahora era tarde, sobre la una de la mañana, y estaba volviendo a casa, donde se suponía que Mark Anthony estaría durmiendo, pero donde, en cambio, me lo encontré delante de casa descalzo, en pijama y con las manos esposadas detrás de la espalda.

Mark Anthony, el hermoso hijo de uno de los miembros originales de Earth, Wind & Fire. Mark Anthony, a quien llevo queriendo desde los dieciséis años. Mark Anthony, mi alma gemela. Mark Anthony, que no había escogido el camino fácil y había cuestionado sus propios privilegios, un chico alto y esbelto de piel clara que tenía detrás a todas las chicas blancas pero que siempre nos escogía a nosotras. Siempre escogía a chicas negras. Siempre me escogía a mí. Y ahora todo aquello sobre lo que habíamos leído y que habíamos estudiado, todo lo que estábamos entrenándonos para combatir, había irrumpido en nuestro dormitorio, había arrastrado a este hermoso sanador a la calle y le había dejado esposado fuera, expuesto al frío aire nocturno.

Esa es la persona a la que la policía despierta de repente. Pudieron entrar en nuestra casa porque en St. Elmo, hasta ese día, nunca cerrábamos con llave. Esa noche la policía entró en nuestra casa por la puerta de atrás. Dijeron que Mark Anthony coincidía con la descripción de alguien que había cometido robos en la zona. No dieron más explicaciones.

Esta vez solo hay unos pocos agentes en mi casa, nada que ver con lo que viviríamos en la segunda redada. Más que miedo, siento rabia. Más adelante, cuando oiga a la gente repudiar nuestras voces, nuestras protestas para pedir igualdad, diciendo que «todas las vidas importan» o que «las vidas de los azules importan»[9], me preguntaré a cuántos estadounidenses blancos sacan de su cama de madrugada porque quizá encajan con una vaga descripción que a saber quién ha proporcionado. ¿A cuántos hombres rubios, delgados y de baja estatura les hicieron una redada cuando Dylann Roof llevó a cabo una masacre en una iglesia? ¿A cuántos hombres blancos con el pelo castaño sacaron de la cama cuando Ted Bundy andaba por ahí matando a mujeres por diversión? ¿A cuántos adolescentes blancos desgarbados paró por la calle y cacheó la policía después de Columbine o de cualquiera de las matanzas que han tenido lugar en este país, la inmensa mayoría perpetradas por jóvenes blancos?

¿Qué narices pasa aquí?, pregunto.

Señora, empieza a decirme uno de ellos, ha habido robos en la zona y este hombre coincide con la descripción del…

No espero a que terminen de contarme la historia de los problemas del barrio.

Pero ¿qué dice? Este es mi marido. Vive aquí, digo, intentando proyectar una calma que no siento.

La policía retrocede, y para entonces otros vecinos a los que ha despertado todo el ruido han salido de sus casas y están con nosotros. Al final le quitan las esposas, pero la policía se queda otras dos horas en mi casa, recoge todo tipo de información sobre Mark Anthony, comprueba su número de matrícula para ver si tienen datos sobre él, todo con la esperanza de encontrar algún motivo para poder llevarse a este hombre al que han levantado de la cama en plena noche en la casa en la que vive, en una comunidad en la que se le quiere.

Cierra los ojos y acércate.

Trata de imaginarte esto conmigo:

Eres un estudiante de posgrado que se dedica a la medicina china.

Tu sueño es dedicarte a curar a la gente.

Quizá estás durmiendo en la cama de tu mujer, en una casa que forma parte de una colonia en la que viven artistas y a la que acuden niños y niñas a recibir clases de pintura gratuitas, quizá estás soñando que le estás salvando la vida a alguien, y en mitad de ese sueño te levantan de golpe de la cama unos hombres armados y ataviados con uniformes de antidisturbios que no tienen una orden judicial, que han llegado hasta tu dormitorio colándose por una puerta que no estaba cerrada con llave. Su único argumento es que «coincides con la descripción».

¿Y quién les ha dado esa descripción exactamente? ¿Qué más pruebas tenían? ¿Cómo sabían siquiera que estabas durmiendo en esa cama si la casa no está a tu nombre, sino al de tu mujer? ¿En qué se diferencia eso de los métodos de las SS, la KGB, los Tonton Macoutes? ¿Y quién es el verdadero delincuente, el verdadero terrorista, y qué responsabilidades se le van a exigir? El hedor de estas preguntas sigue en el ambiente todavía hoy, como carne podrida, sin abordar, sin contestar.

---

[9] Blue Lives Matter, movimiento surgido en 2014 en contra de Black Lives Matter y en defensa de la policía, que en Estados Unidos se asocia con el color azul.

13

Llamada y respuesta

«La libertad, por definición, consiste en que las personas tomen conciencia de que son sus propios líderes».

Diane Nash

Si hay una sola cosa que sabemos es que, tras la absolución del asesino de Trayvon Martin, la conversación tiene que cambiar. Tenemos que hablar muy específicamente del racismo contra las personas negras que nos persigue hasta matarnos.

Nos ponemos a hacer planes. Alicia y yo empezamos a intercambiar ideas por Facebook mientras ella, por su lado, también va hablando con Opal. En una de nuestras conversaciones, digo: Deberíamos poner en marcha un proyecto político.

¡Sí!, responde. Esto va más allá de un *hashtag*.

Esto va de empoderar a la gente, de crear un movimiento, convenimos.

Todo el mundo en todas partes ha estado hablando ya de la vida de un niño negro, una vida que importaba. En 2012, los Dream Defenders emprendieron su increíble marcha de sesenta kilómetros hasta la asamblea legislativa del estado de Florida y ocuparon el edificio, y los jugadores de los Miami Heat se hicieron su icónica fotografía con las sudaderas con capucha. Un grupo de neoyorquinos

entre los que se encontraban Thenjiwe McHarris y Daniel Maree lanzaron el movimiento Million Hoodies (Millón de Sudaderas con Capucha) para reclamar dignidad y justicia para nuestra comunidad, y en Chicago, el Black Youth Project 100 (Proyecto de la Juventud Negra 100), una organización negra, *queer* y feminista de jóvenes de entre 18 y 35 años, se dedicó a construir liderazgo. Y lo que necesitamos ahora, en esta fase inicial, es seguir persiguiendo un cambio cultural a todos los niveles.

Ese cambio tiene que empezar a nivel interno, en el seno de nuestro propio movimiento progresista. Hay personas de nuestro entorno a quienes les preocupa que la propia frase, «Las vidas de las personas negras importan», sea demasiado radical, que nos margine, a pesar de que estamos hablando de niños y adultos negros a los que matan. Nosotras seguimos adelante sin dejarnos disuadir.

En Nueva York, a raíz de la absolución, Opal ayuda a organizar una gran manifestación que cruza el puente de Brooklyn y termina con una sentada de mil personas en Times Square, el cruce de calles más emblemático del mundo.

En Oakland, Alicia va al frente de una protesta que atraviesa el distrito financiero del centro de la ciudad, donde la policía carga contra los manifestantes. Los medios de comunicación no dicen nada de los cientos de personas que todavía siguen afectadas por el asesinato de Oscar Grant en 2009 y que se manifiestan pacíficamente. Por el contrario, se centran en los dos o tres que no son pacíficos y no mencionan en absoluto a la policía, que ataca a todo el mundo.

Y en Los Ángeles, colaborando sobre todo con mujeres, muchas de ellas estudiantes de la Universidad Estatal de California, yo empiezo a planificar lo que acabará siendo la mayor manifestación que he organizado hasta entonces. Hago un llamamiento en Facebook para que la gente venga a una reunión en St. Elmo (la segunda redada aún no me ha echado de allí) y Thandisizwe Chimurenga, una de nuestras periodistas y presentadoras de radio más queridas, nos ayuda a atraer a gente. Thandisizwe se trae a Melina Abdullah, profesora de Estudios Negros en la Universidad Estatal de California, y Melina se trae a sus alumnas. Con ellas formo el núcleo de lo que acabará siendo el comité organizador de la manifestación y, de hecho, de nuestro equipo en Los Ángeles; ahí comienza a formarse el ADN de la delegación de Los

Ángeles de Black Lives Matter.

Tenemos una lista inicial de reivindicaciones:

- Tienen que presentarse cargos federales contra el asesino de Trayvon Martin.
- Marissa Alexander, encarcelada por intentar defenderse de un marido que se sabía que la maltrataba, tiene que ser indultada.
- No pueden construirse más centros penitenciarios en Los Ángeles.
- Tiene que haber supervisión ciudadana de todos los cuerpos y fuerzas de seguridad.

Decidimos que en esa primera manifestación vamos a ir a Beverly Hills, a Rodeo Drive, la zona donde va de compras y hace vida social la gente con más dinero, mayoritariamente blanca. Todas las otras protestas han tenido lugar en comunidades negras, pero esas ya saben cuál es la crisis. Queremos ponernos delante de la gente que no se para a pensar en ello y decirles lo que significa pasarte la vida vigilado, pasarte la vida en el punto de mira.

Durante la planificación de la protesta, yo aviso a todos mis contactos y otros avisan a los suyos: el Strategy Center, los sindicatos, la organización Community Coalition. Años más tarde, una amiga, una activista veterana, me preguntará qué medidas de seguridad tomamos para la manifestación, qué hicimos para garantizar nuestra protección. Se echará a llorar al oír mi respuesta: no pensamos en eso.

Así es como van a alterar el discurso, interferir en el trabajo, dice. Eso es lo que planeaban J. Edgar Hoover y el FBI con la creación del Programa de Contraespionaje: que una generación estuviera muerta, encarcelada o demasiado traumatizada para transmitirnos lo que necesitamos saber para estar a salvo.

Pero el tema central de las reuniones que mantenemos en St. Elmo es cómo comunicar el mensaje que deseamos transmitir, sobre el empoderamiento y la curación que queremos garantizar. Nos reunimos en mi casa, sobre todo mujeres, y hablamos de qué es lo que nos merecemos. Decimos que nos merecemos otra clase de certeza, la que se tiene cuando uno cuenta con que va a tener una vida larga, una vida rica, una vida sana. Nos merecemos imaginarnos un mundo sin

cárceles ni castigos, un mundo en el que esas cosas no sean necesarias, un mundo basado en la reciprocidad. Nos merecemos al menos aspirar a eso.

Estamos de acuerdo en que hay algo que tiene lugar en el interior de una persona, de un pueblo, de una comunidad, cuando crees que no vas a sobrevivir, que la gente de tu entorno no va a sobrevivir. Hablamos de cómo desarrollas cierta actitud, una actitud que descarta la esperanza, que desecha los sueños.

Nos merecemos, decimos, las cosas que muchos otros dan por sentadas: comida decente, comida que no sea solamente la de los 7-Eleven y los Taco Bell que había en el barrio donde me crie. Nos merecemos comida sana, orgánica y no procesada que nos alimente el cuerpo y el cerebro, que nos permita obtener toda la energía y disfrutar de todo el descanso necesario tras un día bien aprovechado que contenga un equilibrio entre servir, amar y soñar. Nos merecemos saber lo que es vivir sin la amenaza de tener un ataque al corazón a los cincuenta años, un derrame cerebral, diabetes o ceguera porque los alimentos a los que tenemos acceso y que podemos permitirnos son una bomba de relojería.

Y vivienda. Eso también lo merecemos. No viviendas de las que tienen amianto en las paredes o unos muros tan finos que no protegen del frío. Tampoco viviendas con cañerías de las que sale agua contaminada con plomo que va a parar a nuestra piel y a nuestra garganta en Flint, en Dakota del Norte, en Nueva York, en Misisipi. En sitios que nunca salen en las noticias. Nos merecemos la clase de viviendas que exige nuestro duro trabajo; casas seguras, no tóxicas, con luz y con calor. Y viviendas que no sean jaulas, ni las de las cárceles ni sus equivalentes en el mundo libre. Viviendas donde nuestro talento se riegue, donde tenga sitio para crecer, invernaderos donde poder meter todo lo que extraigamos de nuestros sueños y se nos permita plantar.

Nos merecemos poder ser nuestros propios jardineros y nos merecemos tener otros jardineros. Mentores y maestros que nos aporten la luz, la lluvia, las palabras susurradas a las semillas: Crece, chiquitina, crece.

Nos merecemos cariño. Denso, consistente, sano. Cariño.

Así que llevamos ese mensaje a la gente de Beverly Hills, a Rodeo

Drive, la idea de que en este lugar y en este momento, cuando predominan el odio y la cara más cruda de la existencia, cuando se culpa a las víctimas hasta de las peores agresiones, cuando el acoso se ha vuelto omnipresente, ilimitado, hemos venido a decir que podemos ser más que ese intenso odio. Decimos que a eso nos referimos cuando decimos que las vidas de las personas negras importan.

Y con un megáfono en la mano, con la camiseta negra sin mangas y la falda morada que últimamente son como mi uniforme, y con los omnipresentes helicópteros encima, les digo que ellos, los que vienen aquí a tomar el *brunch*, tienen que aguantar la presencia policial hoy, pero que para nosotros es así a diario. Les digo que nosotros no hemos nacido para enterrar a nuestros hijos, que hemos nacido para quererlos y educarlos, igual que ellos, y que por eso es hora de reconocer que a eso es a lo que se nos ha obligado, que se nos lleva obligando demasiado tiempo, siglos de más. Decimos que esos hijos, ahora nuestros muertos, ahora nuestros Ancestros, nos están llamando a gritos, que Trayvon nos está llamando a gritos y pidiendo que no olvidemos, para así impulsar por fin el cambio que merece hacerse, que tiene que hacerse. Le pido a la gente que está comiendo, quizá gastándose en un solo almuerzo más de lo que muchos de nosotros nos gastamos en dar de comer a nuestras familias durante toda una semana, que recuerden a los muertos y que recuerden que primero estuvieron vivos y que sus vidas importaban. Importaban entonces e importan ahora.

Y entonces pido por favor a la gente de Rodeo Drive, en Beverly Hills, que dejen un momento lo que están haciendo, que dediquen su atención a Trayvon Martin, que dediquen su atención a sus padres, sumidos en un dolor indescriptible. Y cuando digo eso, da la sensación de que la policía va a cargar; se está acercando cada vez más y tengo miedo. Pero vuelvo a pedir que dediquen unos instantes a recordar a Trayvon y mi impresión es que no hay ni una sola persona de las que pueden oír mi voz (todas blancas, hasta donde alcanzo a ver) que no apoye su copa de champán y su tenedor de plata, que no deje de mirar el móvil o de hablar, y que en ese momento no agache la cabeza.

Nuestras conversaciones continúan durante meses, sobre todo (aunque no exclusivamente) con mujeres. Hay mucha gente *queer* y algunas

personas trans. Nos comprometemos a adoptar una serie de principios rectores:

- ponerflecha Poner fin a toda clase de violencia física contra las personas negras.
- ponerflecha Reconocer, respetar y celebrar la/s diferencia/s.
- ponerflecha Considerarnos parte de la familia negra mundial y no perder de vista que el impacto que sufrimos y los privilegios de los que disfrutamos como personas negras son diferentes según el lugar del mundo en el que estemos.
- ponerflecha Dar reconocimiento al liderazgo y a la contribución a nuestro movimiento de las personas trans y las que no se ajustan a los estereotipos de género.
- ponerflecha Practicar el autoanálisis para reflexionar sobre los privilegios de las personas cisgénero y acabar con ellos; impulsar a las personas negras trans, especialmente a las mujeres, que siguen sufriendo los efectos de la violencia antitrans de manera desproporcionada.
- ponerflecha Reafirmar que las vidas de las personas negras importan, las de todas las personas negras, independientemente de su identidad sexual real o percibida, identidad de género, expresión de género, posición económica, capacidades, discapacidades, creencias o ausencia de creencias religiosas, estatus migratorio o lugar de residencia.
- ponerflecha Garantizar que la red de Black Lives Matter sea un espacio en el que se potencie a las mujeres negras y donde no tengan cabida el machismo, la misoginia y el androcentrismo.
- ponerflecha Practicar la empatía y la colaboración con el resto de la red con el objeto de aprender sobre otros contextos y establecer conexiones con ellos.
- ponerflecha Impulsar el desarrollo de una red en la que se potencie a las personas trans y *queer*. Al reunirnos, hacerlo con el propósito de liberarnos del peso del pensamiento heteronormativo o, mejor dicho, de la creencia de que todo el mundo es heterosexual a menos que revele lo contrario.
- ponerflecha Impulsar el desarrollo de una red intergeneracional y comunitaria en la que no tenga cabida el edadismo. Creemos

que todas las personas, independientemente de su edad, poseen la capacidad de liderar y aprender.

ponerflecha Encarnar y practicar la justicia, la liberación y la paz en nuestras relaciones con los demás.

En nuestras respectivas ciudades, seguimos reuniéndonos, estudiando cómo introducir el arte y la cultura en nuestras actividades, en el activismo con jóvenes, en los encuentros y en otros aspectos logísticos. Empezamos a elaborar una lista de reivindicaciones a nivel local y vamos ampliando la nacional, que va evolucionando y que comienza, como puede esperarse, con recortar drásticamente los presupuestos de la policía e invertir en las cosas que realmente traen seguridad a las comunidades: empleo, buenos colegios, zonas verdes. En todas y cada una de las reivindicaciones y en los rostros de la gente a la que conozco en la calle, a través del trabajo, veo a mi madre y a mis hermanos, a mi padre y a mi hermana. Tengo claro, tenemos claro, que el único plan para nuestra comunidad, para las personas negras de Estados Unidos —como grupo o quizá incluso como individuos—, es inseparable del sistema de castigo y reclusión. Estamos resueltas a exigir el desmantelamiento de ese sistema.

Tenemos la firme convicción de que nuestras vidas importan por el hecho de haber nacido y por el servicio que hemos prestado a personas, sistemas y estructuras que no nos amaban, respetaban ni reconocían. Y aunque estamos promoviendo esta idea en nuestras respectivas reuniones y entre nuestros respectivos equipos, Alicia, Opal y yo no queremos tener control sobre ella. Queremos que se propague como un incendio forestal.

Pero si nuestro objetivo es impulsar un cambio cultural, lograr ya simplemente que la gente crea en las palabras «Las vidas de las personas negras importan» y las pronuncie, ese primer año el progreso es intermitente. Podemos ir hablando en tiempo real de los horrores que van ocurriendo, que se suceden con regularidad. Constantemente estamos creando *hashtags* con nombres propios.

Renisha McBride, una chica de diecinueve años, sufrió un accidente de coche el 2 de noviembre de 2013. Desorientada y dolorida, llamó a la puerta de Theodore Wafer en Dearborn

(Míchigan). Este respondió a su llamada de auxilio encañonándola con una escopeta y mató a aquella joven herida y desarmada sin pestañear.

John Crawford, un padre de familia de veintidós años, cogió una pistola de juguete de la sección de juguetería de un Walmart en Beavercreek (Ohio) dos días antes de que mataran a Michael Brown. Fue asesinado a tiros por un agente de policía que no estaba de servicio y al que no se juzgó.

Se produjo también el impactante asesinato en público de Eric Garner, el 17 de julio de 2014 en Nueva York, y sus inolvidables palabras: «No puedo respirar, no puedo respirar».

Estos momentos, especialmente el del asesinato de Garner, por haber sido grabado en vídeo por unos transeúntes y haberse hecho viral, alimentan nuestro dolor, nuestra rabia y nuestra determinación, pero aún seguimos hablando de los asesinatos en términos individuales. Cada uno de ellos es una desgracia aislada que aún no se ve como parte de un movimiento que dice que las Vidas de las Personas Negras No Importan.

Han pasado un año y cuatro días desde la absolución del asesino de Trayvon y el nacimiento de Black Lives Matter y aún estamos haciendo grandes esfuerzos para que la gente vea que, por mucho que exista un movimiento progresista que persigue la justicia, también hay gente que está haciendo el mismo esfuerzo por conseguir lo contrario, que solo importen unas pocas vidas, poquísimas.

Sabemos que si conseguimos que el país vea, diga y comprenda que las vidas de las personas negras importan, habrá esperanza para las vidas de todo el mundo. Al fin y al cabo, los negros son los únicos seres humanos de este país a los que la ley ha calificado de no humanos. No se trata de borrar los daños infligidos a otros grupos ni el dolor que todavía sufren, especialmente el genocidio perpetrado contra los pueblos originarios, pero sí de señalar que hay algo muy elemental que tiene que abordarse en nuestra cultura y en el corazón y en la cabeza de aquellos que se han criado con la idea de que las personas negras no son del todo humanas y se han beneficiado de ella.

Y si bien hasta entonces eran pocos los que estaban dispuestos a aceptar esto —la existencia de un Movimiento Americano *Contra* las Vidas de las Personas Negras—, el 9 de agosto de 2014 hizo cambiar

las cosas.

Ese día, en Ferguson (Misuri), un chico de dieciocho años llamado Michael Brown fue perseguido por un agente de policía, Darren Wilson. No sabemos por qué. Más adelante los medios acusarían a Mike Brown de haber protagonizado un altercado en una tienda, pero, sea cual sea el grado de verdad de esa historia, lo que sí es verdad es que eso no se sabía cuando Wilson, igual que el asesino de Trayvon Martin, empezó a perseguirle. Wilson afirmaría que en el enfrentamiento con el adolescente, que iba a empezar la universidad unas semanas más tarde, sintió que su vida corría peligro. Pero Mike Brown no iba armado y los informes de la autopsia confirman que no solo recibió disparos en la mano y en el pecho —que es de suponer que habrían bastado para parar al joven si es que estaba atacando a Wilson, cosa que los testigos discuten—, sino también en la parte superior de la cabeza. Dos tiros.

Tras el asesinato, el cadáver de Mike Brown se pasó cuatro horas y media tirado bajo el ardiente sol de Misuri.

Mike Brown, que en muchísimas cosas me recuerda a Monte. Su constitución, su color, la edad que tenía cuando la policía fue a por él para matarle: todo era como mi hermano. A muchos en este país esas historias les parecían únicas, asombrosas, pero para la gente que yo conozco esas son las agresiones públicas —eso cuando no son auténticas ejecuciones— que sufre nuestra familia, la gente que nos ha querido y criado. Sé que perfectamente podría haber sido a mi hermano a quien dejaran tirado en una calle durante horas, no solo asesinado por un agente, sino deshonrado por todo un cuerpo de policía.

Y es que lo que la autopsia no reveló es que los actos de Darren Wilson se enmarcaban dentro de una larga historia de abusos ejercidos contra la población de Ferguson, una ciudad de veintiún mil habitantes mayoritariamente negros, pobres e insuficientemente dotados de recursos, una comunidad donde la tasa de pobreza dobla la de la vecina San Luis. La policía había hecho lo que había querido durante décadas porque ¿quién iba a defender a un montón de negros pobres? ¿A quién le importaba?

El trato que recibía la población negra era tan espantoso que, tras conocerse el informe del Departamento de Justicia sobre los abusos

continuados en Ferguson, *The Atlantic* publicó un artículo de seis mil palabras en el que el periodista Conor Friedersdorf escribió: «Durante años, la Policía de Ferguson ha ejercido represión, ha violado los derechos civiles y ha ayudado a las autoridades municipales de Ferguson a desangrar a la comunidad negra con el mismo descaro con el que actuarían los capos de la mafia».

Se alentaba a los agentes de policía, se les obligaba, no solo a parar a la gente (léase «a la gente negra») por incidentes insignificantes que no tenían nada que ver con la seguridad pública, sino también a expedir el mayor número posible de citaciones judiciales. Se convirtió en un juego, a ver quién conseguía expedir más. Cada citación llevaba asociada una multa, multas de las que salía el presupuesto municipal. Y no había posibilidad ninguna de combatir esa guerra económica, ya que quien lo hiciera también podía acabar detenido y encarcelado. El comisario de policía supervisaba el juzgado municipal.

En un caso, una mujer negra (casi todas las personas afectadas eran negras) acabó en la cárcel por una multa de aparcamiento, sin haber cometido ninguna infracción previa. Le expidieron dos citaciones y le exigieron el pago de cientos de dólares en concepto de multas y tasas. La mujer era pobre y a veces no tenía donde vivir, por lo que no acudió a las comparecencias en el juzgado, lo que hizo que acabara detenida y pasara tiempo en la cárcel. Intentó pagar la multa a plazos, pero era imposible fraccionar los pagos, lo que la dejó expuesta a volver a ser detenida. Al final el juzgado acabó transigiendo y permitiéndole pagar la multa a plazos, pero siete años después de la infracción todavía debe más de quinientos dólares a la ciudad de Ferguson.

Friedersdorf también se refirió a otro caso que aparecía recogido en el informe del Departamento de Justicia, el de un joven negro que se quedó sin trabajo después de ser detenido. El periodista compartió la siguiente información sobre el caso:

> En el verano de 2012, un hombre afroamericano de treinta y dos años estaba sentado en su coche refrescándose después de haber estado jugando al baloncesto en un parque público de Ferguson. Un agente de policía paró detrás […] y le pidió la documentación y el número de la seguridad social. Sin ningún motivo, el agente

> acusó al hombre de ser un pederasta, refiriéndose a la presencia de niños en el parque, y le ordenó que saliera del coche para cachearle, a pesar de que no tenía motivos para pensar que fuera armado. El agente también quiso registrar el coche.
>
> El hombre se opuso, alegando que aquello vulneraba sus derechos constitucionales. La respuesta del agente fue detenerle, por lo visto a punta de pistola, y acusarle de ocho violaciones de las ordenanzas municipales de Ferguson. Uno de los cargos, prestar una declaración falsa, se debió a que inicialmente proporcionó el diminutivo de su nombre (como decir «Mike» en lugar de «Michael») y una dirección que, aunque era correcta, no coincidía con la que aparecía en su carné de conducir. Otro de los cargos fue no llevar puesto el cinturón de seguridad, pese a que estaba sentado en un coche aparcado.

En el momento en que se acabó con el grueso de la legislación segregacionista, los políticos norteamericanos hallaron infinidad de formas alternativas —todas legisladas, todas consideradas legales— de garantizar que el terrorismo que siempre había constituido la experiencia fundamental de las personas negras en Estados Unidos continuara. Y durante mucho tiempo continuó ante el silencio generalizado de los más afectados, es decir, nosotros mismos. No nos levantamos masivamente mientras nos tachaban de matones, de putas yonquis, de parásitos de la sociedad.

¡Nosotros mismos usábamos esos términos! ¡Nuestros líderes políticos y religiosos usaban esos términos! Mientras que la esclavitud y las leyes segregacionistas habían hecho de nuestras torturas un espectáculo público —personas apaleadas, azotadas, linchadas y descuartizadas a la vista de todo el mundo—, las últimas décadas del siglo XX y los primeros años del XXI nos silenciaron con la falsa promesa de que, si nos callábamos la puta boca y obedecíamos, quizá podríamos llegar a ser una Oprah Winfrey, un Puff Daddy, un LeBron James o, por qué no, un Barack Obama, cuando lo cierto era que la inmensa mayoría de nosotros nos pasábamos gran parte de nuestra vida soportando la supremacía blanca, fuéramos o no conscientes.

Y es que en Ferguson, como en otras ciudades de todo el país, la policía no solo podía extorsionar a la población negra mediante el sistema de citaciones por infracciones leves, sino que también tenía a su disposición el enorme e inmanejable conjunto de leyes relativas a lo

que se conoce como decomiso de bienes y efectos, una industria de 3.000 millones de dólares inventada como un instrumento más del aparato de la guerra contra las drogas.

Esta práctica suponía que la policía tenía permitido confiscar los bienes de una persona solamente con decir que sospechaban que estaba involucrada en el negocio de las drogas. No tenían que presentar pruebas ni cargos, ni siquiera para confiscar dinero en efectivo, coches y casas, cosa que la policía hacía habitualmente en todo el país, y la carga de la prueba recaía sobre la persona a la que habían robado. La víctima tenía que demostrar que nunca había hecho nada, lo cual era una tarea casi imposible. Pero hasta cuando conseguía pelearlo y ganar el caso, los obstáculos legales para recuperar sus bienes eran y siguen siendo extraordinarios, lo que permitía que la policía, que podía quedarse con el 80 por ciento de lo que confiscaba, se fuera de compras sin escatimar en gastos. ¿Y qué era lo que más compraban? Equipamiento militar. Dicho de otra forma, la policía de Ferguson robó a los ciudadanos y después empleó ese dinero para comprar los tanques, el gas lacrimógeno y las ametralladoras que el 9 de agosto utilizarían contra esos mismos ciudadanos.

Las primeras imágenes que llegan nos dejan alucinadas. Sobre todo una.

Sale una niña negra delante de un tanque. ¡Un tanque!

Lleva una pancarta en las manos.

Pone solamente «Black Lives Matter».

Somos una generación llamada a actuar.

14

Di su nombre

«Nos hemos escogido la una a la otra
para compartir el frente de nuestras batallas
la guerra es la misma
si la perdemos
un día la sangre seca de las mujeres
cubrirá un planeta muerto
si la ganamos
no se sabe lo que puede suceder».

Audre Lorde

Sabemos que tenemos que ir a Ferguson. Tenemos que ir por solidaridad. Estoy hablando con Alicia y Opal y también con Darnell Moore, profesor de universidad y experto comunicador, de cómo podemos ayudar. Darnell ayudará a construir la red de Black Lives Matter, pero eso será más adelante y Ferguson está en llamas ahora.

Me pongo en contacto con los activistas que conocemos en San Luis y recibo reacciones diversas a nuestra idea de ir. Aquello es un campo de batalla, literalmente. Algunos nos dicen que vayamos enseguida, pero otros son muy claros: que solo vengan abogados, activistas que hagan trabajo con jóvenes, personas versadas en políticas públicas, periodistas o gente que pueda prestar atención médica u otras formas de terapia. Los activistas que están en el terreno, madres y padres, los familiares, los amigos de Mike Brown, su comunidad, están siendo calificados de delincuentes violentos y

saqueadores en los medios de comunicación tradicionales. Llamo y escribo mensajes a activistas de todo el país para contarles las últimas noticias y entonces, hablando con Darnell, sugiere una idea con la que estamos de acuerdo: vamos a organizar una Caravana por la Libertad a Ferguson. El plan es ir el puente del Día del Trabajo, dentro de dos semanas.

Preparamos una invitación en Facebook según una serie de criterios y los coordinadores regionales organizan los autocares y furgonetas que van a viajar a Ferguson desde el norte y el sur de California, Texas, Nueva York y otros puntos del país. Monica Dennis en Brooklyn. Logan Cotton en Texas. Hay muchísimas personas que trabajan sin cobrar y sin dormir para asegurarse de que nuestra gente reciba el apoyo que necesita en Ferguson. Organizamos una teleconferencia a nivel nacional para explicar la idea y la logística. Se apuntan centenares de personas.

Recaudamos cincuenta mil dólares, la mayor parte a través de CrowdRise, para cubrir parte del coste de los autocares y comprar comida para la gente una vez que estemos allí. Nos mantenemos en contacto regularmente con las quince o veinte personas de Ferguson y de la zona de San Luis con las que trabajamos de forma más estrecha, pero muy especialmente con Cheeraz Gormon, una compañera que lleva en el terreno desde el primer día. Es nuestra guía para todo el trabajo en Ferguson.

Una semana antes del puente del Día del Trabajo viajo en avión a San Luis con Darnell, su prima Tamara (que es un genio de la logística), Tanya, mi amiga del instituto, y Coerce, un activista amigo de Darnell que es de San Luis, pero que ha estado viviendo en Los Ángeles. Alquilamos un coche y vamos a Ferguson, que es como entrar en una zona ocupada. Hay policía de varios municipios. Está la Guardia Nacional. Hay tanques en las esquinas. Ni viniendo de Los Ángeles, con sus helicópteros y sus coches de policía patrullando a todas horas, estoy preparada para esto. Madre mía, pienso, qué cantidad de dinero invertido en reprimir a una comunidad. Haría falta mucho menos para garantizarles los medios para prosperar. ¿Dónde están los políticos que están haciendo eso? Respiro hondo, despacio, igual que están haciendo los demás, y nos subimos al coche para ir a reunirnos con activistas de la zona y hablar de la Caravana.

Pero en el coche nos espera una pequeña tregua: encendemos la radio y, entre los temas de hiphop que están poniendo en una emisora local muy popular, oímos que hablan de Mike Brown. Que hablan de él con cariño. Nos quedamos alucinados. Cuando hemos oído hablar de nosotros en las emisoras populares de nuestra ciudad, siempre ha sido con desprecio. ¿Es posible que sí que importemos?

Otra cosa que nos llama mucho la atención y sobre la que hablamos es la gran diferencia entre Ferguson y Sanford. Trayvon Martin fue asesinado en una urbanización privada, un lugar donde la gente no tiene el mismo tipo de relaciones vecinales, un lugar diseñado para separar a la gente, para dividirla en sectores. Esto no quiere decir que los vecinos de Sanford no se escandalizaran por lo de Trayvon, pero solo lo hicieron una vez que la gente de fuera empezó a hablar del tema y elevó el dolor que se suponía que sus padres, sus amigos debían soportar en soledad.

Aquí en Ferguson, en cambio, Mike Brown formaba parte del tejido de una comunidad que no estaba dividida en urbanizaciones cerradas. Aquí la gente le conocía. La gente le quería. Vemos gente en la calle, algunos en corrillos, otros en grupos más grandes, algunos solos. Llevan camisetas con referencias a Mike Brown. Tienen montadas pequeñas protestas o charlas. Una persona lleva una pancarta en la que pone «Darren Wilson a juicio». Hay pintadas en las paredes en las que, con letras bien grandes, pone solamente: «Amamos a Mike Brown».

Circulamos despacio, dirigiendo gestos con la cabeza a los activistas. Presentando nuestros respetos.

Cheeraz nos está esperando en la Universidad Harris-Stowe, la universidad históricamente negra[10] de la localidad, donde ha concertado una reunión con el rector. Este nos dice que podemos utilizar la universidad como centro de reuniones para los integrantes de la Caravana durante el puente del Día del Trabajo. Salimos de allí encantados y agradecidos y nos vamos a buscar hoteles en los que pueda dormir la gente, antes de ir a conocer a activistas de la zona junto con miembros de los Dream Defenders y el Black Youth Project 100 (BYP100). Es la primera vez que coincido con Umi Agnew y con Charlene Carruthers, que fundó BYP100 para mover a actuar a activistas jóvenes, de 18 a 35 años, e impulsar el empoderamiento

desde una perspectiva *queer* y feminista. Es como reencontrarme con una familia de la que hubiera estado separada. Al cabo de dos días allí, tenemos la sensación de que conocemos el terreno. Volvemos a casa para acabar de organizar la Caravana.

Y entonces, a dos días de la salida, el rector de la universidad desaparece del mapa. Le llamo un montón de veces y no consigo dar con él. Al final me responde una compañera suya. No sé a qué te refieres o lo que se habló en esa reunión, pero nuestro campus está cerrado el puente del Día del Trabajo. No podéis venir aquí, dice. No es borde, pero sí tajante.

Llamo a Cheeraz y le digo que ya se me ocurrirá algo, y cuando estoy allí sentada en pleno momento de pánico, me suena el teléfono.

Hola, dice una voz que no reconozco, ¿puedo hablar con Patrisse Cullors?

Sí, soy yo, digo.

Soy el pastor Starsky D. Wilson, de la iglesia de San Pedro, una Iglesia Unida de Cristo de la zona norte de San Luis. Me han dicho que estás buscando un lugar de reunión para la gente de la Caravana. Podéis utilizar mi iglesia.

Me quedo callada. Después le digo: Muchas somos *queer*, trans, personas no binarias…

El pastor Starsky no tiene que pensárselo. Todos sois bienvenidos en mi iglesia, dice.

Cambiamos los planes rápidamente: por mensaje, por Facebook, por Twitter. Enviamos una nota de prensa y hacemos una última teleconferencia con casi seiscientos activistas de todo el país. Thenjiwe y Maurice, que acabarán fundando Blackbird Communications con Merv, otro activista, han estado trabajando sin descanso en el terreno con el principal grupo local, Organization for Black Struggle (Organización por la Lucha Negra). Le contamos a todo el mundo lo del pastor de San Luis que nos va a recibir en su iglesia. Les hablo de su espíritu, de su luz, de su amor.

Los autocares y furgonetas salen el jueves anterior al Día del Trabajo. Son catorce horas de viaje para la gente que va desde Nueva York, treinta y ocho para la de California. Hay un grupo que viene desde Toronto. Hay una furgoneta que ha organizado un grupo de

mujeres negras trans de Ohio. Aaryn Lang, Wripley Bennett y Cherno Biko. Ponen su vida en peligro atravesando la América profunda por carretera, lejos de las zonas en las que saben que están a salvo, para ir a apoyar a la gente de Ferguson, a presentar sus respetos, a ayudar. Más adelante nos dirán que hicimos muy poco por darles visibilidad, por resaltar el hecho de que detrás de nuestros progresos hay un número extraordinario de mujeres y hombres trans. Las personas más criminalizadas del planeta son las mujeres negras trans que no pueden pasar por cis. Tomamos la determinación, como movimiento, de no permitir que eso vuelva a ocurrir. Después de Ferguson, cuando hablamos de Black Lives Matter, siempre empezamos diciendo que no solo somos «negros a mucha honra», una expresión popularizada por BYP100, sino también un movimiento no patriarcal y liderado por personas *queer* y trans. Trabajamos con Lourdes Ashley Hunter, directora nacional del Trans Women of Color Collective (Colectivo de Mujeres Trans Racializadas), y también con Elle Hearns, que ahora es la directora ejecutiva del Instituto Marsha P. Johnson. Nos animan a que nos dejemos guiar por las mujeres negras trans. A veces lo conseguimos y otras fracasamos. Después de Ferguson, constatamos que nuestro marco político debe estar siempre evolucionando; la comunidad negra está en constante evolución y, por lo tanto, nuestro trabajo —y cada uno de nosotros— también debe estarlo.

Pero nuestro dinámico grupo de seiscientos activistas, especialistas en activismo con jóvenes, juristas, expertos en políticas públicas y terapeutas llega a la iglesia del pastor Starsky el viernes por la noche. Veo por primera vez a Opal Tometi, con quien hasta ahora solo he hablado por teléfono. Nos abrazamos, pero en cierto modo es un poco agridulce. Tenemos claro que estamos en un campo de batalla y que tenemos trabajo que hacer.

Darnell y yo tomamos la palabra y damos la bienvenida a todo el mundo. Repasamos una serie de pautas sobre cómo comportarnos con los demás, cómo protegernos y mantenernos a salvo mutuamente. Y después de cenar con todo el mundo en el sótano de la iglesia del pastor Starsky, nos vamos a nuestros hoteles y Airbnbs y nos preparamos para ir a Ferguson a la mañana siguiente. Las protestas en Ferguson no paran en ningún momento del día, y antes de las diez de la mañana nuestra gente —incluidas periodistas negras como Brittney

Cooper, Akiba Solomon y Jamilah Lemieux— está allí con los manifestantes, hombro con hombro frente a los tanques y las ametralladoras. Gracias a gente de Palestina sabemos que si nos atacan con gas lacrimógeno debemos mojarnos los ojos con leche, no con agua.

El sábado por la noche hay protestas simultáneas por todas partes y algunos miembros de nuestro grupo participan en ellas. Se dirigen a la comisaría de policía con activistas de aquí y emprenden su propia ocupación, aunque la nuestra, a diferencia de la de las fuerzas de seguridad, es una ocupación sin armas. Es una reivindicación de justicia: aún no se ha producido la detención de Darren Wilson por el asesinato de Mike Brown, y mucho menos su imputación. Pasarán meses antes de que descubramos que, de hecho, no se va a producir.

Para quienes no van a la comisaría decidimos habilitar un espacio en el que la gente de la comunidad pueda tomarse un descanso. Cheeraz hace correr la voz. Volvemos a la iglesia y esa tarde empieza a llegar gente de Ferguson. Para entonces llevan cuatro semanas protestando en las calles y siendo víctimas de una ofensiva militar. En los medios de comunicación se les ha demonizado. Necesitan un sitio donde puedan hablar, en el que se les escuche, donde poder respirar; todos lo necesitamos. Casi todas las presentes esa noche son mujeres. Están Johnetta Elzie, Ashley Yates, Brittany Ferrell y Alexis Templeton. Pero también Larry Fellows. Todos han estado entre los principales organizadores de las protestas.

En la iglesia hay una sensación colectiva de abatimiento; se siente el peso de todas las muertes e injusticias que han desembocado en ese 9 de agosto. En esa sala de esa iglesia hablamos de CeCe McDonald, una mujer negra trans y bisexual a quien metieron en la cárcel por defenderse de un hombre que le estampó un vaso en la cara en un bar. CeCe salió corriendo para huir de él, pero el hombre fue detrás y ella se defendió clavándole unas tijeras que llevaba en el bolso. El hombre murió y ella fue condenada a prisión por homicidio. Igual que Marissa Alexander, que fue a la cárcel por efectuar un disparo al aire como advertencia a su marido maltratador, que tenía una orden de alejamiento. Nadie resultó herido, pero, en el mismo estado en el que el asesino de Trayvon Martin quedó absuelto, Marissa fue a la cárcel. Ella no tuvo el derecho a la autodefensa. Hablamos de Trayvon y

algunas mencionamos a nuestros hermanos pequeños. Algunas hablan de sus parejas y recuerdan a Oscar Grant. Algunas hablan de sus padres y recuerdan a Eric Garner. Y Monte…, Monte está conmigo en esa sala. Está conmigo en esa ciudad.

Y después, una tras otra, las mujeres hablan de sus propias experiencias, que son como las que hemos vivido todas: pobreza, maltrato, comunidades asediadas. Me recuerdan por qué nunca voy a dejar de insistir en que en nuestro trabajo siempre debemos incorporar formas de enfrentarnos al trauma y pensar en estrategias de resistencia. En determinado momento, las compañeras empiezan a hablar de lo invisibles que se han sentido, de cómo los medios de comunicación se han centrado en los hombres cuando las que han estado ahí han sido ellas. La presencia de las mujeres ha sido abrumadora, igual que durante el movimiento por los derechos civiles. Las mujeres, todas las mujeres, las mujeres trans, constituyen aproximadamente el 80 por ciento de quienes están enfrentándose cara a cara al terror en Ferguson, diciendo: Somos quienes cuidamos de esta comunidad. Son las mujeres las que están en la calle, muchas veces con sus hijos, pidiendo el fin de la violencia policial, diciendo: Tenemos derecho a criar a nuestros hijos sin miedo. Pero no es el coraje de las mujeres lo que muestran los medios. Una compañera dice: Cuando interviene la policía, nosotras no salimos corriendo. Nos quedamos quietas. Merecemos que se nos reconozca.

Sus palabras se nos quedan grabadas, las llevamos dentro a medida que se van desencadenando los acontecimientos de Ferguson y que la atención de todo el país empieza a centrarse realmente en lo que hemos puesto en marcha Alicia, Opal y yo. La primera vez que se da cobertura a Black Lives Matter en términos positivos es en el programa de Melissa Harris-Perry. No nos invita a nosotras. Estoy segura de que no es a propósito, y aproximadamente un año más tarde sí que nos lleva. Pero en esos primeros momentos, y a pesar de que la gente implicada sabe perfectamente lo que hemos hecho Alicia, Opal y yo y está hablando de ello —y a pesar de que la historia ha demostrado que *quienes hacen el trabajo siempre son las mujeres, aunque los hombres se lleven los elogios*—, pasa mucho tiempo antes de que la mayoría de los periodistas de los medios tradicionales se paren a pensar en nosotras. Vivir en el patriarcado significa que la tendencia

por defecto es poner en el centro a los hombres y sus voces, no a las mujeres y su trabajo.

Esto parece agudizarse cada vez más en estos tiempos en que la presencia en Twitter, el número de seguidores que se tienen, puede reemplazar el trabajo diario no publicitado de aquellas que, por estar trabajando, quizá no tienen tiempo de estar tuiteando a todas horas o de pulir y perfeccionar su marca personal para convertirla en un producto que pueda venderse fácilmente. Como las mujeres que organizaron, planearon, protestaron, cocinaron, mecanografiaron e hicieron el trabajo necesario para sacar adelante el movimiento por los derechos civiles, mujeres cuyos nombres no se mencionan, no se conocen. Esta misma dinámica tuvo lugar cuando el país empezó a tomar conciencia de que éramos un movimiento.

Opal, Alicia y yo nunca quisimos ni necesitamos estar en el centro de nada. Teníamos el firme propósito de no tener un papel central en el movimiento. Pero tampoco queríamos ni merecíamos que se nos borrara. Podría decir que me dolió ver cómo se contaba la historia de Black Lives Matter sin nosotras, pero la verdad es que me enfureció.

Hablo de este tema, de cómo se nos ha borrado, con periodistas negras, incluida Akiba Solomon, de la revista *Colorlines*, que se lo cuenta a nuestra amiga común (y coautora de este libro) asha bandele. asha lleva cerca de quince años trabajando con y para la revista *Essence*.

Cuéntame toda la historia, me dice asha un día de finales de 2014. Cuéntame lo que la gente no está oyendo.

Toma nota de mis ideas, mis recuerdos, mi historia, y con todo ello escribe un breve artículo que me envía para que le dé mi visto bueno.

Dos meses más tarde, *Essence* se publica con una portada que, por primera vez en la historia de la revista, no incluye ninguna imagen, solamente las palabras «BLACK LIVES MATTER». Dentro están mis palabras. Es la primera vez que Alicia, Opal y yo vemos nuestra historia contada en una publicación nacional, y a nadie debería extrañarle que sea en una revista dedicada a encumbrar a las mujeres negras.

Constantemente le cuento a la gente cómo se desarrollaron las cosas, quién nos dio cobertura, quién consideró que nuestro trabajo

era importante. Constantemente cuento que para hacer nuestro trabajo necesitamos un círculo sagrado. Más allá de nuestras parejas y nuestros amigos del alma, necesitamos a gente que nos dé cariño y apoyo y que lo único que nos pida a cambio sea que sigamos trabajando. Alicia y Opal han tenido cada una su propio círculo de cariño y apoyo. En mi caso, desde que emprendí este viaje y hasta hoy mismo, ha habido tres periodistas y activistas veteranas que me han sostenido: asha, dream hampton y Rosa Clemente. Me dan consejo, establecen conexiones y muchas veces simplemente me escuchan cuando necesito hablar de algo. Y las nombro aquí porque, igual que ellas no dejarían que a mí se me borrara, tampoco yo voy a permitir que se las borre a ellas.

El domingo por la mañana, el pastor Starsky oficia un servicio religioso y muchos asistimos junto a los feligreses habituales de su iglesia. Es un servicio muy especial, dedicado a Black Lives Matter y al Movimiento. El coro comienza cantando *We Need You to Survive* (Necesitamos que sobreviváis) y el pastor Starsky pronuncia un sermón que tiene tanto de celestial como de terrenal. Nos llama a todos a actuar, dice que estamos todos juntos en esto y al servicio los unos de los otros, de nuestra comunidad. Y al final del sermón, cuando normalmente se invita a los fieles a acercarse al altar y entregarse a Jesús, el pastor Starsky nos da nuestro mandato: le pide a todo el mundo, a toda su iglesia, que se acerque al altar y se entregue al Movimiento.

Después volvemos a las calles, algunos a seguir manifestándose, otros al barrio del fiscal del condado, Bob McCulloch, donde repartimos panfletos y hablamos con sus vecinos. «Díganle que impute a Darren Wilson, el policía asesino».

En nuestro último día en Ferguson, en respuesta a los intereses de la comunidad, celebramos un debate sobre el patriarcado en el Movimiento. Lo organiza Darnell. Sabe que, aun siendo un hombre negro gay y feminista, se le va a dar más protagonismo del que le corresponde, dice. Charlamos con los activistas de la zona que asisten y hablamos de lo que significa dar un paso atrás, de lo que significa ser un aliado.

Mientras tanto, Mark Anthony, Prentis Hemphill y Adaku Utah

han convertido el sótano de la iglesia en un espacio dedicado a la justicia sanadora. La gente que lleva semanas protestando entra en una sala tenuemente iluminada con velas en la que hay un equipo de terapeutas preparado para ofrecer masajes, acupuntura y psicoterapia. Hay un área para la expresión artística, donde la gente puede pintar y dibujar lo que no es capaz de nombrar o decir. Hay un altar dedicado a los fallecidos. Hay cojines en los que la gente puede descansar. No vamos a permitir que nada ni nadie nos haga ser menos que plenamente humanos. Y en la plenitud de nuestra humanidad también necesitamos esto, además de las protestas, de los debates profundos, de las reivindicaciones políticas y de la teoría: un lugar en el que descansar, en el que renovarnos. Un lugar en el que recuperarnos.

Y antes de despedirnos, hacemos una última intervención: una consigna gritada a pleno pulmón, de otra mujer a la que este país quiso pero no pudo borrar, Assata Shakur. Desde el centro de la sala, con todas mis fuerzas, grito por primera vez estas palabras en público y la gente repite cada frase después de mí:

¡Es nuestro deber luchar por nuestra libertad!
¡Es nuestro deber ganar!
¡Debemos amarnos y apoyarnos los unos a los otros!
¡No tenemos nada que perder salvo nuestras cadenas!

Nuestro trabajo va aumentando exponencialmente. En diciembre del año del asesinato de Mike Brown, Alicia, Opal y yo nos reunimos en South Central, en Los Ángeles, para empezar a hablar de construir una red. La gente quiere crear sus propias delegaciones de Black Lives Matter, ponerse a trabajar a nivel local. El último día en San Luis nos habíamos dividido en grupos por regiones para ver lo que quería y podía hacer la gente, pero también habíamos pedido que se agruparan por especialidades: juristas, periodistas y terapeutas se juntaron para coordinar cómo querían colaborar. La gente organizó encuentros en sus ciudades para hablar de Ferguson, de lo que había sucedido allí realmente. La información que se publicaba sobre quiénes éramos pasó a recoger nuestro propio discurso, no el discurso impuesto y pasado por el filtro de los medios de comunicación tradicionales. Ese primer año tenemos reuniones telemáticas al menos dos veces al mes (con cientos de personas) para hablar de los pasos siguientes, de los

que el más inmediato es conseguir que Darren Wilson sea imputado.

Sin embargo, al tiempo que el trabajo va aumentando y la gente deja de tener reparos en decir que nuestras vidas importan y hay incluso gente de otros países que quiere formar parte de lo que está empezando a conocerse ampliamente como el Movimiento Black Lives Matter, mantener mi relación más íntima resulta ser más complicado que todo eso.

Habiendo sido testigo de cómo vivía mi madre, toda la vida he visto expresar el amor en forma de esfuerzo. Mi madre no era una persona que diera muchos abrazos ni una mujer muy dada a expresar sus emociones. Desde que Alton y ella se separaron y hasta mucho después de entrar en el instituto, no vi a mi madre con un hombre, no la vi salir con nadie. Supongo que pensaba que era asexual.

Y aunque yo soy mucho más emotiva que ella, mucho más parecida en ese aspecto a la familia de Gabriel, igual que mi madre trabajaba día y noche para hacer todo lo posible por el bienestar de su familia, yo hago lo mismo. Eso significa que Mark Anthony y yo, pese al amor genuino y verdadero que sentimos el uno por el otro y pese al respeto que nos tenemos, empezamos a sentir que somos más amigos que amantes, que marido y mujer.

Me paso seis meses pidiéndole que hagamos terapia de pareja y él se pasa seis meses diciéndome que va a ir conmigo, pero nunca lo hace. Los aspectos románticos y físicos de la relación, que en tiempos habían tenido un papel muy importante en nuestra vida, van perdiendo intensidad y se convierten en una canción asociada a otra época y otro lugar. Estoy segura de que no ayuda el que también vivamos con la ansiedad que se apodera de alguien cuando vive esperando la llegada de la siguiente crisis. El mundo entero había empezado a parecer una ciudad asediada, y cuando lo pienso ahora, pienso en cómo lo que aprendimos a hacer en esa época fue a trabajar juntos, no a amar juntos. Es difícil tener una relación íntima con una persona cuando estás teniendo una relación íntima con el mundo.

Mark Anthony y yo nunca nos peleamos. No es nuestra forma de relacionarnos y más tarde me pregunto si quizá nos habría venido bien. ¿Sentía que, si bien Mark Anthony siempre iba a pelear junto a mí, también era cierto que no iba a pelear por mí, que no iba a pelear por conservarme como mujer y como amante? Creo que sí.

Sospechaba —quizá siempre había sospechado— que yo le quería y le deseaba más que él a mí.

Una noche le llevo a cenar a uno de nuestros restaurantes favoritos, un sitio coreano de carne a la parrilla que hay cerca de casa.

Esto no está funcionando, digo.

Ya, dice él.

Te quiero, Mark Anthony, digo.

Yo también te quiero, dice él.

Pero convenimos en que tenemos que llevar la relación de otra manera.

Después de eso, hay sobre todo silencio. Silencio y muchísima tristeza. Siento una tristeza inmensa. Llevamos a cabo una transición y, aunque es necesaria, resulta dolorosa. Pero no pensamos negar el papel que hemos tenido cada uno en la trayectoria y el desarrollo del otro. Nos negamos a fingir que no seguimos conectados, que no seguimos siendo familia. Sabemos que simplemente tiene que ser una nueva forma de familia.

Aunque dejamos de vivir como marido y mujer, como amantes, Mark Anthony y yo seguimos trabajando juntos estrechamente, sobre todo en Dignity and Power Now. Yo paso la mayor parte del tiempo recaudando fondos mientras él desarrolla los programas de salud y curación de la organización. En ese contexto, de esa forma, volamos alto. Seguimos haciéndolo.

Empiezo a salir con otras personas. Quiero amar, necesito amar. Quiero una familia, un nido, un núcleo de afecto y estabilidad al que regresar, en el que despertarme por las mañanas. Carla me presenta a Rei, un hombre trans de origen paraguayo-japonés que es un as de la planificación urbana y el activismo, pero que no puede aguantar una relación abierta como la que quiero yo. En esa época también estoy saliendo con JT, que es amigo mío desde hace mucho tiempo. Es el segundo y el único otro hombre cisgénero y heterosexual con el que he estado. JT ha sido una parte fundamental del desarrollo de Black Lives Matter en sus inicios y tenemos una relación muy cercana. Le tengo muchísimo cariño, a él y también a su hija, la pequeña artista que estaba con nosotros en St. Elmo el día de la segunda redada. JT y yo empezamos a plantearnos cómo sería tener un hijo juntos. Él quiere

tener otro hijo y yo quiero ser madre. Pensamos en formas en que podríamos compartir la crianza como compañeros, sin estar casados. Me gusta cómo me siento cuando estoy con JT, liberada y conectada al mismo tiempo.

Pero mientras estamos pensando en voz alta en los hijos y la familia, hay otro 13 de julio. El de 2015. Nos empiezan a llegar noticias de una joven que se dirigía en coche a Texas, donde iba a empezar una nueva vida y un nuevo trabajo, de administrativa en una universidad. Tenía un videoblog al que había llamado *Sandy habla*, en el que hablaba y opinaba sobre la situación en la que vivíamos en Estados Unidos. Nos animaba a esforzarnos: ¿Estáis haciendo algo productivo hoy?

Es una de las nuestras y se llama Sandra Bland, y tenemos conocimiento de ella porque, el 10 de julio de 2015, un agente de la policía estatal, Brian Encinia, le dio el alto por una infracción de tráfico absurda. El agente afirma que la mujer, de veintiocho años y procedente de Chicago, no ha puesto el intermitente al cambiar de carril, y cuando ella le está dando la documentación necesaria para ponerle la multa, él le dice que apague el cigarro que tiene encendido, que la mujer se está fumando dentro de su propio coche. Ella se niega y entonces Encinia la saca del vehículo y la tira al suelo del arcén. Más adelante circulará el vídeo grabado por la cámara del salpicadero del coche de la policía en el que se le ve haciendo esto y, seguidamente, deteniendo a la mujer con brusquedad; Encinia amenaza con «meterle un chispazo».

El agente acabará siendo acusado de perjurio y despedido de su puesto, pero no a tiempo para salvar a Sandra Bland. El 13 de julio de 2015 aparece ahorcada en su celda. Se dictaminará que ha sido un suicidio, pero nadie con sentido común se lo creerá. ¿Había expresado alguna vez dolor, frustración, tristeza? Sí. ¿Expresan eso casi todas las personas negras que viven en un país que nos demuestra su odio abiertamente? Sí. Pero ¿había algo en su perfil que indicara que se suicidaría en los calabozos? No. Absolutamente nada. Se dirigía a su nuevo trabajo. Estaba defendiendo de forma activa sus derechos y los de otras personas negras. Tenía ganas de luchar. Había hablado con su hermana y estaban juntando el dinero para la fianza.

Sandra Bland no se suicidó. No, no y no.

Sandra Bland creía que su vida como mujer negra importaba, que todas nuestras vidas como personas negras importaban.

Estaba con nosotras y era una de nosotras.

Nos negamos a guardar silencio.

Inmediatamente, el African American Policy Forum (Foro Político Afroamericano), capitaneado por la gran abogada de derechos civiles Kimberlé Crenshaw, empezó a usar el *hashtag* #SayHerName, «Di su nombre», en reconocimiento a las mujeres negras víctimas de la violencia de Estado. De hecho, un día después de que Sandra Bland apareciera ahorcada en el calabozo, la joven de dieciocho años Kindra Chapman apareció ahorcada en su celda en Alabama. Llevaba allí noventa minutos, acusada de haber robado un teléfono móvil.

Pero ha habido más, muchas más:

Tanisha Anderson, una mujer de treinta y siete años con problemas de salud mental, murió después de que la policía de Cleveland (Ohio) le estampara la cabeza contra el suelo delante de la casa de su familia.

Miriam Carey, una higienista dental de treinta y cuatro años que se equivocó de camino al ir conduciendo en las inmediaciones de la Casa Blanca y murió tiroteada por los agentes de las fuerzas de seguridad federales en 2013. Con su bebé en el coche.

Shelly Hilliard, una joven trans de diecinueve años de Detroit (Míchigan) a la que amenazan con meter en una cárcel de hombres por fumar marihuana si no revela quién le vende la droga. Lo hace, pero la policía les cuenta a los traficantes quién les ha delatado y Shelly aparece asesinada, con su precioso cuerpo descuartizado y quemado.

Rekia Boyd, una mujer de veintidós años residente en Chicago, estaba con sus amigos en el parque cuando fue asesinada de un disparo por un agente de policía que no estaba de servicio y que dijo que había recibido una queja por el ruido que hacían.

Shelly Frey, de veintisiete años y madre de dos hijos, asesinada a tiros por un guardia de seguridad de Walmart que la acusó de haber

robado.

Aiyana Stanley-Jones, una niña de siete años, asesinada cuando unos agentes de la policía de Detroit irrumpieron en la casa de su familia con sus armas desenfundadas. Le dispararon en la cabeza.

Kathryn Johnston, una mujer de noventa y dos años, asesinada a tiros por agentes de la policía de Atlanta (Georgia) durante una redada antidroga. Entraron en su casa pegando tiros y solo después se dieron cuenta de que se habían equivocado de dirección.

Estos son solo algunos de los nombres de una larga y terrible lista, pero, igual que con la horripilante historia de los linchamientos en este país, a menudo el relato omite a las mujeres, aunque a nosotras también nos linchen. A veces estando embarazadas. A algunas les rajan el vientre y les sacan a sus bebés.

Y Sandra Bland, quizá porque era una chica como las que podríamos haber visto en una de nuestras reuniones, en una de nuestras protestas.

Quizá porque nuestro movimiento está liderado por mujeres, *queer* y heterosexuales, cis y trans.

Quizá porque hizo un gran esfuerzo para que se oyera su voz, para que todo el mundo le oyera decir que nuestras vidas importan.

Quizá porque muchísimas de nosotras tenemos familiares que han sido víctimas de agresiones en los calabozos y las cárceles, pero esas agresiones no han entrado en el debate público más amplio sobre el «atar, torturar y matar» que constituye una parte integral del sistema de encarcelamiento de Estados Unidos.

Y quizá porque ya no podemos soportar una sola pérdida más y porque, cuando supe lo de Sandy, yo personalmente tardé días en ser capaz de reponerme (Sandy era de nuestra familia), sabemos, sé, que tenemos que Decir Su Nombre.

Teníamos que alzar nuestras voces por ella igual que ella alzó la suya por nosotras. El mundo iba a saber lo que le había ocurrido a Sandra Bland, a nuestra hermana, a nuestra familia.

Unos cuantos empezamos a intercambiar ideas. Hablo con amigos de los Dream Defenders, de la delegación de Black Lives Matter de Los

Ángeles (para entonces hemos alcanzado las veinte delegaciones) y también con amigos que están en Mi Gente. Tienen un grupo increíble trabajando en Phoenix (Arizona), el epicentro del odio y la intolerancia contra las personas migrantes. Decidimos vernos en el congreso Netroots Nation, que se va a celebrar en Phoenix y en el que estamos convencidos de que nadie va a hablar de la mujer de veintiocho años que ha aparecido ahorcada en una celda en Waller (Texas). Así que decidimos hablar nosotras.

Entonces no hacemos las cosas como las haría yo ahora. No cuento lo que estamos haciendo al resto de la red de Black Lives Matter, ni siquiera a Alicia y a Opal. Aún estoy acostumbrándome a lo que supone estar en el foco de atención del país. No tenemos claro cómo vamos a transmitir nuestro mensaje, pero menos de una semana después de enterarnos de la noticia de la muerte de Sandra Bland, un domingo por la noche, nos reunimos en el único sitio de comida típica afroamericana que hay en Phoenix, un restaurante con propietarios negros llamado Lolo's Chicken and Waffles.

Saben quiénes somos y nos habilitan una zona privada en la parte de atrás para nuestra reunión. Y entre las horas de conversaciones para planear y organizar lo que vamos a hacer, cantamos canciones de góspel y compartimos nuestra tristeza. Reímos y lloramos. Antes de que acabe la noche, Angela Peoples, de GetEQUAL, la organización de derechos humanos LGTBQ, dice: Escuchad, se va a hacer un encuentro con candidatos a las primarias, van a estar Bernie Sanders y Martin O'Malley. Tenemos que presentarnos en pleno acto.

Y yo digo: Tenemos que pararlo. Y con eso queda decidido.

Al día siguiente, le mando un mensaje a José Antonio Vargas, el intrépido periodista que había formado parte del equipo de *The Washington Post* que ganó un Pulitzer por su cobertura en directo de la matanza de la Universidad Politécnica de Virginia y que reveló publicamente que él mismo, que había sido enviado de niño a vivir con sus abuelos a Estados Unidos desde Filipinas, era inmigante en situación irregular. José va a moderar el encuentro con los candidatos dentro de un rato y, como le conozco, tengo que avisarle de que vamos a ir.

De acuerdo, contesta.

Seguidamente, cien integrantes del Movimiento Black Lives Matter

y del movimiento de defensa de los derechos de las personas migrantes formamos dos filas y entramos en la sala donde se está celebrando el acto con los candidatos. La activista Amber Phillips, una mujer con una de las voces más impresionantes del mundo, da comienzo a nuestra intervención. Empieza a cantar:

> ¿De qué lado estáis, mi gente, de qué lado estáis?
> (¡Estamos del lado de la libertad!).[11]

Tia Oso, una compañera nigeriana de Arizona que trabajaba en la organización de Opal, Black Alliance for Just Immigration, es la primera en subir al escenario. Queríamos empezar denunciando las posturas antiinmigración, antihumanas, que ha adoptado el estado de Arizona. Tia se pone a hablar de la población migrante negra de Arizona y el público empieza a abuchearla. Un público integrado por votantes demócratas empieza a abuchearla. Me hierve la sangre. ¿Cómo se atreven a abuchearla por decir la verdad? Mi cabeza se pone a mil por hora, intentando pensar qué hacer a continuación. Yo estoy parada, descalza, ya que me toca intervenir en la parte siguiente de la acción. No me toca estar en el escenario, pero no puedo permitir que traten así a Tia. Subo corriendo al escenario para estar a su lado y me dirijo al público gritando: ¡¿Cómo os atrevéis a abuchearla?! ¿Cómo podéis abuchearnos? ¡Nuestra gente está muriendo! ¡Nos están matando! ¡Estamos! ¡En estado! ¡De emergencia!

El público deja de abuchear y empieza a escuchar. Y nuestra acción continúa.

Una por una, todas encontramos una silla a la que subirnos (por eso voy descalza, por eso hemos venido descalzos). Y una por una, casi todas empezamos a decir:

Si muero bajo custodia policial, sabed que me han matado.

Si muero bajo custodia policial, presentaos en la cárcel, haced ruido, protestad, decídselo a mi madre.

Si muero bajo custodia policial, decídselo al mundo entero: yo quería vivir.

El vídeo de nuestra protesta es noticia en todo el mundo. Es la primera vez que creo que entiendo realmente el impacto que estamos teniendo. Me voy de Phoenix pensando en eso y preparándome para el

encuentro del Movement for Black Lives (Movimiento por las Vidas de las Personas Negras) que estamos montando entre un gran grupo de organizaciones y personas negras resueltas a acabar con la violencia de Estado.

Solo falta una semana para el encuentro y va a ser la primera vez que estemos todo el mundo a la vez en el mismo sitio. Hemos escogido Cleveland (Ohio) para celebrarlo porque es la ciudad donde asesinaron al pequeño Tamir Rice y se ha convertido en un lugar sagrado. Quiero dedicar la semana a pensar en el encuentro, a reflexionar sobre el poder que tenemos y sobre cuál es nuestra responsabilidad. Pero antes de poder concentrarme en esas cuestiones, surge otra que se vuelve cada vez más apremiante. Me doy cuenta de que tengo un retraso y pienso: ¿será posible…?

Me hago la prueba.

Estoy embarazada de seis semanas.

---

[10] Las Historically Black Colleges and Universities (HBCU) son instituciones de enseñanza superior fundadas antes de la aprobación de la Ley de Derechos Civiles de 1964 para ofrecer formación a los miembros de la comunidad negra, que en la época de la segregación racial no tenían permitido matricularse en la mayor parte de las universidades.

[11] Versión de la canción *Which Side Are You On?* (¿De qué lado estás?), conocido himno del movimiento sindicalista estadounidense. La letra original fue escrita en 1931 en el contexto de las huelgas mineras del condado de Harlan (Kentucky) y posteriormente ha sido versionada y adoptada por el movimiento por los derechos civiles y por Black Lives Matter, entre otros.

15

Futuros

«No se te ocurra pensar que caí en tus redes, que caí rendido ante ti. A mí el amor no me hace caer, el amor me eleva».

Toni Morrison

Estoy en casa, de vuelta en Los Ángeles tras el encuentro de Ohio, y estoy hecha una mierda.

Le digo a JT que me voy a hacer una prueba de embarazo y él ni se inmuta. No lo entiendo, pero me meto en el baño y, en cuestión de segundos, aparece el revelador signo +. Salgo corriendo del baño y voy a donde está JT. ¡Estoy embarazada!, digo.

Está de espaldas a mí, mirando hacia su portátil. No se gira. No da ninguna muestra de haberme oído.

¿Me has oído?, digo. ¡Estoy embarazada!

Te he oído, dice. Se vuelve hacia mí y en la expresión de su rostro veo miedo, pero también una profunda tristeza que no comprendo. Me alejo estupefacta, confundida, consternada.

No sé cómo responderle, qué pedirle, qué decirle. Habíamos hablado de que queríamos tener un hijo y compartir la crianza, aunque sabíamos que no íbamos a tener una relación monógama. Pero sí que habíamos hablado de intentar formar una familia en medio de toda la locura. ¿Por qué se comporta así? Nos unen años de amistad (¡vivimos juntos la segunda redada en St. Elmo!) y ahora también esta

relación sentimental más reciente. Salgo de nuestra casa y, desde la calle, llamo a Future, una de las personas que llevan la delegación de Black Lives Matter en Toronto.

Future y yo nos conocimos en 2014, después de Ferguson, por Google Hangouts. Igual que yo, tenía todas sus energías puestas en nuestra labor, en conseguir justicia para nuestra gente, y en 2014 en Toronto quisieron crear una delegación de Black Lives Matter, dado el propio historial espantoso de muertes de personas negras a manos de la policía en Canadá. La mayoría de las víctimas no llevaban armas, muchas tenían problemas de salud mental y al menos una iba desarmada y además estaba teniendo ideas suicidas cuando recibió los disparos de la policía.

Future es no binarie y me gustó inmediatamente. La primera vez que hablamos por Google Hangouts, vimos que teníamos la misma pasión, el mismo empeño en construir otro mundo para nuestra gente. Entre esa primera conversación y las muchas otras que mantendríamos antes de conocernos en persona en junio de 2015, un mes y medio antes de enterarme de que estaba embarazada, desarrollamos una relación y un cariño y un respeto mutuos bien sólidos. Y entonces nos vimos.

Yo había viajado a Canadá para asistir al congreso Allied Media y para intervenir en las fiestas del Orgullo. Cuando nos vimos, me quedé alucinada al ver lo guapísime que era. Por Google Hangouts no se apreciaba del todo su belleza. Pero lo llevé con naturalidad, igual que nuestra química, que era electrizante. Al fin y al cabo, JT estaba en casa y estábamos hablando de tener un hijo.

Hablé con Future de mi relación con JT y le conté que nos estábamos planteando tener un hijo. No podría haber mostrado más respeto. Seguimos construyendo nuestra relación, la personal y la profesional. Le pedí que me ayudara con la celebración de mi treinta y un cumpleaños, que cayó cuando aún estaba en Toronto, el 20 de junio, y dijo que sí, así que preparamos un espacio tranquilo e íntimo el día que cumplía treinta y una vueltas alrededor del Sol. Hablamos de nuestras familias. Le hablé de Gabriel. Le hablé de Monte. Le conté lo mucho que deseaba ser madre.

Future me habló de su infancia. Tiene una hermana melliza y un hermano, de quienes le separaron cuando les dieron en acogida; su

madre tenía problemas de salud mental.

Fue duro, me dijo. Y a continuación añadió: Si ser madre es lo que quieres, vas a tener mi apoyo.

Siendo *queer*, tener un hijo no es algo que podamos dar por sentado como las parejas heterosexuales. Y pronto comprobaré cómo Future cumple su palabra cuando JT se aparta de mí, del bebé. Future es quien está ahí. Quizá con la llamada de ese día le estuviera poniendo a prueba inconscientemente. ¿Quién dice las cosas en serio? En cualquier caso, Future supera la prueba. Con nota.

De hecho, cuando JT me rechaza, llamar a Future para contarle que estoy embarazada me resulta lo más natural, me parece lo adecuado. Me da seguridad.

Hace muy poco que nos conocemos y no sé qué es lo que hace que dos personas estén conectadas. Pero sea lo que sea, en nuestro caso está ahí.

Estoy embarazada, le digo a Future esa mañana, cuando JT me da la espalda. No le cuento ese detalle sobre JT, sin embargo, ya que me avergüenza su comportamiento. Me avergüenza lo que quizá revele sobre mí.

Future solamente dice, con calma y con claridad: Me alegro muchísimo por ti. ¿Qué necesitas? ¿Cómo puedo ayudarte?, pregunta.

En ese momento respiro tranquila. Se me llenan los ojos de lágrimas. Todo va a salir bien, pienso, e intento transmitirle ese mensaje a la personita que se está formando dentro de mí.

Unos días más tarde tengo mi primera revisión médica. JT dice que va a venir conmigo, pero cuando llega la hora de prepararnos para salir, se niega a salir del baño. No voy a suplicarle. Esto es de locos y no es lo que habíamos acordado. Llamo a Carla, que viene a buscarme inmediatamente y me lleva al médico. Todo está bien: el latido del corazón, el crecimiento. Voy a hacerlo. Voy a tener un bebé. Voy a tener este bebé. Este bebé del que ya estoy enamorada. No mucho después, tengo una conversación con Future. Para entonces hablamos todos los días, pero esta conversación es especialmente importante.

¿Estarás conmigo en el parto?, pregunto.

Claro, dice.

Le digo que tengo miedo estando sola y embarazada en mitad de

un movimiento que está luchando por las vidas de los niños y niñas negros.

Future habla de la familia, de lo que es que te la arrebaten, como le arrebataron la suya cuando estuvo en acogida.

Estamos de acuerdo en que esto no es lo que nos habíamos imaginado ni elle ni yo al pensar en el inicio de la experiencia de tener un hijo.

También estamos de acuerdo en que nos queremos y en que queremos a esta vida mágica que está creciendo de forma increíble dentro de mí. Queremos (en plural) a ese bebé con toda nuestra alma. Ya lo adoramos.

Meses más tarde, después del nacimiento del bebé, JT y yo nos entregaremos a un hermoso proceso de mediación y reparación y tomaré conciencia del dolor que había estado albergando él en privado, un dolor del que no supo hablar y que no supo entender. Su abuela, con la que tenía una relación muy estrecha, estaba a punto de morir y su tío más querido, que era además el hermano gemelo de su padre, falleció. Estaban pasando demasiadas cosas a la vez, me dirá. Con todo ese dolor público, no encontré espacio para entender mi propia tristeza, mi pérdida individual.

Después del parto, y por el bien del bebé, prometeremos esforzarnos por tener una relación pacífica, pero durante el embarazo nos cuesta y, casi de inmediato, JT y yo dejamos de vivir juntos. Me paso el primer trimestre durmiendo en sofás en casas de gente. Carla, siempre Carla, es mi principal sostén. Paso todo el tiempo que puedo en Toronto con Future, que me cuida en todos los sentidos. Se asegura de que coma bien. Me ayuda a soportar las náuseas y el cansancio permanentes. El amor nos eleva.

Es la primera relación que tengo en la que me siento completamente cuidada por la otra persona. Desde el punto de vista emocional, desde el físico. El espiritual. He tenido algunas de esas cosas en todas mis relaciones, pero nunca todas, nunca el completo. Hasta Future. Encontramos un piso que nos encanta en West Hollywood, con dos dormitorios y con vistas, y decidimos que va a ser nuestro hogar, pero antes tenemos que traernos a Future de Toronto.

Cuando estoy embarazada de cinco meses, estamos en disposición de hacer el traslado definitivo, pero antes pasamos un tiempo en

Toronto, de vacaciones. Estando allí, un día Future me dice que le van a dar un premio a una de sus amistades más cercanas. Me compra ropa para la ceremonia de entrega, un vestido negro ajustado con el que me veo guapísima y sexi aun estando embarazada de cinco meses. Vamos a recoger a la persona a su casa en el coche de Future. Qué raro, pienso. ¿Cómo es que no puede llegar por sus propios medios?, me pregunto, aunque tampoco le doy muchas vueltas.

Entonces entramos en la casa y todo el mundo grita: ¡¡¡¡Sorpresa!!!!

Future ha reunido a unas quince o veinte personas de su círculo y pienso: Guau. Tiene una comunidad, igual que yo. Durante meses nuestra relación ha sido solo cosa de dos, muy privada, pero aquí está ahora con toda su gente. Me pienso que es una fiesta de despedida para Future, que se va a venir a vivir conmigo a Los Ángeles, pero entonces, de repente, da las gracias a todo el mundo por venir, por el apoyo que le han dado, que nos han dado, y a continuación se arrodilla delante de mí y dice: Patrisse, eres el amor de mi vida. Lo supe desde el día que nos conocimos. ¿Quieres casarte conmigo?

Y, entre risas y lágrimas, digo que sí. Sí que quiero. Future me pone un anillo en el dedo, una sencilla sortija de oro rosa.

Y con eso, sin más, nuestro compromiso queda sellado.

Unos días más tarde, cuando aún estamos en Toronto, una mañana me despierto con un dolor insoportable. Casi no me puedo mover, y muchos menos levantarme. Siento unas punzadas que se extienden desde la zona pélvica y me dejan baldada. Future me lleva corriendo a una clínica donde me dan la mejor atención médica que he recibido en mi vida. Cuando vas a urgencias en Estados Unidos, el primer sitio al que te mandan es la ventanilla de facturación. En Canadá, al llegar me mandan a que me vea una matrona, que me examina, me hace una ecografía y me asegura que el bebé está bien. El coste del servicio queda cubierto con una tasa de exención para inmigrantes o algo parecido. Casi no me lo puedo creer. Sin embargo, nos dicen que lo que tengo es lo que se llama una disfunción del suelo pélvico y que el grueso del dolor se puede aliviar con un cinturón que se pone en la tripa. Future y yo decidimos volar a Los Ángeles y a nuestra casa antes de lo previsto.

En el aeropuerto nos mandan a dos colas diferentes porque

tenemos pasaportes diferentes, nacionalidades diferentes. Paso el control de seguridad en silla de ruedas y, una vez al otro lado, me quedo esperando largo rato, pero Future no aparece. Me entra el pánico. Al final, después de varias llamadas, consigo hablar con elle.

No me dejan entrar en el país, dice Future. Me han retenido y me han estado interrogando, por eso no podía llamarte.

Es difícil explicar cómo te hacen sentir ciertas formas de derrota, lo profundas y crueles que son, lo que cuesta recuperarse de ellas. Estoy sentada en una silla de ruedas, sin poder andar y embarazada —ahora de seis meses—, y a la persona a la que quiero y a la que más necesito, a la persona con la que voy a casarme, no se le permite venir conmigo. Future es mi constante a lo largo del embarazo, un embarazo en el que ha habido muy pocas constantes. Ni dinero. Ni un hogar.

Me dan ganas de derrumbarme, pero no puede ser. Me vuelvo hacia la persona del aeropuerto que me está ayudando. Vuelva a llevarme al otro lado, digo, por favor. Me lleva.

No vamos a ir a casa, al menos por ahora. Cogemos un taxi y volvemos a la casa donde se ha estado alojando Future mientras acababa de trasladarse del todo a Estados Unidos. Unos días más tarde, vuelvo a mi país de fronteras y muros. Un país sin mi Future.

Carla va a recogerme al aeropuerto y me lleva al piso que hemos alquilado Future y yo, que ahora noto increíblemente vacío. Me compra el cinturón para aliviar el dolor espantoso que me causa el problema con el suelo pélvico. El 80 por ciento del dolor desaparece inmediatamente y tengo la sensación de que parpadeo tres veces y aparece mi equipo para asegurarse de que estoy bien durante las semanas que voy a tener que pasar sin Future. Vienen mis amigas Aura y Mesa y, por supuesto, Carla y Tanya; mi amiga Noni también responde, así como dream y mi madre. Me cocinan, me cuidan y me ayudan no solo físicamente, sino también con la cantidad ingente de papeleo que tenemos que hacer con los abogados de extranjería para traerme a Future a casa.

Tres semanas más tarde, Future está en un avión. Después de horas de acoso en la frontera, un acoso que se prolonga tanto que acaba perdiendo el vuelo y tenemos que comprar otro billete, está aquí

conmigo. En febrero de 2016, en presencia de nuestros ancestros y de veinte familiares y amigos, en un Airbnb que hemos alquilado en Malibú (California) y en mi noveno mes de embarazo, Future y yo nos casamos.

Teníamos pensado casarnos, claro, pero las horribles experiencias con inmigración en el aeropuerto han precipitado nuestra decisión. dream hampton oficia la boda, a la que asisten tanto la hermana melliza de Future como su hermano. Entre los testigos de nuestros votos matrimoniales están Carla, Merv, Tanya, Noni y los amigos más cercanos de Future de Toronto: Allix, Anu y su mejor amigo, Matt. Uno de los presentes es Mark Anthony, mi familia eterna, mi querido amigo. Me abraza.

Me alegro muchísimo por ti, dice. Detrás de nosotros, las potentes olas del Pacífico rompen contra una nueva costa.

Tres semanas y media después, el 21 de marzo a medianoche, me pongo de parto un día antes de salir de cuentas. Llamo a mis matronas y a mi familia y me quedo en casa, donde me paso quince o dieciséis horas de parto. Y entonces dejo de dilatar.

Sé que el bebé viene de nalgas y tengo a un médico que atiende partos de nalgas en casa listo para venir. Pero entonces dejo de tener contracciones. No te preocupes, me dicen el médico y la matrona. Vete a dormir y a ver qué pasa.

Al despertarme a la mañana siguiente, sigo sin tener contracciones. Mi madre y Future están conmigo y, pese a lo mucho que deseo que el bebé nazca en casa, también sé que no tenemos elección. Nos vamos rápidamente al hospital, donde, el día 22 de marzo a la una de la tarde, nace mi Shine. Future está presente todo el tiempo mientras me hacen la cesárea y en el momento del nacimiento: al menos una cosa hermosa por la que hemos luchado se ha hecho realidad. Después del parto estoy muerta de dolor —los médicos se niegan a darme suficientes analgésicos—, pero no puedo dejar de mirar a Shine, a nuestro futuro de tez negra.

Pasamos cuatro noches y cinco días en el hospital hasta que por fin me dicen que puedo irme a casa. Mi madre viene conmigo y se queda las dos primeras noches. Estamos maravilladas: es un bebé monísimo y muy tranquilo, casi no llora. Quiero tenerlo en mis brazos para

siempre, protegerlo del mundo, irnos a algún lugar en el que no haya nada más que amor. Ahora soy madre y, como cualquier madre, soy más vulnerable de lo que he sido en mi vida, pero también más fuerte de lo que he sido jamás. A las dos semanas de nacer Shine, Future y yo tomamos una decisión como familia. Black Lives Matter ha ocupado la jefatura de la policía de Toronto. Están exigiendo la imputación de los agentes de policía que mataron a Andrew Loku, un inmigrante sudanés, padre de cinco hijos, que iba desarmado. Future intervino en la creación del equipo de Toronto, ayudó a dirigirlo. Siento que tengo que estar allí, me dice.

Yo también, digo, con Shine en brazos.

A continuación, Future se marcha y pasa fuera tres semanas, en un campo de batalla, mientras yo me quedo en Los Ángeles con nuestro bebé, en guardia, en otro.

16

Cuando te llaman terrorista

«Si oyes los perros, sigue adelante.
Si ves las antorchas en el bosque, sigue adelante.
Si oyes gritos detrás de ti, sigue adelante.
No te detengas nunca. Sigue adelante.
Si quieres saborear la libertad, sigue adelante».

Harriet Tubman

El 8 de noviembre de 2016 estamos en un acto en el centro de Los Ángeles con motivo de la noche electoral. Lo presentan Lynne Lyman y asha, que me han metido en la campaña por la legalización de la marihuana en California. Están decididas a incorporar las voces y las opiniones de las comunidades más afectadas por la guerra contra las drogas. Lo importante no es solo el destino, me dice Lynne, es también el trayecto, y esto tiene que ser una victoria que pertenezca a la comunidad.

La marihuana es la primera toma de contacto que tienen muchos jóvenes con la policía, un contacto que a menudo les lleva a caer en las garras del complejo industrial penitenciario y descender a sus profundidades. Es la cuarta causa de deportación en California, y en el condado de Los Ángeles cada día hay quinientas personas que pasan la noche en los calabozos por posesión de marihuana. Es absurdo, y la ley de legalización que he estado apoyando supondrá que ningún

chaval vuelva a ir a la cárcel nunca más por ese motivo, que la gente con una condena por marihuana no quede excluida automáticamente del mercado de trabajo y que los ingresos fiscales de cincuenta millones de dólares anuales que genere su venta legal se inviertan en las comunidades que han sufrido los efectos de la guerra contra las drogas. Después de meses de insistir, de hacer campaña y de trabajar para difundir el mensaje y conseguir una mayor participación en la votación, meses en los que nuestros resultados en las encuestas cayeron en picado, pero después empezaron a subir en las últimas dos semanas, antes de las ocho de la tarde del día de las elecciones está claro que vamos a ganar y a eliminar un instrumento más del arsenal empleado para encarcelar y criminalizar mayormente a jóvenes racializados.

Pero también parece que Donald Trump va a ganar las elecciones a la presidencia y, según va avanzando la noche, nos damos cuenta de que eso es exactamente lo que está a punto de ocurrir. Un hombre cuya campaña ha estado abiertamente marcada por la intolerancia, la supremacía blanca y la misoginia está a punto de ocupar uno de los cargos de mayor poder del mundo. Me apoyo en una pared en un rincón de la sala y me dejo caer al suelo. asha nos trae algo de beber y da un buen trago de agua. Lynne y ella tienen que mantener la calma, la suya y la de todos los demás; aún tienen que anunciar nuestra victoria y, cuando den las doce de la noche, celebrar que Ingrid Archie va a ser la primera persona en solicitar que su condena por posesión de marihuana se elimine de sus antecedentes penales, ya que la ley también va a permitir eso. Hemos intentado pensar en todo, enmendar todas las injusticias posibles con este único instrumento legislativo, la Proposición 64. Y lo hemos conseguido, pero tenemos la sensación de que todo lo demás se ha ido al carajo. ¿Cómo vamos a sobrevivir a una presidencia de Trump? ¿Cómo vamos a conseguir proteger a la gente a la que tenemos que proteger? ¿Qué va a ser de mi propio hijo? ¿De mi pequeño Shine? Con una sensación de abatimiento, Future y yo salimos de allí y nos vamos a casa a pensar en el futuro al que vamos a tener que enfrentarnos, personalmente y junto a nuestra comunidad, mientras Opal apoya a las familias de inmigrantes sin papeles por las que lucha a diario y Alicia se mantiene firme, implacable y lista para pelear. Se ha puesto a hacer planes como loca.

A mí me cuesta más tiempo llegar a ese punto. En las semanas siguientes a las elecciones, todos los días hay algún momento en el que no puedo reprimir las lágrimas, contener el miedo que me sube por la garganta como bilis. Pero no lloro por mí. Lloro por nuestras familias, que siguen viviendo en la pobreza. Tengo pánico por Monte y por todas las personas como él cuyo acceso a la sanidad está en riesgo. Lloro porque, por primera vez desde que soy activista, la verdad es que me siento impotente. El 9 de noviembre no había nada que pudiera hacer para impedir que ese hombre fuera presidente.

Entonces me enfurezco. Porque lo hemos intentado con todas nuestras fuerzas. El 96 por ciento de las mujeres negras lo han intentado con todas sus fuerzas votando en su contra. Y este país no solo no ha elegido a Clinton; ha elegido a una persona que ha apoyado públicamente la violencia sexual, un hombre que en una ocasión fue acusado de violación por la madre de su hija Ivanka. Estoy furiosa con el Partido Demócrata por no saber que podría haber habido y tendría que haber habido un candidato mejor y estoy furiosa porque no han hecho una campaña mejor, una campaña que reconociera la importancia del trayecto, que incorporara formas reales y transformadoras de incluir a la comunidad. Estoy furiosa por no haber visto —o no haber aceptado a un nivel profundo— lo aferrado que está el estadounidense medio al racismo y la misoginia. Estoy furiosa por mi propia ingenuidad. Nuestra propia ingenuidad. Había una diferencia real y sustancial entre esos dos candidatos y no nos la tomamos lo suficientemente en serio. Joder, yo pensé que Trump ni siquiera iba a ganar al candidato del clan Bush en las primarias y luego ese fue uno de los primeros a los que eliminó de la contienda.

Pero después de las elecciones es importante que nos miremos al espejo, yo y todo el mundo. La campaña y la elección de Trump han puesto nuestras vidas todavía más en riesgo. En 2016, los delitos de odio aumentaron el 6 por ciento en veinticinco de las mayores ciudades de Estados Unidos. Y las personas negras fuimos las principales víctimas, ya que una cantidad desproporcionada de los delitos de odio se dirigen contra nosotros, casi el 30 por ciento según datos del FBI.

Clinton tenía miles de fallos, pero con ella en la presidencia seguramente no habríamos visto a matrimonios detenidos y separados

por la Patrulla Fronteriza. La asistencia sanitaria, incluidos los servicios de planificación familiar, la única atención prenatal y ginecológica a la que tienen acceso muchas mujeres pobres, no estaría en peligro. El Acuerdo de París sobre el clima no se habría tirado a la basura. No estaríamos yendo marcha atrás en el encarcelamiento masivo, la privatización de las cárceles y la guerra contra las drogas. No estaríamos ante el resurgimiento del segregacionismo.

Esto no quiere decir que con Clinton en la presidencia hubiera habido paz y justicia para todo el mundo. No es así. También ella habría promovido políticas que impulsaran el imperio estadounidense de formas horrendas. Pero perder hasta los acuerdos, pactos y leyes más complacientes significa empezar desde muy abajo. Significa que no podemos dedicarnos a exigir algo mucho mejor que la Ley de Atención Sanitaria Asequible de Obama (un sistema de pagador único, por ejemplo), sino que tenemos que luchar incluso por los derechos más básicos.

En casa, Future me mira, mira a Estados Unidos, con desaprobación. No entiende cómo hemos permitido que ocurriera esto. Tenemos muchas conversaciones sobre el Colegio Electoral, que procede de los tiempos de la esclavitud y que favorece a una minoría de la población a la hora de escoger a la persona que va a ocupar el cargo público más alto del país. Hablamos muy seriamente de mudarnos a Toronto, donde un año antes se había votado no solo al polo opuesto de Trump, Justin Trudeau, sino a alguien muchísimo mejor que la candidata que presentó el Partido Demócrata.

Y es que, aparte de los horrores que les esperan a nuestras comunidades, como activistas nos enfrentamos a amenazas reales e inminentes. Nada más ser investido, Trump no solo elimina todo vestigio de los reconocimientos a los derechos humanos que había erigido Obama, sino que dice muy específicamente que no va a tener ninguna tolerancia hacia quienes estamos pidiendo que la policía y las fuerzas de seguridad tengan que responder por sus actos y afirma que su presidencia va a estar «marcada por el mantenimiento del orden público [y a acabar con el] peligroso clima de hostilidad contra la policía que existe en Estados Unidos».

En el momento de escribir estas líneas, tres de los activistas de Ferguson —DeAndre Joshua, Darren Seals y Edward Crawford— han

aparecido muertos en sus coches con disparos de bala. A los coches de dos de estos jóvenes, DeAndre y Darren, les prendieron fuego, con lo que las pruebas forenses quedaron destruidas, y se dictaminó que la muerte de Edward había sido un suicidio, aunque acababa de empezar un trabajo nuevo y había apalabrado un piso nuevo, lo que no encaja con alguien que estuviera pensando en quitarse la vida.

Alicia, Opal y yo hemos sido demandadas por una persona de derechas que sostiene que hemos instigado a los disturbios. Con Obama (la demanda se interpuso durante su presidencia) no nos preocupaba. Con Trump y el fiscal general Jeff Sessions, ya no tenemos tan claro lo que va a pasar.

Por lo tanto, sí, sí que es una época aterradora en la que vivir en este país, como activista, como madre de un bebé y como mujer de une inmigrante con quien tengo una relación *queer*. Así se lo digo a Future. Y a continuación le digo: No puedo abandonar el trabajo que estamos haciendo aquí.

Future está de acuerdo.

Alicia, Opal y yo hemos ayudado a construir una dinámica red nacional de valientes activistas y no podemos abandonar el barco. Yo no puedo abandonar el barco. Todas estamos trabajando en nuestros respectivos contextos locales, y mi propia prioridad en el condado de Los Ángeles es parar la construcción de una nueva cárcel de 3.500 millones de dólares. Cuando más aterrorizada estoy por mi familia, por mi bebé, al final es por eso por lo que me quedo.

Somos una generación olvidada. Peor aún, somos una generación excluida. Excluida por la guerra contra las drogas. Excluida por la guerra contra las bandas. Excluida por la criminalización y el encarcelamiento masivo. Excluida por la destrucción de la educación pública y excluida por la gentrificación que nos expulsa de los barrios que nosotros mismos hemos ayudado a levantar. En realidad, nos importan un carajo los candidatos bien pulidos y deslumbrantes. Nos importa la justicia. Nos importan los líderes audaces y las acciones. Nos importan los derechos humanos y la decencia. Así que no hay otro sitio en el que quiera estar que aquí, donde puedo seguir contribuyendo a convertir todo eso en una realidad.

Sé que fueron activistas quienes nos liberaron de la esclavitud y de las leyes segregacionistas y que son activistas quienes nos están

liberando de sus herederos del siglo XXI, incluidas las prácticas racistas y letales de la policía. Y sé que si hacemos lo que estamos llamados a hacer, organizar actos y debates que conduzcan a acciones que conduzcan a decisiones sobre cómo podríamos y deberíamos vivir, saldremos victoriosos.

Desde el nacimiento de Black Lives Matter en 2013 hemos hecho cosas increíbles. Hemos construido un movimiento descentralizado que anima y ayuda a los líderes locales a identificar y reivindicar el trabajo necesario para que sus comunidades sean lugares más justos. Eso es algo dificilísimo en un mundo en el que hasta el activismo se ha convertido en una actividad para los famosos. Pero tenemos más de veinte delegaciones en Estados Unidos, Canadá y el Reino Unido, todas autónomas, pero todas conectadas y coordinadas. Hemos puesto en el centro y amplificado las voces de las personas a las que se ha hecho no solo las más vulnerables, sino también las más silenciadas, a pesar de estar en primera línea en todo momento y en todas partes: las mujeres negras. Todas las mujeres negras.

Hemos creado un contexto en el que por fin podemos expresar sin reparos lo que somos y lo que necesitamos para ser verdaderamente libres, no parcialmente libres. En el que podemos actuar de acuerdo con nuestra verdad, inalterada. Nuestra presencia en las calles fue el altavoz necesario para enfatizar la petición a Obama de que hiciera uso de su facultad para conceder indultos y rebajar penas. Terminó su mandato con el menor número de presos en las cárceles federales en una generación, algo que al principio no iba encaminado a hacer. Exigimos que por fin se tome en serio la reivindicación que se viene haciendo de manera continuada de que la policía tenga que responder por sus actos. Son muchos los que lo han pedido antes que nosotros y ahora nos encontramos encima de lo que ellos han construido y gritándolo tan alto que ya no pueden no hacernos caso. Hacemos que la gente de la calle se sienta parte de la lucha por el cambio. Gente como Sandra Bland. Abrimos las puertas y pedimos a gente a la que no se ha prestado atención que se nos una. Y hemos incorporado la curación a nuestro movimiento, las ideas y prácticas que demuestran que, mientras intentamos cuidar a nuestras comunidades, también tenemos que cuidarnos a nosotros mismos.

Aun así, hay muchísimo trabajo que hacer mientras intentamos

combatir esta presidencia y poner fin a sus ataques, propios de la época de la segregación racial. Estamos trabajando colaborativamente para crear redes sostenibles de respuesta inmediata a la violencia y a las redadas de las autoridades de inmigración. Pero también tenemos el firme compromiso de conseguir mayor poder político para las personas negras y de apoyar formas audaces de ejercer liderazgo, como las de Chokwe Antar Lumumba en Jackson (Misisipi) y Stacey Abrams en Georgia. Estamos comprometidas a colaborar estrechamente con Jessica Byrd, de Three Point Strategies, la consultora de Washington D. C. que trabaja en la intersección entre política electoral y justicia social. Tenemos la posibilidad de escoger a dirigentes negras comprometidas con hacer políticas que pongan en el centro a las personas, a líderes que comprendan y respeten una verdad: que el verdadero liderazgo hay que ganárselo, no es algo que llegue con un nombramiento. Ni robándolo. Ni con arrogancia.

En toda la red estamos dedicando esfuerzos a reivindicar y a llevar a cabo una reforma del sistema de puesta en libertad bajo fianza y estamos concibiendo y construyendo (y quizá esto sea lo más importante para mí personalmente) una nueva cultura dentro del movimiento en la que cuidemos la humanidad no solo de aquellos por quienes luchamos, sino también de aquellos con quienes luchamos.

Conscientes de que las personas con las que trabajamos —e incluso muchas de nosotras mismas— están entre las más traumatizadas de Estados Unidos, en la red de Black Lives Matter contamos con responsables de salud y bienestar centrados en acabar con las prácticas tóxicas en nuestras propias organizaciones. Cuando la gente está al borde del colapso, tenemos la responsabilidad de hacer algo más que decirles que se vayan a descansar y a recuperarse para después volver al mismo ambiente tóxico que les había llevado a ese nivel de agotamiento. Las personas negras morimos más jóvenes y con mayor frecuencia de enfermedades que podemos evitar, y dado que el resto de nuestra cultura parece empeñada en atacar a nuestro sistema inmunitario, en nuestra red tenemos que hacer mejor las cosas. ¿Qué clase de comida servimos en los congresos? ¿Estamos dando tiempo durante la jornada de trabajo para que la gente se levante y se mueva? ¿Están pagando nuestras organizaciones el mínimo y exigiendo el máximo a gente que sabemos que está demasiado entregada a la causa

para decir que no o para pedir más, para pedir aquello que necesitan y merecen? ¿Estamos introduciendo mecanismos de reparación en nuestras organizaciones para que, cuando surjan conflictos internos, no caigamos en los chismorreos o el critiqueo a la espalda o directamente en la mentira? ¿Estamos creando oportunidades para distintos niveles de aptitudes, las que nos aportan personas que han tenido que pasar diez o veinte años encarceladas? ¿Estamos haciendo el esfuerzo en cada conversación que mantenemos de imaginarnos de verdad el mundo en el que queremos vivir, en lugar de partir ya de una postura conciliadora? ¿Estamos pidiendo la abolición de las cárceles, sabiendo que con eso también estamos pidiendo una atención sanitaria real e integral, que incluya la atención a la salud mental? ¿Sabiendo que el acceso a una vivienda y una alimentación adecuadas —acceso a agua limpia, joder— tiene que estar garantizado, como también tienen que estarlo las prácticas de justicia reparadora?

Durante años he desatendido mi propia salud y mi autocuidado. Si tenía problemas con los aspectos íntimos de mis relaciones, también los tenía con mi propio cuerpo. Tras la elección de Trump, tomo la determinación de poner fin también a eso. Empiezo a hacer ejercicio otra vez, cuatro días a la semana. Empiezo a cocinar más. Viajo menos y todos los días dedico tiempo a la oración. También incluyo ratos de diversión en mi vida, alegrías con las que compensar este mundo lleno de odio. Voy a los recreativos con amigos. Salgo a patinar. Reservo días para ir al parque. Es el Gabriel que hay en mí, la Brignac que hay en mí.

Y, quizá por encima de todo, estoy verdaderamente presente para mi familia. Me aseguro de que Future y yo tengamos tiempo todas las semanas simplemente para demostrarnos nuestro amor y para crecer en nuestra relación. Nos concentramos en este precioso niño al que hace mucho que me había imaginado y al que ahora estoy viendo crecer, al que ahora estoy ayudando a crecer, que me enseña todos los días lo que es posible. Y lo que es posible es más de lo que puedo imaginar siquiera, porque por mucho que amara a Shine ya antes de conocerle, jamás podría haberme imaginado la profundidad de este amor, su inmensidad.

Y si alguna vez llaman terrorista a mi hijo, si llaman terrorista a cualquiera de los niños y niñas que hay en mi vida, abrazaré fuerte a

mi hijo, a cualquier otro hijo, y le explicaré que terrorismo es que te acosen y te vigilen simplemente por estar vivo. Y terrorismo es que te metan en una celda de aislamiento, que te tengan sin comer y te den palizas. Y terrorismo es no poder dar de comer a tus hijos aun teniendo tres trabajos. Y terrorismo es no tener un colegio decente en el que estudiar ni un sitio adonde ir a jugar. Les diré que la verdadera libertad, la verdadera democracia, es reivindicar y alcanzar la justicia, la dignidad y la paz.

Les diré a mi querido Shine, a Malik, a Nisa, a Nina o a cualquiera de los niños, niñas y jóvenes a los que tanto valoramos e impulsamos: sois seres de luz resplandecientes. Tenéis la capacidad no solo de transformaros a vosotros mismos, sino de transformar el mundo entero. Todos y cada uno de vosotros tenéis dones de los que ni siquiera sois conscientes aún, y todos y cada uno de vosotros encarnáis el amor y la posibilidad de un mundo en el que nuestras vidas importen de verdad.

AGRADECIMIENTOS

Escribir los agradecimientos siempre parece la parte más difícil de cualquier libro. Hay muchas personas gracias a las cuales hemos podido llegar hasta aquí y contar la historia de la forma más completa y auténtica posible. El miedo a olvidarnos de alguien, a no reconocer como es debido a alguien que haya hecho alguna contribución, está muy presente. Aun así, hay que intentarlo, y empezaremos por nuestras agentes Tanya McKinnon y Victoria Sanders y el maravilloso equipo de VSA, que nos apoyaron y nos guiaron con su cariño y su atención constructiva mucho antes de que existieran una propuesta, un libro o un título. Una vez que aparecieron esas cosas, no había mejor hogar para ellas que el que nos dio Monique Patterson en St. Martin's Press, donde siempre se puede encontrar a las personas más trabajadoras y con más talento del sector editorial.

dream hampton, Denene Millner, Imani Wilson, Isaac Skelton y Letta Neely leyeron y nos ayudaron con las primeras versiones de la propuesta que después se convertiría en este libro. Agradecemos mucho sus aportaciones, todas ellas enormemente valiosas, así como las de Robin Templeton, gracias a cuyos ojos de lince pudimos entregar el texto más pulido posible. Y, por encima de todo, gracias a Nisa Yasmine, la única hija verdadera, que leyó todo el manuscrito con una mirada mucho más madura que la de una chica de diecisiete años. Es un regalo para nosotras y para el mundo.

Queremos dar las gracias a los miembros de nuestra tribu política, que nos apoyan y están a nuestro lado hasta cuando no resulta fácil: a las compañeras de MomsRising, especialmente a Monifa Bandele; al National CARES Mentoring Movement y a la generosísima y cariñosísima Susan L. Taylor; a nuestra familia del Formerly Incarcerated and Convicted People's Movement; a nuestra familia de la Drug Policy Alliance, con especial cariño para Kassandra Frederique, Tony Newman, Lynne Lyman, Judh Grandchamps, Laini Madhubuti, Chloe Cockburn, el doctor Carl Hunt y Deborah Small, y a

Michelle Alexander, que tuvo fe en nosotras y cuya erudición nos inspira a diario.

Queremos dar las gracias a la revista *Essence*, en concreto a Patrik Henry Bass y a Vanessa De Luca, por el trabajo que hicieron para que el nacimiento del movimiento Black Lives Matter se contara públicamente por primera vez.

Damos gracias a diario por la existencia y por el trabajo de Dignity and Power Now, el Malcolm X Grassroots Movement, el Strategy Center, el equipo de Blackbird, el Black Youth Project 100, los Dream Defenders, Darnell Moore, Kirsten West Savali, Brittney Cooper, Malkia Cyril, Rosa Clemente, Marc Lamont Hill, Rashad Robinson, la familia de St. Elmo, el pastor Starsky Wilson, los artistas de «Power: From The Mouths of the Occupied», Law for Black Lives y el Movement for Black Lives.

Hay personas concretas a las que tenemos que mencionar por sus increíbles dones y enormes corazones: Carla Gonzalez, Mark Anthony Johnson, Quay Quay, Tanya Bernard, Cheeraz Gormon, Brittany Ferrell, Alexis Templeton, Damon Davis, Elle Hearns, Aaryn Lang, Lourdes Ashley Hunter, Donna Hill, Vitaly, Ariane White, Sean Sparks, Richard Edmond, Melina Abdullah, Nora Alexis, Everton Brown, Lavon Leak Wilkes, Monica Dennis, Mercedes Chambliss, Piper Kerman, Lateefah Simon, Francisca Porchas, Esperanza Martinez, Kelly Archbold y Noni Limar.

Hacemos este trabajo hoy gracias al que en el pasado hicieron otros: Assata Shakur, Angela Davis, Miss Major, el Partido Pantera Negra, los miembros del Movimiento de las Artes Negras, el Comité Coordinador Estudiantil No Violento, la República de Nueva África, Malcolm X, Martin Luther King, Ella Baker y muchos otros. Tenemos una deuda de gratitud con vosotros y con el mundo.

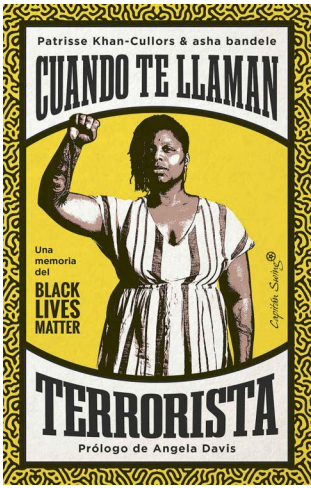
Y ante todo y por encima de todo, nuestro cariño y nuestra gratitud eternos son para Alicia Garza, Opal Tometi, los coordinadores y los miembros de las más de cuarenta delegaciones de la red global de Black Lives Matter, Shanelle Matthews, Nikita Mitchell, Kandace Montgomery, Miski Noor, Prentis Hemphill, Whitney Washington, Rodney Diverlus y Rhiana Anthony.

Creemos que seremos libres.

Índice

Portada
Cuando te llaman terrorista
Prólogo, de Angela Davis
Parte I. Todos los huesos que encontramos
Introducción. Polvo de estrellas
01. Comunidad interrumpida
02. Doce
03. Lazos de sangre
04. La magnitud y el vínculo
05. Testigo
06. Un nuevo ambiente
07. Todos los huesos que encontramos
Parte II. Black Lives Matter
08. La noche más oscura. Repetición
09. Un amor fuera de lo común
10. Dignidad y poder. Ya.
11. Black Lives Matter
12. Redada
13. Llamada y respuesta
14. Di su nombre
15. Futuros
16. Cuando te llaman terrorista
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Patrisse Cullors y asha bandele
Créditos

Cuando te llaman terrorista



Un libro de memorias poético y poderoso sobre lo que significa ser una mujer negra en Estados Unidos y la co-fundación de un movimiento que exige justicia para todos en la tierra de los libres.

Criada por una madre soltera en un barrio empobrecido de Los Ángeles, Patrisse Khan-Cullors experimentó de primera mano el prejuicio y la persecución que sufren los afroamericanos a manos de las fuerzas del orden. Para Patrisse, las personas más vulnerables del país son los negros. Perseguidos deliberada y despiadadamente por un sistema de justicia penal que funciona según la agenda de privilegios de los blancos, los negros están sujetos a un categorización racial injustificable y a la brutalidad policial. En 2013, cuando el asesino de Trayvon Martin quedó libre, la indignación de Patrisse la llevó a cofundar Black Lives Matter con Alicia Garza y Opal Tometi.

Condenadas como terroristas y consideradas una amenaza para Estados Unidos, estas amorosas mujeres fundaron un hashtag que dio origen al movimiento para exigir responsabilidades a las autoridades que continuamente hacen la vista gorda ante las injusticias infligidas a las personas de piel negra y morena.

Patrisse, que defiende los derechos humanos frente al racismo violento, es una superviviente.

Transformó su dolor personal en poder político, dando voz a un pueblo que sufría la desigualdad y un movimiento impulsado por su fuerza y amor para decirle al país —y al mundo— que Black Lives Matter. Cuando te llaman terrorista es la reflexión de Patrisse Khan-Cullors y Asha Bandele sobre la humanidad.

Asha Bandele. Escritora y activista por la justicia social. En 1999 se publicaron sus premiadas memorias, *The Prisoner's Wife*. El libro, aclamado por la crítica, narra su relación y matrimonio con un hombre que cumple una sentencia de 20 años a cadena perpetua en el sistema correccional de Nueva York. Además de sus dos memorias, Bandele ha escrito dos colecciones de poesía y una novela. Su escritura también ha aparecido en el *New York Times, the Nation, Vibe, Ebony* y *Essence*. Actualmente trabaja como directora senior de subvenciones, asociaciones y proyectos especiales para la *Drug Policy Alliance* de NY.

Patrisse Khan-Cullors. Activista, queeractivista y artista de Los Ángeles, defensora de la reforma de la justicia penal y cofundadora del *Black Lives Matter*. Tiene un título en religión y filosofía de UCLA. Enseña en el *Otis College of Art and Design* en el Public Practice Program. Ha trabajado como directora ejecutiva del *Coalition to End Sheriff Violence in L.A. Mails*. Cofundó una organización de activismo penitenciario, *Dignity and Power Now* y es miembro de la junta del Centro *Ella Baker para los Derechos Humanos*. Fue nombrada en 2007 Mario Savio Joven Activista del Año y recibió el premio Sidney Goldfarb.

Título original: *When They Call You a Terrorist: A Black Lives Matter Memoir* (2019)

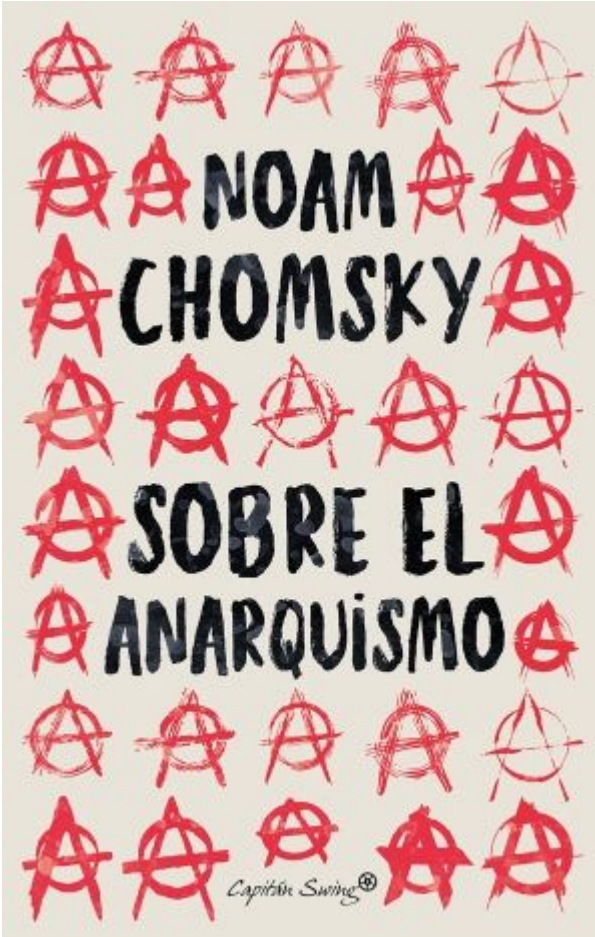
© Del libro:Patrisse Cullors y asha bandele
© De la traducción: Clara Ministral
Edición en ebook: septiembre de 2021

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-12442-71-7

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.


NOAM
CHOMSKY
SOBRE EL
ANARQUISMO
Capitán Swing

Sobre el anarquismo

Chomsky, Noam
9788412442793
176 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Con el espectro de la anarquía invocado por la derecha para sembrar el miedo, nunca ha sido más urgente una explicación convincente de la filosofía política conocida como anarquismo. Sobre el anarquismo arroja una luz muy necesaria sobre los fundamentos del pensamiento de Chomsky, específicamente su constante cuestionamiento de la legitimidad del poder atrincherado.

El libro reúne algunos de sus ensayos y entrevistas, para proporcionar una breve y accesible introducción a su visión distintivamente optimista del anarquismo. Refutando la noción del mismo como una idea fija, Chomsky sugiere que se trata de una tradición viva y en evolución.

Disputando las tradicionales líneas divisorias entre anarquismo y socialismo, hace hincapié en el poder de la acción colectiva, en lugar de la individualista. Profundamente relevante para nuestro tiempo, este libro desafía, provoca e inspira, y es un referente para los activistas políticos y cualquier persona interesada en profundizar su comprensión del anarquismo o del pensamiento de Chomsky en particular.

Conocido por su brillante disección de la política exterior norteamericana, el capitalismo de Estado y los medios de comunicación dominantes, Chomsky sigue siendo un formidable crítico sin remordimientos de la autoridad establecida y, quizás, el anarquista más famoso del mundo.

La edición incluye una entrevista a Chomsky en la que el autor evalúa en retrospectiva sus escritos sobre el anarquismo hasta la fecha.

Cómpralo y empieza a leer

CATHY O'NEIL

ARMAS DE DESTRUCCIÓN MATEMÁTICA

CÓMO EL BIG DATA AUMENTA LA DESIGUALDAD Y AMENAZA LA DEMOCRACIA

Capitán Swing®

Armas de destrucción matemática

O'Neil, Cathy
9788412191301
280 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Vivimos en la edad del algoritmo. Las decisiones que afectan a nuestras vidas no están hechas por humanos, sino por modelos matemáticos. En teoría, esto debería conducir a una mayor equidad: todos son juzgados de acuerdo con las mismas reglas, sin sesgo. Pero en realidad, ocurre exactamente lo contrario. Los modelos que se utilizan en la actualidad son opacos, no regulados e incontestables, incluso cuando están equivocados. Esto deriva en un refuerzo de la discriminación: si un estudiante pobre no puede obtener un préstamo porque un modelo de préstamo lo considera demasiado arriesgado (en virtud de su código postal), quedará excluido del tipo de educación que podría sacarlo de la pobreza, produciéndose una espiral viciosa. Los modelos apuntalan a los afortunados y castigan a los oprimidos: bienvenido al lado oscuro del big data.
O'Neil expone los modelos que dan forma a nuestro futuro, como individuos y como sociedad. Estas "armas de destrucción matemática" califican a maestros y estudiantes, ordenan currículos, conceden (o niegan) préstamos, evalúan a los trabajadores, se dirigen a los votantes, fijan la libertad condicional y monitorean nuestra salud.

Cómpralo y empieza a leer

Matthew Walker
BEST SELLER INTERNACIONAL
POR QUÉ DORMIMOS
La nueva ciencia del sueño
Capitán Swing

Por qué dormimos

Walker, Matthew

9788412099362

416 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Dormir es uno de los aspectos más importantes pero menos comprendidos de nuestra vida.

Hasta hace muy poco, la ciencia no tenía respuesta a la pregunta de por qué dormimos, a qué servía o por qué sufrimos consecuencias tan devastadoras para la salud cuando está ausente. En comparación con los otros impulsos básicos de la vida (comer, beber y reproducir), el propósito del sueño sigue siendo más difícil de descifrar.

Matthew Walker ofrece una exploración revolucionaria del sueño, examinando cómo afecta cada aspecto de nuestro bienestar físico y mental.

Cómpralo y empieza a leer

ROBERT SAPOLSKY

COMPÓRTATE

La **biología** que hay detrás de nuestros mejores y peores comportamientos

Compórtate

Sapolsky, Robert
9788412135596
984 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un examen minucioso del comportamiento humano y una respuesta a la pregunta: ¿por qué hacemos las cosas que hacemos?

Sapolsky analiza los factores en juego, desde el momento previo hasta los factores arraigados en la historia de nuestra especie y su legado evolutivo.

Partiendo de una explicación neurobiológica —¿qué sucedió en el cerebro de una persona un segundo antes de que se comportara así?, ¿qué visión, sonido u olor hicieron que el sistema nervioso produjera ese comportamiento?—, pasamos a pensar en el mundo sensorial y la endocrinología: ¿cómo fue influenciado ese comportamiento por cambios estructurales en el sistema nervioso durante los meses anteriores, por la adolescencia, la infancia y la vida fetal de esa persona, e incluso por su composición genética? Y, más allá del individuo, ¿cómo dio forma la cultura al grupo de ese individuo, qué factores ecológicos milenarios formaron esa cultura?

El resultado es uno de los recorridos más deslumbrantes de la ciencia del comportamiento humano jamás propuestos, que puede responder a muchas preguntas profundas y espinosas sobre el tribalismo y la xenofobia, la jerarquía, la competencia, la moral y el libre albedrío, la guerra y la paz.

Cómpralo y empieza a leer

JOHANN HARI
BEST SELLER INTERNACIONAL
CONEXIONES PERDIDAS
CAUSAS REALES Y SOLUCIONES INESPERADAS PARA LA DEPRESIÓN

Conexiones perdidas

Hari, Johann
9788412182606
368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Hari sufrió de depresión desde niño y comenzó a tomar antidepresivos cuando era adolescente. Como a toda su generación, le dijeron que la causa de su problema era un desequilibrio químico en su cerebro. Pero años más tarde comenzó a investigar y aprendió que casi todo lo que nos han dicho sobre la depresión y la ansiedad es falso. Viajando por todo el mundo, Hari descubrió que los científicos sociales estaban descubriendo evidencias de que la depresión y la ansiedad no son causadas por un desequilibrio químico en nuestro cerebro, sino que son en gran parte consecuencia de problemas que tienen que ver con la forma en que vivimos hoy en día. Una vez identificadas nueve causas reales de depresión y ansiedad, Hari se dirigió a algunos científicos, que proponen soluciones radicalmente diferentes y que parecen funcionar. Conexiones perdidas nos lleva a un debate muy diferente sobre la depresión y la ansiedad, que muestra cómo, juntos, podemos acabar con esta epidemia. Un viaje épico que cambiará nuestra forma de pensar acerca de una de las crisis más grandes de nuestra cultura actual.

Cómpralo y empieza a leer